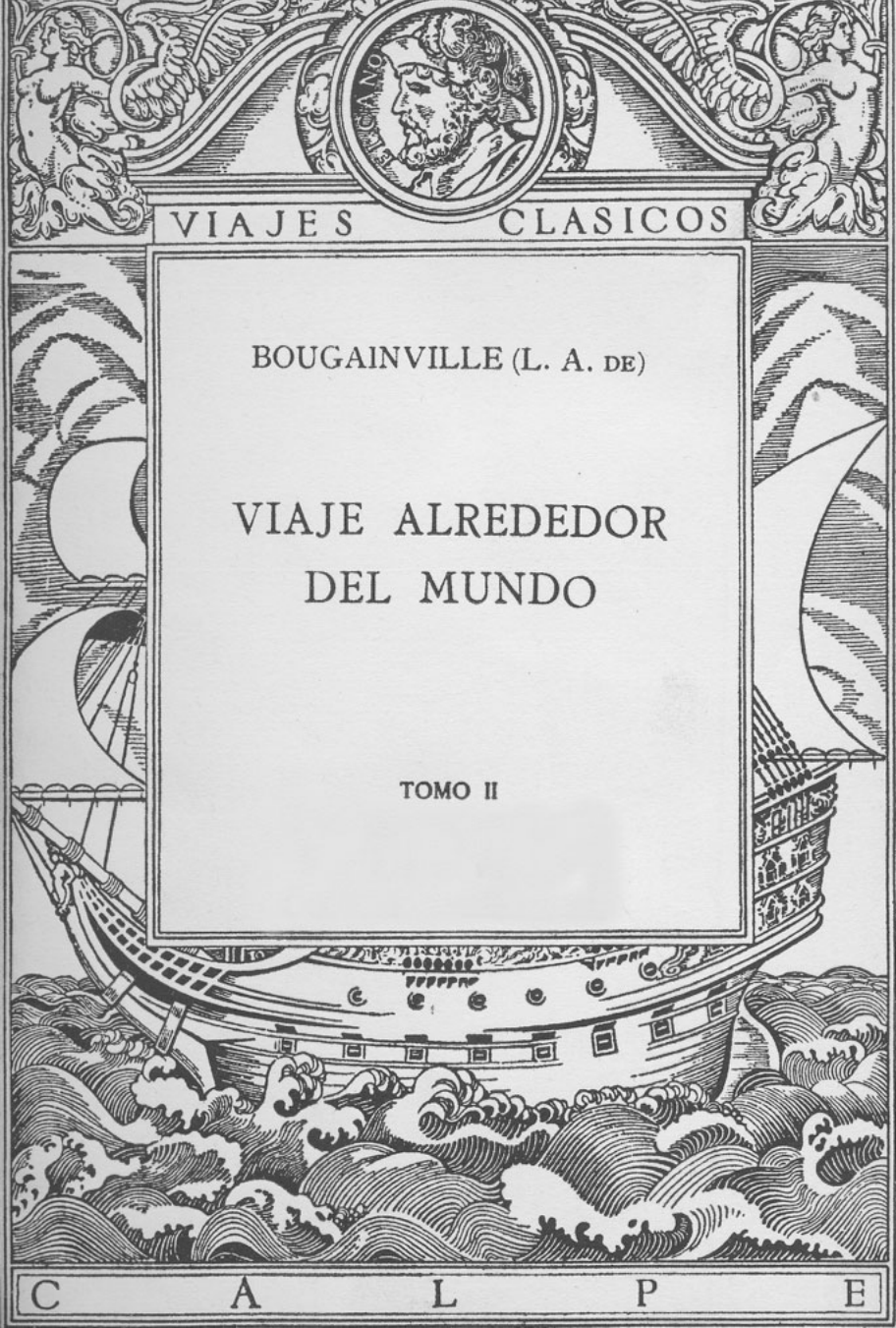




VIAJES CLASICOS

BOUGAINVILLE (L. A. DE)

VIAJE ALREDEDOR
DEL MUNDO

TOMO II

C A L P E

BIBLIOTECA DE VIAJES
VIAJE ALREDEDOR DEL MUNDO

TOMO II

PUBLICADOS

EN ESPAÑA

BIBLIOTECA DE VIAJES

EDITADOS POR CALPE

PUBLICADOS

SPEKE (J. H.), *Diario del descubrimiento de las fuentes del Nilo*, tomos I y II.

BOUGAINVILLE (L. A.), *Viaje alrededor del mundo*, tomos I y II.

EN PRENSA

BERNIER, *Viajes por el imperio del Gran Mogol, reino de Cachemira, etc.*, tomos I y II.

LA CONDOMINE, *Viaje a la América meridional*, un volumen.

L. A. DE BOUGAINVILLE

V I A J E
ALREDEDOR
DEL MUNDO

POR LA FRAGATA DEL REY

LA "BOUDEUSE"
Y LA FUSTA LA "ESTRELLA"
EN 1767, 1768 Y 1769

TOMO II

TRADUCIDO DEL FRANCÉS POR
JOSEFINA GALLEGO DE DANTÍN

MADRID
CALPE

ES PROPIEDAD

COPYRIGHT BY CALPE, MADRID, 1921

ÍNDICE DE MATERIAS

contenidas en el segundo volumen

Páginas.

CAPÍTULO PRIMERO

Navegación desde el estrecho de Magallanes hasta el arribo a la isla Taiti. — Descubrimientos que la preceden..... 1

Dirección del derrotero al salir del estrecho. — Observación sobre la situación de las costas de Chile. — Orden de marcha de la *Boudeuse* y de la *Estrella*. — Pérdida de un marinero caído al mar. — Tierra de Davis, buscada inútilmente. — Incertidumbre sobre la latitud de la isla de Pascua. — Observaciones meteorológicas. — Observaciones astronómicas comparadas con la estima del derrotero. — Encuentro de las primeras islas. — Observaciones acerca de una de estas islas. — Está habitada a pesar de su pequeñez. — Serie de islas encontradas. — Descripción de la mayor. — Primer grupo, llamado *archipiélago Peligroso*. — Error en las cartas de esta parte del mar Pacífico. — Observaciones astronómicas comparadas con la estima del derrotero. — Observaciones meteorológicas. — Uso ventajoso del polvo de limonada y del agua de mar destilada. — Segundo grupo de islas, llamado *archipiélago de Borbón*. — Vista de Taiti. — Maniobras para abordar. — Primer tráfico con los insulares. — Descripción de la costa vista desde alta mar. — Continuación del tráfico con los insulares. — Fondeo en Taiti. — Obstáculos para amarrar los navíos.

CAPÍTULO II

<i>Estancia en la isla Taiti.— Detalles de lo bueno y de lo malo que nos ocurrió en ella.....</i>	23
---	----

Desembarco en tierra.— Visita al jefe del cantón.— Descripción de su casa.— Recepción que nos hizo.— Campamento en tierra proyectado por nuestra parte.— Oposición por parte de los insulares.— Consienten en ello y en qué condiciones.— Campo establecido para los enfermos y los trabajadores.— Precauciones.— Conducta de los insulares.— Socorros que nos dieron.— Medidas tomadas contra el robo.— Uso singular del país.— Belleza del interior de la isla.— Presente hecho al jefe, de volátiles y de semillas de Europa.— Visita del jefe de un cantón vecino.— Muerte de un insular.— Pérdida de nuestras anclas.— Peligro que corrimos.— Detalles de las maniobras que nos salvaron.— Muerte de otros tres insulares.— Precauciones tomadas contra las consecuencias que puede tener.— Continuación del peligro que corren los barcos.— Paz hecha con los insulares.— Aparejo de la *Estrella*.— Inscripción enterrada.— Aparejo de la *Boudeuse*.— Nuevo peligro que corre.— Partida de Taiti.— Pérdidas que allí sufrimos.— Pesar de los insulares a nuestra partida.— Uno de ellos se embarca con nosotros, a petición suya y de su nación.

CAPÍTULO III

<i>Descripción de la nueva isla.— Costumbres y carácter de sus habitantes.....</i>	43
--	----

Posición geográfica de Taiti.— Mejor fondeadero que en el que estábamos.— Aspecto del país.— Sus producciones.— No parece que tenga minas.— Hay hermosas per-

las.— Animales del país.— Observaciones meteorológicas.— Bondad del clima.— Vigor de los habitantes.— Cuál es su alimentación.— Hay en la isla dos razas de hombres.— Detalles sobre algunas de sus costumbres.— Sus vestidos.— Costumbre de picarse la piel.— Policía interior.— Están en guerra con las islas vecinas.— Uso importante.— Práctica respecto de los muertos.— Pluralidad de las mujeres.— Carácter de los insulares.— Detalles acerca de algunas de sus obras.— Construcción de sus barcos.— Sus telas.— Detalles sobre el taitiano conducido a Francia.— Razones por las cuales se le ha traído.— Su estancia en París.— Su partida de esta ciudad.— Medidas tomadas para enviarle a su casa.— Nuevos detalles sobre las costumbres de Taiti.— Islas vecinas.— Desigualdad de condiciones.— Costumbre de llevar luto.— Socorros recíprocos en las enfermedades.— Observaciones sobre la lengua.

CAPÍTULO IV

Partida de Taiti.— Descubrimiento de nuevas islas.— Navegación hasta la salida de las grandes Cicladas..... 75

Vista de Umaitia.— Dirección del derrotero.— Observaciones astronómicas.— Segundo grupo de islas.— Vista de nuevas islas.— Cambios con los insulares.— Descripción de estos insulares.— Descripción de sus piraguas.— Archipiélagos.— Posición de estas islas, que forman el tercer grupo.— Observaciones meteorológicas.— Situación crítica en que nos encontramos.— Encuentro de nuevas tierras.— Desembarco en una de las islas.— Desconfianza de los insulares.— Atacan a los franceses.— Descripción de los insulares.— Cuáles son sus armas.— Descripción del lugar en que se ha desembarcado.— Continuación del derrotero entre las tierras.— Aspecto del país.— Tentativas

para buscar un fondeadero. — Lo que nos impide fondear. — Nueva tentativa para hacer aquí una escala. — Conjeturas sobre estas tierras. — Diferencias entre la estima y las observaciones.

CAPÍTULO V

Navegación desde las grandes Cicladas. — Descubrimiento del golfo de la Luisiada. — Extremos a que nos vemos reducidos. — Descubrimiento de nuevas islas. — Escala en Nueva Bretaña..... 101

Dirección del derrotero al dejar las Cicladas. — Encuentro consecutivo de rompientes. — Indicios de tierras. Cambio forzado en la dirección del derrotero. — Reflexiones geográficas. — Descubrimiento de nuevas tierras. — Situación crítica en que nos encontramos. — Peligros múltiples que nos rodean. — Extremos a que nos vemos reducidos. — Doblamos al fin las tierras del golfo. — Encuentro de nuevas islas. — Descripción de los insulares. — Tentativa inútil para encontrar un fondeadero. — Parajes peligrosos. — Nueva tentativa para encontrar una escala. — Los insulares atacan nuestros bateles. — Descripción de sus canoas. — Descripción de los insulares. — Continuación de nuestros descubrimientos. — Descripción de insulares que se aproximan a los navíos. — Escala en Nueva Bretaña. — Cualidades e indicios del fondeadero. — Descripción del puerto y sus alrededores. — Encuentro singular. — Huellas de un campamento inglés. — Producciones del país. — Escasez cruel que sufrimos. — Observaciones de longitud. — Descripción de dos insectos. — Marinero picado por una culebra de agua. — Tiempo espantoso que nos persigue. — Temblor de tierra. — Esfuerzos infructuosos para encontrar víveres. — Descripción de una

hermosa cascada. — Nuestra situación empeora cada día. — Salida del puerto Praslin.

CAPÍTULO VI

Navegación desde el puerto Praslin hasta las Molucas. —

Escala en Boero..... 137

Distribución de equipos a los marineros. — Extrema carencia de víveres. — Descripción de los habitantes de Nueva Bretaña. — Atacan a la *Estrella*. — Descripción de la parte septentrional de Nueva Bretaña. — Isla de los Anacoretas. — Archipiélago llamado por nosotros *L'Echiquier*. — Peligro que allí corrimos. — Vista de Nueva Guinea. — Vientos y corrientes que sentimos. — Observaciones comparadas con la estima del derrotero. — Pasos de la línea. — Tentativas inútiles hechas en tierra. — Continuación de Nueva Guinea. — Peligro oculto. — Pérdida del patrón de la tripulación. — Navegación embarazosa. — Paso de la línea por cuarta vez. — Descripción del canal por el que desembocamos. — Quinto paso de la línea. — Discusión sobre el cabo Mabo. — Entrada en el archipiélago de las Molucas. — Encuentro de un negro. — Vista de Ceram. — Observación sobre los monzones en estos parajes. — Proyecto para nuestra seguridad. — Triste estado de las tripulaciones. — Bajo del golfo de Cajeli. — Escala en Boero. — Impedimento del residente holandés. — Buena recepción que nos hizo. — Policía de la Compañía de las Indias Holandesas. — Detalles sobre la isla de Boero y sobre los naturales del país. — Pueblo prudente. — Producciones de Boero. — Buen proceder del residente con respecto a nosotros. — Conducta de Aoturu en Boero. — Buena calidad de los víveres que allí se encuentran. — Observaciones acerca de los monzones y las corrientes. — Observación sobre los

temblores de tierra. — Salida de Boero. — Observaciones astronómicas.

CAPÍTULO VII

Derrotero desde Boero hasta Batavia. — Dificultades de la navegación en las Molucas. 175

Derrotero que hicimos. — Aviso náutico. — Vista del estrecho de Button. — Descripción de la entrada. — Aspecto del país. — Primer fondeo. — Tráfico con los habitantes. — Segundo, tercero y cuarto fondeos. — Avisos náuticos. — Continuación y descripción del estrecho. — Quinto y sexto fondeos. — Salida del estrecho de Button. — Descripción del paso. — Notas sobre esta navegación. — Gran visita que los insulares nos hacen. — Situación de los holandeses en Button. — Notas acerca de esta navegación. — Ventajas del derrotero precedente. — Paso del estrecho de Saleyer. — Descripción de este paso. — Descripción de esta parte de la isla Celebes. — Dificultades de la navegación en estos parajes. — Consecuencias de la dirección del derrotero. — Observaciones generales sobre esta navegación. — Inexactitud de las Cartas conocidas de esta parte. — Visita de la isla de Java. — Observaciones geográficas. — Encuentro de navíos holandeses. — Derrotero a largo de Java. — Error en la estima de nuestro derrotero. — Causas de este error. — Ruta hasta Batavia. — Nuevo error en nuestra estima. — Fondeo en Batavia.

CAPÍTULO VIII

Estancia en Batavia y detalles acerca de las Molucas. 209

Ceremonial a la llegada. — Visita al general de la Compañía de las Indias Holandesas. — Diversiones que se en-

cuentran en Batavia. — Belleza de sus alrededores. — Interior de la ciudad. — Riqueza y lujo de sus habitantes. — Detalles acerca de la administración de la Compañía. — Orden de los empleos al servicio de la Compañía. — Sus dominios en la isla de Java. — Entre cuántas soberanías está compartida esta isla. — Comercio de Batavia. — Detalles acerca de las islas Molucas. — Gobierno de Amboina. — Gobierno de Banda. — Gobierno de Ternate. — Gobierno de Macassar. — Política que los holandeses han seguido y siguen en las Molucas, con respecto a la especiería. — Enfermedades contraídas en Batavia.

CAPÍTULO IX

<i>Partida de Batavia. — Escala en la isla de Francia. — Retorno a Francia.</i>	235
---	-----

Detalles del derrotero hecho para salir de Batavia. — Salida del estrecho de la Sonda. — Derrotero hasta la isla de Francia. — Vista de la isla Rodríguez. — Arribo a la isla de Francia. — Peligro que corre la fragata. — Aviso náutico. — Escala en la isla de Francia. — Detalles de lo que hicimos. — Pérdida de dos oficiales. — Partida de la isla de Francia. — Derrotero hasta el Cabo de Buena Esperanza. — Mal tiempo que sufrimos. — Avisos náuticos. — Escala en el Cabo de Buena Esperanza. — Detalles del viñedo de Constanza. — Estado de los holandeses en el Cabo. — Partida del Cabo. — Vista de Santa Elena. — Escala en la Ascensión. — Partida de la Ascensión. — Paso de la línea. — Encuentro del *Swallow*. — Error en la estima de nuestro derrotero. — Vista de Ouessant. — Racha de viento que nos desapareja. — Llegada a Saint-Malo.

APÉNDICES

<i>Vocabulario de la isla Taiti</i>	259
<i>Observaciones acerca de la articulación del insular del mar del Sur que M. de Bougainville ha traído de la isla Taiti, y del vocabulario que ha formado del lenguaje de esta isla, por M. Pereire, de la Sociedad Real de Londres, intérprete del Rey</i>	273

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO II

VIAJE

ALREDEDOR DEL MUNDO

SEGUNDA PARTE

CONTIENE DESDE LA ENTRADA EN EL MAR OCCIDENTAL HASTA EL RETORNO A FRANCIA.

Et nos jam *tertia* portat
Omnibus errantes terris et fluctibus æstas.
(VIRG., *lib. I.*)

CAPÍTULO PRIMERO

Navegación desde el estrecho de Magallanes hasta el arribo a la isla Taiti. — Descubrimientos que le preceden.

ENERO de 1768. — *Dirección del derrotero al salir del estrecho.* — Desde nuestra entrada en el mar occidental, después de algunos días de vientos variables del Suroeste al Noroeste por el Oeste, tuvimos en seguida vientos del Sur y del Sur-Sureste. No esperaba encontrarlos tan pronto; los vientos de Oeste conducen ordinariamente hasta los 30°, y había re-

suelto ir a la isla de Juan Fernández para tratar de hacer buenas observaciones astronómicas. Quería así establecer un punto de partida seguro para atravesar este inmenso Océano, cuya extensión está marcada distintamente por los diferentes navegantes. El encuentro prematuro de los vientos Sur y Sureste me hizo renunciar a esta escala, que hubiese alargado mi camino.

Observación acerca de la posición de las costas de Chile.—Durante los primeros días hice rumbo al Oeste en tanto fué posible, tanto para conducirme con el viento como para alejarme de la costa, cuya posición no está trazada en las Cartas de una manera cierta. No obstante, como los vientos fuesen entonces siempre de la parte de Oeste, hubiésemos hallado tierra si la Carta de Jorge Juan (1) y Antonio de Ulloa hubiese sido exacta. Estos oficiales españoles, de distinguido mérito, suficiente para dar peso a sus opiniones, han corregido las antiguas Cartas de América meridional; hacen correr la costa desde el cabo Corse hasta Chiloé, Nordeste y Suroeste, y según conjeturas que, sin duda, han creído fundadas. Felizmente, esta corrección merece otra: era poco consoladora para los navegantes que, tras haber desembocado por el estrecho, tratan de volver al Norte con vientos constantemente variables del Suroeste al Noroeste por el Oeste. El caballero Narborough, después de haber salido del estrecho de Magallanes en 1669, siguió la costa de Chile, escudriñando las ensenadas y las grietas hasta el río de Valdivia, en el que entró; dice, en propios tér-

(1) En el original francés *D. Georges Juan*.

minos, que el derrotero desde el cabo Deseado hasta Valdivia es Norte 5° Este (1). He aquí que es más seguro que la aserción conjeturada de D. Jorge y D. Antonio. Si, por otra parte, hubiese sido verdadera, el derrotero que nos vimos obligados a seguir nos habría, como ya he dicho, conducido a tierra.

Orden de marcha de la «Boudeuse» y de la «Estrella».— Cuando estuvimos en el mar Pacífico, convine con el comandante de la *Estrella* en que, a fin de descubrir un mayor espacio de mar, se alejase de mí en el Sur todas las mañanas a la distancia que el tiempo permitiese, sin perdernos de vista; que por la noche nos reuniríamos, y que entonces se mantuviese en nuestras aguas cerca de media legua. Por este medio, si la *Boudeuse* hubiese encontrado por la noche algún peligro súbito, la *Estrella* estaba en el caso de maniobrar para darnos los socorros que las circunstancias hubieran hecho necesarios. Este orden de marcha ha sido seguido durante todo el viaje.

(1) El caballero Juan Narborough (de cuya expedición ya se ha hablado en nota de la página 211 del tomo I), al desembocar del estrecho de Magallanes, continuó por la costa del Pacífico, pues su secreto designio, a espaldas de los españoles y en provecho de Inglaterra, era entablar relaciones con los indios chilenos. Trató en algunas partes con los naturales, y en Valdivia, hasta donde llegó (diciembre de 1670), con los españoles. El gobernador de Valdivia le agasajó y ofreció refrescos, engañado por su informe de dirigirse a China; pero entrando más tarde en sospechas, retuvo una embarcación con cuatro personas, entre ellas un teniente de Narborough, el cual les abandonó entonces, y, volviendo por el mismo estrecho de Magallanes, regresó a su país. (*N. de la T.*)

Pérdida de un marinero caído al mar. — El 30 de enero un marinero cayó al mar; nuestros esfuerzos fueron inútiles y no pudimos salvarle; el viento era frescachón y la mar estaba muy gruesa.

Tierra de David, buscada inútilmente. — Derroté para encontrar la tierra que David (1), filibustero inglés, vió en 1686, en el paralelo 27° a 28° Sur, y que en 1722, Roggewin, holandés, buscó en vano. Continué buscando hasta el 17 de febrero. Había pasado el 14 por esta tierra, según la Carta de M. Beilin (2).

Febrero de 1768. — Incertidumbre acerca de la latitud de la isla de Pascua. — No quise proseguir buscando la isla de Pascua, no estando su latitud señalada

(1) Hacia el año 1680, algunos filibusteros que hasta entonces habían pirateado en el Atlántico, especialmente en las colonias españolas (Granada, Cartagena de Indias, Veracruz e islas adyacentes), pensaron en hacer la costa opuesta teatro de sus hazañas. Pasaron entonces unos, en barco, por el Magallanes, y otros, a pie, por el istmo de Darien. Tras crímenes varios, nombraron por almirante a David, que unos dicen inglés y otros flamenco, de una armada de diez buques, con que se enriqueció. El juego lo arruinó más tarde y redujo a extrema miseria. De este grupo de filibusteros procedían Guillermo Dampier, autor de exquisitos y científicos Diarios, y Cowley, que más tarde dieron la vuelta al Globo y abandonaron su primer infame género de vida. (*N. de la T.*)

(2) No es sorprendente que no hayamos encontrado esta tierra, aunque la hayamos buscado en su verdadera latitud. Hay cerca de 10° de error en su situación de longitud en nuestras Cartas. Los españoles han enviado de Chile hace dos años a la busca de esta isla y la han encontrado. La sitúan entre los 27° y 28° de latitud austral, y cerca de los 113° de longitud occidental del meridiano de París.

de una manera positiva (1). Varios geógrafos concuerdan en situarla en el paralelo 27° a 28° Sur; sólo monsieur Buache la pone en el 31° . No obstante, en la jornada del 14, estando a $27^{\circ} 7'$ de latitud observada y a los $104^{\circ} 12'$ de longitud occidental estimada, vimos dos aves bastante semejantes a gaviotas, especie que no se aleja ordinariamente a más de 60 u 80 leguas de tierra; vimos también un manojo de esas hierbas verdes que se agarran a la quilla de los navíos. Estos encuentros me hicieron continuar el mismo derrotero hasta el 17.

Observaciones meteorológicas. — Desde el 23 de febrero hasta el 3 de marzo tuvimos calmas y lluvia de los vientos del Oeste, constantemente variables del Suroeste al Noroeste. Todos los días, poco antes o después de mediodía, teníamos que sufrir chaparrones acompañados de truenos. ¿De dónde nos venía esta extraña mudanza, bajo el trópico y en este Océano, renombrado más que ningún otro mar por la uniformidad y la frescura de los vientos alisios del Este al Sureste, que se dice reinan allí todo el año? Nos veremos más de una vez en el caso de hacernos la misma pregunta.

Observaciones astronómicas comparadas con la estima del derrotero. — En el corriente mes de febrero, M. Verron me comunicó cuatro resultados de observaciones para determinar nuestra longitud. Las prime-

(1) La isla de Pascua, en indígena Rapa-Nui, está en pleno Pacífico, a 27° de latitud Sur y 109° de longitud Oeste del meridiano de Greenwich. No lejos de ella, y al Nordeste, se encuentra la isla de Salas y Gómez. Ambas son muy pequeñas. (N. de la T.)

ras, referidas al mediodía del 6, en el que me estimé a la longitud de $91^{\circ} 45'$ al Oeste de París, no diferían con mi estima más que los $31'$ que yo estaba al Oeste de su observación; las segundas, reducidas a mediodía del 11, en que me estimaba a los $98^{\circ} 19'$ de longitud al Oeste de París, diferían de mi longitud estimada en los $37' 45''$ que estaba más al Este que él; por las terceras observaciones, reducidas al 22 a mediodía, en que estimé mi longitud en $111^{\circ} 30'$, estaba más al Oeste que él en $42' 30''$; tenía $1^{\circ} 25'$ de diferencia occidental con la longitud determinada por las observaciones del 27. Fué cuando experimentamos una serie de calmas y de vientos contrarios. El termómetro, hasta que estuvimos en el paralelo de 45° , varió de 5° a 8° por encima de la congelación; subió después sucesivamente, y cuando estuvimos en los paralelos de 27° a 24° , varió de 17° a 19° .

Hubo en la fragata, en cuanto hubimos salido del estrecho, males de garganta casi epidémicos. Como se les atribuía a las aguas de nieves del estrecho, hice poner todos los días en la cámara de la carne una pinta de vinagre y granadas al rojo. Felizmente, estos males de garganta cedieron a los más simples remedios, y a fines de febrero ningún hombre estaba enfermo. Teníamos únicamente cuatro marineros atacados de escorbuto. Se obtuvo en este tiempo una pesca abundante de bonitos y de grandes orejas de mar; durante ocho o diez días se cogió bastante para dar una comida a las dos tripulaciones.

Marzo de 1768. — Encuentro de las primeras islas.
Corrimos durante el mes de marzo el paralelo de las

primeras tierras e islas que están señaladas en la Carta de M. Bellin bajo el nombre de *islas de Quirós*. El 21 cogimos un atún, en cuyo estómago encontramos, todavía sin digerir, algunos pececillos cuyas especies no se alejan nunca de las costas. Era indicio de la proximidad de algunas tierras. Efectivamente; el 22, a las seis de la mañana, dimos al mismo tiempo vista a cuatro islotes en el Sur-Sureste 5° Este, y a una islita que nos demoraba a cuatro leguas en el Oeste. Llamé a los cuatro islotes los *cuatro Facardins*, y como estaban demasiado a barlovento, hice correr hacia la islita que estaba ante nosotros.

Observaciones sobre una de estas islas. — A medida que nos aproximamos, descubrimos que estaba bordeada de una playa de arena muy llana y que todo el interior estaba cubierto de espesos bosques, por encima de los que se yerguen los tallos fecundos de los cocoteros (1). La mar rompía bastante a su altura al Norte y al Sur, y una gran ola, que batía toda la costa del Este, nos impedía el acceso a la isla por esta parte. Entretanto el verdor encantaba nuestra vista y los cocoteros nos ofrecían por todas partes sus frutos y su sombra sobre un césped esmaltado de flores; millares de pájaros que revoloteaban alrededor de la ribera, parecían anunciar una costa de mucha pesca; se suspiraba por desembarcar. Creímos que sería más fácil en la parte occidental y seguimos la costa a distancia de cerca de dos millas. Por todas partes vimos la mar rom-

(1) Palmera *Cocos nucífera*, propia de todas las costas e islas situadas entre ambos trópicos. (*N. de la T.*)

per con la misma fuerza, sin una sola ensenada ni la menor bahía que pudiese servir de abrigo y romper la ola. Perdiendo así toda esperanza de poder desembarcar allí, a menos de riesgo evidente de romper los navíos, volvimos a poner proa al mar, cuando se gritó que se veía a dos o tres hombres correr a las orillas del mar.

Está habitada a pesar de su pequeñez. — No hubiésemos nunca creído que una isla tan pequeña pudiese estar habitada, y mi primera idea fué, sin duda, que algunos europeos habían naufragado. Ordené rápidamente poner al paio, determinado a intentar todo para salvarlos. Estos hombres habían vuelto al bosque; pero poco después salieron en número de quince o veinte y avanzaron a grandes pasos. Estaban desnudos y llevaban lanzas muy largas, que vinieron a agitar frente a los barcos con demostraciones de amenazas; después de esta ostentación se retiraron bajo los árboles, donde se distinguían sus cabañas con los catalejos. Estos hombres nos parecieron muy grandes y de color bronceado. He llamado a la isla que habitan la *isla de los Lanceros*. Estando a menos de una legua en el Noreste de esta isla, hice señal a la *Estrella* de sondar; soltó 200 brazas de sonda sin encontrar fondo.

Desde este día recogíamos velas por la noche, temiendo encontrar de improviso alguna de estas tierras bajas cuyo contacto es tan peligroso. Nos vimos obligados a quedarnos de través una parte de la noche del 22 al 23, estando el tiempo tempestuoso, con mucho viento, lluvia y truenos.

Serie de islas encontradas. — Al amanecer, vimos

una tierra que se extendía, con relación a nosotros, desde el Noreste-cuarto-Norte hasta el Norte-Noroeste. Hicimos rumbo a ella, y a las ocho estábamos a cerca de tres leguas de su punta oriental. Entonces, aunque reinase una especie de bruma, advertimos rompiéndose a lo largo de esta costa, que parecía muy baja y cubierta de árboles. Volvimos a virar a alta mar, esperando que un cielo más claro nos permitiese aproximarnos a tierra con menos riesgo; pudimos hacerlo hacia las diez. Llegados a una legua de la isla, la costeamos, tratando de descubrir un sitio propio para desembarcar. No encontramos fondo con una sonda de 120 brazas. Una barra, sobre la que rompía el mar con furia, bordeaba toda la costa, y presto reconocimos que esta isla no estaba formada más que por dos lenguas de tierra muy estrechas, que se juntan en la parte del Noroeste, dejando una abertura al Sureste entre sus extremos.

Descripción de la mayor de estas islas. — El centro de esta isla está así invadida por el mar en toda su longitud, que es de diez a doce leguas Sureste a Noroeste, de suerte que la tierra presenta una especie de herradura muy alargada, cuya abertura está al Sureste.

Las dos lenguas de tierra tienen tan poca anchura, que advertíamos el mar allende la del Norte. No parecían estar compuestas más que por dunas de arena cortadas, de terreno bajo, desnudo de árboles y de verdor. Las dunas más elevadas están cubiertas de cocoteros y de otros árboles más pequeños y muy espesos. Advertimos, por la tarde, piraguas que navegaban en la especie de lago que esta isla abraza, unas a la vela,

otras con remos. Los salvajes que las conducían estaban desnudos. Por la tarde vimos gran número de insulares dispersos a lo largo de las costas. Nos parecieron que tenían en sus manos largas lanzas, como aquellas con que nos amenazaban los habitantes de la primera isla; aun no habíamos encontrado ningún lugar donde nuestras canoas pudiesen abordar. Por todos los sitios la mar levantaba espuma con igual fuerza. La noche suspendió nuestras investigaciones; la pasamos costearo con las gavias, y no habiendo descubierto el 24 por la mañana ningún lugar de abordaje, proseguimos nuestro derrotero y renunciemos a esta isla inaccesible, que llamé, a causa de su forma, la *isla del Harpa*. Por lo demás, esta tierra tan extraordinaria, ¿está en formación? ¿Está en ruinas? ¿Cómo se ha poblado? (1). Sus habitantes nos han parecido de gran talla y bien proporcionados. Admiro su valor si viven sin inquietud en estas fajas de arena, que un huracán puede de un momento a otro sepultar en las aguas. Es verdad que tienen piraguas, con las que pueden trasladarse a las islas vecinas y que su bagaje es poco considerable.

Primer grupo: archipiélago Peligroso. — El mismo

(1) Las islas de Oceanía, en su mayor parte, deben su existencia a la actividad constructora de los corales. Edifican arrecifes de forma oval o circular (*atoll*), o construyen en torno a las islas una barrera (*arrecife-barrera*), separada de la costa por un canal que se debe al mar que ha quedado encerrado entre el arrecife y la costa. La isla que aquí describe Bougainville es un verdadero *atoll* típico, en forma de herradura, que acabará por cerrarse en anillo. El estudio del *atoll* de Funafuti (en las islas polinesias de Ellice) en 1897, permitió comprobar hasta qué profundidad llegan las capas de caliza coralina. (*N. de la T.*)

día, a las cinco de la tarde, advertimos una nueva tierra a la distancia de siete a ocho leguas; la incertidumbre de su posición, el tiempo inconstante, con aguaceiros y tormentas, y la obscuridad nos obligaron todavía a pasar esta noche costeanado. El 25 por la mañana pudimos acostar a tierra, que reconocimos ser una isla muy baja, la que se extendía, de Sureste a Noroeste, en una extensión de cerca de veinticuatro millas. Hasta el 27 continuamos navegando en medio de islas bajas y en parte sumergidas, de las que examinamos todavía cuatro, todas de la misma naturaleza, todas inabordables, y que no merecían que perdiésemos nuestro tiempo en visitarlas. He llamado *archipiélago Peligroso* (1) a este conjunto de islas, de las que hemos visto once, y que son probablemente en mayor número. La navegación es extremadamente peligrosa en medio de estas tierras bajas, erizadas de rompientes y sembradas de escollos, donde conviene usar, de noche sobre todo, de las mayores precauciones.

Error en las Cartas de esta parte del mar Pacífico. — Me determiné a derrotar de nuevo al Sur, a fin de salir de estos parajes peligrosos. Efectivamente, desde el 28 cesamos de ver tierras. Quirós fué el primero que descubrió, en 1606, la parte meridional de esta cadena de islas que se extiende en el Oeste-Noroeste, y en la que el almirante Roggewin se encontró comprometido en 1722 hacia el paralelo 15.º; la llamó el *Laberinto*. Yo no sé, por lo demás, en qué

(1) Hoy archipiélago de Tuamotu, rico en atolls y arrecifes de coral. (*N. de la T.*)

fundamento se apoyan nuestros geógrafos cuando trazan a continuación de estas islas un comienzo de costa vista — dicen — por Quirós, y a la que dan setenta leguas de continuidad. Todo lo que se puede inferir del Diario de este navegante es que la primera tierra a que abordó después de su salida del Perú tenía más de ocho leguas de extensión. Pero, lejos de representarla como una costa considerable, dice que los salvajes que la habitaban le hicieron saber que encontraría grandes tierras en su derrotero. De existir aquí una considerable, no podíamos dejar de encontrarla, puesto que la más baja latitud a que hasta el presente hayamos llegado ha sido $17^{\circ} 40'$, latitud que Quirós observó en esta costa, de que plugo a los geógrafos hacer un gran país.

Estoy de acuerdo en que difícilmente se conciba un número tan grande de islas bajas y tierras casi sumergidas sin suponer un continente vecino. Pero la Geografía es una ciencia de hechos; en el gabinete no se puede hacer concesiones al espíritu de sistemas sin arriesgar los mayores errores, que después frecuentemente no se corrigen sino a expensas de los navegantes (1).

(1) Las primeras tierras descubiertas en el mar del Sur por los ingleses, en el último viaje hecho alrededor del mundo, después de doblar el cabo de Hornos, son: una isla situada a $18^{\circ} 44'$ de latitud austral y $138^{\circ} 58'$ de longitud occidental del meridiano de Londres; una segunda, a $17^{\circ} 24'$ de latitud austral y $142^{\circ} 50''$ de longitud occidental de Londres; una tercera, a $17^{\circ} 24'$ de latitud y $145^{\circ} 26'$ de longitud occidental de Londres. Son las únicas de que hayan tenido conocimiento antes de arribar a Taiti.

Observaciones astronómicas comparadas con la estima del derrotero. — Monsieur Verron, en el mes de marzo, me dió tres observaciones de longitud. Las primeras, hechas con el octante de Mr. Hadley, referidas al 3 a mediodía, en que yo me estimaba a $117^{\circ} 26'$ de longitud al Oeste de París, no diferían de mi estima más que en $21' 30''$ que estaba más al Oeste que la longitud observada. Las segundas, hechas con el megámetro y reducidas al mediodía del 10, diferían considerablemente de mi estima; mi longitud, estimada de $131^{\circ} 12'$ al Oeste de París, era en $3^{\circ} 6'$ más occidental que la observada; por el contrario, el resultado de las tres observaciones hechas el 27 con el octante, mi estima de $147^{\circ} 4'$ estaba de acuerdo con las observaciones en cerca de $39' 15''$, que creía estaba más al Este que las observaciones. Se notará que desde la salida del estrecho de Magallanes he seguido siempre la longitud de mi punto de partida sin hacer ninguna corrección ni servirme de observaciones.

Observaciones meteorológicas. — El termómetro en este mes ha estado constantemente de 19° a 20° , hasta entre las tierras. A fines de mes hemos tenido cinco días de viento Oeste, con chaparrones y tormentas que se sucedían casi sin interrupción. La lluvia fué continua; así, el escorbuto se declaró en ocho o diez marineros. La humedad es uno de los agentes más activos de esta enfermedad.

Ventajas de uso del polvo de limonada y de agua de mar destilada. — Se les daba todos los días a cada uno una azumbre de limonada hecha con el polvo de *Faciot*; hemos tenido en este viaje los mejores re-

sultados con este polvo. Había también comenzado el 3 de marzo a servirme de la alquitara de monsieur Poissonnier, y hemos continuado hasta Nueva Bretaña empleando el agua así destilada para la sopa y la cocción de la carne y de las legumbres. El suplemento de agua que nos proporcionaba nos ha sido de la mayor utilidad en esta larga travesía.

Abril de 1768. — Se encendía el fuego a las cinco de la tarde y se apagaba a las cinco o seis de la madrugada, y cada noche hacíamos más de una barrica de agua. Por lo demás, para economizar el agua dulce, hemos amasado siempre el pan con agua salada.

Segundo grupo de tierras: archipiélago de Borbón. El 2 de abril, a las diez de la mañana, vimos en el Norte-Nordeste una montaña alta y muy escarpada, que nos pareció aislada; la llamé el *Boudoir* o *El Pico de la Boudeuse*. Corrimos al Norte para reconocerla, cuando dimos vista a otra tierra en el Oeste-cuarto-Noroeste, cuya costa, no menos elevada, ofrecía a nuestros ojos una extensión indeterminada.

Vista de Taiti (1). — Teníamos muy urgente necesidad de una escala que nos procurase madera y bastimentos, y gustaba encontrarles en esta tierra. Hizo casi calma todo el día. La brisa se levantó por la noche y seguimos la tierra hasta las dos de la mañana, en que de nuevo nos hicimos al mar durante tres horas. Salió el Sol envuelto en nubes y en bruma, y hasta las

(1) Taiti o Tahiti forma hoy parte del archipiélago de la Sociedad, en el Pacífico, entre los 16° y 18° de latitud Sur y los 149° y 152° 30' de longitud Oeste de Greenwich. (*N. de la T.*)

nueve de la mañana no volvimos a ver tierra, cuya punta meridional nos demoraba a Oeste-cuarto-Noroeste; no se advertía ya El Pico de la Boudeuse más que desde lo alto de los mástiles. Los vientos soplaban del Norte al Nornordeste, y nos pusimos lo más cerca para arribar a barlovento de la isla. Al aproximarnos vimos, más allá de su punta del Norte, otra tierra lejana más septentrional todavía, sin que pudiésemos entonces distinguir si pertenecía a la primera isla o si formaba otra diferente.

Maniobras para abordar. — Durante la noche del 3 al 4 costeamos para elevarnos hacia el Norte. Fuegos que vimos con alegría brillar por todas partes en la costa nos hicieron saber que estaba habitada. El 4, al despuntar la aurora, reconocimos que las dos tierras que la víspera nos habían parecido separadas estaban unidas por una tierra más baja, que se curvaba en arco y formaba una bahía abierta al Nordeste. Seguimos a toda vela hacia tierra, barlovento de esta bahía, cuando advertimos una piragua que venía de alta mar y bogaba hacia la costa, sirviéndose de su vela y de sus remos. Nos pasó delante y se reunió a otra infinidad de ellas que de todas partes de la isla corrían ante nosotros. Una de ellas precedía a las demás; era conducida por doce hombres desnudos, que nos ofrecían ramos de plátanos, y sus demostraciones atestiguaban que esto era allí la rama de olivo.

Primer tráfico con los insulares. — Les respondimos con todos los signos de amistad que se nos ocurrieron; entonces acostaron al navío, y uno de ellos, notable por su enorme cabellera erizada, nos ofreció con su

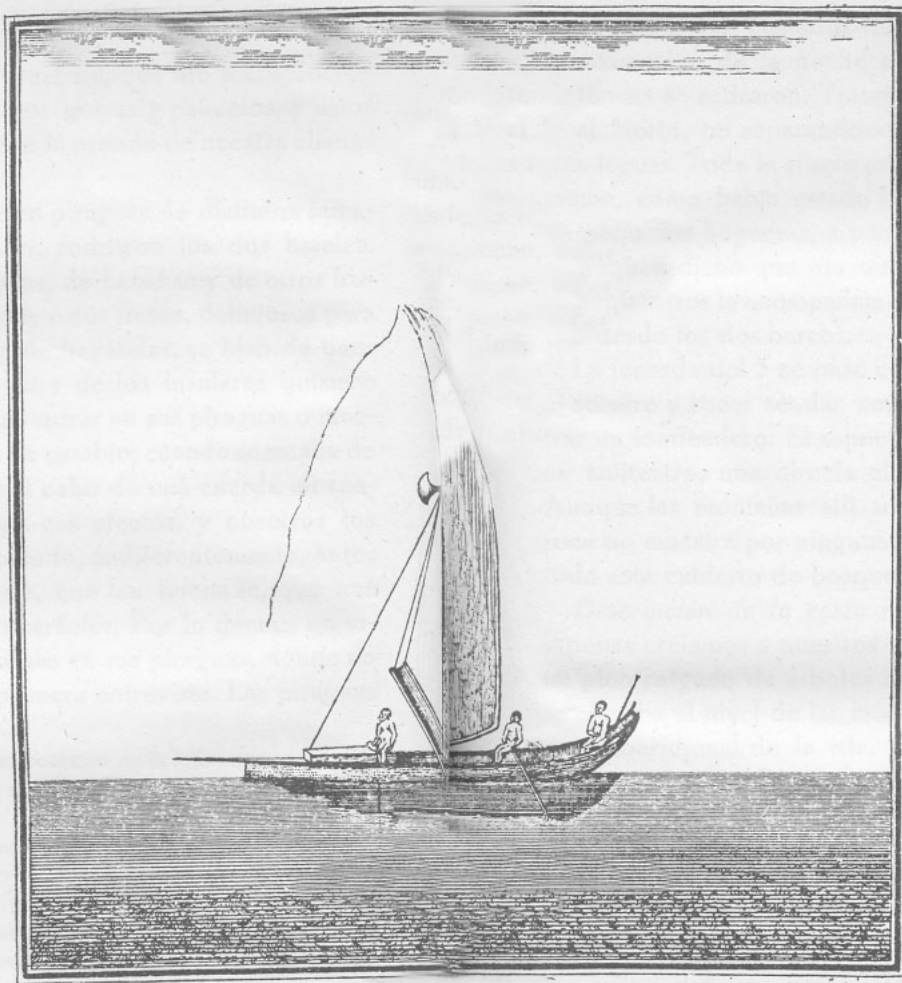
ramo de paz un cochinillo y un régimen (1) de bananas (2). Aceptamos su presente, que ató a una cuerda que se le lanzó. Le dimos gorras y pañuelos, y estos primeros presentes fueron la prenda de nuestra alianza con este pueblo.

En seguida, más de cien piraguas de distintos tamaños, y todas con balancín, rodearon los dos bajeles. Estaban cargadas de cocos, de bananas y de otros frutos del país. El cambio de estos frutos, deliciosos para nosotros, por toda clase de bagatelas, se hizo de buena fe; pero sin que ninguno de los insulares quisiese subir a bordo. Había que entrar en sus piraguas o mostrar de lejos los objetos de cambio; cuando se estaba de acuerdo, se les enviaba al cabo de una cuerda un cesto o una red; allí ponían sus efectos, y nosotros los nuestros, dando o recibiendo, indiferentemente, antes de haber dado o recibido, con tan buena fe, que nos hizo augurar bien de su carácter. Por lo demás, no vimos ninguna clase de armas en sus piraguas, donde no había mujeres en esta primera entrevista. Las piraguas

(1) *Régimen* es el nombre botánico de la inflorescencia y racimo de frutos del bananero y el que aquí emplea Bougainville (*Nota de la traductora.*)

(2) Hay en toda la Polinesia a que Taiti pertenece varias especies de plátanos o bananeros: la *Musa sapientum*, la *Musa paradisiaca*, que es el plátano propiamente dicho, bien que sea una forma de cultivo de la primera, y la *Musa Fehi*, propia también de Nueva Caledonia (Melanesia). Los taitianos llaman a esta última *fehii* y *aiori*.

La harina de plátanos es el *arrow-root* de la Guyana o el *conquin-tay* de los ingleses. Se la prepara principalmente en América central y Antillas. (*N. de la T.*)



Canoa a la vela de la Fiti, según Bougainville.

quedaron a los costados de los navíos hasta que la aproximación de la noche nos hizo virar a alta mar. Entonces se retiraron. Tratamos durante la noche de ir al Norte, no separándonos nunca de tierra más de tres leguas. Toda la ribera estuvo hasta cerca de media noche, como había estado la noche precedente, llena de pequeñas hogueras, a poca distancia unas de otras; se hubiese dicho que era una iluminación intencionada, y nosotros la acompañamos con varios cohetes tirados desde los dos barcos.

La jornada del 5 se pasó costeanado, a fin de quedar al socaire y hacer sondar con los bateles para encontrar un fondeadero. El aspecto de esta costa, elevada en anfiteatro, nos ofrecía el más alegre espectáculo. Aunque las montañas allí sean de una gran altura, la roca no muestra por ninguna parte su árida desnudez; todo está cubierto de bosque.

Descripción de la costa vista desde alta mar. — Apenas creíamos a nuestros ojos cuando descubrimos un pico cargado de árboles hasta su cima aislada, que se elevaba al nivel de las montañas en el interior de la parte meridional de la isla. No parecía tener más de treinta toesas de diámetro; disminuía subiendo; se le hubiese tomado de lejos por una pirámide de una altura inmensa que la mano de hábil decorador hubiese adornado de guirnaldas de flollaje. Los terrenos menos elevados están cortados con praderas y bosquecillos, y en toda la extensión de la costa reina en las orillas del mar, al pie de las montañas, una faja de tierra baja y llana, cubierta de plantaciones. Allí, en medio de los plátanos, de los cocoteros y otros árbo-

les cargados de frutas, advertimos las casas de los insulares.

Al costear, nuestros ojos quedaron sorprendidos a la vista de una hermosa cascada, que se lanzaba desde lo alto de las montañas y precipitaba en el mar sus aguas espumosas. Una aldea estaba construída al pie, y allí la costa aparecía sin rompientes. Deseábamos todos poder fondear al alcance de este hermoso lugar; sin cesar se sondaba desde los navíos, y nuestros bateses sondaban hasta tierra; no se encontró en esta parte más que una plataforma de rocas, y hubo que resolverse a buscar en otro sitio un fondeadero.

Continuación del tráfico con los insulares. — Las piraguas habían vuelto al navío desde el amanecer, y todo el día se hicieron cambios. Hasta se abrieron nuevas ramas de comercio; además de los frutos de la especie de los traídos la víspera, y algunos otros bastimentos, tales como gallinas y palomas, los insulares trajeron consigo toda clase de instrumentos para la pesca, de hachas de piedra, telas singulares, conchas, etcétera. Pedían en cambio hierro y pendientes. Los truecos se hicieron como la víspera, con lealtad; esta vez también vinieron en las piraguas algunas mujeres, lindas y casi desnudas. A bordo de la *Estrella* subió un insular, que allí pasó la noche, sin mostrar ninguna inquietud.

La empleamos todavía en costear, y el 6 por la mañana llegamos a la extremidad septentrional de la isla. Una segunda se ofreció a nosotros; pero la vista de varias rompientes que parecían impedir el paso entre las dos islas me determinó a volver sobre mis pasos a

buscar un fondeadero en la primera bahía que habíamos visto el día de nuestra llegada. Nuestras canoas, que sondaban ante nosotros y hacia tierra, encontraron la costa Norte de la bahía bordeada por todas partes, a un cuarto de legua de la orilla, de un arrecife que se descubre en bajamar. No obstante, a una legua de la punta Norte reconocieron en el arrecife una cortadura ancha de dos cables (1) a lo más, en la que había treinta a treinta y cinco brazas de agua, y dentro una rada de bastante extensión, cuyo fondo variaba desde nueve hasta treinta brazas. Esta rada estaba limitada al Sur por un arrecife que, partiendo de tierra, iba a reunirse con el que bordeaba la costa. Nuestras canoas habían sondado siempre sobre fondo de arena y habían encontrado varios riachuelos cómodos para hacer agua. En el arrecife del lado del Norte hay tres islotes.

Fondeo en Taiti. — Este informe me decidió a fondear en esta rada, y en el acto derrotamos para entrar en ella. Costeamos la punta del arrecife de estribor al entrar, y una vez dentro echamos nuestra primera ancla con treinta y cuatro brazas, fondo de arena gris, conchuelas y cascajo, y echamos bien pronto un ancla al Noroeste para fondear nuestra ancla de afianzar. La *Estrella* pasó a barlovento y fondeó en el Norte a un cable. En cuanto nos vimos anclados recogimos vergas y mástiles mayores.

Dificultades para amarrar los navíos. — A medida que nos habíamos ido aproximando a tierra, los insu-

(1) Distancia de ciento veinte brazas, cerca de doscientos metros. (*N. de la T.*)

lares habían rodeado los navíos. La afluencia de piraguas fué tan grande en torno a los barcos, que nos costó mucho trabajo amarrar en medio de la multitud y del ruido. Llegaban todos gritando *tayo*, que quiere decir *amigo*, y dándonos mil testimonios de amistad; todos pedían clavos y pendientes. Las piraguas estaban llenas de mujeres, que no ceden, por lo agraciado del rostro, a la mayor parte de las europeas, y que, en cuanto a la belleza del cuerpo, podrían disputarla a todas con ventaja. La mayor parte de estas ninfas estaban desnudas, porque los hombres y las viejas que las acompañaban las habían quitado la haldilla con que ordinariamente se envuelven. Nos hicieron desde un principio desde sus piraguas donaires en que, a pesar de su ingenuidad, se descubría algún embarazo, sea que la naturaleza haya en todas partes embellecido el sexo con timidez ingenua, sea que hasta en los países donde reina todavía la franqueza de la edad de oro, las mujeres aparenten no querer lo que más desean. Los hombres, más simples o más libres, se dieron a conocer en seguida claramente; nos invitaban a escoger una mujer, seguirla a tierra, y sus gestos inequívocos demostraban la manera cómo había que conducirse con ella. Y pregunto ahora: ¿cómo retener en el trabajo, en medio de espectáculo semejante, a cuatrocientos franceses, jóvenes, marinos, y que desde hacía seis meses no habían visto mujeres? A pesar de todas las precauciones que pudimos tomar, subió a bordo una moza, que llegó por el castillo de popa a situarse en una de las escotillas que están encima del cabrestante; esta escotilla estaba abierta para dar aire a los que vi-

rabán. La moza dejó caer negligentemente la haldilla que la cubría, y apareció a los ojos de todos tal como Venus se dejó ver del pastor frigio; tenía hasta su forma celestial. Marineros y soldados se atropellaban para llegar a la escotilla, y nunca ningún cabrestante fué virado con igual actividad. Nuestros cuidados lograron, sin embargo, contener a estos hombres hechizados; llegar a contenerse a sí mismo no había sido menos difícil. Un francés únicamente, mi cocinero, que, a pesar de mis prohibiciones, había encontrado medio de escapar, se volvió bien pronto más muerto que vivo. Apenas puso pie a tierra con la bella que había elegido, se vió rodeado de una multitud de indios, que le desnudaron en un instante y le dejaron desnudo de pies a cabeza. Se creyó perdido, no sabiendo en qué acabarían las exclamaciones de esta multitud, que examinaba en tumulto todas las partes de su cuerpo. Después de haberle considerado bien, le devolvieron sus vestidos, pusieron en sus bolsillos todo lo que le habían sacado e hicieron aproximar a la joven, animándole a satisfacer los deseos que le habían conducido a tierra con ella. Fué inútil. Fué preciso que los insulares condujesen a bordo al pobre cocinero, y me dijo que, por mucho que le reprendiese, no le daría nunca tanto terror como el que acababa de tener en tierra.

CAPÍTULO II

Estancia en la isla Taiti.—Detalles de lo bueno y de lo malo que nos ocurrió en ella.

DESEMBARCO. — Se han visto los obstáculos que hubo que vencer para lograr fondear. Cuando estuvimos amarrados, bajé a tierra con varios oficiales, a fin de reconocer un lugar a propósito para hacer aguada. Fuimos recibidos por una multitud de hombres y de mujeres, que no se cansaban de considerarnos; los más atrevidos llegaban a tocarnos y hasta separaban nuestros vestidos, como para comprobar si estábamos hechos como ellos; ninguno llevaba armas, ni aun palos. No sabían cómo expresar su alegría por recibirnos.

Visita al jefe del cantón. — El jefe de este cantón nos condujo a su casa y nos hizo entrar. Había allí dentro cinco o seis mujeres y un anciano venerable. Las mujeres nos saludaron llevándose la mano al pecho y gritando varias veces *tayo*. El viejo era padre de nuestro huésped. No tenía de ancianidad más que este carácter respetable que imprimen los años en un bello semblante; su cabeza, adornada de cabellos blancos y de una larga barba; todo su cuerpo, nervioso y lleno, no mostraba ninguna arruga, ningún signo de decre-

pitud. Este hombre venerable apenas pareció advertir nuestra llegada; se retiró hasta sin responder a nuestras caricias, sin demostrar ni espanto, ni sorpresa, ni curiosidad; muy lejos de tomar parte en la especie de éxtasis que nuestra vista causaba a todo este pueblo, su aire soñador y pensativo parecía anunciar que temía que estos días dichosos, deslizados para él en el seno del reposo, fuesen turbados con la llegada de una nueva raza.

Descripción de la casa. — Se nos dejó la libertad de considerar el interior de la casa. No tenía [ningún mueble, ningún adorno que la distinguiese de las casas ordinarias más que su tamaño. Podría tener ochenta pies de longitud por veinte de anchura. Notamos allí un cilindro de mimbre, largo de tres o cuatro pies y adornado de plumas negras, que estaba suspendido del techo, y dos figuras de madera que tomamos por ídolos. Una era el dios; estaba de pie contra uno de los pilares; la diosa estaba en frente, inclinada a lo largo del muro, al que excedía en altura, atada a las cañas que le forman. Estas figuras, contrahechas y sin proporciones, medían cerca de tres pies de altura; pero tenían un pedestal cilíndrico, hueco en el interior y esculpido en calados. Estaba hecho en forma de torre y podía tener de seis a siete pies de altura por cerca de un pie de diámetro; todo de una madera negra muy dura.

Recepción que nos hizo. — El jefe nos propuso después sentarnos en la hierba fuera de su casa, donde hizo traer frutos, pescado asado y agua; durante la comida envió a buscar algunas piezas de tela y dos grandes collares hechos de mimbres y recubiertos de plu-

mas negras y de dientes de tiburones. Su forma no dejaba de parecerse a la de estas gorgueras inmensas que se llevaban en tiempo de Francisco I. Puso uno al cuello del caballero D'Oraison; el otro, al mío, y distribuyó las telas. Estábamos ya para volver a bordo cuando el caballero De Suzannet advirtió que le faltaba una pistola, que le habían diestramente robado de su bolsillo. Se lo hicimos saber al jefe, que en el acto quiso registrar a todos los que nos rodeaban; hasta maltrató a algunos. Detuvimos sus pesquisas, tratando solamente de hacerle comprender que el autor del robo podría ser víctima de su ratería y que su latrocinio le daría la muerte.

El jefe y todo el pueblo nos acompañaron hasta nuestros barcos. Prestos a arribar nos vimos detenidos por un insular de hermosa presencia que, tendido bajo un árbol, nos ofreció compartir el césped que le servía de asiento. Aceptamos; este hombre, entonces, se volvió hacia nosotros, y con acento tierno, a los acordes de una flauta, en la que otro indio soplabá con la nariz, nos cantó lentamente una canción, sin duda anacreónica: escena encantadora y digna del pincel de Boucher. Cuatro insulares vinieron confiadamente a comer y acostarse a bordo. Les hicimos oír flauta, contrabajo y violín, y les obsequiamos con fuegos artificiales, compuestos de cohetes y serpentinas. Este espectáculo les causó sorpresa mezclada de espanto.

El 7, por la mañana, el jefe, cuyo nombre era *Ereti*, vino a bordo. Nos trajo un cerdo, gallinas y la pistola que nos habían quitado la víspera en su casa. Este acto de justicia nos dió buena idea de él.

Campamento en tierra proyectado por nuestra parte. — Durante la mañana tomamos todas nuestras disposiciones para bajar a tierra nuestros enfermos y nuestras barricas de agua y dejarlas allí estableciendo una guardia para su seguridad. Bajé por la tarde con armas y bagajes, y comenzamos a levantar el campamento, a orillas de un riachuelo en que íbamos a hacer nuestra aguada. Ereti vió la tropa bajo las armas y los preparativos del campamento, sin parecer, en un principio, sorprendido ni descontento. Sin embargo, algunas horas después vino, acompañado de su padre y de los principales del cantón, que le habían hecho cargos a este respecto, y me dió a entender que nuestra estancia en tierra les disgustaba; que éramos dueños de venir en el día cuanto quisiéramos; pero que durante la noche pernoctáramos a bordo de nuestros barcos. Insistí sobre el establecimiento del campo, haciéndole comprender que nos era necesario para hacer aguada, leña y efectuar más fácilmente los canjes entre las dos naciones. Celebraron entonces un segundo consejo, a consecuencia del cual Ereti vino a preguntarme si nos quedaríamos aquí siempre, o si contábamos volver a partir y en qué tiempo. Le respondí que nos daríamos a la vela a los diez y ocho días, en señal de cuyo número le di diez y ocho pedrezuelas; tras esto, nueva conferencia, a la que me llamaron.

Consienten bajo algunas condiciones. — Un hombre grave, y que parecía ser de peso en el consejo, quiso reducir a nueve los días de nuestro campamento. Insistí en el número que había pedido, y, al fin, consintieron.

Desde este momento la alegría se restableció. Ereti mismo nos ofreció un cobertizo inmenso, muy cerca del río, bajo el cual estaban algunas piraguas, que hizo retirar en el acto.

Campo establecido para los enfermos y los trabajadores. — Levantamos en este cobertizo las tiendas para nuestros escurbúticos, en número de treinta y cuatro; doce de la *Boudeuse* y veintidós de la *Estrella*, y algunas otras necesarias para el servicio. La guardia se compuso de treinta soldados. Hice también desembarcar fusiles, para armar a los trabajadores y a los enfermos. Me quedé en tierra la primera noche, que Ereti quiso también pasar en nuestras tiendas. Hizo llevar su cena, que juntó con la nuestra; despidió a la multitud que rodeaba el campo y no retuvo con él más que a cinco o seis de sus amigos. Después de cenar pidió cohetes, que le dieron tanto miedo como placer. Al terminar la noche envió a buscar a una de sus mujeres, que hizo acostar en la tienda de M. De Nassau. Era vieja y fea.

Precauciones tomadas.— Conducta de los insulares. — El día siguiente se pasó en perfeccionar nuestro campo. El cobertizo estaba bien hecho y perfectamente cubierto con una especie de tejado de paja. No dejamos más que una salida, en la que pusimos una barrera y un cuerpo de guardia. Unicamente Ereti, sus mujeres y sus amigos tenían permiso para entrar la multitud se mantenía fuera del cobertizo. Uno de los nuestros, con una baqueta en la mano, era suficiente para apartarla. Llevaban allí los insulares de todas partes frutos, pollos, cochinillos, pescado y piezas de

tela, que cambiaban por clavos, útiles, perlas falsas, botones y otras mil bagatelas, que eran tesoros para ellos. Por lo demás, examinaban atentamente lo que podía complacernos. Como vieron que cogíamos plantas antiescorbúticas y que nos ocupábamos también en buscar conchas, las mujeres y los niños no tardaron en llevarnos a porfía manojos de las mismas plantas que nos habían visto coger y cestos llenos de conchas de toda especie. Se pagaba su desvelo a poco coste.

Socorros que nos dieron.— Este mismo día pregunté al jefe que me indicase el bosque en que pudiera hacer madera. El país bajo donde estábamos no está cubierto más que de árboles frutales y de una especie de madera llena de goma y de poca consistencia; la madera dura crece en las montañas. Ereti me señaló los árboles que podía cortar, y hasta me indicó de qué lado hay que hacerles caer al abatirles. Por lo demás, los insulares nos ayudaban mucho en nuestros trabajos; nuestros obreros abatían los árboles y los hacían leña, que la gente del país transportaba a los navíos; ayudaban lo mismo a hacer aguada, llenando las barricas y conduciéndolas a las chalupas. Se les daba por salario clavos en número proporcionado a su trabajo. La única molestia que se tuvo es que era preciso sin cesar tener ojo avizor en todo lo que se llevaba a tierra y en los bolsillos mismos, porque no hay en Europa ladrones más diestros que las gentes de este país. No obstante, no parece que el robo sea común entre ellos.

Precauciones tomadas contra el robo.— Nada encierran en sus casas; todo está en tierra o colgado,

sin cerraduras ni guardianes. Sin duda, la curiosidad por objetos nuevos excitaba en ellos violentos deseos, y además por todas partes hay canalla. Habían robado las dos primeras noches, a pesar de los centinelas y de las patrullas, a las que habían lanzado algunas piedras. Los ladrones se ocultaban en un pantano cubierto de hierbas y de cañas que se extendía tras nuestro campo. Se le limpió en parte y ordené al oficial de guardia hacer tirar sobre los ladrones que vinieran en adelante. Ereti mismo me dijo lo hiciese; pero tuvo buen cuidado de enseñar varias veces dónde estaba su casa, recomendándome mucho tirase del lado opuesto. Enviaba todas las tardes tres de nuestros bateles armados de cañones pedreros y de espingardas a fondear ante nuestro campo.

Aparte de los robos, todo pasaba de la manera más amistosa.

Usos singulares del país. — Todos los días nuestras gentes se paseaban por el país, solos o en pequeños grupos, sin armas. Se les invitaba a entrar en las casas, donde se les daba de comer; pero la cortesía de los dueños de casa no se limitaba a una ligera colación: les ofrecían jovencitas. La casa se llenaba al instante de una curiosa multitud de hombres y de mujeres, que formaba círculo alrededor del huésped y de la joven víctima del deber hospitalario; el suelo se cubría de follaje y de flores, y los músicos cantaban, a los acordes de la flauta, un himno de Himeneo. Venus es aquí la diosa de la hospitalidad; su culto no admite misterios y cada unión es una fiesta para la nación. Quedaban sorprendidos del embarazo que mostrábamos; nuestras

costumbres han proscripto tal publicidad. No obstante, no garantizo que alguno no haya vencido su repugnancia y no se haya conformado a los usos del país.

Belleza del interior de la isla.— Hemos ido varias veces mi segundo y yo a pasearnos en el interior de la isla. Me creía transportado al jardín del Edén; recorríamos una llanura de césped, llena de hermosos árboles frutales y cortada por riachuelos que mantienen una frescura deliciosa, sin ninguno de los inconvenientes que la humedad trae consigo. Un pueblo numeroso goza allí tesoros que la Naturaleza vierte a manos llenas sobre él. Encontrábamos grupos de hombres y mujeres sentados a la sombra de los verjeles; todos nos saludaban amistosamente; los que nos encontrábamos en los caminos se hacían a un lado para dejarnos pasar; por todas partes veíamos reinar hospitalidad, reposo, dulce alegría y todas las apariencias de la dicha.

Presentes hechos al jefe, de volátiles y frutos de Europa.— Hice presente al jefe del cantón en que estábamos de una pareja de pavos y de patos, macho y hembra: era el pobre remendando al rico. Le propuse también hacer una huerta a nuestra usanza y sembrar en ella diferentes semillas, proposición que fué recibida con alegría. En poco tiempo Ereti hizo preparar y rodear de empalizadas el terreno que habían elegido nuestros jardineros. Le hice labrar; admiraban nuestros útiles de jardinería. Tienen también alrededor de sus casas especies de huertas provistas de calabazas (1),

(1) Se refiere aquí a la especie de calabaza *Cucurbita moschata*, Duch. (*N. de la T.*)

batatas, ignames (1) y otras raíces. Les sembramos trigo, cebada, avena, arroz, maíz, cebollas y semillas de huerta de toda especie. Creemos que estas plantaciones serán bien cuidadas, porque nos ha parecido que este pueblo gusta de la agricultura, y creo que se acostumbraría fácilmente a sacar partido del suelo más fértil del Universo.

Visita del jefe de un cantón vecino.— Los primeros días de nuestra llegada tuve la visita del jefe de un cantón vecino, que vino a bordo con un presente de frutas, cerdos, gallinas y telas. Este señor, llamado *Tutaa*, era de hermoso rostro y de talla extraordinaria. Estaba acompañado de algunos de sus parientes, casi todos hombres de seis pies. Le hice regalos de clavos, útiles, perlas falsas y telas de seda. Fué preciso devolverle la visita en su casa. Fuimos bien acogidos, y el honrado *Tutaa* me ofreció una de sus mujeres, muy joven y bastante linda. La asamblea era numerosa y los músicos habían ya entonado los cantos del Himeneo. Tal es la manera de recibir las visitas de ceremonia.

Asesinato de un insular.— El día 10 hubo un insular asesinado y las gentes del país vinieron a quejarse de esta muerte. Envié a la casa donde había sido llevado el cadáver; se vió efectivamente que el hombre había sido muerto de un disparo. Sin embargo, no se dejaba salir con armas de fuego a ninguno de nuestros hombres ni de los barcos ni del recinto del campo.

(1) La batata, en taitiano *umara*, es la *Batata edulis*, Chois, y el igname de Taiti, en lengua indígena *ufi uuhi*, es la especie *Dioscorea alata*, L. (*N. de la T.*)

Hice sin éxito las más exactas pesquisas para hallar al autor de este infame asesinato. Los insulares creyeron, sin duda, que su compatriota se lo habría merecido, porque continuaron viniendo a nuestro cuartel con su confianza acostumbrada. Se me informó, sin embargo, que se había visto mucha gente llevar sus efectos a la montaña, y que hasta la casa de Ereti estaba toda desamueblada. Le hice nuevos presentes, y este buen jefe continuó mostrándonos la más sincera amistad.

Pérdida de nuestras anclas.— Peligros que corremos
Entretanto, apresuraba nuestros trabajos de todo género, porque, aun cuando esta escala fuese excelente para nuestras necesidades, sabía que estábamos mal fondeados. En efecto; aunque nuestros cables, halados todos los días, no estuviesen todavía desgastados, habíamos descubierto que el fondo estaba sembrado de grueso coral, y, de otra parte, en caso de un gran viento de alta mar no tendríamos escape. La necesidad había obligado a tomar este fondeadero sin dejarnos libertad de elegir, y bien pronto tuvimos la prueba de que nuestras inquietudes eran muy fundadas.

El 12, a las cinco de la mañana, con vientos procedentes del Sur, nuestro cable del Sureste y el pequeño ayuste de anclar, que habíamos, por precaución, largado en el Este-Sureste, fueron cortados en el fondo. Fondeamos en seguida nuestra ancla mayor; pero antes de que hubiese tomado fondo, la fragata fué arrastrada por el ancla del Noroeste y caímos sobre la *Estrella*, a la que abordamos por babor. Viramos sobre nuestra ancla y la *Estrella* desfiló rápidamente, de manera que

nos separamos antes de haber sufrido ninguna avería. La fusta nos lanzó entonces un cabo que tenía tenso en el Este, sobre el que viramos para apartarnos más de ella todavía. Levamos en seguida nuestra ancla mayor y reembarcamos los cables cortados en el fondo. Lo habían sido a treinta brazas del empalmado; le cambiamos una punta por otra y empalmamos sobre una ancla de recambio de 2.700 que la *Estrella* tenía en su cala y y que enviamos a buscar. Nuestra ancla Sureste, fondeada sin cable a causa de la gran profundidad, estaba perdida, y tratamos inútilmente de salvar el ancla de ancorar, cuya boya se había hundido y que fué imposible dragar. Guindamos en seguida nuestro pequeño mástil de gavia y la verga de mesana, a fin de poder aparejar en cuanto el viento lo permitiese.

Por la tarde calmó y saltó al Este. Lanzamos entonces en el Sureste un ancla de ancorar y el ancla recibida de la *Estrella*, y envié un batel a sondar en el Norte, a fin de saber si habría un paso, lo que nos hubiese permitido salir casi con cualquier viento. Una desgracia no llega nunca sola. Cuando estábamos todos ocupados en un trabajo en el que estaba interesada nuestra salvación, vinieron a advertirme que había habido tres insulares muertos o heridos en sus casas a bayonetazos; que la alarma se extendía por el país; que los viejos, las mujeres y los niños huían hacia las montañas, llevándose sus ajuares y hasta los cadáveres de los muertos, y que acaso íbamos a tener sobre las armas un ejército de estos hombres furiosos. Tal era, pues, nuestra posición de temer la guerra en tierra, en el mismo instante en que los dos navíos estaban en

el caso de ser lanzados sobre ella. Descendí al campo, y en presencia del jefe hice prender a cuatro soldados, sospechosos de ser los autores del crimen: este proceder pareció contentarles.

Precauciones tomadas contra las posibles consecuencias. — Pasé una parte de la noche en tierra, donde reforcé las guardias, ante el temor de que los insulares quisiesen vengar a sus compatriotas. Ocupábamos un puesto excelente, entre dos ríos, distantes uno de otro un cuarto de legua a lo más; el frente del campo estaba cubierto por un pantano; el resto era el mar, de que seguramente éramos los dueños. Teníamos una posición inmejorable para defender este campo contra todas las fuerzas reunidas de la isla; pero, felizmente, salvo algunos alertas, ocasionados por ladrones, la noche fué tranquila en el campo.

Continuación del peligro que corrieron los navíos. No era esto sólo lo que producía mis inquietudes más vivas. El temor de perder los barcos en la costa nos daba alarmas infinitamente más crueles. Desde las diez de la noche los vientos habían refrescado mucho de la parte Este, con gruesa marejada, lluvia, tormentas y todas las funestas apariencias que aumentan el horror de estas lúgubres situaciones. Hacia las dos de la mañana pasó un chaparrón, que empujaba los barcos hacia la costa; volví a bordo, y el chaparrón, felizmente, no duró; en cuanto pasó, el viento vino de tierra. La aurora nos trajo nuevas desdichas: nuestro cable del Noroeste fué cortado; el cabo que nos había cedido la *Estrella* y que nos mantenía sobre su ancla, tuvo la misma suerte pocos instantes después; la fragata entonces,

atraída por el ancla y el cabo del Sureste, no se encontraba a ciento veinte brazas de la costa, donde el mar rompía con furor. Cuanto más urgente era el peligro, más disminuían los recursos; las dos anclas, cuyos cables acababan de romperse, quedaban perdidas para nosotros; sus boyas habían desaparecido, sea que se hubiesen sumergido, sea que los indios las hubiesen robado durante la noche. Eran ya cuatro anclas menos en veinticuatro horas, y, no obstante, nos quedaba todavía pérdidas que sufrir. A las diez de la mañana, el cable nuevo que habíamos empalmado en el ancla de 2.700 de la *Estrella*, que nos sujetaba por el Sureste, fué cortado, y la fragata, defendida por un solo ayuste, comenzó a irse hacia la costa. Fondeamos nuestra ancla mayor, la única que nos quedaba para fondear. Pero, ¿de qué utilidad podía sernos? Estábamos tan cerca de las rompientes, que hubiéramos estado encima antes de haber soltado bastante cable para que el ancla pudiese tomar fondo. Esperábamos a cada instante el triste desenlace de esta aventura, cuando una brisa del Suroeste nos dió esperanzas de poder aparejar. Nuestros foques fueron bien pronto izados; el barco comenzaba a tomar aire, y trabajábamos para soltar velas y cables; pero los vientos volvieron casi en seguida al Este. Este intervalo nos había dado tiempo, sin embargo, de embarcar a bordo el cabo amarra de la segunda ancla de ancorar de la *Estrella*, que acababa de soltar por el Este y que nos salvó por el momento. Viramos sobre las dos amarras y nos distanciamos un poco de la costa. Enviamos entonces nuestra chalupa a la *Estrella*, para ayudarla a amarrarse sólidamente;

sus anclas estaban felizmente fondeadas sobre un fondo de coral, menos malo que en el que habían caído las nuestras. Cuando quedó hecha esta operación, nuestra chalupa fué a levar por su cabo el ancla de 2.700; empalmamos encima otro cable y lo soltamos en el Noreste; levamos después el ancla de la *Estrella*, que le devolvimos. Monsieur De la Giraudais, comandante de esta fusta, tuvo gran parte en el salvamento de la fragata, por los socorros que en estos días me dió. Con gusto pago este tributo de reconocimiento a este oficial, mi compañero en mis otros viajes y cuyo celo iguala a su talento.

Paz hecha con los insulares. — Entretanto, cuando amaneció, ningún indio se había aproximado al campo; no se había visto navegar ninguna piragua; se habían encontrado las casas vecinas abandonadas; todo el país parecía un desierto. El príncipe De Nassau, que con cuatro o cinco hombres solamente se había alejado más, con el designio de encontrar algunos insulares y de tranquilizarlos, encontró un gran número, con Ereti, a cerca de una legua del campo. En cuanto este jefe hubo reconocido a M. De Nassau, vino a él con aire consternado. Las mujeres, desoladas, se echaron a sus pies, le besaban las manos llorando y repitiendo varias veces: *Tayo mate*: «Sois nuestros amigos y nos matáis». A fuerza de caricias y de amistad logró volverlos a traer. Vi desde a bordo una multitud de pueblo correr al cuartel: gallinas, cocos y regímenes de bananas embellecían la marcha y prometían la paz. Bajé en seguida con un surtido de telas de seda y útiles de todas clases y los distribuí a los jefes, testimoniándoles mi

dolor por el desastre ocurrido la víspera y asegurándoles que sería castigado. Los buenos insulares me colmaron de caricias, el pueblo aplaudió a la reunión y en poco tiempo la multitud ordinaria y los ladrones volvieron a nuestro cuartel, que no dejaba de parecerse a una feria. Llevaron este día y el siguiente más bastimentos que nunca. Pidieron también que se tirase delante de ellos algunos disparos de fusil, lo que les asustó mucho, porque todos los animales apuntados al tirar fueron muertos.

Apareja la «Estrella». — La canoa que yo había enviado en reconocimiento del Norte había vuelto con la buena noticia de que había encontrado un buen paso. Era entonces muy tarde para aprovechar este mismo día; la noche avanzaba. Felizmente fué tranquila en tierra y mar. El 14 por la mañana, con vientos del Este, ordené a la *Estrella*, que tenía hecha su aguada y toda su gente a bordo, aparejar y salir por el nuevo paso del Norte. Nosotros no podíamos darnos a la vela por este paso hasta después de la fusta, fondeada al Norte de nosotros. A las once aparejó; conservé su chalupa y sus dos anclas pequeñas; tomé también a bordo, en cuanto se hizo a la vela, el cabo del cable de su ancla del Sureste, fondeada en buen fondo. Levamos entonces nuestra ancla mayor, echamos las dos anclas de ancorar, y así nos quedamos sobre dos anclas grandes y tres pequeñas. A las dos de la tarde tuvimos la satisfacción de descubrir a la *Estrella* allende todos los arrecifes. Nuestra situación desde este momento fué menos terrible; acabábamos al menos de asegurarnos la vuelta a nuestra patria, poniendo uno de

nuestros navíos al abrigo de los accidentes. Cuando M. De la Giraudais estuvo en marcha, me envió su canoa con M. Lavari Leroi, que había sido encargado de reconocer el paso.

Trabajamos todo el día y una parte de la noche en terminar nuestra aguada y deshacer el hospital y el campamento.

Inscripción enterrada. — Enterré cerca del cobertizo un acta de toma de posesión, inscripta en una plancha de roble con una botella bien cerrada y lacrada conteniendo los nombres de los oficiales de los dos navíos (1). He seguido este mismo método en todas las tierras descubiertas en el curso de este viaje. Poco más de las dos de la mañana estaba todo a bordo. La noche fué bastante tempestuosa para causarnos todavía inquietudes, a pesar de la cantidad de anclas que teníamos en el mar.

Aparejo de la «Boudeuse». — *Nuevo peligro que corre.* — El 15, a las seis de la mañana, con vientos terribles y el cielo para tempestad, levamos nuestras anclas, soltamos el cable de la de la *Estrella*, cortamos una de las amarras y recogimos las otras dos, aparejando con la mesana y los dos mástiles de gavia para salir por el paso del Este. Dejamos las dos chalupas para levar las anclas, y en cuanto estuvimos fuera envié las dos canoas armadas a las órdenes del caballero De Suzannet, insignia de navío, para proteger el traba-

(1) En 14 de julio de 1909 se inauguró en Papeete (Taiti) un monumento a Bougainville, que la visitó pocos meses después de su descubrimiento por el navegante inglés Wallis. (*N. de la T.*)

jo de las chalupas. Estábamos a un cuarto de legua en alta mar y comenzábamos a felicitarnos de haber salido felizmente de un fondeadero que nos había causado tan vivas inquietudes, cuando, habiendo cesado de improviso el viento, la marea y una gran ola del Este comenzaron a arrastrarnos hacia los arrecifes a sota-vento del paso. El peor de los naufragios que nos había amenazado hasta aquí había sido pasar nuestros días en una isla embellecida con todos los dones de la Naturaleza, y cambiar las dulzuras de nuestra patria por una vida pacífica y exenta de cuidados. Pero aquí el naufragio se presentaba bajo un aspecto más cruel: el barco, lanzado rápidamente sobre los arrecifes, no hubiese resistido dos minutos a la violencia del mar, y hasta los mejores nadadores con trabajo hubiesen salvado su vida. Había desde el primer instante de peligro llamado a canoas y chalupas para remolcarnos. Llegaron en el momento en que, no estando a más de cincuenta toesas del arrecife, nuestra situación parecía desesperada, por cuanto no había donde fondear. Una brisa del Oeste, que se levantó en aquel instante, nos devolvió la esperanza. En efecto: refrescó poco a poco, y a las nueve de la mañana estábamos absolutamente fuera de peligro.

Partida de Taiti. — Pérdida que allí sufrimos. — Volví a enviar en el acto nuestros bateles a buscar las anclas, y quedé costeanado para esperarles. Por la tarde nos reunimos con la *Estrella*. A las cinco de la tarde llegó nuestra chalupa, trayendo a bordo el ancla mayor y el cable de la *Estrella*, que le llevó; nuestra canoa, la de la *Estrella* y su chalupa volvieron poco

después; ésta nos traía nuestra ancla de ancorar y una amarra. En cuanto a las otras dos anclas de ancorar, la aproximación de la noche y la fatiga extrema de los marineros no permitieron llevarlas aquel mismo día. Yo había, de otra parte, contado entretenerme toda la noche próximo al fondeadero y enviarles a buscar al día siguiente; pero a media noche se levantó un gran fresco del Este-Nordeste, que me obligó a embarcar los bateles y hacerme a la vela para alejarme de la costa. Así, un fondeo de nueve días nos ha costado seis anclas, pérdida que no hubiéramos sufrido si hubiéramos estado provistos de algunas cadenas de hierro. Es una precaución que no deben olvidar nunca todos los navegantes destinados a semejantes viajes.

Pesar de los insulares a nuestra partida. — Ahora que los navíos están en seguridad, detengámonos un instante para despedirnos de los insulares. Desde el alba, cuando advirtieron que nos dábamos a la vela, Ereti había saltado solo en la primera piragua que encontró en la orilla y fué a bordo. Al llegar nos abrazó a todos: nos tenía algunos instantes entre sus brazos, vertiendo lágrimas, y parecía muy afectado con nuestra partida. Poco tiempo después su piragua grande vino a bordo cargada de bastimentos de toda especie; sus mujeres estaban dentro, y con ellas aquel mismo insular que el primer día de nuestro arribo había venido a establecerse a bordo de la *Estrella*.

Uno de ellos se embarca con nosotros a petición suya y de su nación. — Ereti fué a tomarle por la mano y me lo presentó, haciéndome entender que este hombre, cuyo nombre es Aoturu, quería seguirnos, rogán-

dome consintiese. Le presentó después a todos los oficiales, a cada uno en particular, diciendo que era su amigo que confiaba a sus amigos, y nos le recomendó con las mayores muestras de interés. Se hizo todavía a Ereti presentes de toda especie, tras los cuales se despidió de nosotros y fué a reunirse a sus mujeres, las cuales no cesaron de llorar todo el tiempo que la piragua estuvo al costado del buque. Dentro de ella había también una joven, linda niña, que el insular que venía con nosotros fué a abrazar. La dió tres perlas que tenía en sus orejas, la besó otra vez más y, a pesar de las lágrimas de esta jovencita, su esposa o su amante, se arrancó de sus brazos y volvió a subir al barco. Nos separamos así de este buen pueblo, y no quedé menos sorprendido del pesar que les causaba nuestra partida que lo había sido de su confianza afectuosa a nuestra llegada.

CAPÍTULO III

Lucis habitamus opacis,
Riparumque toros et prata recentia rivis
Incolimus.

(VIRG., lib. VI.)

Descripción de la nueva isla. — Costumbres y carácter
de sus habitantes.

POSICIÓN *geográfica de Taiti*. — La isla a la que se había en un principio dado el nombre de *Nueva Cytherea*, recibe de sus habitantes el de *Taiti*. Su latitud de $17^{\circ} 35' 3''$ en nuestro campo ha sido deducida de varias alturas meridianas del Sol, observadas en tierra con un cuadrante. Su longitud de $150^{\circ} 40' 17''$ al Oeste de París ha sido determinada por once observaciones de la Luna, según el método de los ángulos horarios (1), M. Verron había hecho otras muchas en tie-

(1) Este método de los ángulos horarios ha sido propuesto, en primer término, por Leadbetter, inglés, a fines del siglo pasado. Monsieur Pingré lo ha detallado muy bien en su excelente libro del *Estado del cielo*, año 1755. Los cálculos de este libro estaban asimismo destinados al uso de este método en el mar; pero depende demasiado del instante del tiempo verdadero y de la altura del Polo para que pueda ser empleado con éxito. En tierra, donde se puede en muy poco tiempo determinar la altura del Polo y el

rra durante cuatro días y cuatro noches, para determinar esta misma longitud; pero habiéndole sido robado el cuaderno donde estaban escritas, no le han quedado más que las últimas observaciones hechas la víspera de nuestra partida. Cree su resultado medio bastante exacto, aunque sus extremas difieran entre sí de 7° a 8° (1). La pérdida de nuestras anclas y todos los accidentes que he detallado antes nos han hecho abandonar esta escala mucho más pronto de lo que esperábamos, y nos han puesto en la imposibilidad de visitar las costas. La parte Sur nos es absolutamente desconocida; la que hemos recorrido desde la punta del Sureste hasta la del Noroeste me parece tener de quince a veinte leguas de extensión, y la posición de sus principales puntas es entre el Noroeste y el Oeste-Noroeste.

Fondeadero mejor que el en que estábamos. — Entre la punta del Sureste y otro gran cabo que avanza en el Norte, a siete u ocho leguas de éste, se ve una bahía abierta al Nordeste, la cual tiene tres o cuatro

tiempo verdadero, este método es muy útil y el más general que ofrece la astronomía. No hay instante, estando la Luna en el horizonte, en que no pueda ser practicado. Tiene además la ventaja de poder servir cuando fallan todos los demás; es el recurso de que ha echado mano M. Verron en el estrecho de Magallanes y en Taiti. Monsieur De Lalande le había recomendado mucho su uso.

(1) La longitud de la parte de la isla de Taiti donde los ingleses han observado, en 1769, el paso de Venus, es, según resultado de sus observaciones, $151^{\circ} 45' 37''$ al Oeste de París, y su latitud austral, $17^{\circ} 9' 2 \frac{1}{2}''$.

leguas de saco. Sus costas descienden insensiblemente hasta el fondo de la bahía, donde tienen poca elevación, y parecen formar el cantón más bello de la isla y el más habitado.

Parece que se encontrarían fácilmente varios buenos fondeaderos en esta bahía; el azar nos sirvió mal con el hallazgo del nuestro. Entrando aquí por el paso por el que salió la *Estrella*, M. De la Giraudais me aseguró que entre las dos islas más septentrionales había un fondeadero muy seguro para treinta barcos al menos, desde veintitrés hasta doce y diez brazas, fondo de arena gris cenagosa, y que tenía una legua en que poder virar y nunca mar. El resto de la costa es elevado y parece, en general, estar toda bordeada por un arrecife desigualmente cubierto de agua y que forma en algunos sitios pequeños islotes, en los cuales los insulares mantienen hogueras durante la noche, para la pesca y la seguridad de su navegación; algunas cortaduras dan de distancia en distancia entrada dentro del arrecife, aunque hay que desconfiar del fondo. El escandallo no saca nunca más que arena gris; esta arena recubre grandes masas de un coral duro y cortante, capaz de cortar un cable en una noche; nosotros lo sabemos por funesta experiencia.

Allende la punta septentrional de esta bahía, la costa no forma ninguna ensenada, ningún cabo notable. La punta más occidental termina en una tierra baja, en cuyo Noroeste, a cerca de una legua de distancia, se ve una isla poco elevada, que se extiende dos o tres leguas al Noroeste.

Aspecto del país. — La altura de las montañas que

ocupan todo el interior de Taiti (1) es sorprendente, teniendo en cuenta la extensión de la isla. Lejos de darla aspecto triste y salvaje, sirven para embellecerla, variando a cada paso los puntos de vista y presentando hermosos paisajes, cubiertos de las más ricas producciones de la Naturaleza, con ese desorden que en vano trata de imitar el arte. De ellas arrancan una infinidad de riachuelos, que fertilizan el país y sirven tanto a la comodidad de los habitantes cuanto al ornato de los campos. Todo el país, llano desde las orillas del mar hasta las montañas, está consagrado a los árboles frutales, bajo los que, como ya he dicho, están construídas las casas de los taitianos, dispersas sin orden alguno y sin formar jamás poblados. Se cree estar en los Campos Elíseos. Senderos públicos, practicados con inteligencia y cuidadosamente conservados, hacen fáciles por todas partes las comunicaciones.

Sus producciones. — Las principales producciones de la isla son: cocos, bananas, árbol del pan (2), igna-

(1) La más alta montaña de Taiti, llamada Orohena, tiene 2.405 metros de altura. (*N. de la T.*)

(2) El árbol del pan, *Artocarpus incisa*, originario de la Océania, constituye desde muy remotos tiempos en su región de origen, y sobre todo en Polinesia, una de las plantas alimenticias más importantes. Sus frutos, del tamaño de un melón, con peso de uno a tres kilogramos, cogidos poco antes de madurar, porque su fécula está todavía sin transformar en azúcar, mondados con un ligero raspado y cortados en varios pedazos, se asan sobre cantos calientes al fuego. Se convierten así en una especie de pan.

Se le llama *mei, uru y maiore*, en Taiti; *uru*, en las Sandwich; *leme*, en las Marianas; *areparepa*, en las Carolinas; *amakir*, en Amboina, y *sukun*, en malayo. (*N. de la T.*)

me (1), curassol, calabazas y varias otras raíces y frutos particulares del país; abundantes cañas de azúcar, que no se cultivan; una especie de índigo silvestre; una hermosa tintura roja y otra amarilla ignoro de dónde las obtienen. En general, M. De Commerçon (2) ha encontrado aquí la botánica de las Indias. Aoturu, en tanto estuvo con nosotros, ha reconocido y nombrado varios de nuestros frutos y de nuestras legumbres, así como un gran número de plantas que los curiosos cultivan en estufas. La madera propia para carpintería crece en las montañas, y los insulares hacen poco uso de ella; no la emplean más que para sus grandes piraguas, que construyen de madera de cedro. Les hemos visto también lanzas de una madera negra, dura y pesada, que se parece a la madera de hierro (3). Para construir las piraguas ordinarias se sirven del árbol que produce el fruto del pan. Es una madera que no se parte nunca; pero es tan blanda y tan llena de goma,

(1) Los ignames, parecidos a las batatas, son especies del género *Dioscorea*, en que los tubérculos (de tres a quince kilogramos) es la parte comestible de la planta. (*N. de la T.*)

(2) Commerson o Commerçon (Filiberto), botánico francés, fué elegido para formar parte de la expedición de Bougainville. Insertó una relación del viaje en el *Mercure de France* (octubre de 1769). En la isla de Francia se separó de la expedición para estudiarla con Sonnerat durante cuatro años, muriendo en ella (año 1773). Envió a Linneo unas mil especies de la flora; su herbario y sus manuscritos se conservan en el Museo de París. El célebre Lalande (*Journal de Physique*, 1775), redactó su elogio. (*Nota de la traductora.*)

(3) Dícese de la madera de varios árboles tenaz y dura. (*Nota de la traductora.*)

que no hace sino aplastarse al golpe de la herramienta.

No parece que haya minas. — Por lo demás, aunque esta isla esté llena de montañas muy altas, la cantidad de árboles y de plantas de que están por todas partes cubiertas no parece anunciar que su seno encierre minas. Es al menos cierto que los insulares no conocen los metales. Dan a todos los que nosotros les hemos enseñado el mismo nombre de *auri*, de que se servían para pedirnos hierro.

Hay hermosas perlas. — Este conocimiento del hierro, ¿de dónde les viene? Diré bien pronto lo que pienso a este respecto. No conozco aquí más que un solo artículo de rico comercio: son muy hermosas perlas. Los principales las hacen llevar en las orejas a sus mujeres y sus niños; pero las han tenido ocultas durante nuestra estancia entre ellos. Hacen con las valvas de estas ostras perleras especies de castañuelas, que son uno de sus instrumentos de baile.

Animales del país. — No hemos visto más cuadrúpedos que cerdos, perros de una raza pequeña, pero bonita, y ratas en gran cantidad. Los habitantes tienen gallinas domésticas absolutamente semejantes a las nuestras. Hemos visto también tórtolas verdes, encantadoras; grandes palomas de hermoso plumaje azul de rey y de muy buen gusto, y cotorras muy pequeñas, pero muy singulares, por la mezcla de azul y de rojo que colorea sus plumas. No alimentan a sus cerdos y gallinas más que con bananas. Entre lo que ha sido consumido en nuestra estancia en tierra y lo que se ha embarcado en los dos navíos, se han trocado más

de ochocientos volátiles y cerca de ciento cincuenta cerdos; y todavía, sin los trabajos inquietantes de los últimos días, hubiérase tenido mucho más, porque los habitantes llevaban de día en día mayor número.

Observaciones meteorológicas.— No hemos experimentado grandes calores en esta isla. Durante nuestra estancia, el termómetro de Réaumur no ha subido nunca a más de 22°, y ha estado algunas veces a 18°. El Sol, es verdad, estaba ya a 8° o 9° del otro lado del Ecuador. Pero una ventaja inestimable de esta isla es no estar infestada por esa legión odiosa de insectos que son el suplicio de los países situados entre los trópicos; no hemos visto tampoco ningún animal venenoso.

Bondad del clima.—Vigor de los habitantes.— De otra parte, el clima es tan sano que, a pesar de los trabajos forzados que habíamos hecho allí, aunque nuestras gentes estuviesen continuamente en el agua y a pleno sol, que se acostasen en el suelo desnudo y a cielo raso, nadie cayó enfermo. Los escorbúticos que habíamos desembarcado, y que no habían tenido una sola noche tranquila, allí recobraron sus fuerzas y se restablecieron en bien poco tiempo, hasta el punto de que algunos han estado después perfectamente curados a bordo. Por lo demás, la salud y la fuerza de los insulares, que habitan casas abiertas a todos los vientos, y que cubren apenas con algún follaje la tierra que les sirve de lecho; la feliz ancianidad a que llegan, sin ninguna incomodidad; la agudeza de todos sus sentidos y la belleza singular de sus dientes, que conservan hasta en la edad más avanzada, ¿qué mejores

pruebas de la salubridad del aire y de la bondad del régimen que siguen los habitantes?

Cuál es su alimentación.— Los vegetales y la pesca son su principal alimento; comen rara vez carne; los niños y las jóvenes no la comen nunca, y este régimen, sin duda, contribuye mucho a tenerles exentos de casi todas nuestras enfermedades. Diré otro tanto de sus bebidas: no conocen otra que el agua; sólo el olor del vino y del aguardiente les daba repugnancia; la mostraban también para el tabaco, las especias y, en general, para todas las cosas fuertes.

Hay en la isla dos razas de hombres.— El pueblo de Taiti está compuesto de dos razas de hombres muy diferentes, que, sin embargo, tienen la misma lengua, las mismas costumbres y que parecen mezclarse juntos sin distinción. La primera, y es la más numerosa, produce hombres de mayor talla; es corriente verlos de seis pies y más. No he encontrado jamás hombres mejor contruídos ni más proporcionados; para pintar Hércules y Marte no se encontrarían en ninguna parte tan hermosos modelos. Nada distingue sus rasgos de los de los europeos; y si estuviesen vestidos y si viviesen menos al aire libre y al pleno sol, serían tan blancos como nosotros. En general, sus cabellos son negros. La segunda raza es de una talla mediana: tiene los cabellos crespos y duros como crin; su color y sus rasgos difieren poco de los de los mulatos (1). El tai-

(1) Los tahitianos o taitianos son polinesios; sus mujeres pueden colocarse entre las más hermosas del Pacífico. Hoy se entienden que los polinesios, primera raza a que Bougainville se refie-

tiano que se embarcó con nosotros es de esta segunda raza, aunque su padre sea jefe de un cantón; pero posee en inteligencia lo que le falta en belleza (1).

Detalles de algunas de sus costumbres.— Unos y otros se dejan crecer la parte inferior de la barba; pero todos tienen sus bigotes y patillas rasurados. Dejan también crecer las uñas, excepto la del dedo medio de la mano derecha. Algunos se cortan los cabellos muy cortos; otros los dejan crecer y los llevan atados en la coronilla. Todos tienen la costumbre de ungirlos, así como la barba, con aceite de coco. No he encontrado más que un solo hombre estropeado, y que parecía haberlo sido por una caída. Nuestro cirujano mayor me ha asegurado que había visto en varios señales de varicela, y tomé todas las medidas posibles para que nosotros no les comunicásemos la otra, no pudiendo suponer que estuviesen atacados.

Sus vestidos.— Se ve frecuentemente a los taitia-

re, son acaso raza producto de la mezcla de mongoles y melanesios.

En cuanto a la otra raza de inferior belleza de que habla Bougainville, tal vez sean melanesios aborígenes. (*N. de la T.*)

(1) Se me ha preguntado frecuentemente, y se me pregunta todos los días, por qué al traer un habitante de una isla donde los hombres son en general muy bellos, he elegido uno feo. He respondido y respondo aquí, de una vez para siempre, que no he escogido; el insular llegado a Francia conmigo se embarcó en mi navío de su propia voluntad; diré que casi contra la mía. Seguramente hubiera tenido por un crimen arrebatarse un hombre a su patria, a sus penates, a todo lo que hacía su existencia, aun cuando hubiera imaginado que Francia le adoptaría y que no quedaría a mi cargo.

nos desnudos, sin otros vestidos que un ceñidor que les cubre las partes naturales. Sin embargo, los principales se envuelven ordinariamente en una gran pieza de tela, que dejan colgar hasta las rodillas. Es también el único vestido de las mujeres, y saben arreglárselo con bastante arte para hacer este simple ajuste susceptible de coquetería. Como las taitianas no salen jamás al sol sin estar cubiertas, y un sombrerito de cañas guarnecido de flores defiende su cara de sus rayos, son mucho más blancas que los hombres. Tienen los rasgos bastante delicados; pero lo que las distingue es la belleza de sus cuerpos, cuyos contornos no han sido nunca desfigurados por quince años de tortura.

Costumbre de picarse la piel.— Por lo demás, en tanto que en Europa las mujeres se pintan de rojo las mejillas, las de Taiti se pintan de un azul oscuro los riñones y las nalgas; es un adorno y, al mismo tiempo, una señal de distinción. Los hombres están sometidos a la misma moda. No sé cómo se imprimen estos trazos imborrables; pienso que es picando la piel y vertiendo el jugo de ciertas hierbas, como he visto practicar a los indígenas del Canadá. Es de notar que en todo tiempo se ha encontrado esta pintura a la moda en los pueblos cercanos todavía al estado de naturaleza. Cuando César hizo su primer desembarco en Inglaterra, encontró establecida allí esta costumbre de pintarse: *Omnes vero Britanni se vitro insiciunt, quod coeruleum efficit colorem*. El sabio e ingenioso autor de las investigaciones filosóficas sobre los americanos da, por causa de este uso general, la necesidad en que se está en los países incultos de garantizarse así de la

picadura de los insectos cáusticos, cuya multiplicación excede a toda imaginación. Esta causa no existe en Taiti, puesto que, como hemos dicho anteriormente, se está exento de estos insectos insoportables. El uso de pintarse es, pues, una moda, como en París. Otra costumbre en Taiti, común a hombres y mujeres, es agujerarse las orejas y llevar perlas y flores de toda especie. La mayor limpieza embellece todavía este pueblo amable. Se bañan sin cesar y jamás comen ni beben sin lavarse antes y después.

El carácter de la nación nos ha parecido ser dulce y bienhechor. No parece que haya en la isla ninguna guerra civil, ningún odio particular, aunque el país esté dividido en pequeños cantones, que tienen cada uno su señor independiente.

Policía interior. — Es probable que los taitianos practiquen entre sí una buena fe, de que no dudan nunca. Que estén en su casa o no, de día o de noche, las casas están abiertas. Cada uno coge los frutos en el primer árbol que encuentra, tomándolo en la casa que entra. Parece que para las cosas absolutamente necesarias a la vida no hay propiedad, y que todo es de todos. Con nosotros eran hábiles ladrones; pero con una timidez que les hacía huír a la menor amenaza. Por lo demás, se ha visto que los jefes no aprobaban estos robos; al contrario, nos invitaban a matar a los que los cometían. Ereti, sin embargo, no hacía uso de esta severidad que nos recomendaba. Si le denunciábamos algún ladrón, lo perseguía él mismo a todo correr; el hombre huía; cuando llegaba junto a él, lo que ocurría ordinariamente, porque Ereti era infati-

gable en la carrera, algunos palos y una restitución forzosa eran el único castigo del culpable. No creo que conociesen otro castigo más fuerte, pues cuando veían encadenar a alguno de los nuestros testimoniaban una pena sensible; pero he sabido después que, a no dudar, tienen la costumbre de colgar a los ladrones de los árboles, como se practica en nuestros ejércitos.

Están en guerra con las islas vecinas. — Están casi siempre en guerra con los habitantes de las islas vecinas. Hemos visto grandes piraguas que les sirven para los desembarcos y hasta para combates navales. Tienen por armas el arco, la honda y una especie de lanza de una madera muy dura. La guerra se hace entre ellos de una manera cruel. Según lo que nos ha dicho Aoturu, matan a los hombres y a los niños varones cogidos en los combates; les arrancan la piel del mentón con la barba, que llevan como un trofeo de victoria; conservan únicamente las mujeres y las mozas, que los vencedores no desdeñan admitir en su lecho; Aoturu mismo es hijo de un jefe taitiano y de una cautiva de la isla de Oopoa, isla vecina y frecuentemente enemiga de Taiti. Atribuyo a esta mezcla la diferencia que hemos notado en las razas de hombres. Ignoro, por lo demás, cómo curan sus heridas; nuestros cirujanos han admirado sus cicatrices.

Expondré al final de este capítulo lo que he podido entrever de la forma de su gobierno, de la extensión del poder que tienen sus reyezuelos, la especie de distinción que existe entre los principales y el pueblo, y acerca del vínculo, en fin, que congrega juntos y bajo

la misma autoridad a esta multitud de hombres robustos que tienen tan pocas necesidades.

Costumbre importante. — Haré observar únicamente que, en circunstancias delicadas, el señor del cantón no decide nada sin la opinión de un consejo. Se ha visto que fué precisa una deliberación de los principales de la nación cuando se trató del establecimiento de nuestro campo en tierra. Añadiré que el jefe parecía ser obedecido sin réplica por todo el mundo, y que los notables tienen también gentes que les sirven y sobre las que tienen autoridad.

Práctica respecto de los muertos. — Es muy difícil dar luces acerca de su religión. Hemos visto en sus casas estatuas de madera que hemos tomado por ídolos, pero ¿qué culto les rinden? La única ceremonia religiosa de que hayamos sido testigos es respecto a los muertos. Conservan largo tiempo los cadáveres extendidos sobre una especie de tablado bajo un cobertizo. La infección que extiende no impide a las mujeres ir a llorar cerca del cuerpo una parte del día, y ungir con aceite de coco las frías reliquias de su afección. Las que hemos conocido nos han dejado algunas veces aproximarnos a este lugar consagrado a los manes. *Emoé* (duerme), nos decían. Cuando no queda más que los esqueletos, se les transporta a la casa. Ignoro cuánto tiempo se les conserva allí. Sé únicamente, porque lo he visto, que entonces un hombre considerado en la nación llega allí a ejercer su ministerio sagrado, y que en estas lúgubres ceremonias lleva adornos bastante extraños.

Superstición de los insulares. — Hemos hecho acer-

ca de su religión muchas preguntas a Aoturu, y hemos creído comprender que, en general, sus compatriotas son muy supersticiosos; que los sacerdotes tienen entre ellos la más temible autoridad; que, independientemente de un ser superior, llamado *Eri-t-Era*, «El rey del Sol o de la Luz», ser que no representan por ninguna imagen material, admiten varias divinidades, unas bienhechoras, otras malélicas; que el nombre de estas divinidades o genios es *Eatua*; que atribuyen a cada acción importante de la vida un buen o mal genio, los cuales presiden y deciden del éxito o de la desgracia. Lo que hemos comprendido con certidumbre es que cuando la Luna presenta un cierto aspecto, que llaman *Malama Tamai*, «Luna en estado de guerra», aspecto que no nos ha mostrado carácter distintivo que pueda servirnos para definirle, sacrifican víctimas humanas. De todos sus usos, uno de los que me sorprenden más es la costumbre que tienen de saludar a los que estornudan, diciéndoles: *Evarua-t-Eatua*, «que el buen Eatua te despierte», o bien: «que el mal Eatua no te duerma». He aquí huellas de un origen común con las naciones del antiguo continente. Por lo demás, y sobre todo tratando de la religión de los pueblos, el escepticismo es razonable, puesto que no hay materia en la cual sea fácil tomar el atisbo por la evidencia.

Pluralidad de mujeres. — La poligamia parece general entre ellos, al menos entre los principales. Como su única pasión es el amor, el gran número de mujeres es el único lujo de los ricos. Los niños participan igualmente de los cuidados del padre y de la madre. Lo que no está en uso en Taiti es que los hombres, única-

mente ocupados en la pesca y en la guerra, dejen al sexo débil los trabajos penosos de la casa y de la agricultura; aquí una dulce ociosidad es patrimonio de las mujeres, y el cuidado de complacer, su más seria ocupación. No sabría asegurar si el matrimonio es un compromiso civil o está consagrado por la religión, si es indisoluble o sujeto al divorcio. Aunque esto sea, las mujeres deben a sus maridos entera sumisión; lavarían con su sangre una infidelidad cometida sin la venia de su esposo. Su consentimiento, es verdad, no es difícil de obtener, y los celos son aquí un sentimiento tan extraño, que el marido es ordinariamente el primero a invitar a su mujer a entregarse. Una moza no experimenta a este respecto ninguna vergüenza; todo la invita a seguir la inclinación de su corazón o la ley de sus sentimientos, y el aplauso público honra su falta. No parece que el gran número de amantes pasajeros que puede haber tenido la impida encontrar después un marido. ¿Por qué, pues, resistir a la influencia del clima, a la seducción del ejemplo? El aire que se respira, los cantos, el baile, casi siempre acompañado de posturas lascivas, todo recuerda a cada instante las dulzuras del amor, todo clama por entregarse. Danzan al son de una especie de tambor, y cuando cantan acompañan la voz con una flauta muy dulce de tres o cuatro agujeros, en la que, como hemos ya dicho, soplan con la nariz. Tienen también una especie de lucha, que es al mismo tiempo ejercicio y juego.

Carácter de los insulares. — Esta costumbre de vivir continuamente en el placer da a los taitianos marcada inclinación por esta dulce diversión, hija del repo-

so y de la alegría. Contraen así en su carácter una ligereza de que estábamos todos los días sorprendidos. Todo les impresiona, nada les ocupa; en medio de los objetos nuevos que les presentamos, no hemos conseguido jamás fijar dos minutos seguidos la atención de ninguno de ellos. Parece que la menor reflexión les sea trabajo insoportable, y que huyen todavía más de las fatigas del espíritu que de las corporales.

Detalles de algunas de sus obras. — No les acusaré, sin embargo, de carecer de inteligencia. Su destreza y su industria, en las pocas obras necesarias de que no aciertan a dispensarles la abundancia del país y la belleza del clima, desmentirían este testimonio. Sorprendente es el arte con que están hechos los instrumentos de pesca: sus anzuelos son de nácar, tan delicadamente trabajados, como si tuviesen el recurso de nuestros útiles; sus redes son absolutamente semejantes a las nuestras y tejidas con hilo de pita. Hemos admirado la armazón de sus vastas casas y la disposición de las hojas de palmeras *Latania* (1), con que las cubren.

Construcción de sus barcos. — Tienen dos especies de piraguas: unas, pequeñas y toscas, están hechas de un solo tronco de árbol hueco; otras, mucho más grandes, están trabajadas con arte. Un árbol hueco forma, como en las primeras, el fondo de la piragua, desde la proa hasta los dos tercios casi de su longitud; otro forma la parte de la popa, que está curvada

(1) *Latania*, nombre dado por Commerçon, el botánico de la expedición de Bougainville, a un género de palmera del grupo de los *Borassus*. (*N. de la T.*)

y muy levantada, de suerte que la extremidad de la popa se encuentra a cinco o seis pies por encima del agua; estas dos piezas están juntas por los extremos en arco de círculo, y como para asegurar esta separación no tienen el recurso de los clavos, agujerean en varios sitios la extremidad de las dos piezas y pasan trenzas de hilo de cocos, de que hacen fuertes ligaduras. Los costados de la piragua están levantados por dos bordes de casi un pie de anchura, cosidos en el fondo el uno con el otro por ligaduras semejantes a las precedentes. Llenan las costuras con hilo de coco, sin poner ningún calafateado. Una plancha que cubre la popa de la piragua, y que a cinco o seis pies sobresale, impide sumergirse enteramente en el agua cuando la mar es gruesa. Para hacer estos ligeros barcos menos sujetos a dar la vuelta, ponen un balancín sobre uno de sus lados. No es otra cosa que una pieza de madera bastante larga, puesta sobre dos travesaños de cuatro a cinco pies de longitud, cuyo extremo está amarrado en la piragua. Cuando se da a la vela, una plancha se extiende por fuera del otro lado del balancín. Sirve para amarrar una jarcia, que sostiene el mástil y hace la piragua menos ligera, colocando al extremo de la plancha un hombre o un peso.

Su industria aparece todavía en el medio de que se valen para hacer estos barcos propios para transportarles a las islas vecinas, con las que comunican, sin tener en esta navegación otros guías que las estrellas. Ligan juntas dos grandes piraguas costado con costado, casi a cuatro pies de distancia, por medio de algunas traviesas fuertemente amarradas en los dos bor-

des. Por encima de la popa de estas embarcaciones, así juntas, levantan un pabellón de un armazón muy ligero, cubierto con un techo de cañas. Esta cámara los pone al abrigo de la lluvia y del sol y les proporciona al mismo tiempo un lugar propio para tener sus provisiones secas. Estas dobles piraguas son capaces de contener un gran número de personas y no corren riesgo jamás de invertirse. Estas son de las que hemos visto siempre servirse a los jefes; van también, como las piraguas sencillas, al remo y a la vela: las velas están compuestas de esterillas extendidas sobre un bastidor de cañas, uno de cuyos ángulos está redondeado.

Los taitianos no tienen otro útil para todas estas obras que un hacha, cuyo filo está hecho con una piedra negra muy dura (1). Es absolutamente de la misma forma que la de nuestros carpinteros de armar y se sirven de ella con mucha destreza. Para agujerear la madera emplean pedazos de conchas muy agudos.

Sus telas. — La fabricación de las telas singulares que componen sus vestidos no es el menor de sus artes. Están tejidas con la corteza de un arbusto que todos los habitantes cultivan alrededor de sus casas. Un pedazo de madera muy dura, desbastada y rayada en sus cuatro caras por surcos de diferentes gruesos, les sirve para agramar esta corteza sobre una tabla muy lisa. Echan un poco de agua al agramarla, y acaban así por formar una tela muy igual y muy fina, de la naturaleza del papel, pero mucho más suave y menos sujeta a desgarrarse. Le dan una gran anchura. Las tienen

(1) Probablemente obsidiana. (*N. de la T.*)

de varias clases, más o menos recias, pero fabricadas todas con la misma materia; ignoro el método de que se sirven para teñirlas.

Detalles sobre el taitiano conducido a Francia. — Terminaré este capítulo justificándome, porque se me obliga a servirme de este término, justificándome, digo, de haberme aprovechado de la buena voluntad de Aoturu para hacerle hacer un viaje que seguramente no creía él era tan largo, y dar cuenta de las noticias que me ha dado de su país durante el tiempo que ha estado conmigo.

Razones por que se le ha traído. — El interés de este insular por seguarnos no ha sido equívoco. Desde los primeros días de nuestra llegada a Taiti nos lo ha manifestado de la manera más expresiva, y su nación pareció aplaudir su proyecto. Forzados a recorrer una mar desconocida, y ciertos de no deber más que a la humanidad de los pueblos que íbamos a descubrir los socorros y los bastimentos de que nuestra vida dependía, nos era esencial tener con nosotros un hombre de una de las islas más considerables de este mar. ¿No debíamos presumir que hablase la misma lengua que sus vecinos, que sus costumbres fuesen las mismas y que su crédito cerca de ellos fuese decisivo en nuestro favor, cuando detallase nuestra conducta con sus compatriotas y nuestros procedimientos a su respecto? Además, suponiendo que nuestra patria quisiese aprovecharse de la unión de un pueblo poderoso, situado en medio de las más bellas regiones del Universo, ¿qué mejor prenda para cimentar la alianza que la eterna obligación con que íbamos a encadenar este pue-

blo al devolverle a su conciudadano, bien tratado por nosotros y enriquecido por conocimientos útiles que les llevase? ¡Dios quiera que la necesidad y el celo que nos han inspirado no sean funestos al valiente Aoturul!

Su estancia en París. — No he ahorrado ni dinero ni cuidados para hacerle agradable y útil su estancia en París. Ha estado once meses, durante los cuales no ha mostrado ningún aburrimiento. El apresuramiento por verle ha sido vivo: curiosidad estéril que sólo ha servido para dar ideas falsas a hombres burlones por naturaleza, que no han salido jamás de la capital, que no profundizan en nada y que, entregados a errores de toda especie, no ven más que según sus prejuicios, y deciden, sin embargo, con severidad y sin apelación. «¡Cómo! — por ejemplo, me decían algunos —, ¿en el país de este hombre no se habla ni francés, ni inglés, ni español?» ¿Qué podía yo responder? No era, sin embargo, la sorpresa de pregunta semejante la que me dejaba mudo. Estaba acostumbrado, puesto que yo sabía que, a mi llegada, varios, hasta de los mismos que pasan por instruídos, sostenían que yo no había dado la vuelta al mundo, puesto que no había estado en China. Otros, aristarcos incisivos, tenían, y propalaban, una pobre idea del desventurado insular, sobre que, después de dos años de estancia con franceses, hablaba apenas algunas palabras de la lengua. ¿No vemos todos los días — decían — italianos, ingleses, alemanes, a los que una estancia de un año en París basta para aprender el francés? Hubiera podido responder, tal vez con algún fundamento, que, independientemente

te del obstáculo físico que el órgano de este insular oponía a que pudiese familiarizarse con nuestra lengua, obstáculo que se detallará más adelante (1), este hombre tenía al menos treinta años en los que nunca su memoria había sido ejercitada por ningún estudio, ni su espíritu sujeto a ningún trabajo; que, a la verdad, un italiano, un inglés, un alemán podían en un año chapurrar pasablemente el francés; pero que estos extranjeros tenían una gramática semejante a la nuestra, ideas morales, físicas, políticas, sociales idénticas a las nuestras, y todas expresadas por palabras en su lengua, como lo están en la lengua francesa; que de este modo no tenían más que una traducción que confiar a su memoria, ejercitada desde la infancia. El taitiano, al contrario, no teniendo más que un pequeño número de ideas, relativas, de una parte, a la sociedad más simple, la más limitada; de otra, a necesidades reducidas al menor número posible, hubiera sido necesario crear, por decirlo así, en un espíritu tan tardo como su cuerpo, un mundo de ideas primas, antes de poder llegar a adaptarle las palabras de nuestra lengua que las expresan. He aquí, tal vez, lo que hubiera podido responder; mas este detalle exigía algunos minutos, y he notado casi siempre que, agobiado de preguntas, como yo lo estaba, cuando me disponía a satisfacerlas, las personas que me habían honrado con ellas, estaban ya lejos de mí. Es muy común en las capitales encontrar gentes que preguntan, no como curioso que quiere instruirse, sino como jueces que se aprestan a sen-

(1) Véanse los *Apéndices*.

tenciar: oigan la respuesta o no la oigan, no por eso dejan de pronunciarse.

Sin embargo, aunque Aoturu estropeaba apenas algunas palabras de nuestro idioma, todos los días salía solo y recorría la ciudad, sin jamás haberse extraviado. Frecuentemente hacía compras, y casi nunca ha pagado las cosas más allá de su valor. El único espectáculo que le gustaba era la ópera, porque amaba apasionadamente la danza. Conocía perfectamente los días de este espectáculo. Iba solo, pagaba a la puerta, como todo el mundo, y su sitio favorito era en los pasillos. Entre el gran número de personas que han deseado verle ha distinguido siempre los que le han hecho bien, y su corazón, reconocido, no les olvidaba. Estaba particularmente inclinado a la señora duquesa de Choiseul, que le ha colmado de beneficios, y, sobre todo, de muestras de interés y de amistad, a las que era infinitamente más sensible que a los presentes. Así, iba él mismo a ver a esta generosa bienhechora siempre que sabía que estaba en París.

Su partida de París. — Se ha marchado en el mes de marzo de 1770 y ha ido a embarcarse a la Rochelle en el navío *Brisson*, que ha debido llevarle a la isla de Francia. Ha sido confiado durante esta travesía a los cuidados de un negociante que se ha embarcado en el mismo barco, de que es armador en parte.

Medidas tomadas para enviarle a su casa. — El Ministerio ha ordenado al gobernador y al intendente de la isla de Francia que envíen desde allí a Aoturu a su isla. He dado una Memoria muy detallada acerca del derrotero que hay que hacer para llegar, y

36.000 francos (el tercio de mi hacienda) para armar el navío destinado a esta navegación. La señora duquesa de Choiseul ha llevado su humanidad hasta consagrar una suma de dinero para transportar a Taiti gran número de útiles de primera necesidad: semillas, bestias, y el rey de España se ha dignado permitir que este barco, si era necesario, recalase en las Filipinas.

He recibido noticias del arribo de Aoturu a la isla de Francia, y creo deber insertar aquí la copia de una carta de M. Poivre, escrita a este respecto a M. Bertin, ministro de Estado.

Extracto de una carta de M. Poivre, intendente de las islas de Francia y de Borbón, a M. Bertin, ministro de Estado. — «En Port-Louis, isla de Francia, 3 de noviembre 1770.

»Señor: He recibido la carta que me habéis hecho el honor de escribirme, fecha 15 de marzo último, con motivo del honrado indio Putaveri. He reconocido, en todo lo que me hacéis el honor de decirme de este insular y de las precauciones que hay que tomar para enviarle convenientemente a su patria, toda la bondad de vuestro corazón, de que tenía tantas pruebas.

»Ya había recibido aquí a Putavery en 1768: le había acogido en la ciudad y en el campo; durante toda su estancia en esta isla tuvo mesa en mi casa; yo le he hecho todos los servicios que de mí han dependido; ha partido de aquí amigo mío y volverá a esta isla lleno de sentimientos de amistad y de reconocimiento por su amigo Polary, que es como él me llama. No puede

usted creer a qué extremo lleva este hombre natural el recuerdo de los beneficios y el sentimiento de reconocimiento.

»Durante toda la travesía, sabiendo que volvía a la isla de Francia, ha hablado siempre a todos los oficiales del barco del placer que tendría al volver a ver a su amigo Polary. Llegado aquí, se le quiso conducir al Gobierno y no quiso, y al poner el pie en tierra, ha corrido por el camino más corto, derecho a mi casa; me ha hecho toda clase de caricias a su manera, y me ha contado en seguida todos los pequeños servicios que le había hecho. Cuando se le ha invitado a ponerse a la mesa, en seguida ha mostrado su antiguo sitio, a mi lado, y ha querido volver a tomarlo.

»Ya veis que no podíais dirigiros a nadie mejor para procurar a este honrado hombre natural los socorros de que tenga aquí necesidad y el medio de volver cómoda y convenientemente a su patria, la isla de Taiti; me hubiera disgustado que otro que yo hubiese tenido una comisión tan deliciosa que cumplir. Estad seguro que haré por Putavery lo que haría por mi propio hijo.

»Este indio me ha interesado singularmente desde el momento que he sabido su historia, y su honradez natural me ha ligado fuertemente a él; así, me mira como a un padre y mi casa como la suya.

»Putavery ha llegado aquí el 23 de octubre en muy buena salud, muy querido de todos sus compañeros de viaje y muy contento de todos ellos. He encargado a M. De la Malétie, sobrecargo del navío en que ha venido, lo aloje con él y esté a su cuidado, porque, des-

graciadamente, no tengo habitación en la casa que ocupo; no tengo para mí mismo más que una piececita muy incómoda que me sirve de gabinete.

»Como Putavery ha llegado aquí a fin de octubre, en un momento en que teníamos todos nuestros barcos fuera, le guardaré hasta mediados de septiembre del año próximo, en cuyo tiempo le enviaré a su país. El capitán, los oficiales y el navío destinados a este viaje serán de mi elección. Le daré para él, para su familia y para los jefes taitianos presentes convenientes. Le daré, además, útiles e instrumentos de hierro de toda especie, semillas para sembrar, y, sobre todo, arroz, toros y vacas, cabritos; en fin, todo lo que me parezca, según sus informes, que ha de ser útil a los buenos taitianos, que deberán a la generosidad francesa una parte de su bienestar.

»El navío destinado a Taiti hará su derrotero por el Sur y pasará entre Nueva Holanda y Nueva Zelanda. No quiero hacerle partir antes del equinoccio de septiembre del año próximo, a fin de que nuestros navegantes, forzados acaso por los vientos a elevarse mucho en el Sur, gocen de toda la buena estación que en el hemisferio austral comienza a fines de septiembre; entonces las noches son más cortas y las mares más bellas.»

Me han escrito después desde la Isla de Francia una carta, fechada en el mes de agosto de 1771, en la que se me comunica que se estaba armando el barco destinado a conducir Aoturu a Taiti. ¡Ojalá pueda, al fin, volver a ver a sus compatriotas!

Voy a detallar lo que he creído comprender de

las costumbres de su país en mis conversaciones con él.

Nuevos detalles de las costumbres de Taiti.— He dicho ya que los taitianos reconocen un Ser supremo, que ninguna imagen ficticia acertaría a representar, y divinidades subalternas *de dos oficios*, como dice Amyot, representadas por figuras de madera. Rezan al salir y al ponerse el Sol; pero tienen, en detalle, un gran número de prácticas supersticiosas para conjurar la influencia de los genios malos. El cometa visible en París el año 1769, y que Aoturu ha notado bien, me ha dado ocasión de saber que los taitianos conocen estos astros que no reaparecen, me ha dicho él, más que después de un gran número de lunas. Lllaman a los cometas *evetu eave*, y no conceden a su aparición ninguna idea siniestra. No ocurre lo mismo con esas especies de meteoros, que aquí el pueblo cree ser estrellas errantes. Los taitianos, que las llaman *epao*, las creen un genio maléfico: *eatua toa*. Por lo demás, las gentes instruídas de esta nación, sin ser astrónomos, como han pretendido nuestras gacetas, tienen una nomenclatura de las constelaciones más notables; conocen su movimiento diurno, y se sirven de él para dirigir su derrotero en plena mar de una a otra isla. En esta navegación, algunas veces de más de trescientas leguas, pierden toda vista de tierra. Su brújula es la carrera del Sol durante el día, y la posición de las estrellas durante las noches, casi siempre hermosas entre los trópicos.

Islas vecinas.— Aoturu me ha hablado de varias islas, unas confederadas con Taiti, otras siempre en guerra con ella. Las islas amigas son Aimeo, Maurua

Aca, Umaitia y Tapua-massu (1). Las enemigas son Papara, Aiatea, Otaa, Tumaraa, Oopoa. Estas islas son tan grandes como Taiti. La isla de Pare, muy abundante en perlas, es tan pronto su aliada como su enemiga. Enuamotu y Tupai son dos islitas deshabitadas, cubiertas de frutos, de cerdos, de volátiles, abundantes en peces y en tortugas; mas el pueblo cree que son morada de los genios; es su dominio, ¡mal aventurados los barcos que la casualidad o la curiosidad conduce a estas islas sagradas! Les cuesta la vida a casi todos los que en ellas abordan. Por lo demás, estas islas están situadas a diferentes distancias de Taiti. La más lejana de que Aoturu me haya hablado está a quince días de marcha. Sin duda, casi a esta distancia supuso estaba nuestra patria cuando se determinó a seguarnos.

Desigualdad de condiciones. — He dicho antes que los habitantes de Taiti nos habían parecido vivir en una dicha digna de envidia. Les creímos casi iguales entre sí, o al menos gozando de una libertad que no estaba sometida más que a leyes establecidas para la dicha de todos. Me engañaba; la distinción de los rangos es muy marcada en Taiti y cruel la desproporción. Los reyes y los grandes tienen derecho de vida y muerte sobre sus esclavos y criados; hasta estoy tentado a creer que tienen también este derecho bárbaro sobre las gentes del pueblo que llaman *Tata-einu*, «hombres viles»; en todo caso, es seguro que en esta clase infortunada se toman las víctimas para los sacrificios huma-

(1) Como Taiti, estas islas forman parte del archipiélago de la Sociedad. (*N. de la T.*)

nos. La carne y el pescado están reservados para la mesa de los poderosos; el pueblo no vive más que de legumbres y de frutos. Hasta la manera de alumbrarse por la noche diferencia los estados, y la especie de leña que arde para las gentes consideradas no es la misma que la de que está permitido al pueblo servirse. Los reyes únicamente pueden plantar delante de sus casas el árbol que nosotros llamamos sauce llorón. Se sabe que encorvando las ramas de este árbol y plantándolas en tierra, se da a su sombra la dirección y extensión que se desea; en Taiti es el comedor de los reyes.

Los señores tienen libreas para sus criados; según que la calidad de los dueños sea más o menos elevada, los criados llevan más o menos alto el trozo de tela con que se ciñen. Este ceñidor va inmediatamente bajo los brazos en los criados de los jefes, y no cubre más que los riñones en los criados de la última clase de los nobles. Las horas ordinarias de las comidas son cuando el Sol pasa por el meridiano y cuando está puesto. Los hombres no comen con las mujeres; éstas únicamente sirven a los hombres los platos que los criados han preparado.

Costumbres de llevar luto.— En Taiti se lleva regularmente luto, que se llama *eeva*. Toda la nación lleva luto por sus reyes. El luto de los padres es muy largo. Las mujeres lo llevan por los maridos, sin que éstos hagan lo mismo por ellas. Las señales de luto son llevar sobre la cabeza un tocado de plumas cuyo color está consagrado a la muerte, y de cubrirse la cara con un velo. Cuando las gentes de luto salen de sus casas,

van precedidas de varios esclavos, que tocan castañuelas de una cierta manera; su son lúgubre advierte a todo el mundo para apartarse, sea que se respete el dolor de las gentes de duelo, sea que se tema su aproximación como siniestra y desgraciada. Por lo demás, en Taiti ocurre lo que en todas partes: se abusa de los usos más respetables. Aoturu me ha dicho que este aparato de duelo era favorable, sin duda, a las citas con las mujeres cuyos maridos son poco complacientes. Este chasquido, cuyo son respetado aparta a todo el mundo, este velo que tapa el rostro, aseguran a los amantes el secreto y la impunidad.

Socorros recíprocos en las enfermedades. — En las enfermedades un poco graves todos los próximos parientes se reúnen en casa del enfermo. Allí comen y allí duermen en tanto que el peligro subsiste; cada uno le cuida y le vela a su vez. Tienen también costumbre de sangrarse; pero ni en el brazo ni en el pie. Un *Taua*, es decir, un médico o sacerdote inferior, golpea con una madera cortante sobre el cráneo del enfermo, abre por este medio la vena que llamamos sagital, y cuando ha corrido sangre suficiente, ciñe la cabeza con una venda que contiene la hemorragia; al día siguiente lava la herida con agua.

Notas sobre la lengua. — He aquí lo que he sabido acerca de los usos de este país interesante, ya en la isla misma, ya en mis conversaciones con Aoturu. Al final de esta obra se encontrará el vocabulario de las palabras taitianas que he podido recoger (1). Al llegar a

(1) Véanse los *Apéndices*.

esta isla notamos que algunas de las palabras pronunciadas por los insulares se encontraban en el vocabulario inserto a continuación del viaje de Le Maire, con el título de *Vocabulario de las islas de los Cocos*. Estas islas, en efecto, según la estima de Le Maire, y de Schouten, no estarían muy lejos de Taiti, y tal vez formen parte de las que me ha nombrado Aoturu. La lengua de Taiti es dulce, armoniosa y fácil de pronunciar. Las palabras casi no están compuestas más que de vocales sin aspiración; no se encuentran nunca sílabas mudas, sordas o nasales, ni esta cantidad de consonantes y de articulaciones que hacen ciertos idiomas tan difíciles. Así, nuestro taitiano no podía pronunciar el francés. Las mismas causas que acusan a nuestra lengua de ser poco musical la hacían inaccesible a sus órganos. Se hubiese más pronto conseguido hacerle pronunciar el español o el italiano. Monsieur Pereire, célebre por su talento para enseñar a hablar y articular bien a los sordomudos de nacimiento, ha examinado atentamente varias veces a Aoturu, y ha reconocido que no podía físicamente pronunciar la mayor parte de nuestras consonantes, ni ninguna de nuestras vocales nasales. Monsieur Pereire ha escrito a este respecto una Memoria, que se encontrará inserta a continuación del vocabulario de Taiti.

Por lo demás, la lengua de esta isla es bastante rica; juzgo de ello porque, en el curso del viaje, Aoturu ha puesto en estrofas cadenciosas todo lo que le ha llamado la atención. Es una especie de declamación lo que improvisaba. Tales son sus anales, y nos ha parecido que su lengua le suministraba expresiones para

pintar una multitud de objetos todos nuevos para él. Por otra parte, todos los días le oíamos pronunciar palabras que no conocíamos aún, y entre otras, declamar una larga plegaria, que llamaba la plegaria de los reyes, y de todas las palabras que la componen yo no sabía diez.

He sabido por Aoturu que cerca de ocho meses antes de nuestro arribo a su isla, había abordado en ella un navío inglés. Era el que mandaba Mr. Wallis (1). La misma casualidad que nos hizo descubrir esta isla, condujo allí a los ingleses en tanto que nosotros estábamos en río de la Plata. Permanecieron en ella un mes, y a excepción de un ataque que les dieron los insulares, que se proponían quitarles el navío, todo transcurrió amigablemente. He aquí, sin duda, de donde proviene el conocimiento del hierro que hemos hallado en los taitianos, y el nombre de *auri* que le dan, nombre bastante semejante por el sonido a la palabra inglesa *iron* (hierro), que se pronuncia *airon*. Ignoro ahora si los taitianos, con el conocimiento del hierro, deben también a los ingleses el de los males venéreos que hemos encontrado allí naturalizados, como se verá bien pronto.

Los ingleses han hecho después un segundo viaje a Taiti, que ellos llaman *Otahiti*, y han observado en ella el paso de Venus el 4 de junio de 1769; su estancia en esta isla ha sido de tres meses (2).

(1) Véase la nota de la página 38. El capitán Wallis descubrió Taiti en 23 de junio de 1767, en el curso de su viaje alrededor del mundo (1766-1768). (*N. de la T.*)

(2) Alude al viaje del capitán James Cook.

Como ya han publicado una relación de este viaje, relación que al presente se traduce en Francia para hacerla pública, no entraré en detalles de lo que dicen de esta isla y sus habitantes. Me contentaré con observar que es falso lo que anticipan de que hemos viajado siempre con pabellón español. No teníamos ninguna razón para ocultar el nuestro. Con poco fundamento nos acusan de haber llevado a los desgraciados taitianos la enfermedad que podíamos acaso más justamente sospechar haberles sido transmitida por la tripulación de Mr. Wallis. Los ingleses se habían llevado dos insulares, que murieron en el camino.

CAPÍTULO IV

Partida de Taiti.— Descubrimiento de nuevas islas.— Navegación hasta la salida de las grandes Cycladas.

ABRIL de 1768.— Se ha visto cuán mezclada de bienes y de males fué la escala en Taiti; la inquietud y el peligro habían acompañado nuestros pasos hasta los últimos instantes; pero este país era para nosotros un amigo que amábamos a pesar de sus defectos. El 16 de abril, a las ocho de la mañana, estábamos casi a diez leguas al Nordeste-cuarto-Norte de su punta septentrional, y tomé desde aquí mi punto de partida. A las diez advertimos una tierra a sotavento que parecía formar tres islas; se veía todavía la extremidad de Taiti. A mediodía reconocimos perfectamente que lo que habíamos tomado por tres islas no era más que una sola, cuyas eminencias nos habían parecido aisladas en la lejanía.

Vista de Umaitia.— Por encima de esta nueva tierra creíamos ver una más lejana. Esta isla es de una altura mediana y cubierta de árboles; se puede advertirla en el mar desde ocho o diez leguas. Aoturu la llama *Umaitia*. Nos hizo comprender de una manera inequívoca que estaba habitada por una nación amiga de la suya, que había estado allí varias veces y que tenía

una amante, y que encontraríamos la misma acogida y los mismos bastimentos que en Taiti.

Dirección del derrotero.—Perdimos Umaitia de vista durante el día y dirigí mi derrotero en forma de no topar con las islas Perniciosas, que los desastres del almirante Roggewin nos aconsejaban huir. Dos días después tuvimos una prueba incontestable de que los habitantes de las islas del océano Pacífico comunican entre sí, aun a distancias considerables. El azul de un cielo sin nubes dejaba centellear las estrellas. Aoturu, después de haberlas considerado atentamente, nos hizo notar la estrella brillante que está en el hombro de Orión, diciendo que era por la que debíamos dirigir nuestro derrotero, y que en dos días nos encontraríamos una tierra abundante que él conocía y donde tenía amigos; hasta creímos comprender por sus gestos que tenía allí un hijo. Como no desviaba el derrotero del navío, me repitió varias veces que se encontraban allí cocos, bananas, gallinas, cerdos y, sobre todo, mujeres que con gestos muy expresivos nos pintaba muy complacientes. Irritado de ver que estas razones no me determinaban, corrió a apoderarse de la rueda del gobernalle, cuyo uso había observado, y a pesar del timonel, trataba de cambiarla para hacernos gobernar por la estrella que indicaba. Costó bastante trabajo tranquilizarle, y esta negativa le dió mucha pena. Al día siguiente, desde el amanecer, subió a lo alto de los mástiles y pasó la mañana mirando siempre del lado de esta tierra donde quería conducirnos, como si hubiese tenido la esperanza de verla. Por lo demás, la víspera nos había nombrado

en su lengua, sin vacilar, la mayor parte de las estrellas brillantes que le mostrábamos; hemos tenido después la certidumbre de que conocía perfectamente las fases de la Luna y los diversos pronósticos que advierten frecuentemente en el mar los cambios de tiempo. Una de sus opiniones, que nos ha enunciado claramente, es que creen positivamente que el Sol y la Luna están habitados. ¿Qué Fontenelle les ha enseñado la pluralidad de los mundos? (1).

Durante el resto del mes de abril tuvimos muy buen tiempo, pero poco fresco, y el viento del Este se inclinaba más al Norte que al Sur. La noche del 26 al 27, nuestro práctico de la costa de Francia murió súbitamente de un ataque de apoplejía. Estos prácticos se llaman *pilotos-costeros*, y todos los barcos del Rey tienen así un piloto-práctico de la costa de Francia. Son diferentes de los que se llaman en la tripulación pilotos, ayudante-piloto o aspirante a timonel. Se tiene en el mundo una idea poco exacta del empleo que ejercen estos pilotos en nuestros barcos. Se cree que son los que dirigen el derrotero, y que sirven así como de lazarillo a los ciegos. No sé si hay aún alguna nación en que se abandone a estos hombres subalternos el arte de pilotar esta parte esencial de la navegación. En nuestros barcos, la función del piloto es velar para que los timoneles sigan exactamente el derrotero que el capitán ordenó; señalar todos los cam-

(1) Fontenelle (B. Le Bovier de), sobrino de Corneille, y literato francés, autor de *Entretiens sur la pluralité des mondes*, obra muy famosa de vulgarización científica. Murió a los cien años (1657-1757). (N. de la T.)

bios que obligan a hacer, o la índole de los vientos, o as órdenes del comandante, y observar las señales; y todavía no atienden a estos detalles más que bajo la dirección del oficial de cuarto. Seguramente, los oficiales de la Marina del Rey salen de las escuelas mucho más profundos en Geometría que lo necesario para conocer perfectamente todas las leyes del pilotaje. La clase de los pilotos propiamente dicha está también encargada del cuidado de las brújulas de derroteros y de observación, de las correderas y de las sondas, de los fanales, de los pabellones, etc., y se ve que estos diversos detalles no piden más que exactitud. Así, mi primer piloto en este viaje era un joven de veinte años; el segundo era de la misma edad, y los ayudantes de piloto navegaban por primera vez.

Observaciones astronómicas.— Mi estima, comparada dos veces en este mes con las observaciones astronómicas de M. Verron, difiere la primera vez, y era en Taiti de 13' 10'', que yo estaba más al Oeste; la segunda vez, que es el 27 a mediodía, en 1° 13' 37'', que yo estaba más al Este que lo observado.

Segundo grupo de islas.— Por lo demás, las diferentes islas descubiertas en este mes forman el segundo grupo de las islas de este vasto océano. Le he llamado *archipiélago de Borbón* (1).

(1) Las islas vistas por los ingleses alrededor de Taiti son: Titeroah, a 17° 10' de latitud y 150° de longitud al Oeste de Londres; cerca de éstas, Ohaena, donde están, dicen, las más bellas mujeres del mundo; Viliateah, a 16° 47' de latitud y 151° 40' de longitud al Oeste de Londres; y a ocho o diez leguas de ésta, Mo-roah; Otahaw, a 16° 37' de latitud y 151° 45' de longitud al Oeste

El 3 de mayo, casi al amanecer, descubrimos una nueva tierra al Noroeste, a diez o doce leguas de distancia. Los vientos eran de la parte del Nordeste. Hice gobernar a barlovento de la punta septentrional de esta tierra, la cual es muy elevada, con intención de reconocerla.

Vista de nuevas islas. — Los conocimientos náuticos de Aoturu no se extendían más allá, porque su primera idea al ver esta tierra fué que debía ser nuestra patria. En la jornada sufrimos algunos chaparrones, seguidos de calma, de lluvia y de brisas del Oeste, tales como en este mar se experimentan a la aproximación de las menores tierras. Antes de ponerse el Sol reconocimos tres islas, una mucho más considerable que las otras dos. Durante la noche, que la Luna hizo clara, conservamos tierra a la vista; nos dirigimos a ella al amanecer, y fuimos a largo de la costa oriental de la isla grande, desde su punta del Sur hasta la del Norte; el mayor lado que puede tener es de tres leguas; la isla tiene dos de Este a Oeste. Sus costas son por todas partes escarpadas, y no es, propiamente hablando, más que una montaña elevada, cubierta de árboles

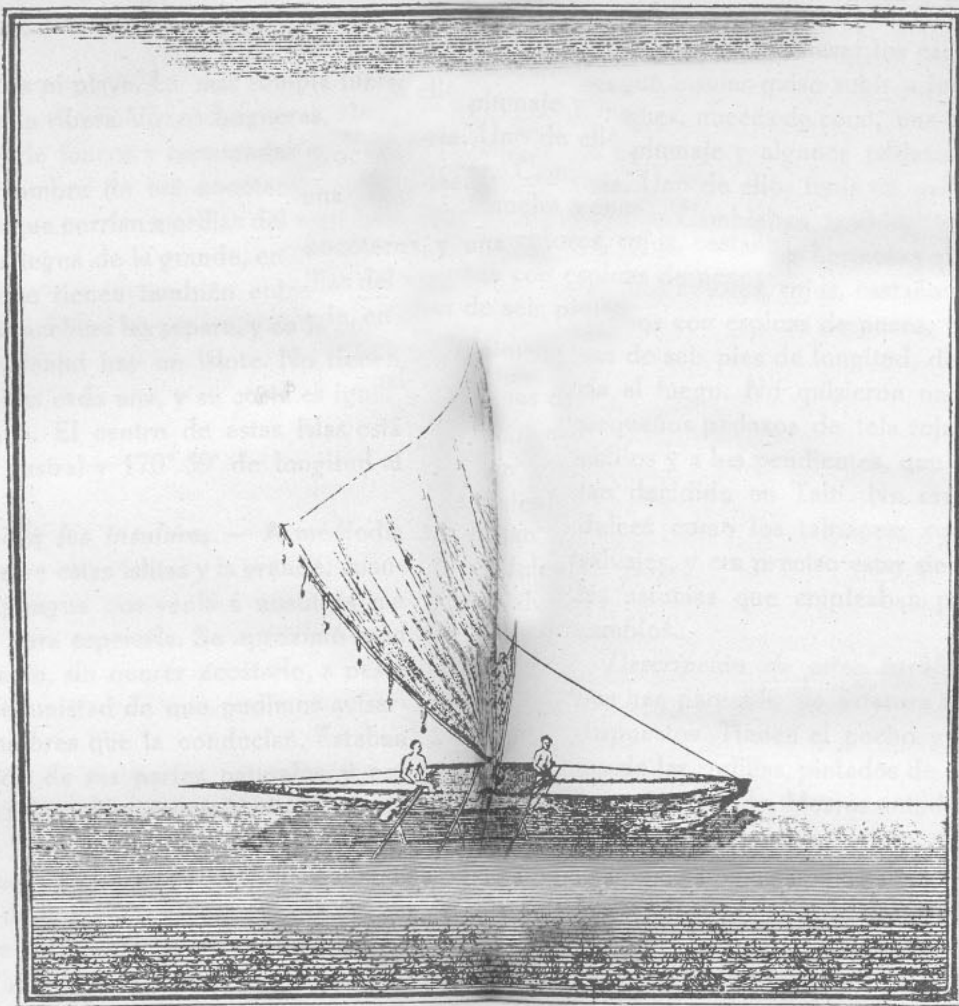
de Londres; y a cinco leguas al Oeste de Otahaw, la isla Bola-Bola, albergue de bandidos, sometida actualmente a un conquistador que ha dominado varias islas vecinas; en fin, Ohiteroah, a 22° 23' de latitud y 150° 26' de longitud al Oeste de Londres.

El taitiano Tobia, que ha seguido a los ingleses, les ha hecho mención de otras nueve islas situadas al Oeste-Noroeste y al Sur-Sureste de Ohiteroah; la más lejana de esta última tiene dos días de marcha en canoa del país. (*Nota de Bougainville.*)

Estas islas, al Noroeste de Taití, forman hoy, con ella, el archipiélago de la Sociedad. (*N. de la T.*)

hasta su cima, sin valles ni playa. La mar rompía fuertemente a lo largo de la ribera. Vimos hogueras, algunas cabañas cubiertas de juncos y terminadas en punta, construídas a la sombra de los cocoteros, y una treintena de hombres que corrían a orillas del mar. Las dos islitas están a una legua de la grande, en el Oeste-Noroeste, situación que tienen también entre sí. Un brazo de mar de poca anchura las separa, y en la punta Oeste de la más occidental hay un islote. No tienen más de una media legua cada una, y su costa es igualmente alta y escarpada. El centro de estas islas está a $14^{\circ} 11'$ de latitud austral y $170^{\circ} 59'$ de longitud al Oeste de París.

Cambios hechos con los insulares. — A mediodía derroté para pasar entre estas islitas y la grande, cuando la vista de una piragua que venía a nosotros me hizo quedar al paio para esperarla. Se aproximó a un tiro de pistola del navío, sin querer acostarlo, a pesar de todas las señas de amistad de que pudimos avisarnos con los cinco hombres que la conducían. Estaban desnudos, a excepción de sus partes naturales, y nos mostraban cocos y raíces. Nuestro taitiano se quedó desnudo como ellos y les habló su lengua; mas no le entendieron; no es aquí ya la misma nación. Cansado de ver que, a pesar de la codicia que tenían por diversas bagatelas que se les mostraba, no osaban aproximarse, hice botar al mar la canoa pequeña. Tan pronto como la advirtieron, salieron nadando para huir, y no quise que se les persiguiese. Poco después se vió venir otras varias piraguas, algunas a la vela.^f Demostraron menos desconfianza que la primera y se aproxima-



Canoa a la vela de las islas de los Navegantes, según Bougainville.

ron bastante para hacer los cambios practicables; pero ningún insular quiso subir a bordo. Hubimos de ellos ignames, nueces de coco, una polla de agua de soberbio plumaje y algunos pedazos de una hermosa concha. Uno de ellos tenía un gallo, que no quiso nunca trocar. Cambiaban también telas del mismo tejido, pero mucho menos hermosas que las de Taiti, y teñidas de feos colores, rojos, castaños y negros, anzuelos mal hechos con espinas de peces, algunas esterillas y lanzas de seis pies de longitud, de una madera endurecida al fuego. No quisieron nada de hierro: preferían pequeños pedazos de tela roja a los clavos, a los cuchillos y a los pendientes, que habían tenido un éxito tan decidido en Taiti. No creo a estos hombres tan dulces como los taitianos; sus fisonomías eran más salvajes, y era preciso estar siempre en guardia contra las astucias que empleaban para engañarnos en los cambios.

Descripción de estos insulares. — Estos insulares nos han parecido de estatura media, aunque ágiles y dispuestos. Tienen el pecho y los muslos, hasta encima de las rodillas, pintados de un azul oscuro; su color es bronceado. Hemos notado uno mucho más blanco que los demás. Se cortan o se arrancan la barba; uno sólo la llevaba un poco larga; todos en general tenían los cabellos negros y levantados sobre la cabeza.

Descripción de sus piraguas. — Sus piraguas están hechas con bastante arte y provistas de un balancín; no tienen ni la popa ni la proa levantadas, sino con puentes en una y otra, y en medio de estos puentes hay una fila de clavijas terminadas en forma de

grandes clavos; pero cuyas cabezas están recubiertas de hermosas conchas de una blancura brillante (1). La vela de sus piraguas está compuesta de varias esterillas triangulares; dos de sus lados están envergados sobre palos, de los que uno sirve para sujetarla a lo largo del mástil, y el otro, establecido sobre la relinga de fuera, hace el efecto de una botavara. Cuando desplegamos las velas, estas piraguas nos siguieron mar adentro; entonces vinieron de los dos islotes algunas más, en una de las cuales había una mujer vieja y fea. Aoturu testimonió el mayor desprecio por estos insulares.

Cuando estuvimos a sotavento de la isla grande, encontramos un poco de calma, lo que me hizo renunciar a pasar entre ella y las dos pequeñas. El canal es de legua y media y parece que haya algún fondeadero. A las seis de la tarde se descubrió desde lo alto de los mástiles, al Oeste-Suroeste, una nueva tierra, que se presentaba bajo el aspecto de tres alturas aisladas. Derrotamos al Suroeste, y a las dos de la madrugada volvimos a ver esta tierra al Oeste 2° Sur; las primeras islas que advertimos todavía a favor de un hermoso claro de luna, se encontraban entonces al Nordeste.

Serie de islas. — El 5 por la mañana reconocimos que esta nueva tierra era una hermosa isla, cuyas cumbres habíamos visto la víspera. Está formada de montañas y de vastas llanuras cubiertas de cocoteros y de una infinidad de otros árboles. Fuimos a lo largo de su costa meridional, a una o dos leguas de distancia,

(1) Se refiere aquí a las conchas de peregrino, pertenecientes al género *Pecten*. (N. de la T.)

sin ver ninguna apariencia de fondeadero; la mar se rompía con furia. Hay también un bajo en el Oeste de su punta occidental, el cual tiene cerca de dos leguas a alta mar. Varios planos nos han dado con exactitud la posición de esta costa. Numerosas piraguas a la vela, semejantes a las de las últimas islas, vinieron alrededor de los navíos, pero sin querer aproximarse; una sola acostó la *Estrella*. Los indios parecían invitarnos por señas a ir a tierra; pero las rompientes nos lo impedían. Aunque hiciésemos entonces siete u ocho millas por hora, estas piraguas de vela daban vuelta *alrededor nuestro con la misma facilidad que si hubiésemos estado anclados*. Se advirtió desde lo alto de los mástiles varias que navegaban hacia el Sur.

Desde las seis de la mañana habíamos visto otra tierra en el Oeste; las nubes en seguida la habían hecho desaparecer de nuestra vista; se volvió a ver hacia las diez. Su costa se extiende al Suroeste, y nos pareció tener al menos tanta elevación y extensión como la primera, con la cual yace casi a Este y Oeste, a distancia cerca de doce leguas. Una densa bruma, que se levantó por la tarde y duró toda la noche y el día siguiente, no nos permitió reconocerla. Distinguimos solamente en su punta del Nordeste dos islitas de desigual tamaño.

Posición de estas islas que forman el tercer grupo. La longitud de estas islas es casi la misma en que se estimaba estar Abel Tasman cuando descubrió las islas de Amsterdam y de Rotterdam, las Pilstaars, las del Príncipe Guillermo y los bajos fondos de Fleemskerk. También es la que casi se asigna a las islas de Salo-

món. De otra parte, las piraguas que habíamos visto bogar a alta mar y al Sur parecían indicar otras islas en esta parte. De este modo, estas tierras parecían formar una cadena extendida bajo el mismo meridiano; será el tercer grupo, que hemos llamado *archipiélago de los Navegantes* (1). Las islas que le componen están situadas bajo el 14.° paralelo austral, entre 171° y 172° de longitud al Oeste de París.

El día 11 por la mañana, después de haber gobernado a Oeste-cuarto-Suroeste desde la vista de las últimas islas, se descubrió tierra al Oeste-Suroeste, a siete u ocho leguas de distancia.

Se creyó en un principio que eran dos islas separadas, y la calma nos mantuvo alejados de ella todo el día. El 12 se reconoció que no era más que una sola isla, cuyas dos partes elevadas estaban unidas por una tierra baja, que parecía encorvarse en arco y formar una bahía abierta al Nordeste. Las grandes tierras se extienden al Norte-Noroeste. El viento contrario nos impidió aproximarnos a más de seis o siete leguas de esta isla, que llamé *El niño perdido*.

Observaciones meteorológicas. — El mal tiempo, que había comenzado desde el 6 de este mes, continuó casi sin interrupción hasta el 20, y durante todo este tiempo estuvimos perseguidos por las calmas, las lluvias y los vientos de Oeste. En general, en este océano, llamado *Pacífico*, la proximidad de las tie-

(1) El archipiélago que Bougainville llamó de los Navegantes es hoy el de las islas Samoa, situado entre los 13° y 14° 30' de latitud Sur y los 169° 30' y 173° de longitud Oeste de Greenwich (*N, de la T.*)

rras origina tempestades, más frecuentes todavía en los cambios de Luna. Cuando el tiempo está para chaparrones, con grandes nubes fijas en el horizonte, es indicio casi seguro de algunas islas y una advertencia para desconfiar. No se figura uno con qué cuidados e inquietudes se navega en estos mares desconocidos, amenazados por todas partes de encuentros inopinados de tierras y de escollos, inquietudes más vivas todavía en las largas noches de la zona tórrida. Era preciso caminar a tientas, cambiando de derrotero, cuando el horizonte estaba muy negro ante nosotros. La carencia de agua, la falta de víveres, la necesidad de aprovechar el viento, cuando se dignaba soplar, no nos permitían seguir las lentitudes de una navegación prudente y ponernos al paio o a la capa en tiempo de tinieblas.

Situación crítica en que nos encontramos.— En tanto, el escorbuto empezaba a reaparecer. Una gran parte de las tripulaciones, y casi todos los oficiales, tenían las encías atacadas y la boca inflamada. No quedaban bastimentos más que para los enfermos, y se acostumbra uno difícilmente a no vivir más que de malas sazonas y de legumbres secas. Al mismo tiempo se declararon en los dos navíos varias enfermedades venéreas, cogidas en Taiti: tenían todos los síntomas conocidos en Europa. Hice reconocer a Aoturu, que estaba perdido; pero parece que en su país se preocupan poco de este mal; sin embargo, consintió en dejarse tratar. Colón trajo esta enfermedad de América, y hela aquí en una isla en medio del más vasto océano. ¿Son los ingleses los que la han llevado? ¿O acaso el médico

que apostaba que, encerrada una mujer sana con cuatro hombres sanos y vigorosos, el mal venéreo nacería de su comercio, ganaría su apuesta?

Encuentro de nuevas tierras. — El 22, al amanecer, cuando derrotábamos al Oeste, se advirtió ante nosotros una larga y alta tierra. Cuando salió el Sol, reconocimos dos islas. La más meridional nos demoraba desde el Sur-cuarto-Sureste hasta el Suroeste-cuarto-Sur; parecía extenderse al Norte-Noroeste corregido y tener cerca de doce leguas de longitud en esta posición. Recibió del nombre del día, el de *isla de Pentecostés*. La segunda nos demoraba desde Suroeste 5° Sur hasta Oeste-Noroeste: en el instante en que se nos mostró la he hecho llamar isla *Aurora* (1). Tuvimos primero casi el viento a babor para intentar pasar entre las dos islas. Los vientos nos rechazaron, y hubo que arribar para pasar a sotavento de la isla *Aurora*. Avanzando por el Norte a longo de su costa oriental, se vió en el Norte-cuarto-Noroeste una islita elevada en pilón de azúcar, que fué llamada el *Pico de la Estrella*. Continuamos costearo la isla *Aurora* a legua y media de distancia. Está situada Norte a Sur, corregidos, desde su punta meridional hasta la mitad casi de su longitud, que es de diez leguas; después declina hacia el Norte-Noroeste; tiene muy poca anchura: dos leguas a lo más. Sus costas son escarpadas y cubiertas de bosque. A las dos de la tarde vimos por encima de esta isla

(1) La isla de Pentecostés (Aragh) y la de *Aurora* (Maewo) forman parte del archipiélago de Nuevas Hébridas y están separadas por el paso de Patteson. (*N de la T.*)

cimas de altas montañas, casi a diez leguas más allende. Pertenecían a una tierra de la que a las tres y media vimos al Sur-Suroeste de la brújula la punta del Suroeste por encima de la extremidad septentrional de la isla Aurora. Después de haber doblado esta última, derrotábamos al Sur-Suroeste, cuando al ponerse el Sol una nueva costa elevada y muy extensa se ofreció todavía a nuestras miradas. Se prolongaba desde el Oeste-Suroeste hasta el Noroeste-cuarto-Norte, a la distancia de quince a diez y seis leguas. Corrimos varias bordadas durante la noche para elevarnos en el Sureste, a fin de reconocer si la tierra que teníamos al Sur-Suroeste estaba unida con la de Pentecostés o si formaba otra. Es lo que comprobamos el 23 al amanecer. Descubrimos la separación de las tres islas. La de Pentecostés y la isla Aurora están casi bajo el mismo meridiano a dos leguas de distancia una de otra. La tercera está al Suroeste de la isla Aurora y su menor distancia es de tres o cuatro leguas. Su costa del Noroeste tiene a lo menos doce leguas de extensión; tierra alta, escarpada, cubierta por todas partes de bosque. La costeamos una parte de la mañana del 23. Varias piraguas se mostraron a largo de tierra sin que ninguna tratase de aproximarse a nosotros. No se veían casas; se veía únicamente un gran número de humaredas elevarse en medio de los bosques, desde las orillas del mar hasta las cimas de las montañas; muy cerca de la ribera sondamos varias veces sin encontrar fondo a cincuenta brazas.

Desembarco en una de las islas.— Hacia las nueve, la vista de una costa, donde la arribada parecía có-

moda, me determinó a enviar a tierra para hacer leña, de que teníamos mucha necesidad, tomar conocimiento del país y tratar de sacar refrescos para nuestros enfermos. Hice partir tres bateles armados a las órdenes del caballero De Kerué, insignia de marina, y quedamos prestos a mandarle socorros y a sostenerle con la artillería de los navíos si fuese necesario. Les vimos tomar tierra, sin que los insulares parecieran oponerse a su desembarco. A la una me embarqué con algunas otras personas en una yola para ir a reunirme con ellos. Encontramos a nuestras gentes ocupadas en cortar leña y a los del país ayudándoles a llevarla a los bateles.

Desconfianza de los insulares.— El oficial que mandaba el desembarco me dijo que a su llegada un grupo numeroso de insulares había ido a recibirle a la playa con el arco y la flecha en la mano, haciendo señas de que no abordasen; pero que cuando, a pesar de sus amenazas, había ordenado desembarcar, habían retrocedido algunos pasos; a medida que nuestras gentes avanzaban, los salvajes se retiraban en actitud de tirarles sus flechas, sin querer dejarse aproximar; que habiendo entonces hecho detener la tropa y el Príncipe de Nassau demandado avanzar hacia ellos, habían cesado de retroceder cuando vieron un hombre solo.

Pedazos de telas bermejas que se les distribuyeron acabaron por establecer una especie de confianza. El caballero De Kerué tomó bien pronto posición a la entrada del bosque; puso sus trabajadores a derribar los árboles bajo la protección de la tropa, y envió un

destacamento a buscar frutos. Insensiblemente los insulares se aproximaron más amigablemente en apariencia; se obtuvieron también de ellos algunos frutos; no quisieron ni hierro ni clavos. Rehusaron también constantemente trocar sus arcos y sus mazas; únicamente cedieron algunas flechas. Por lo demás, estaban siempre en gran número alrededor de nuestras gentes, sin dejar jamás sus armas; hasta los mismos que no tenían arcos tenían piedras, prestos a lanzarlas. Habían dado a entender que estaban en guerra con los habitantes de un cantón vecino al suyo. Efectivamente, se vió una tropa armada que venía de la parte occidental de la isla avanzando en buen orden, y éstos parecieron dispuestos a recibirles; pero no hubo ataque. Encontramos las cosas en este estado a nuestra llegada a tierra. Quedamos allí hasta que nuestros bateles estuvieron cargados de frutas y de leña. Hice enterrar al pie de un árbol el acta de toma de posesión de estas islas, grabada sobre una tabla de encina, y en seguida nos embarcamos.

Atacan a los franceses.— Esta partida desbarató, sin duda, el proyecto de los insulares, que no tenían todavía todo dispuesto para atacarnos. Es, al menos, lo que hubimos de juzgar viéndoles avanzar a orillas del mar y lanzarnos una granizada de piedras y de flechas. Algunos disparos de fusil tirados al aire no bastaron para desembarazarnos de ellos; hasta varios avanzaron en el agua para apuntarnos más de cerca; una descarga más nutrida entibió bien pronto su ataque, y huyeron al bosque con grandes gritos. Un marinero fué ligeramente herido de una pedrada.

Descripción de los insulares.— Estos insulares son de dos colores, negros y mulatos (1). Sus labios son gruesos; sus cabellos, algodonosos, aunque algunos tienen el pelo de color azafranado. Son pequeños, feos, contrahechos, y la mayor parte roídos de lepra, circunstancia que nos ha hecho llamar a su isla la *isla de los Leprosos* (2). Aparecieron pocas mujeres, y no eran menos repugnantes que los hombres; van desnudos; apenas se cubren con una esterilla las partes naturales; las mujeres tienen también bandas para llevar sus hijos sobre la espalda; hemos visto algunos de los tejidos que los componen, en los que había muy lindos dibujos, hechos con un hermoso tinte carmesí. He notado que ninguno de ellos tenía barba; se agujerean las narices para colgar de ellas algunos adornos; llevan en sus brazos, en forma de brazaletes, un diente de babirusa (3) o un gran anillo de una materia que creí marfil, y al cuello placas de concha de tortuga, que nos han hecho entender ser común en su ribera.

Cuáles son sus armas.— Sus armas son el arco y la flecha, mazas de madera de hierro y piedras, que lanzan sin honda. Las flechas son cañas armadas de una larga punta de hueso muy aguda. Algunas de estas puntas son cuadradas y provistas en sus aristas de pun-

(1) Hay siempre en el relato de Bougainville acerca de las islas Oceánicas las dos razas a que se alude en la nota de la página 50.

(2) La isla de los Leprosos (en indígena, *Aboa*) forma también parte del archipiélago de Nuevas Hébridas. (*N. de la T.*)

(3) El babirusa, *Babyrussa babyrussa*, L., afín a nuestro jabalí, tiene los caninos superiores muy largos, levantados y arrollados en el macho. (*N. de la T.*)

titas tendidas hacia atrás, que impiden poder retirar la flecha de la herida. Tienen también sables de madera de hierro. Sus piraguas no se nos han aproximado. Nos han parecido de lejos hechas y aparejadas como las de las islas de los Navegantes.

Descripción del sitio donde se ha desembarcado.— La playa donde hemos abordado presentaba muy poca extensión. A veinte pasos de la orilla del mar se encuentra el pie de una montaña, cuya pendiente, aunque muy rápida, está cubierta de bosques. El terreno es muy ligero y tiene poco espesor; también los frutos, aunque de la misma especie que en Taiti, son menos hermosos aquí y de peor calidad. Hemos encontrado una especie particular de higos. Se encuentran muchos caminos trazados en el bosque y espacios cerrados por empalizadas de tres pies de altura. ¿Son atrincheramientos, o sencillamente límites de posesiones diferentes? No hemos visto otras casas que cinco o seis pequeñas chozas, en las cuales no se podía entrar más que arrastrándose. Estábamos, sin embargo, rodeados de un pueblo numeroso; lo creo muy miserable. Esta guerra intestina de que hemos sido testigos es un cruel azote. Oímos varias veces el sonido ronco de una especie de tambor salir de las profundidades del bosque hacia la cima de las montañas. Es, sin duda, su señal de reunirse; porque desde el instante en que nuestros disparos de fusil los dispersaron, volvió a tocar de nuevo. Redoblaba también su lúgubre ruido cuando la tropa enemiga que habíamos visto varias veces aparecía. Nuestro taitiano, que había deseado ser del desembarco, nos ha parecido encontrar esta especie de

hombres muy feos; no entendía absolutamente ninguna palabra de su lengua.

Continuación del derrotero entre las tierras.— A nuestro arribo a bordo reembarcamos nuestros bateles. Hice derrotar al Suroeste, costearo una muy larga costa, que descubrimos por completo desde el Suroeste hasta el Oeste-Nordeste. Durante la noche hubo poco viento, y no cesó de variar; de suerte que estuvimos a merced de las corrientes, que nos arrastraban al Nordeste. Este tiempo continuó la jornada del 24 y la noche siguiente, y apenas pudimos elevarnos a tres leguas de la isla de los Leprosos. El 25, a las cinco de la mañana, tuvimos una bastante bonita brisa de Este-Sureste; pero la *Estrella*, que se encontraba todavía cerca de tierra, no la sintió y permaneció en calma. Derroté, sin embargo, a velas desplegadas fuera, para reconocer la tierra de Oeste. A las ocho descubrimos tierras en todos los puntos del horizonte, y nos parecieron encerradas en un gran golfo. La isla de Pentecostés iba a buscar al Sur la nueva costa que habíamos descubierto, y no podíamos estar seguros si estaba de ella separada, o si lo que nos parecía formar la separación era una gran bahía. Varios sitios del resto de la costa nos ofrecían también apariencia o de paso o de grandes sacos; uno, entre otros, presentaba en el Oeste una abertura considerable. Algunas piraguas atravesaban de una a otra tierra. A las diez nos vimos obligados a volver a virar a la isla de los Leprosos (1).

(1) La isla Aurora (Maewo), la isla Pentecostés (Aragh) y la de los Leprosos forman parte del actual archipiélago de las Nue

La *Estrella*, que no se advertía ya ni aun desde lo alto de los mástiles, estaba allí, siempre en calma, aunque la brisa del Este-Sureste se sostuviese en alta mar. Derrotamos hacia esta fusta hasta las cuatro de la tarde; hasta entonces no comenzó a sentir la brisa. Era demasiado tarde cuando se nos reunió, para pensar en reconocimientos. Así, la jornada del 25 fué perdida; pasamos la noche dando bordadas.

Los levantamientos que hicimos el 26 al salir el Sol nos enseñaron que las corrientes nos habían arrastrado al Sur varias millas allende nuestra estima. La isla de Pentecostés se mostraba siempre separada de las tierras del Suroeste; pero la separación era más estrecha. Descubrimos otras varias cortaduras de esta costa; pero sin poder distinguir el número de islas del archipiélago que nos rodeaba. La tierra se extendía a nuestra vista desde el Este-Sureste, pasando por el Sur, hasta el Oeste-Noroeste de la brújula, y sin que por eso acabase. Hice derrotar desde el Noroeste-cuarto-Oeste, rodeando hasta el Oeste a largo de una hermosa costa cubierta de árboles, en la que aparecían grandes espacios de terreno cultivado, sea que lo estuviesen en efecto, sea que fuese un juego de la Naturaleza.

Aspecto del país.— A la vista anunciaba un país rico; las crestas de algunas montañas, peladas y en ciertos sitios de color rojo, parecían hasta indicar que

vas Hébridas. También forman parte del mismo las islas del Espíritu Santo y la de Mallicolo, entre las cuales pasó Bougainville por el estrecho que hoy lleva su nombre. (*N. de la T.*)

sus entrañas encerraban minerales. El derrotero que seguíamos nos conducía a este gran saco, advertido la víspera en el Oeste. A mediodía estábamos en medio de él y observamos la latitud austral de $15^{\circ} 40'$. La abertura es en éste de cinco a seis leguas; corre Este-cuarto-Sureste y Oeste-cuarto-Noroeste. Algunos hombres se mostraron en la costa Sur y otros se aproximaron a los navíos en una piragua; pero en cuanto estuvieron a tiro de mosquete, cesaron de avanzar, a pesar de nuestras invitaciones; estos hombres eran negros. Seguimos la costa septentrional a tres cuartos de legua de distancia; es poco elevada y cubierta de árboles. Una multitud de negros se dejaban ver en las riberas, y hasta se destacaron algunas piraguas, que no mostraron más confianza que la que había bogado en la costa opuesta. Después de haber seguido así por espacio de dos o tres leguas, vimos un gran saco, que nos pareció formar una hermosa bahía, en cuya entrada había dos grandes islotes. Envié en seguida nuestros bateles armados para reconocerla, y durante este tiempo nos quedamos dando bordadas a una o dos leguas de tierra, sondando frecuentemente sin encontrar fondo a doscientas brazas.

Tentativas para buscar un fondeadero.— Sobre las cinco oímos una salva de mosquetería, que nos causó muchas inquietudes; partió de una de nuestras canoas, que, a pesar de mis órdenes, se había separado de las otras, y se encontraba mal en el caso de ser atacada por los insulares, habiendo bogado, no obstante, a tierra. Dos flechas que le fueron tiradas sirvieron de pretexto a su primera descarga. En seguida fué a longo

de la costa, haciendo un fuego muy vivo con su mosquetería y sus espingardas, tanto a tierra como sobre tres piraguas que pasaron a tiro y le lanzaron también algunas flechas. Una punta avanzada nos quitaba entonces la vista de la canoa, y su fuego continuo me hacía suponer que fuese atacada por un ejército de piraguas. Iba a enviar nuestra chalupa en su socorro, cuando la vimos doblar sola esta punta que nos la había ocultado. Los negros lanzaban gritos espantosos en el bosque en que se habían metido todos, en el que se oía batir su tambor. Hice bien pronto a esta canoa señal de reunírseles, y tomé medidas para que no fuésemos deshonrados por semejante abuso de nuestras fuerzas. Las canoas de la *Boudeuse* reconocieron que esta costa, que habíamos creído continua, es un macizo de islas que se cruzan, de suerte que la bahía no es más que el encuentro de varios de los canales que las separan. Sin embargo, encontraron bastante buen fondo de arena a cuarenta, treinta y veinte brazas de agua; pero su desigualdad continúa hacia este fondeadero poco seguro, para nosotros sobre todo, que no teníamos ya anclas que arriesgar. Es preciso, de otra parte, anclar a más de media legua de la costa; más cerca, el fondo era de rocas. Así, los navíos no hubieran podido proteger los bateles, y el país es tan cubierto que hubiese precisado siempre tener las armas en la mano para poner a los trabajadores al abrigo de las sorpresas. No podíamos pretender que los naturales olvidasen el mal que se les acababa de hacer y consintieran en cambiar refrescos. Se observó aquí las mismas producciones que en la isla de los Leprosos.

Los habitantes eran también de la misma especie, casi todos negros, desnudos, a excepción de las partes naturales, llevando los mismos adornos en collares y brazaletes y sirviéndose de las mismas armas.

Nuevas tentativas para hacer escala.— Pasamos la noche corriendo bordadas. El 27 por la mañana nos acercamos y fuimos a longo de la costa casi una legua de distancia. Hacia las diez se distinguió en una punta baja una plantación de árboles dispuestos en avenidas de jardín. El terreno bajo los árboles estaba asolado y parecía enarenado; un gran número de habitantes se mostraba en esta parte; del otro lado de la punta había una apariencia de saco, e hice botar los bateles. Fué en vano; no era más que un codo que formaba la costa, y la seguimos hasta la punta del Noroeste sin encontrar fondeadero. Allende esta punta las tierras volvían al Norte-Noroeste, y se extendían hasta perderse de vista; tierras de una elevación extraordinaria, y que presentaban por encima de las nubes una cadena seguida de montañas. Por lo demás, el tiempo fué sombrío y con chaparrones a intervalos. Varias veces en el día se creyó ver tierra ante nosotros, tierra de bruma que se desvanecía en los claros. Pasamos toda la noche, que fué muy tempestuosa, costeano a pequeñas bordadas, y las mareas nos llevaron al Sur, muy allende de nuestra estima. Tuvimos a la vista altas montañas toda la jornada del 28, hasta ponerse el Sol, que las demoramos del Este al Norte-Nordeste a veinte o veinticinco leguas de distancia.

Conjeturas sobre estas tierras.— El 29 por la mañana no vimos más tierras; habíamos gobernado al

Oeste-Noroeste. Llamé a estas tierras que acabábamos de descubrir el *archipiélago de las grandes Cicladadas*. A juzgar por lo que habíamos recorrido y por lo que habíamos advertido en lontananza, ocupan al menos 3° de latitud del 15° al 11°, y 5° en longitud desde el 166° hasta el 170° al Este de París. Creería asimismo de buen grado que su extremidad septentrional es la que Roggewin ha visto bajo el 11.° paralelo, y que ha llamado *Thienhoven* y *Groningue*. En cuanto a nosotros, cuando arribamos, todo debía convencernos que estábamos en la tierra del Espíritu Santo (1). Las apariencias parecían conformarse con el relato de Quirós, y lo que descubríamos cada día animaba nuestras investigaciones. Es, bien singular que precisamente a la misma latitud y a la misma longitud en que Quirós sitúa su gran bahía de Santiago y San Felipe, en una costa que parecía a primera vista la de un continente, hayamos encontrado un paso de anchura igual a la que da a la entrada de su bahía. ¿El navegante español ha visto mal? ¿Ha querido enmascarar sus descubrimientos? Los geógrafos, ¿habían adivinado haciendo de la tierra del Espíritu Santo un mismo continente con Nueva Guinea? Para resolver este problema hay que seguir todavía el mismo paralelo durante más de trescientas cincuenta leguas. Me determiné a ello, aunque el estado y la cantidad de nuestros víveres nos advirtiesen ir prontamente a buscar algún establecimiento

(1) Hay en Oceanía un estrecho de Bougainville que, en el archipiélago de Nuevas Hébridas, que nos ocupa, separa la isla de Espíritu Santo (Marina) de la de Mallicolo (Malekula). (*N. de la T.*)

europeo. Se verá que en poco estuvo que no hayamos sido víctimas de nuestra constancia.

Diferencias entre la estima y las observaciones.— Monsieur Verron hizo varias observaciones durante el mes de mayo, y sus resultados determinaron nuestra longitud el 5, el 9, el 13 y el 22. Todavía no se habían encontrado tantas diferencias entre las observaciones y la estima de nuestro derrotero, diferencias todas del mismo estilo. El 5 a mediodía estaba más Este que lo observado en $4^{\circ} 0' 42''$; el 9, en $4^{\circ} 23' 4''$; el 13, en $3^{\circ} 38' 15''$; el 22, en fin, en $3^{\circ} 35'$. Todas estas diferencias se veía que anunciaban que desde la isla de Taiti las corrientes nos habían arrastrado mucho hacia el Oeste. Ello explicaría cómo todos los navegantes que han atravesado el océano Pacífico han encontrado Nueva Guinea mucho antes que hubieran debido. Así han dado a este océano una extensión de Este a Oeste mucho menor que la que tiene realmente. Debo hacer notar, sin embargo, que durante la estación en que el Sol ha estado en el hemisferio austral, nuestras estimas han sido al Oeste de las observaciones, y que en cuanto ha pasado al otro lado, nuestras diferencias han cambiado. El termómetro en este mes ha estado comúnmente entre 19° y 20° ; dos veces ha bajado a 18° , y una sola vez a 15° .

En tanto estuvimos entre las grandes Cicladás, algunos negocios me habían llamado a bordo de la *Estrella*, y tuve ocasión de comprobar un hecho bastante singular. Desde hacía algún tiempo corría el rumor en los dos navíos que el criado de M. De Commerçon, llamado Baré, era una mujer. Su estructura, el sonido

de su voz, su mentón sin barba, su cuidado escrupuloso de no mudarse jamás de ropa ni hacer sus necesidades delante de nadie, varios otros indicios, habían hecho nacer y acreditaban la suposición. No obstante, ¿cómo reconocer una mujer en este infatigable Baré, botánico ya muy ejercitado, que habíamos visto seguir a su amo en todas sus herborizaciones, en medio de las nieves y en las montañas heladas del estrecho de Magallanes, y llevar él mismo en sus marchas penosas las provisiones de boca, las armas y los cartapacios de plantas con un valor y una fuerza que le habían merecido del naturalista el sobrenombre de su bestia de carga? Fué preciso que una escena que ocurrió en Taiti cambiase la sospecha en certidumbre. Monsieur De Commerçon desembarcó allí para herborizar; apenas Baré, que le seguía con los cartapacios bajo el brazo, hubo puesto pie en tierra, cuando los taitianos le rodearon, gritando que era una mujer y querían hacerle los honores de la isla. El caballero De Bourmand, que estaba de guardia en tierra, se vió obligado a acudir en su socorro y escoltarle hasta el barco. Desde entonces era bastante difícil impedir que los marineros no alarmasen algunas veces su pudor. Cuando fuí a bordo de la *Estrella*, Baré, con los ojos bañados en lágrimas, me confesó que era una joven; me dijo que en Rochefort había engañado a su amo presentándose a él con traje de hombre en el momento mismo de embarcarse; que había ya servido como lacayo a un genovés en París; que había nacido en Borgoña y, huérfana, la pérdida de un pleito la había reducido a la miseria y la había hecho tomar el partido

de disfrazar su sexo; que, por lo demás, sabía, al embarcarse, que se trataba de dar la vuelta al mundo, y que este viaje había picado su curiosidad. Será la primera, y la debo la justicia, que se haya conducido siempre a bordo con la más escrupulosa honestidad. No es ni fea ni linda, y no tiene más de veintiséis a veintisiete años. Hay que convenir que, si los dos barcos hubiesen naufragado en alguna isla desierta de este vasto océano, la broma hubiese sido muy singular para Baré.

CAPÍTULO V

Navegación desde las grandes Cicladas. — Descubrimiento del golfo de la Luisiada. — Extremos a que nos vemos reducidos allí. — Descubrimientos de nuevas islas. — Escala en Nueva Bretaña.

DIRECCIÓN del derrotero al dejar las Cicladas. — Desde el 29 de mayo, que cesamos de ver tierra, derroté a Oeste, con viento de Este y de Sureste, muy fresco. La *Estrella* retardaba considerablemente nuestra marcha. Sondamos cada veinticuatro horas, sin encontrar fondo en doscientas cuarenta brazas.

Junio de 1768. — Durante el día forzábamos velas y corríamos por la noche con las gavias rizadas, virando cuando el tiempo estaba demasiado obscuro.

Encuentros consecutivos de rompientes. — La noche del 4 al 5 de junio derrotábamos al Oeste, con las gavias, al amparo de la luz de la Luna, que nos iluminaba, cuando a las once de la noche se advirtió, a media legua de nosotros, en el Sur, rompientes, y una costa de arena muy baja. Nos pusimos en seguida a barlovento, señalando, al mismo tiempo, el peligro a la *Estrella*. Corrimos así hasta las cinco de la mañana, y entonces volvimos a tomar nuestro derrotero al Oeste-Suroeste, para ir a reconocer esta tierra. La vimos de nuevo, a

las ocho, a legua y media de distancia. Es un pequeño islote de arena, que se elevaba apenas por encima del agua, y que esta poca altura la convertía en un escollo muy peligroso para barcos que derroten de noche o con tiempo de bruma. Está tan a ras, que a dos leguas de distancia, con un horizonte muy limpio, no se le ve más que desde lo alto de los mástiles. Está cubierto de aves. Le he llamado el bajo de *Diana*. Su posición es de $15^{\circ} 41'$ de latitud austral, y $148^{\circ} 59'$ de longitud al Este de París.

En la jornada del 5 se creyó, a las cuatro de la tarde, advertir tierra y rompientes al Oeste; nos engañamos, y continuamos navegando hasta las diez de la noche. Pasamos el resto de la noche, parte al paio, parte corriendo pequeñas bordadas, y al amanecer volvimos a tomar nuestro derrotero, con velas desplegadas.

Indicios de tierra. — Desde hacía veinticuatro horas pasaban a lo largo de los navíos muchos pedazos de madera y frutos que no conocíamos; la mar estaba enteramente en calma, a pesar del gran viento del Sureste; y estas circunstancias, reunidas, me hacían pensar que teníamos tierra en el Sureste, bastante cerca de nosotros. Vimos también en estos parajes una especie singular de peces voladores. Son negros, con alas rojas; parecían tener cuatro alas, en lugar de dos, y su tamaño es un poco más del tamaño común de estos peces.

El 6, a la una y media de la tarde, un bajo, que se mostró casi a tres cuartos de legua ante nosotros, me advirtió que era tiempo de cambiar mi derrotero, que seguía siempre al Oeste. Tenía lo menos media legua

de extensión, desde el Oeste-cuarto-Suroeste hasta el Oeste-Noroeste; algunos hasta creyeron advertir una tierra baja a Suroeste de las rompientes. Hice gobernar al Norte hasta las cuatro, y entonces volví a poner proa al Oeste. No debía ser por mucho tiempo: a las cinco y media los vigías advirtieron, desde lo alto de los mástiles, nuevas rompientes en el Noroeste y el Noroeste-cuarto-Oeste, casi a legua y media de nosotros. Nos aproximamos más, a fin de reconocerlas mejor. Se las vió que se extendían del Norte-Nordeste al Sur-Suroeste, más de dos millas, y no se veía su fin. Tal vez iban a reunirse con las que habíamos descubierto tres horas antes. La mar rompía con furia sobre estos escollos, y algunos salientes de rocas se elevaban sobre el agua, de trecho en trecho. Este último encuentro era la voz de Dios, y fuimos dóciles a ella. La prudencia no permitía seguir durante la noche un derrotero incierto, en medio de estos parajes funestos, y así, la pasamos corriendo bordadas en el espacio que habíamos reconocido de día, y el 7 por la mañana hice gobernar al Nordeste-cuarto-Norte, abandonando el proyecto de ir más lejos al Oeste, bajo el paralelo de 15° (1).

Estábamos seguramente bien fundados para creer que la tierra austral del Espíritu Santo no era otra que el archipiélago de las Grandes Cicladas (2), que Qui-

(1) La latitud del segundo bajo es de $15^{\circ} 34' 30''$; su longitud al Este de París, $146^{\circ} 40'$. El tercer bajo está a $15^{\circ} 17'$ de latitud austral y $146^{\circ} 31'$ de longitud.

(2) Así llamó Bougainville a las más septentrionales de las Nuevas Hébridas. (*N. de la T.*)

rós había tomado por un continente, y representado desde un punto de vista novelesco. Cuando perseveré en correr bajo el paralelo de 15° , era que quería que la vista de las costas orientales de Nueva Holanda llevase nuestras conjeturas a la evidencia. Ahora, según las observaciones astronómicas, cuya concordancia desde hacía más de un mes aseguraba la exactitud, estábamos ya, el 6 a mediodía, a 146° de longitud oriental, es decir, un grado más al Oeste que lo está la tierra del Espíritu Santo, según M. Bellin. De otra parte, el encuentro consecutivo de estas rompientes, observadas desde hacía tres días; estos troncos de árboles, estos frutos, estas algas, que encontramos a cada instante; la tranquilidad del mar, la dirección de las corrientes, todo nos ha indicado suficientemente las proximidades de una gran tierra, y que también nos rodeaba ya por el Sureste.

Reflexiones geográficas. — Esta tierra no es otra que la costa oriental de Nueva Holanda. En efecto, estos escollos, multiplicados y extendidos por alta mar, anunciaban una tierra baja; y cuando veo a Dampierre abandonar, en nuestra misma latitud de $15^{\circ} 35'$, la costa occidental de esta región ingrata, donde él no encuentra ni aun agua dulce, concluyo que la costa oriental no vale más. Pensé de buen grado, como él, que esta tierra no es más que un conjunto de islas, defendidas en torno por una mar peligrosa, sembrada de escollos y de bajos. Después de tales razones, hubiera sido temerario arriesgar arrimarse a una costa de que no se podía esperar ninguna ventaja y de la que no se podía salir más que luchando con los vientos reinan-

tes. No teníamos ya pan más que para dos meses y legumbres para cuarenta días; la carne salada estaba en mayor cantidad, pero apestaba. Preferíamos las ratas que se podían coger. Así, de todos modos, era tiempo de elevarse hacia el Norte, haciendo, al mismo tiempo, rumbo al Este.

Desgraciadamente, los vientos del Sureste nos abandonaron aquí, y cuando después volvieron, fué para ponernos en la situación más crítica en que nos havamos encontrado.

Descubrimiento de nuevas tierras. — Desde el 7, el derrotero no nos había valido más que el Norte-cuarto-Nordeste, cuando el 10, al amanecer, se descubrió tierra del Este al Noroeste. Mucho tiempo antes de la aurora, un olor delicioso nos anunció la vecindad de esta tierra, que formaba un gran golfo, abierto al Sureste. Pocos países he visto cuyo golpe de vista fuese más hermoso. Un terreno bajo, repartido en llanuras y bosquecillos, reinaba a orillas del mar y se elevaba después en anfiteatro hasta las montañas, cuya cima se perdía en las nubes. Se distinguían tres gradas, y la cadena más elevada estaba a más de veinticinco leguas en el interior del país. El triste estado a que estábamos reducidos no nos permitía, ni sacrificar algún tiempo a la visita de este magnífico país, que todo anunciaba ser fértil y rico, ni buscar, derrotando al Oeste, un paso al Sur de Nueva Guinea, que nos abriese, por el golfo de Carpentaria, un camino nuevo y corto a las islas Molucas. Nada era, a la verdad, más problemático que la existencia de este paso; hasta se creía haber visto extenderse la tierra hasta el Oeste-cuarto-Suroeste.

Era preciso tratar de salir, presto y por el camino que parecía abierto, de este golfo, en el que estábamos comprometidos mucho más de lo que creíamos. Nos esperaba aquí el viento de Sureste, para poner nuestra paciencia a las últimas pruebas.

Situación crítica en que nos encontramos. — Toda la jornada del 10 la calma nos dejó a merced de una gruesa ola del Sureste, que nos lanzaba a tierra. A las cuatro de la tarde no estábamos a más de tres cuartos de legua de una pequeña isla baja, de cuya punta oriental arranca un bajo que se prolonga a dos o tres leguas al Este. Hacia las cinco conseguimos poner proa a alta mar, y la noche se pasó en esta inquietante situación, haciendo todos esfuerzos para salir, con ayuda de las menores brisas. El 11 por la tarde estábamos separados de la costa casi cuatro leguas; a dos leguas, la mar no tiene fondo. Varias piraguas bogaban a largo de tierra, en la que había grandes hogueras. Hay aquí tortugas; encontramos los restos de una en el vientre de un tiburón.

El 11 descubrimos, al ponerse el Sol, las tierras más Este, al Este-cuarto-Noroeste, 2° de la brújula, y las más Oeste, a Oeste-Noroeste. Unas y otras casi a quince leguas de distancia. Los días siguientes fueron espantosos; todo fué contra nosotros; el viento, constantemente del Este-Sureste al Sureste, muy frescachón; lluvia, y una bruma tan densa que nos obligó a tirar cañonazos para comunicarnos con la *Estrella*, que contenía todavía parte de nuestros víveres; en fin, una mar muy gruesa, que nos echaba sobre la costa. Apenas nos sosteníamos costeanado, forzados a virar viento en popa y con

muy poco trapo. Corrimos así nuestras bordadas a tientas en medio de una mar sembrada de escollos, obligados a cerrar los ojos acerca de todos los indicios de peligro. La noche del 11 al 12, siete u ocho de estos peces que se llaman cornudos, peces que están siempre en el fondo, saltaron sobre el puente. Cayeron también en el castillo de proa arena y algas del fondo, que las olas depositaban al cubrirla.

Peligros múltiples que corrimos. — No quise hacer sondar; la certidumbre del peligro no lo hubiese disminuído, y hubiese sido el mismo a pesar del partido que hubiésemos tomado. Por lo demás, debemos nuestra salvación a la vista que tuvimos de tierra el 10 por la mañana, inmediatamente antes de esta serie de mal tiempo y de bruma. En efecto, siendo los vientos de Este-Sureste al Sureste, habría pensado que gobernar al Nordeste hubiese sido un exceso de prudencia concedido a la obscuridad del tiempo. Sin embargo, este derrotero nos ponía en el riesgo evidente de perdersenos, puesto que teníamos tierra hasta en el Este-Sureste. El tiempo volvió a ser bueno el 16, con viento igualmente contrario; pero al menos teníamos luz. A las seis de la mañana vimos tierra desde el Norte hasta el Nordeste-cuarto-Este de la brújula, y costeamos para doblarla. El 17 por la mañana no vimos tierra al amanecer; pero a las nueve y media advertimos una islita en el Norte-Nordeste de la brújula, a cinco o seis leguas de distancia, y otra tierra al Norte-Noroeste, casi a nueve leguas. Poco después descubrimos en Nordeste 5° Este, a cuatro o cinco leguas, otra islita, que su semejanza con Ouessant nos hizo

llamar con el mismo nombre. Continuamos nuestra bordada al Nordeste-cuarto-Este, esperando doblar todas las tierras, cuando a las once se descubrió una nueva en el Este-Nordeste 5° Norte y rompientes en el Este-Nordeste, que parecían juntarse en Ouessant. Al Noroeste de este islote se veía otra cadena de rompientes, que se alargaba media legua. La primera isla nos pareció estar también entre dos cadenas de rompientes.

Todos los navegantes que han llegado a estos parajes temieron siempre caer al Sur de Nueva Guinea y encontrar allí un golfo correspondiente al de Carpenteria, de donde les fuese después difícil zafarse. En consecuencia, han ganado cuanto antes la latitud de Nueva Bretaña, en la que iban a arribar.

Extremos a que nos vemos reducidos. — Todos han seguido las mismas huellas; nosotros abrimos nuevas, y fué preciso pagar el honor de un primer descubrimiento. Desgraciadamente, el más cruel de nuestros enemigos estaba a bordo: el hambre. Me vi obligado a hacer una reducción considerable en la ración de pan y legumbres. Hubo también que prohibir comer el cuero con que se envolvían las vergas, y demás viejos cueros, porque este alimento puede dar funestas indigestiones. Nos quedaba una cabra, compañera fiel de nuestras aventuras desde nuestra salida de las islas Malvinas, donde la habíamos tomado. Todos los días nos daba un poco de leche. Los estómagos hambrientos la condenaron en un instante de humor a morir; no he podido más que compadecerla; y el carnicero, que la alimentaba desde hacia tanto tiempo, regó con sus lágrimas

mas la víctima que inmolaba a nuestra hambre. Un perrito cogido en el estrecho de Magallanes sufrió la misma suerte poco tiempo después. •

El 17 por la tarde, las corrientes nos habían sido tan favorables, que seguíamos la bordada del Norte-Nordeste, yendo muy a barlovento de Ouessant y de sus bajos. Pero a las cuatro tuvimos la convicción de que estas rompientes se extendían mucho más lejos que lo habíamos pensado; se descubrían hasta en el Este-Nordeste, sin acabarse. Fué preciso volver a tomar por la noche la bordada del Sur-Suroeste, y por el día la del Este. Durante toda la mañana del 18 no vimos tierras, y ya nos entregábamos a la esperanza de haber doblado islotes y rompientes. Nuestra alegría fué corta. A la una de la tarde se dejó ver una isla en el Nordeste-cuarto-Norte de la brújula, y bien pronto fué seguida de otras nueve o diez. Las había hasta en el Este-Nordeste, y tras estas islas una tierra más elevada se extendía al Nordeste, casi a diez leguas de distancia. Costeamos toda la noche, y el día siguiente nos dió el mismo espectáculo de una doble cadena de tierras corriendo casi Este y Oeste, a saber: al Sur una serie de islotes unidos por arrecifes a ras de agua, al Norte de los que se extendían tierras más elevadas. Las tierras que descubrimos el 20 nos parecieron estar menos al Sur, y no correr más que al Este-Sureste; era una enmienda a nuestra posición. Tomé el partido de derrotar durante veinticuatro horas; perdíamos demasiado en virar tanto, estando la mar extremadamente gruesa, el viento violento y constantemente el mismo; por otra parte, estábamos forzados a usar poco trapo, para ahorrar de

una arboladura caduca maniobras embarazosas, y nuestros navíos marchaban muy mal, no estando asentados y no habiendo sido carenados desde hacía tanto tiempo.

Vimos tierra el 25 al amanecer, desde el Norte hasta el Norte-Nordeste; pero no era ya una tierra baja; se advertía, al contrario, una tierra extremadamente alta y que parecía terminarse en un promontorio. Era probable que su dirección fuese al Norte. Gobernamos todo el día al Nordeste-cuarto-Este y al Este-Nordeste, sin ver tierras más Este que el cabo, que doblamos con una satisfacción que no sabría pintar. El 26 por la mañana, estando el cabo muy a sotavento nuestro, y no observando más tierras a barlovento, nos fué posible derrotar al Norte-Nordeste. Llamamos a este cabo, tras el cual habíamos aspirado durante tanto tiempo, *el cabo de la Liberación*, y al golfo que forma la punta oriental, *golfo de la Luisiada*.

Doblamos, al fin, las tierras del golfo. — Es una tierra sobre la que hemos adquirido ciertamente el derecho de nominarla. En tanto estuvimos sumidos en este golfo, las corrientes nos empujaron bastante regularmente al Este. El 26 y el 27 el viento fué muy frescachón, el mar espantoso y el tiempo con chaparrones y muy obscuro. No fué posible hacer camino durante la noche.

Hemos imaginado varias veces, durante los días de tribulación pasados en el golfo de la Luisiada (1), que

(1) El que Bougainville designa con el nombre de golfo de la Luisiada es hoy el mar de Coral, comprendido entre el archipiélago Salomón, el archipiélago de la Luisiada y Nueva Guinea al Norte,

podía haber al fondo de este golfo un estrecho que nos habría abierto un paso muy corto en el mar de las Molucas. Pero en la situación en que nos encontrábamos, respecto de los víveres y de la salud de las tripulaciones, no podíamos correr el azar de buscarle. En efecto, si no hubiese existido, estábamos casi sin recursos. No obstante, el paso existe, y los ingleses, costeando Nueva Holanda (1), han hallado, a $10^{\circ} 36'$ de latitud austral y $141^{\circ} 44'$ al Este de Londres, este estrecho, que separa Nueva Holanda de Nueva Guinea (2); pero han comprobado, como nosotros, que la navegación en estos parajes está erizada de dificultades, y han estado a punto de perder su barco *L'Endeavour* (3). Hemos estado casi a cuarenta leguas de la gola oriental de este estrecho.

Nos habíamos elevado casi sesenta leguas al Norte desde el cabo de la Liberación, cuando el 28 por la mañana descubrimos tierra al Noroeste, a nueve o diez leguas de distancia. Eran dos islas, de las que la más meridional demoraba a ocho horas al Noroeste-cuarto-Oeste de la brújula. Otra costa larga y elevada se hizo advertir al mismo tiempo, desde el Este-Sureste hasta al

y la meseta submarina de Quensland, arrecifes e islas de Chertesfield, Nueva Calédonia y Nuevas Hébridas al Sur. (*N. de la T.*)

(1) Hoy Australia. (*N. de la T.*)

(2) Este estrecho es el de Torres, que separa Australia de Nueva Guinea. (*N. de la T.*)

(3) El *Endeavour* fué el barco del famoso navegante inglés James Cook, que estuvo a punto de perderse en su choque contra la gran barrera de arrecifes de coral en la costa Este de Australia. (*N. de la T.*)

Este-Nordeste. Esta corría al Norte, y a medida que avanzábamos al Nordeste, se la veía prolongarse más y volver al Norte-Noroeste. Descubríamos, sin embargo, un espacio en que la costa estaba interrumpida, sea que fuese un canal, o la entrada de una gran bahía, porque creímos distinguir tierras al fondo.

Encuentro de nuevas islas. — El 29 por la mañana, la costa que teníamos al Este continuaba extendiéndose al Noroeste, sin que de este lado nuestro horizonte fuese limitado. Quise llegar hasta ella para costearla después y buscar un fondeadero. A las tres de la tarde, estando a cerca de tres leguas de tierra, encontramos fondo a cuarenta y ocho brazas, arena blanca y pedazos de conchas rotas. Fuimos entonces a una ensenada que parecía cómoda; pero sobrevino calma y nos consumió inútilmente el resto de la jornada. La noche se pasó corriendo pequeñas bordadas, y el 30, desde el amanecer, envié los bateles con un destacamento, a las órdenes del caballero De Bournand, para visitar a largo de la costa varias ensenadas que parecían prometer un fondeadero; el fondo encontrado a su altura era de un augurio favorable. Le seguí con poco trapo, presto a juntarme a la menor señal que nos hicieran.

Descripción de los insulares. — Hacia las diez, una docena de piraguas de diferentes tamaños vinieron bastante cerca de los navíos, sin querer acostarles nunca. Había veintidós hombres en la más grande; en las medianas, ocho o diez; en las más pequeñas, dos o tres. Estas piraguas parecían bien hechas: tienen la proa y la popa muy levantadas; son las primeras que hemos visto, en estos mares, sin balancines. Estos insulares

son tan negros como los negros de África (1): tienen los cabellos crespos, pero largos; algunos de color bermejo. Llevan pulseras y placas en la frente y en el cuello; ignoro de qué materia; me ha parecido ser blanca. Están armados de arcos y de azagayas; lanzaban grandes gritos y parecía que sus disposiciones no eran pacíficas. Llamé a nuestros bateles a las tres.

Tentativas inútiles para encontrar un fondeadero. El caballero De Bournand me informó que había encontrado casi en todas partes buen fondo para fondear; a treinta, veinticinco, veinte, quince y hasta a once brazas arena fangosa, pero en plena costa y sin río; que no había visto más que un solo arroyo en toda esta extensión. La costa abierta es casi inabordable. La ola rompe allí por todas partes; las montañas vienen a terminarse a orillas del mar y el suelo está enteramente cubierto de bosques. En pequeñas ensenadas hay algunas cabañas, pero en corto número; los insulares habitan en la montaña. Nuestra canoa pequeña fué seguida algún tiempo por tres o cuatro piraguas, que parecían querer atacarla; un insular hasta se levantó varias veces para lanzar una azagaya; pero no lo hizo, y la canoa volvió a bordo sin guerrear.

Nuestra situación, por lo demás, era bastante crítica. Teníamos, de una parte, tierras desconocidas hasta hoy, desde el Sur hasta el Norte-Noroeste por el Este y el Norte; de otra, desde el Oeste-cuarto-Suroeste hasta el Noroeste. Desgraciadamente, el horizonte es-

(1) Son papuas, habitantes de la Melanesia, pertenecientes a la raza negra. (*N. de la T.*)

taba de tal modo brumoso del Noroeste hasta el Norte-Noroeste, que no se veía de este lado a distancia de dos leguas. Era, sin embargo, en este intervalo donde yo esperaba buscar un paso; estábamos demasiado comprometidos para retroceder. Es verdad que una fuerte marea que venía del Norte y nos arrastraba al Sureste nos hacía esperar encontrar una salida. Lo fuerte de la marea se dejó sentir desde las cuatro hasta las cinco y media de la tarde; los navíos, aunque empujados por un viento muy fresco, gobernaban con trabajo. La marea cedió a las seis. Durante la noche costeamos del Sur al Sur-Suroeste, de un lado, y del Este-Nordeste al Nordeste, del otro. El tiempo fué a chaparrones, con mucha lluvia.

Julio de 1768. — El 1 de julio, a las seis de la mañana, nos encontrábamos en el mismo punto en que estábamos la víspera a la entrada de la noche: prueba de que había habido flujo y reflujo. Gobernamos al Norte y Noroeste-cuarto-Norte. A las diez dimos en un paso ancho, casi de cuatro a cinco leguas entre la costa, prolongada hasta aquí al Este, y las tierras occidentales. Una marea muy fuerte, que corre del Sureste a Noroeste, forma en medio de este paso una barra que lo atraviesa, donde el mar se eleva y rompe como si hubiese rocas a flor de agua.

Parajes peligrosos. — Le llamé *ras Denis*, nombre del contramaestre de mi tripulación, buen y antiguo servidor del Rey. La *Estrella*, que le pasó dos horas después que nosotros, y más al Oeste, se encontró a cinco brazas de agua fondo de rocas. La mar era entonces tan mala, que se vieron obligados a cerrar las

escotillas. A bordo de la fragata sondamos cuarenta y cuatro brazas, fondo de arena, cascajo, conchas y coral. La costa del Este comenzaba aquí a bajarse y a volver al Norte. Advertimos, estando casi en medio del paso, una linda bahía, cuya apariencia prometía un buen fondeadero. Hacía casi calma, y la marea, cuyo curso era entonces al Noroeste, nos permitió pasarlo en un instante. La pusimos pronto a barlovento, con la intención de visitarla. Un diluvio de lluvia, sobrevenido a las once y media, nos ocultó la vista de tierra y del Sol, y nos forzó a diferir nuestras investigaciones.

Nueva tentativa para encontrar una escala.— A la una de la tarde envié los bateles armados, a las órdenes del caballero De Oraison, insignia de navío, para sondar y reconocer la bahía, y durante el tiempo de esta operación tratamos de mantenernos al alcance de sus señales. El tiempo era hermoso, pero casi en calma; a las tres vimos fondo a diez y ocho brazas, fondo de rocas. A las cuatro, nuestros bateles hicieron señal de buen fondeadero y maniobramos en seguida con todas las velas altas para alcanzarlo. Venteaba poco y la marea nos era contraria. A las cinco volvimos a pasar sobre el banco de rocas a diez, nueve, ocho, siete y seis brazas; vimos también al Sur-Sureste, casi a un cable, un remolino que parecía indicar que en este sitio no había más de dos o tres brazas de agua. Gobernando al Noroeste y Noroeste-cuarto-Norte, encontramos más fondo. Hice a la *Estrella* señal de arribar, a fin de que evitase este banco, y le envié su batel para guiarla al fondeadero. Entretanto, no avanzamos por ser el vien-

to demasiado débil para ayudarnos a vencer la marea y aproximarse la noche a pasos precipitados. En dos horas completas no hicimos ni media legua, y hubo que renunciar a este fondeadero, por ser impracticable irle a buscar a tientas, rodeados, como estábamos, de bajos y de arrecifes, y entregados a corrientes rápidas e irregulares. Hice, pues, gobernar a Este-cuarto-Noroeste y Oeste-Noroeste para volver a la mar ancha, sondando frecuentemente. Cuando hubimos llegado a la punta septentrional de tierra al Nordeste, arribamos al Noroeste, y después al Norte-Noroeste y al Norte. Vuelvo al detalle de la expedición de nuestros bateles.

Los insulares atacan nuestros bateles.— Antes de entrar en la bahía habían de antemano costeadado la punta del Norte, que está formada por una península, a lo largo de la cual encontraron fondo desde nueve hasta trece brazas, arena y coral. Entraron después en la bahía, y encontraron, a un cuarto de legua dentro, muy buen fondeadero a nueve y doce brazas, fondo de arena gris y cascajo, al abrigo desde el Sureste hasta el Suroeste, pasando por el Este, y el Norte. Cuando estaban ocupados en sondear, vieron de pronto aparecer a la entrada de la bahía diez piraguas, en las cuales había cerca de ciento cincuenta hombres armados de arcos, de lanzas y de escudos. Salían de una ensenada que cierra un pequeño río, cuyas orillas estaban cubiertas de cabañas. Estas piraguas avanzaron en buen orden, bogando sobre nuestros bateles a fuerza de remos; y cuando se juzgaron bastante cerca se separaron con celeridad en dos bandas, para envolverles. Los indios lanzaron entonces uno

gritos espantosos, y, asiendo sus arcos y sus lanzas, comenzaron un ataque, que debía parecerles un juego contra un puñado de hombres. Se hizo sobre ellos una primera descarga, que no les detuvo; continuaron lanzando sus flechas y azagayas, cubriéndose con sus escudos, que creían un arma defensiva. Una segunda descarga los puso en huida; varios se lanzaron al mar para alcanzar tierra a nado.

Descripción de sus piraguas.— Se les cogió dos piraguas. Son muy largas, y bien trabajadas; la popa y la proa están extremadamente levantadas, lo que sirve de abrigo contra las flechas. En la proa de una de estas piraguas había esculpida una cabeza de hombre. Los ojos eran de nácar; las orejas, de concha de tortuga, y la cara semejava a una careta provista de barba; los labios estaban teñidos de rojo vivo. Se encontró en sus piraguas arcos, flechas en gran número, lanzas y escudos, cocos y otros varios frutos cuya especie no conocíamos; diversos muebles pequeños de arce para uso de estos indios; redes de mallas muy finas, artísticamente tejidas, y una mandíbula humana a medio quemar.

Descripción de los insulares.— Estos insulares son negros y tienen los caballos crespos, que tiñen de blanco, amarillo y rojo. Su audacia para atacarnos, el hecho de llevar armas ofensivas y defensivas y su destreza en servirse de ellas prueban que están casi siempre en guerra. Por lo demás, hemos observado en el curso de este viaje que, en general, los hombres negros son mucho peores que aquellos cuyo color se aproxima al blanco. Están desnudos, a excepción de una banda de

esterilla que les cubre las partes naturales. Sus escudos son de una forma oval, hechos de juncos tejidos los unos encima de los otros y perfectamente unidos. Deben ser impenetrables a las flechas. Hemos llamado al río y a la ensenada de donde salieron estos bravos insulares *río de los Guerreros*; toda la isla y la bahía, *isla y bahía de Choiseul* (1). La península del Norte está enteramente cubierta de cocoteros.

Continuación de nuestros descubrimientos.—Venteó poco los dos días siguientes. Después de haber salido del paso, descubrimos en el Oeste una larga costa montuosa, cuyas cimas se perdían en las nubes. El 2 por la tarde veíamos aún las tierras de la isla Choiseul. El 3 por la mañana no veíamos más que la nueva costa, que es de una altura sorprendente, y que corre al Noroeste-cuarto-Oeste. Su parte septentrional nos pareció entonces terminada por una punta que descendiendo insensiblemente y forma un cabo notable. Le he dado el nombre de *cabo L'Averdi*. Nos demoraba el 3 a mediodía casi a doce leguas en el Oeste-quinto-Norte de la brújula, y la altura meridiana que observamos nos dió el medio de determinar con precisión su posición en latitud. Las nubes que cubrían las cimas de las tierras se disiparon al ponerse el Sol, y nos permitieron advertir cimas de montañas de una altura prodigiosa. El 4, los primeros rayos del Sol nos hicieron ver tierras más occidentales que el cabo

(1) La isla de Choiseul forma hoy parte, con la de Bougainville, que es la mayor del grupo, del archipiélago de Salomón. El monte Balbi (3.067 metros) es el más alto de sus montañas volcánicas. (*N. de la T.*)

L'Averdi. Era una nueva costa, menos elevada que la otra, y que se extendía al Norte-Noroeste. Entre la punta Sur-Sureste de esta tierra y el cabo L'Averdi demoraba un vasto espacio formando un paso o un golfo considerable. A gran distancia se advertían algunos morros. Tras esta nueva costa advertimos otra más alta, que seguía la misma posición. Estuvimos casi toda la mañana lo más cerca posible para acostar la tierra baja. Estábamos a mediodía casi a cinco leguas de distancia, y levantamos su punta del Norte-Noroeste al Suroeste-cuarto-Oeste. Por la tarde, tres piraguas, en cada una de las cuales estaban cinco o seis negros, se destacaron de la costa y vinieron a reconocer los barcos. Se detuvieron a un tiro de fusil, y solamente después de haber pasado cerca de una hora, nuestras invitaciones reiteradas les determinaron al fin a acercarse más. Algunas bagatelas que se les lanzó atadas a pedazos de tablas, acabaron de darles un poco de confianza. Acostaron el navío, enseñando cocos y gritando: *Buca, buca, onelle*. Repetían sin cesar estas palabras, que nosotros gritábamos en seguida como ellos, lo que pareció gustarles.

Descripción de los insulares que se aproximaron a los navíos.—No estuvieron mucho tiempo en torno del navío. Nos hicieron señas de que iban a buscarnos cocos. Aplaudimos su designio; pero apenas se hubieron alejado veinte pasos, cuando uno de estos hombres pérfidos tiró una flecha, que no alcanzó felizmente a nadie. Huyeron en seguida a fuerza de remos; éramos demasiado fuertes para castigarles.

Estos negros están enteramente desnudos. Tienen

los cabellos crespos y cortos; las orejas, agujereadas y muy alargadas. Varios tenían la cabellera pintada de rojo y manchas blancas en diferentes sitios de su cuerpo. Parece que mastican betel, puesto que sus dientes están rojos. Hemos visto que los habitantes de la isla Choiseul lo usan también, porque se encontraron en sus piraguas saquitos donde había hojas de betel con areca y cal (1). Tenemos de éstos arcos de seis pies de longitud y flechas armadas de una madera muy dura. Sus piraguas son más pequeñas que las de la ensenada de los Guerreros, y nos hemos sorprendido de no encontrar ninguna semejanza en su construcción. Estas últimas tienen la proa y la popa poco levantadas; están sin balancín, pero bastante anchas para que dos hombres remen en parejas. Esta isla, que hemos llamado *Buka* (2), parece estar extremadamente poblada, a juzgar por la cantidad de casas de que está cubierta y por las apariencias de cultivo que hemos advertido. Una hermosa llanura a media cuesta, por completo plantada de cocoteros y otros árboles, nos ofrecía la más agradable perspectiva. Deseaba encontrar un fondeadero en esta costa; pero el viento contrario y una corriente rápida que llevaba al Noroeste nos alejaba visiblemente. Durante la noche nos mantuvimos lo más cerca posible, gobernando

(1) Envolviendo en hojas del betel (*Piper bettle*) cal y pedazos del fruto del areca (*Arecha catechu*), preparan indios y malayos el masticatorio, estimulante y digestivo, llamado *betel*. (*N. de la T.*)

(2) Pertenece hoy al archipiélago de Salomón, y está situada al Noroeste de la isla Bougainville, a su vez en el mismo rumbo respecto de la isla Choiseul. (*N. de la T.*)

al Sur-cuarto-Suroeste y al Sur-Suroeste, y al día siguiente por la mañana, la isla Buka estaba ya bien lejos de nosotros al Este y Sureste. La víspera por la tarde se había advertido desde lo alto de los mástiles una islita, que fué demorada desde el Noroeste hasta el Noroeste-cuarto-Oeste de la brújula. Por lo demás, no podíamos estar lejos de Nueva Bretaña, y era donde esperábamos hacer una escala.

Escala en Nueva Bretaña.— El 5 por la tarde vimos dos islitas al Norte y Norte-Noroeste, a diez o doce leguas de distancia, y casi al mismo tiempo otra más considerable entre el Noroeste y el Oeste; las tierras de esta última más próximas a nosotros, a las cinco y media de la tarde nos demoraban al Noroeste-cuarto-Oeste, casi a siete leguas. La costa era elevada y parecía encerrar varias bahías. Como no teníamos ya ni agua ni leña, y nuestros enfermos empeoraban, resolví detenerme aquí, y corrimos toda la noche las más ventajosas bordadas para conservar esta tierra a sotavento. El 6, al amanecer, estábamos a cinco o seis leguas, y nos dirigimos a ella en el momento que descubríamos una nueva tierra alta y de hermosa apariencia al Oeste-Suroeste de ésta, desde diez y ocho hasta doce y diez leguas de distancia. Hacia las ocho, estando casi a tres leguas de la primera, envié al caballero Du Bouchage, con dos bateles armados, para reconocerla y buscar un fondeadero. A la una de la tarde nos hizo señal de que había encontrado uno, y bien pronto hice servir y gobernar en una canoa que destaco ante nosotros; a las tres fondeamos con treinta y tres brazas de agua, fondo de arena blanca, fino y fangoso.

La *Estrella* fondeó más a tierra que nosotros, a veintín brazas, con el mismo fondo.

Cualidades e indicios de fondeadero.— Entrando se deja a babor, al Oeste, una islita y un islote que están a una media legua de la costa. Una punta que avanza frente al islote forma dentro un verdadero puerto al abrigo de todos los vientos, donde el fondo es por todas partes de una hermosa arena blanca, desde treinta y cinco hasta quince brazas. En la punta del Este hay un bajo, pero visible, y que no se extiende a alta mar. Se ven también al Norte de la bahía dos pequeños bajos, que se descubren en bajamar. Al lado de los arrecifes hay doce brazas de agua. La entrada de este puerto es muy cómoda; el único cuidado que se debe tener es el de costear la punta del Este de cerca y con mucho trapo, porque desde que se dobla se encuentra en calma, y entonces hay que entrar con el aire del navío. Nuestro fondeadero estaba situado: el islote de la entrada demoraba al Oeste-cuarto-Suroeste $1^{\circ} 30'$ Oeste; la punta Este de la entrada, al Oeste-cuarto-Suroeste 1° Sur; la punta Oeste, al Oeste-cuarto-Noroeste; el fondo del puerto, al Sureste-cuarto-Este. Ancoramos Este y Oeste. Pasamos el resto del día en amarrar, en recoger vergas y mástiles de gavia y en botar las chalupas y visitar todo el contorno del puerto. Llovió toda la noche siguiente y casi todo el día 7.

Descripción del puerto y de los alrededores.— Enviarnos a tierra nuestras barricas para el agua, levantamos algunas tiendas y se comenzó a hacer aguada, leña y lavados, todas cosas de primera necesidad. El desembarcadero era magnífico, sobre arena fina, sin

ninguna roca ni ola; el interior del puerto, en un espacio de cuatrocientos pasos, contenía cuatro arroyos. Tomamos tres para nuestro uso: uno destinado a la aguada de la *Boudeuse*; otro para la *Estrella*, y el tercero para lavar. La madera se encontraba a orillas del mar, y la había de varias especies, todas muy buenas para quemar, algunas soberbias para obras de armar y de carpintería y también de estantería. Los dos navíos estaban al alcance de la voz el uno del otro y de la ribera. Por otra parte, el puerto y sus alrededores, hasta mucha distancia, estaban deshabitados, lo que nos procuraba una paz y una libertad preciosas. Así; no podíamos desear anclaje más seguro, lugar más cómodo para hacer aguada, leña y las diversas reparaciones de que los navíos tenían más urgente necesidad, y para dejar errar a su gusto a nuestros escorbúticos en los bosques.

Tales eran las ventajas de esta escala. Tenía también sus inconvenientes. A pesar de las investigaciones que se hicieron, no se descubrió ni cocos, ni plátanos, ni ninguno de los recursos que hubiera podido, de grado o por fuerza, sacar de un país habitado. Si la pesca no era abundante, no se podía esperar aquí más que la seguridad y lo estrictamente necesario. Todo hacía temer que nuestros enfermos no se restableciesen. A la verdad, no habíamos sufrido ataques muy fuertes, pero varios estaban delicados, y si no se restablecían aquí, el progreso del mal podía ser más rápido.

Hallazgo singular. — El primer día, en las orillas de un riachuelo alejado de nuestro campo casi un tercio de legua, se encontró una piragua como en depó-

sito y dos cabañas. La piragua era de balancín, muy ligera y en buen estado. Había, al lado, restos de varias hogueras, grandes conchas calcinadas y cabezas descarnadas de animales, que M. De Commerçon nos dijo eran de jabalíes. No hacía mucho tiempo que los salvajes habían venido a este sitio, porque se encontró en las cabañas higos y bananas todavía frescos. Se creyó también oír gritos de hombres en las montañas; pero se ha comprobado después que se había tomado por tales los arrullos de grandes palomas moñudas, de un plumaje azul, y que se llaman en las Molucas *pájaro con corona*. Tuvimos en las orillas de este río un encuentro más extraordinario. Un marinero de mi canoa, buscando conchas, se encontró, enterrado en la arena, un pedazo de una placa de plomo, en la que se leía este resto de palabras inglesas:

HOR'D HERE ICK MAJESTY'S

Se veían allí todavía las señales de los clavos que habían servido para sujetar la inscripción, que parecía reciente. Los salvajes, sin duda, habían arrancado la placa y roto en pedazos.

Este hallazgo nos animó a reconocer cuidadosamente todos los alrededores de nuestro fondeadero.

Huellas de un campamento inglés. — Así, recorrimos la costa dentro de la isla que cubre la bahía; la seguimos cerca de dos leguas y salimos a una bahía profunda, pero estrecha, abierta al Suroeste, al fondo de la cual abordamos cerca de un hermoso río. Algu-

nos árboles, serrados o cortados a hachazos, impresionaron en seguida nuestras miradas y nos hicieron saber que allí fué donde los ingleses recalaron. Después nos costó pocas pesquisas encontrar el lugar donde había sido colocada la inscripción. Era en un árbol grande, muy aparente, en la orilla derecha del río, en medio de un gran espacio, donde juzgamos que los ingleses habían erigido sus tiendas, porque se veían todavía en los árboles varias amarras. Los clavos estaban en el árbol y la placa había sido arrancada hacía pocos días, porque las huellas estaban frescas. En el árbol mismo había hendeduras practicadas por los ingleses o por los insulares. Los resalvos que se elevaban en la copa de uno de los árboles abatidos, nos suministraron un medio de deducir que no hacía más de cuatro meses que los ingleses habían fondeado en esta bahía. El bramante encontrado lo indicaba suficientemente, porque, aunque es un lugar muy húmedo, no estaba podrido. No dudo que el barco llegado aquí en escala sea el *Swallow*, navío de catorce cañones mandado por Mr. Carteret, y salido de Europa en el mes de agosto de 1766 con el *Delfin*, que mandaba Mr. Wallis (1). Hemos tenido después noticias de este barco en Batavia, de que hablaremos, y de donde se

(1) Carteret, comandante del *Swallow*, estuvo en la isla de Nueva Bretaña o Nueva Inglaterra (hoy Nueva Pomerania, del archipiélago de Bismarck) del 7 al 11 de septiembre de 1767, después de haberse separado, por azar de la navegación, de Wallis en el estrecho de Magallanes. Al mismo tiempo que Bougainville, realizaban Wallis y Carteret su viaje alrededor del mundo. (*N. de la T.*)

verá que hemos seguido su rastro hasta Europa. Es una casualidad bien singular que, en medio de tantas tierras, nos encontremos en un punto en que una nación rival acababa de dejar un monumento de una empresa semejante a la nuestra.

La lluvia fué casi continua hasta el 11. Había apariencia de mucho viento fuera; pero el puerto está abrigado por todos los lados con las altas montañas que le rodean. Aceleramos nuestros trabajos antes que el mal tiempo se presentase. Hice recoger nuestros cables y levantar un ancla para conocer mejor la calidad del fondo; no se podía desear otro mejor.

Producciones del país. — Uno de nuestros primeros cuidados había sido buscar, seguramente con interés, si el país podría suministrar algunos bastimentos a los enfermos y alguna alimentación sólida para los sanos. Nuestras investigaciones fueron infructuosas. La pesca era absolutamente ingrata y no encontramos en los bosques más que algunos lataneros y cocoteros en muy corto número, y todavía había que disputarlos a hormigas enormes, cuyos enjambres innumerables nos obligaron a abandonar varios troncos de estos árboles ya caídos. Vimos, es cierto, cinco o seis jabalíes o cerdos cimarrones, y desde entonces hubo siempre cazadores ocupados en buscarles, sin que jamás se les matase. Es el único cuadrúpedo que hemos encontrado aquí. Algunas personas han creído también reconocer las huellas de un leopardo.

Hemos matado algunas palomas grandes, bellísimas. Su plumaje es verde dorado. Tienen el cuello y el vientre gris blanco y una cresta pequeña en la cabeza.

Hay también tórtolas, *viduas* mayores que las del Brasil, loritos, pájaros con corona y una especie de ave cuyo grito se parece tanto al ladrido de un perro, que no hay nadie que no se haya engañado la primera vez que lo ha oído. Hemos visto también tortugas en diferentes partes del canal; pero no estábamos en el tiempo de la puesta. Hay en esta bahía hermosas ensenadas de arena, donde creo que se podrían coger en gran cantidad. Todo el país es montañoso; el suelo es muy ligero; apenas la roca está recubierta. No obstante, los árboles son de gran elevación, y hay varias especies de muy hermosos bosques. Se encuentra el betel (1), la areca (2) y el bello junco de las Indias que obtenemos de los malayos. Crece aquí en los lugares pantanosos; pero, sea que exija un cultivo, sea que los árboles que cubren enteramente la tierra perjudiquen a su crecimiento y a su calidad, sea, en fin, que no estuviésemos en la estación de su madurez, no se han cortado nunca hermosos. El pimentero (3) también es común aquí; pero no era entonces ni el tiempo de los frutos ni el de las flores. El país es, en general, poco rico en botánica. Por lo demás, no existen huellas de

(1) *Piper bettle* (v. pág. 120), afín a las pimientas. (*N. de la T.*)

(2) *Areca catechu*, L., hermosa palmera de tronco recto y anillado (diez a diez y seis metros de altura), propia del Asia y Oceanía tropicales (véase pág. 120).

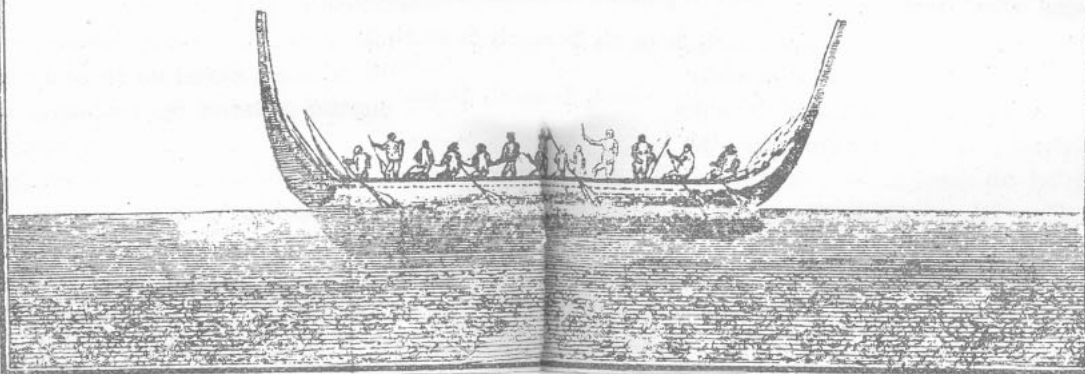
(3) El pimentero (*Piper nigrum*, L.), de la familia de las pipéraceas, es una liana de tallos flexibles, originaria de la India y cultivada en Asia meridional, Malasia y algo en América y África tropicales. La pimienta negra es su fruto, y la blanca es la semilla desnuda de su pericarpio pulposo. (*N. de la T.*)

que haya jamás sido habitado. Parece cierto que de tiempo en tiempo pasen por allí los indios; encontramos frecuentemente en las orillas del mar sitios donde se habían detenido; se los reconocía fácilmente por los restos de sus comidas.

El 10 murió un marinero a bordo de la *Estrella*. Su enfermedad era complicada y no tenía nada de escorbuto. Los tres días siguientes fueron muy hermosos y los empleamos útilmente. Rehicimos el pie de nuestro mastelero de velacho, que estaba carcomido en la carlinga, y la *Estrella* recortó el suyo, cuya cabeza estaba inclinada. Tomamos también a bordo de esta fusta harina y galleta, que le quedaba todavía para nosotros proporcionalmente a nuestro número. Encontramos menos legumbres que las que esperábamos, y me vi obligado a reducir más de un tercio las habas de que hacíamos nuestra comida; digo nuestra, porque todo se distribuía igualmente.

Penuria que sufrimos. — Plana mayor y tripulación tenían la misma alimentación; nuestra situación igualaba a los hombres como la muerte. Aprovechamos también el buen tiempo para hacer observaciones esenciales.

El 11 por la mañana, M. Verron estableció en tierra su cuadrante y un péndulo de segundos, y se sirvió de ellos el mismo día para observar la altura meridiana del Sol. El movimiento del péndulo fué determinado con exactitud por alturas correspondientes, tomadas dos días seguidos. Había allí el 13 un eclipse de Sol visible para nosotros, y era preciso estar en estado de observarlo, si el tiempo lo permitía.



CANOA DE LA ISLA CHOISEUL, SEGÚN BOUGAINVILLE

Observaciones de longitud. — Fué muy hermoso y se pudo ver el momento de la inmersión y el de la emersión. Monsieur Verron observaba con una lente de nueve pies, y el caballero Du Bouchage con una lente acromática de Dollond, de cuatro pies de longitud; mi puesto estaba en el péndulo. El comienzo del eclipse fué para nosotros el 13 a las 10^h 50' 45" de la mañana; el final, a 0^h 28' 16" de tiempo verdadero, y su magnitud de 3' 22". Hemos enterrado una inscripción bajo el sitio mismo en que estaba el péndulo, y llamamos a este puerto *puerto Praslin* (1). Está situado a 4° 49' 27" de latitud austral y 149° 44' 15" de longitud Este de París.

Esta observación es tanto más importante cuanto que se puede, en fin, por su medio y por el de las observaciones astronómicas hechas en la costa del Perú, determinar de una manera segura la extensión en longitud del vasto océano Pacífico, hasta hoy tan incierta. Fuimos tanto más dichosos de haber tenido buen tiempo durante la duración del eclipse, cuanto que desde este día hasta nuestra partida no ha habido un solo día que no fuese espantoso. El cielo no tuvo nunca más de tres longitudes, y la lluvia continua, junto a un calor sofocante, nos hacía nuestra estancia aquí pernicioso. El 16 la fragata había acabado su trabajo, y empleamos todos nuestros bateles para terminar el de la *Estrella*. Esta fusta estaba casi vacía; y como no se encuentran aquí piedras a propósito para lastre, hubo

(1) Praslin (G. de Choiseul, duque de), ministro de Marina en 1766-1770, tiempo en que Bougainville realizó su viaje. (*Nota de la traductora.*)

que hacerlo con madera; trabajo largo, penoso y malo en medio de estas selvas, donde reina una eterna humedad.

Descripción de dos insectos. — Diariamente matábamos serpientes, escorpiones y una gran cantidad de insectos de una especie singular. Son largos como el dedo, acorazados en el cuerpo; tienen seis patas, puntas salientes a los lados y una cola muy larga. Me trajeron también un animal que nos pareció extraordinario. Es un insecto de casi tres pulgadas de longitud, de la familia de los Mantis; casi todas las partes de su cuerpo están compuestas de un tejido, que hasta mirándole de cerca se tomaría por hojas; cada una de sus alas es la mitad de una hoja, la cual está entera cuando las alas se aproximan; la parte inferior de su cuerpo es una hoja de color más mortecino que la superior. El animal tiene dos antenas y seis patas, cuyas partes superiores son también porciones de hojas (1). Monsieur De Commerçon ha descripto este insecto particular, y habiéndole conservado en espíritu de vino, lo he remitido al gabinete del Rey.

Se encuentran aquí un gran número de conchas, muchas muy hermosas. Los bajos ofrecen tesoros para la conchiliología. Se recogieron en un mismo sitio diez martillos, especie, dícese, muy rara (2). Así, el celo de los curiosos era muy vivo. Se apagó un poco por el accidente ocurrido a uno de nuestros marineros, el

(1) Es la especie *Phyllium siccifolium*.

(2) Fueron encontrados en una ensenada de la isla grande que forma esta bahía y que por esta razón se la llamó *isla de los Martillos*.

cual, al echar la red, fué picado en el agua por una especie de serpiente. El efecto del veneno se manifestó una media hora después. El marinero sintió dolores violentos en todo su cuerpo. El sitio de la mordedura, que estaba en el lado izquierdo, se puso lívido y se hinchó a simple vista. Cuatro o cinco escarificaciones sacaron mucha sangre ya descompuesta. Tan pronto como se cesaba de hacer pasear por fuerza al enfermo, le volvían las convulsiones. Sufrió horriblemente durante cinco o seis horas. En fin, la triaca y el agua que se le había administrado desde la primera media hora provocaron un sudor abundante y le sacaron del apuro.

Esta aventura hizo a todo el mundo más circunspecto para meterse en el agua. Nuestro taitiano siguió con curiosidad al enfermo durante todo el tratamiento. Y nos hizo saber que en su país había, a lo largo de la costa, serpientes que mordían a los hombres en el mar, y que todos los que eran mordidos se morían. Tienen una medicina; pero la creí poco eficaz. Quedó maravillado de ver al marinero, cuatro o cinco días después del accidente, volver a su trabajo. Muy frecuentemente, examinando las producciones de nuestras artes y los medios diversos con que aumentan nuestras facultades y se multiplican nuestras fuerzas, este insular sentía admiración por lo que veía y se avergonzaba por su país. *Auau, Taiti, si de Taiti*, nos decía con dolor. Sin embargo, no le gustaba demostrarnos que sentía nuestra superioridad sobre su nación. No se puede creer hasta qué punto era altivo. Habíamos notado que era tan humilde como orgulloso; y este carácter prue-

ba que vivía en un país donde los rangos son desiguales y que a ello se debe.

Tiempo espantoso que nos persigue. — El 19 por la tarde estuvimos al fin en estado de partir; pero pareció que el tiempo empeoraba; gran viento del Sur, diluvios, truenos, chaparrones con tormenta. La mar era muy gruesa fuera, y las aves pescadoras se refugiaban en la bahía.

Temblores de tierra. — El 22 sentimos, hacia las diez y media de la mañana, varias sacudidas de temblores de tierra. Fueron muy sensibles en nuestros navíos, y duraron casi dos minutos. Durante este tiempo la mar subía y bajaba varias veces seguidas, lo que asustó mucho a los que pescaban en los arrecifes y les hizo buscar un refugio en los barcos. Por lo demás, parece que en esta estación las lluvias sean aquí continuas. Una tormenta no aguarda a la otra; el trueno retumba casi continuamente, y la noche da idea de las tinieblas del caos.

Esfuerzos infructuosos para encontrar víveres. — Entretanto, íbamos todos los días a los bosques a buscar lataneros y cogollos de palma, y tratar de matar algunas tórtolas. Nos dividíamos en varios grupos, y el resultado ordinario de estas caravanas penosas era volver calados hasta los huesos y con las manos vacías. Se descubrieron, no obstante, los últimos días, algunos frutos de mangles (1) y ciruelas mirobala-

(1) El mangle es el árbol *Rhizophora mangle*, que, hundiendo sus raíces en el mar, constituye la formación vegetal de ciénagas litorales que los españoles llamamos *manglares*. (N. de la T.)

nas (1); hubiesen sido útil socorro de haberse encontrado antes. Se encontró también una especie de yedra aromática, en la que los cirujanos creyeron reconocer una virtud antiescorbútica; al menos los enfermos que hicieron infusiones y se lavaron con ellas experimentaron algún alivio.

Descripción de una hermosa cascada. — Todos habíamos estado a ver una cascada maravillosa que suministraba las aguas del arroyo de la *Estrella*. En vano se esforzaría el arte en producir en el palacio de los Reyes lo que la Naturaleza ha escondido aquí en un rincón deshabitado. Admiramos los grupos salientes, cuyas gradaciones casi regulares precipitan y diversifican la caída de las aguas; seguimos con sorpresa todos estos macizos, variados por la figura y que forman cien estanques desiguales, donde se recogen sábanas de cristal coloreadas por árboles inmensos, algunos de los cuales arrancan del mismo estanque. Bueno es que existan hombres privilegiados, cuyo atrevido pincel pueda trazarnos la imagen de estas bellezas inimitables. Esta cascada merecería el pintor más maravilloso.

Nuestra situación empeora cada día. — Entretanto, nuestra situación empeoraba a cada instante que pasábamos aquí y que perdíamos inútilmente. El número y

(1) Designa Bougainville con este nombre a los frutos, agri-dulces, del género *Spondias*, árbol tropical de la familia de las terebintáceas, afín a nuestros alfónsigos o pistachos. Acaso se refiere, sin que de su texto se infiera precisión específica alguna, a la especie *Spondias dulcis*, cuyos frutos son muy buscados. (Nota de la traductora.)

los males de nuestros escorbúticos aumentaba. La tripulación de la *Estrella* estaba todavía en un estado más triste que el nuestro. Todos los días enviaba canoas fuera para reconocer el tiempo. Constantemente era el viento del Sur, casi tormentoso, y una mar espantosa. Con estas circunstancias el aparejo era imposible, tanto más cuanto que no se podría aparejar de este puerto sino tomando una codera de un ancla; sería preciso salir corriendo y no se hubiese podido embarcar en mar ancha la chalupa que hubiera quedado para levar el ancla, que no estábamos en el caso de perder. Estos obstáculos me determinaron a ir el 23 a reconocer un paso entre la isla de los Martillos y el continente. Encontré uno por el cual podíamos salir con viento Sur, embarcando nuestros bateles en el canal. Tenía en verdad bastantes grandes inconvenientes, y no estábamos en el caso de poderlos evitar.

Salida del puerto Praslin. — Había llovido sin interrupción toda la noche del 23 al 24; la aurora trajo el buen tiempo y la calma. Levamos en seguida nuestra ancla de ancorar, enviamos a establecer una amarra a los árboles, una guindalera sobre un ancla de tiro y viramos en redondo sobre el ancla de fuera. Durante la jornada entera esperamos el momento de aparejar; ya desesperábamos de ello, y la proximidad de la noche nos obligaba a volver a amarrar, cuando a las cinco y media se levantó una brisa del fondo del puerto. Bien pronto largamos nuestra amarra de tierra, recogimos cable del ancla de tiro, sobre el cual la *Estrella* debía aparejar después que nosotros, y en media hora vo-gábamos a toda vela. Las canoas nos remolcaron hasta

el centro del paso, donde sentíamos bastante viento para prescindir de su concurso. Las enviamos en seguida a la *Estrella* para sacarla fuera. A dos leguas a alta mar nos pusimos de través para esperarla, embarcando la chalupa y nuestras canoas pequeñas. A las ocho comenzamos a ver la fusta, que había salido del puerto; pero la calma no le permitió reunírsenos hasta las dos de la mañana. Nuestra canoa grande volvió al mismo tiempo, y la embarcamos.

Durante la noche hubo chaparrones y lluvia. El buen tiempo volvió con el día. Los vientos eran del Suroeste y gobernamos desde al Este-cuarto-Sureste hasta el Norte-Nordeste, siguiendo la tierra. No hubiese sido prudente tratar de pasar a barlovento; suponíamos que era Nueva Bretaña, y todas las apariencias nos lo confirmaron. En efecto, las tierras que habíamos descubier-
to más al Oeste se aproximaban mucho a éstas, y se advertía, en medio de lo que se hubiera podido tomar por un paso, alturas aisladas, que estaban, sin duda, unidas a lo demás por tierras más bajas. Tal es la pintura que hace Dampierre de la gran bahía que llamó *bahía de San Jorge*; acabamos de fondear en su punta Nordeste, como lo comprobamos desde los primeros días de nuestra salida. Dampierre fué más afortunado que nosotros. Encontró por escala un cantón habitado, que le procuró bastimentos, y cuyas producciones le hicieron concebir grandes esperanzas sobre este país; y nosotros, que estábamos tan indigentes como él, caímos en un desierto, que no ha provisto a nuestras necesidades más que de madera y agua. Al salir del puerto Praslin corregí mi longitud por la que dió

el cálculo del eclipse de Sol que se había observado; mi diferencia podía ser de casi 3° , que estaba más al Este. El termómetro, durante la estancia que hicimos allí, estuvo constantemente de 22° a 23° ; pero el calor era más grande que el que parecía anunciar; atribuí la causa a la falta de aire de que aquí se carece, por estar encerrada la cuenca por todas partes, especialmente en la parte de los vientos reinantes.

CAPÍTULO VI

Navegación desde el puerto Praslin hasta las Molucas.— Escala en Boero.

Nos habíamos hecho a la mar después de una escala de ocho días, durante la cual, como se ha visto, el tiempo había sido constantemente malo y los vientos casi siempre del Sur. El 25 volvieron al Sureste, variando hasta el Este, y seguimos la costa casi a tres leguas de distancia. Rodeaba insensiblemente, y bien pronto advertimos en ancha mar islas que se sucedían de distancia en distancia. Pasamos entre ellas y el continente, y les di el nombre de los oficiales de la plana mayor. No era ya dudoso que costeásemos Nueva Bretaña (1). Esta tierra era muy elevada y parecía recortada con hermosas bahías, en las que advertíamos hogueras y otras señales de habitantes.

Distribución de ropas a los marineros.— El tercer día de nuestra salida hice cortar nuestras tiendas de campaña para distribuir grandes calzones a las gentes de las dos tripulaciones. Habíamos ya hecho en diferentes ocasiones semejante distribución de vestimen-

(1) Hoy Nueva Pomerania, en el archipiélago de Bismarck.
(N. de la T.)

tas de toda especie. Sin esto, ¿cómo hubiese sido posible que estas pobres gentes fuesen vestidas durante tan larga campaña, donde tuvieron que pasar varias veces alternativamente del frío al calor y sufrir numerosos diluvios?

Extrema carencia de víveres.— Por lo demás, no tenía ya nada que darles; todo estaba agotado. Me vi obligado a quitar una onza de pan en cada ración. Lo poco que nos quedaba de víveres estaba en parte echado a perder, y en otras circunstancias se hubiesen lanzado al mar todas nuestras salazones; pero había que comer lo malo como lo bueno. ¿Quién podía saber cuándo terminaría esto? Tal era nuestra situación: sufrir al mismo tiempo del pasado, que nos había debilitado; del presente, cuyos tristes detalles se repetían a cada instante, y del porvenir, cuyo término indeterminado era casi el más cruel de nuestros males. Mis penas personales se multiplicaban por las de los demás. Debo, sin embargo, publicar que ninguno se dejaba abatir y que la paciencia para sufrir ha sido superior a las más críticas situaciones. Los oficiales daban ejemplo, y jamás los marineros han dejado de bailar por la tarde, en la miseria como en los tiempos de la mayor abundancia. No fué necesario duplicar su paga.

Descripción de los habitantes de Nueva Bretaña.— Tuvimos constantemente a la vista Nueva Bretaña hasta el 3 de agosto. Durante este tiempo venteó poco y llovió frecuentemente; las corrientes nos fueron contrarias y los navíos marchaban cada vez menos. La costa se dirigía cada vez más al Oeste. El 29 por la mañana nos encontramos más cerca que nunca. Esta

proximidad nos valió la visita de algunas piraguas; dos llegaron al alcance de la voz de la fragata; otras cinco fueron a la *Estrella*. Estaban montadas cada una por cinco o seis hombres negros, de cabellos crespos y lanosos; algunos los tenían empolvados de blanco. Llevaban la barba bastante larga, y adornos blancos en los brazos en forma de brazaletes. Hojas de árbol cubren bien que mal su desnudez. Son grandes y parecen ágiles y robustos. Nos enseñaban una especie de pan y nos invitaban por señas a ir a tierra; nosotros les invitamos a venir a bordo; pero nuestras invitaciones, el don mismo de algunos pedazos de tela lanzados al mar, no les inspiraron la confianza de acostarnos. Recogieron lo que se les había lanzado, y, en agradecimiento, uno de ellos, con una honda, nos lanzó una piedra que no legó a bordo; no quisimos devolverles mal por mal, y se retiraron golpeando todos juntos sobre sus canoas con grandes gritos. Llevaron, sin duda, las hostilidades más lejos a bordo de la *Estrella*, porque oímos varios disparos de fusil que les hicieron huír. Sus piraguas son largas, estrechas y con batanga (1). Todas tienen la proa y la popa más o menos adornadas con esculturas pintadas en rojo que hacen honor a su habilidad.

Al día siguiente se les vió en mayor número y no tuvieron ninguna dificultad en acostar al navío. Aquel de sus conductores que parecía el jefe llevaba un palo de dos o tres pies de longitud pintado de rojo, con una bola en cada extremo. Al aproximarse lo levantó

(1) La *batanga* es lo mismo que balancín, y consiste en cañas recias de bambú amadrinadas a lo largo de las embarcaciones malayas para que floten mejor. (*N. de la T.*)

sobre su cabeza con las dos manos, y estuvo algún tiempo en esta actitud. Todos estos negros parecían haberse ataviado grandemente; unos tenían la cabellera pintada de rojo; otros llevaban airones de plumas en la cabeza; otros, pendientes de ciertas semillas o grandes placas blancas y redondas colgadas del cuello; algunos tenían anillos pasados por los cartílagos de la nariz; pero un adorno bastante general en todos eran brazaletes hechos con la boca de una gran concha serrada. Quisimos trabar comercio con ellos para obligarles a llevarnos algunos bastimentos. Su mala fe nos hizo bien pronto advertir que no lo conseguiríamos. Trataban de apoderarse de lo que se les proponía y no querían devolver nada en cambio. Apenas se pudo sacar de ellos algunas raíces de ñame (1); se dejó de darles y se retiraron. Dos canoas bogaban hacia la fragata a la entrada de la noche; un cohete que se tiró para alguna señal les hizo huír precipitadamente. Por lo demás, pareció que las visitas que nos habían hecho estos dos últimos días no habían sido más que para reconocernos y concertar un plan de ataque. El 31 se vió, desde el amanecer, un enjambre de piraguas salir de tierra; una parte pasó por entre nosotros sin detenerse, y todas dirigieron su marcha hacia la *Estrella*, que sin duda habían observado que era el más pequeño de los dos navíos y estar el último. Los negros comenzaron su ataque a pedradas y flechazos. El combate

(1) Ñame o ñame (véase la nota de la página 47). La voz ñame parece provenir de *yam*, como se llama a la especie *Dioscorea alata* en la costa occidental de Africa. (Nota de la edición española.)

fué corto. Una descarga desconcertó sus proyectos. Varios se lanzaron al mar, y algunas piraguas fueron abandonadas. Desde este momento dejamos de verles.

Descripción de la parte septentrional de Nueva Bretaña; agosto de 1768. — Las tierras de Nueva Bretaña corrían al Oeste-cuarto-Noroeste y al Oeste, y en esta parte descendían considerablemente. No era ya esta costa elevada y provista de varias filas de montañas; la punta septentrional que descubrimos era una tierra casi sumergida y cubierta de árboles de trecho en trecho. Los cinco primeros días del mes de agosto fueron lluviosos; el tiempo fué tempestuoso y el viento sopló con chaparrones. Advertimos la costa a trozos, en las claras, y sin poder distinguir sus detalles. Sin embargo, vimos bastante para convencernos de que las mareas continuaban quitándonos parte del mediano camino que hacíamos cada día. Hice entonces gobernar al Noroeste, después al Noroeste-cuarto-Oeste, para evitar un laberinto de islas que están sembradas en el extremo septentrional de Nueva Bretaña. El 4 por la tarde reconocimos distintamente dos islas, que creo ser las que Dampierre llama *isla Matthias* e *isla Tormentosa* (1). La isla Matthias, alta y montañosa, se extiende por el Noroeste, de ocho a nueve leguas. La otra no tiene más de tres o cuatro, y entre las dos hay un islote. Una isla que se creyó advertir el 5 a las dos de la mañana al Oeste, nos hizo volver al Norte. No nos engañábamos, y a las diez, la bruma, que hasta enton-

(1) Hoy las islas de Saint-Mathias y Sturm, al Norte de las de Neu Hannover y Neu Mecklemburg, en el archipiélago de Bismarck. (*N. de la T.*)

ces había sido densa, se disipó; advertimos al Sureste-cuarto-Sur esta isla, que es pequeña y baja. Las mareas cesaron entonces de arrastrarnos hacia el Sur y Este, lo que parecía provenir de que habíamos pasado la punta septentrional de Nueva Bretaña, que los holandeses llaman *cabo Solomaswer*. Estábamos entonces a 0° 41' de latitud meridional. Habíamos sondado casi todos los días sin encontrar fondo.

Isla de los Anacoretas.— Corrimos al Oeste hasta el 7 con fresquito y buen tiempo, sin ver tierra. El 7 por la tarde el horizonte, muy brumoso, me pareció a la puesta del Sol ser un horizonte de tierra desde Oeste hasta Oeste-Suroeste; me determiné a mantener durante la noche el derrotero del Suroeste-cuarto-Oeste; volvimos a tomar de día el del Oeste. Vimos por la mañana, casi a cinco o seis leguas ante nosotros, una tierra baja. Gobernamos a Oeste-cuarto-Suroeste y Oeste-Suroeste, para pasar al Sur. La costeamos casi a legua y media. Era una isla llana, casi de tres leguas de longitud, cubierta de árboles y dividida en varios trozos enlazados por restingas y bancos de arena. Hay en esta isla una gran cantidad de cocoteros, y la orilla del mar está cubierta de tan gran número de chozas, que se puede juzgar cuán extremadamente poblada está. Estas casas son altas, casi cuadradas y bien techadas. Nos han parecido más vastas y más bonitas que lo son ordinariamente las cabañas de cañas, y nos parecía volver a ver las casas de Taiti. Descubrimos un gran número de piraguas ocupadas en la pesca alrededor de la isla; ninguna me pareció separarse para vernos pasar, y juzgamos que estos habitantes, que no eran

curiosos, estaban contentos con su suerte. Llamamos a esta isla *la isla de los Anacoretas*. A tres leguas al Oeste de ésta se vió desde lo alto de los mástiles otra isla baja.

Archipiélago llamado por nosotros el Ajedrez (1). La noche fué muy oscura, y algunas nubes fijas en el Sur nos hicieron suponer tierra. En efecto, al amanecer descubrimos dos islitas al Sureste-cuarto-Sur 3° Sur, a ocho o nueve leguas de distancia. No se las había aún perdido de vista a las ocho y media, cuando se advirtió otra isla baja al Oeste-cuarto-Suroeste, y poco después una infinidad de islitas que se extendían al Oeste-Noroeste y al Suroeste de esta última, la cual podía tener dos leguas de longitud; todas las demás no son, hablando con propiedad, más que una cadena de islotes rasos y cubiertos de bosques. Encuentro desastroso. Había, sin embargo, un islote separado de los demás y más al Sur que nos pareció ser más considerable. Dirigimos nuestro derrotero entre aquél y el archipiélago de islotes que llamé *el Ajedrez*, y que quise dejar al Norte. Distábamos mucho de vernos libres de ellos. Esta cadena, vista desde la mañana, se prolongaba mucho más lejos al Suroeste que lo que hasta entonces habíamos creído.

Peligro que corrimos allí.—Tratábamos, como acabo de decir, de doblarla por el Sur; pero al comienzo de la noche estábamos todavía empeñados en ello, sin saber precisamente hasta dónde se extendía. El tiempo, cargado incesantemente de chaparrones, no nos

(1) El Tablero de ajedrez.

había jamás mostrado ni un instante todo lo que debíamos temer; para cúmulo de embarazo, vino la calma tan pronto como la noche, y no terminó sino con ella. La pasamos en continuo recelo de ser lanzados sobre la costa por las corrientes. Hice soltar dos anclas y alargar sus tajos sobre el puente, precaución casi inútil, porque se sondó varias veces sin encontrar fondo. Tal es uno de los más grandes peligros de estas tierras: casi a dos longitudes de navío de los arrecifes que las bordean no se tiene el recurso de anclar. Afortunadamente el tiempo se mantenía sin borrascas; a media noche se levantó viento frescachón del Norte que nos sirvió para elevarnos un poco al Sureste. El viento refrescaba a medida que subía el Sol y nos apartó de estas islas bajas, que creo deshabitadas; al menos, durante el tiempo que las hemos tenido a nuestro alcance no se han distinguido ni hogueras, ni cabañas, ni piraguas. La *Estrella* había estado esta noche más en peligro aún que nosotros, porque estuvo mucho tiempo sin gobernar y la marea la arrastraba visiblemente a la costa, cuando el viento vino en su ayuda. A las dos de la tarde doblamos el islote más occidental y gobernamos al Oeste-Suroeste.

Vista de Nueva Guinea.— El 11 a mediodía, estando a 2° 17' de latitud austral, advertimos al Sur una costa elevada, que nos pareció ser la de Nueva Guinea. Algunas horas después se la vió más claramente. Es una tierra alta y montuosa, que se extiende en esta parte al Oeste-Noroeste. El 12 a mediodía estábamos casi a diez leguas de las tierras más próximas a nosotros. Era imposible detallar la costa a esta

distancia; nos pareció únicamente una gran bahía hacia 2° 25' de latitud Sur, y tierras bajas en el fondo, que no se descubrían más que desde lo alto de los mástiles. Juzgamos también, por la velocidad con que doblábamos las tierras, que las corrientes se habían vuelto favorables; pero para apreciar con alguna precisión la diferencia que ocasionaban en la estima de nuestro derrotero, hubiese sido preciso singlar más cerca de la costa. Continuamos a largo a diez o doce leguas de distancia. Su posición era siempre al Oeste-Noroeste y su altura prodigiosa. Notamos, sobre todo, dos picos muy elevados, vecinos el uno del otro, y que exceden en altura a todas las demás montañas. Les hemos llamado *los dos Cíclopes*. Tuvimos ocasión de notar que las mareas llevan hacia el Noroeste. Efectivamente, nos encontramos al día siguiente más alejados de la costa de Nueva Guinea, que volvía aquí al Oeste. El 14 al amanecer descubrimos dos islas y un islote que parecía estar entre las dos, pero más al Sur. Están situadas entre sí Este-Sureste y Oeste-Noroeste corregido; están a dos leguas de distancia una de otra, de mediana altura, y no tienen más de legua y media de extensión cada una.

Vientos y corrientes que sentimos.— Avanzábamos poco cada día. Desde que estábamos en la costa de Nueva Guinea, teníamos con bastante regularidad una débil brisa de Este o Nordeste, que comenzaba hacia las dos o las tres de la tarde y duraba casi hasta media noche; a esta brisa sucedía un intervalo más o menos largo de calma, que era seguido de la brisa de tierra variable del Suroeste al Sur-Suroeste, la que se termi-

naba también hacia mediodía por dos o tres horas de calma. Volvimos a ver el 15 por la mañana la más occidental de las dos islas que habíamos reconocido la víspera. Descubrimos al mismo tiempo otras tierras, que nos parecieron islas, desde el Sureste-cuarto-Sur hasta el Oeste-Suroeste, tierras muy bajas, por encima de las cuales advertíamos en lejana perspectiva las altas montañas del continente. La más elevada, que descubrimos a las ocho de la mañana al Sur-Sureste de la brújula, se destacaba de las demás, y la llamamos *el Gigante Moulineau*. Dimos el nombre de *la Ninfa Alie* a la más occidental de las islas bajas al Noroeste de Moulineau. A las diez de la mañana caímos en un ras de marea (1), donde las corrientes parecían arrastrar con violencia hacia el Norte y Norte-Nordeste. Eran tan vivas, que hasta a mediodía nos impidieron gobernar; y como nos arrastrasen muy a alta mar, nos fué imposible sentar un juicio preciso sobre su verdadera dirección. El agua en el lecho de la marea estaba cubierta de troncos de árboles flotantes, de diversos frutos y de algas; estaba al mismo tiempo tan turbia,

(1) Se llama hoy ras de marea a olas de gran altura que bruscamente, y en plena calma, inundan las costas y a veces las devastan en una zona de varios kilómetros. Son verdaderas ondas rítmicas, originadas, en gran número de casos, por temblores de tierra. En 1868, el terremoto de Arica (Perú) produjo un ras de marea en las costas de Nueva Zelanda, es decir, en la orilla opuesta del Pacífico, de donde se ha concluído que el temblor afecta y repercute en toda la masa líquida del Océano. En el Japón, en donde son frecuentes, se les llama *tounami*. La expresión *raz de marée*, sin exacta equivalencia en castellano, es una marejada alta u onda alta de mar de fondo. (*N. de la T.*)

que temíamos estar sobre un banco; pero la sonda no encontró fondo a cien brazas. Este ras de marea parecía indicar aquí, o un gran río en el continente (1), o un paso que cortase las tierras de Nueva Guinea, paso cuya entrada estaría casi Norte a Sur.

Observaciones comparadas con la estima del derrotero. — Según dos distancias de los bordes del Sol y de la Luna observadas con octante por el caballero Du Bouchage y M. Verron, nuestra longitud, el 15, a mediodía, era de $136^{\circ} 16' 30''$ al Este de París. Mi estima, seguida desde la longitud determinada en puerto Praslin, difería $2^{\circ} 47'$. Observamos el mismo día $1^{\circ} 17'$ de latitud austral. El 16 y el 17 hizo casi calma; el poco viento que sopló fué variable. El 16 no se vió tierra hasta las siete de la mañana, y esto desde lo alto de los mástiles, tierra extremadamente alta y cortada. Perdimos todo este día esperando a la *Estrella*, que, dominada por la corriente, no podía poner la proa en derrotero; y el 17, como estaba muy distante de nosotros, me vi obligado a virar para reunirme con ella, lo que no conseguimos más que al aproximarse la noche. Ésta fué muy borrascosa, con un diluvio de lluvia y truenos espantosos. Los seis días siguientes fueron también desgraciados: lluvia, calma, y el poco viento, contrario. Hay que haberse encontrado en la situación en que estábamos entonces para poderse formar una

(1) Bougainville llama aquí ras de marea a fenómeno que hoy no se llama así, o que él, en su tiempo, no acertó a interpretar. Dumont d'Urville, en su *Viaje del Astrolabio*, observó en el mismo punto el violento mar de fondo que llamara la atención de Bougainville. (*N. de la T.*)

idea... (1). El 17, por la tarde, se había advertido desde el Sur-Suroeste 5° Sur de la brújula hasta el Suroeste 5° Oeste, a diez y seis leguas casi de distancia, una costa elevada, que no se perdió de vista hasta la noche. El 18, a las nueve de la mañana, se descubrió una isla alta al Suroeste-cuarto-Oeste, casi a doce leguas de distancia; la volvimos a ver al día siguiente, y nos demoraba a mediodía desde el Sur-Suroeste hasta al Suroeste a una distancia de quince a veinte leguas. Las corrientes nos dieron durante estos tres últimos días diez leguas de diferencia Norte; no pudimos saber cuál era la que nos daba en longitud.

Pasos de la línea.— El 20 cruzamos la línea por segunda vez durante la campaña. Las corrientes continuaban apartándonos de las tierras. No vimos nada el 20 ni el 21, aun cuando hicimos todo para intentarlo. Se nos hacía, sin embargo, esencial acercarnos a la costa e ir a largo bastante cerca, para no cometer algún error peligroso que nos hiciese equivocar la desembocadura en el mar de las Indias y nos comprometiese en uno de los golfos de Gilolo. El 22, al amanecer, dimos vista a una costa más elevada que la que en ninguna otra parte de Nueva Guinea hubiésemos aún visto. Gobernamos hacia ella, y a mediodía la des-

(1) 18 de agosto de 1768... El Príncipe de Nassau, harto de comer carne salada, mandó matar un perro (trocado en el estrecho de Magallanes) y se sirvió a la mesa. Todos comieron de él y lo hallaron bueno. Era el único cuadrúpedo que quedaba a bordo, salvo las ratas, que se comían todos los días. Comimos perros, gatos, ratas, cueros, etc. (Fesche, según su Manuscrito. Véase la bibliografía del final.)

cubrimos desde el Sur-Sureste 5° Sur hasta el Suroeste, donde no parecía terminar. Acabábamos de cruzar la línea por tercera vez. La tierra corría al Oeste-Noroeste, y la costeamos, determinados a no dejarla hasta haber llegado a su extremidad, que los geógrafos llaman cabo Mabo. Por la noche doblamos una punta, al otro lado de la que la tierra, siempre muy elevada, no corría sino al Oeste-cuarto-Suroeste y al Oeste-Suroeste. El 23, a mediodía, vimos una extensión de costa de cerca de veinte leguas, cuya parte más occidental nos demoraba casi al Suroeste a trece o catorce leguas. Estábamos mucho más cerca de dos islas bajas y cubiertas de árboles, a distancia una de otra casi de cuatro leguas (1). Nos aproximamos a una media legua, y en tanto que esperábamos a la *Estrella*, separada de nosotros una gran distancia, envié al caballero De Zuzannet, con dos de nuestros bateles armados, a la más septentrional de las dos islas. Pensábamos ver allí habitaciones y esperábamos obtener algunos bastimentos. Un banco que reina a largo de la isla, y hasta se extiende bastante lejos al Este, obligó a los barcos a dar un gran rodeo para doblarle. El caballero De Zuzannet no encontró ni casas, ni habitantes, ni bastimentos. Lo que de lejos nos había parecido formar una aldea no era más que un macizo de rocas minadas por el mar y huecas en cavernas. Los árboles que cubrían la isla no llevaban ningún fruto propio para la alimentación de los hombres. Enterramos allí una inscripción. Los bateles no volvieron a bordo hasta las

(1) Probablemente las islas Mispulu. (*N. de la T.*)

diez de la noche. La *Estrella* acababa de reunírseos. La vista continua de la costa nos había hecho saber que las corrientes marchaban aquí al Noroeste.

Continuación de Nueva Guinea. — Después de haber embarcado nuestros bateles, tratamos de costear la tierra, en tanto que los vientos constantes del Sur y del Suroeste nos lo permitiesen. Nos vimos obligados a correr varias bordadas, con la intención de pasar a barlovento de una gran isla (1) que habíamos advertido al ponerse el Sol al Oeste y al Oeste-cuarto-Noroeste. El alba nos sorprendió todavía a sotavento de esta isla. Su costa oriental, que puede tener cinco leguas de longitud, corre casi de Norte a Sur, y en su punta meridional se ve un islote bajo y de poca extensión. Entre ella y la tierra de Nueva Guinea, que se prolonga aquí casi al Suroeste-cuarto-Oeste, se presentaba un vasto paso, cuya abertura, casi de ocho leguas, está situada Nordeste a Suroeste. El viento venía de ella, y la marea arrastraba al Noroeste. ¿Cómo alcanzar costear así contra viento y marea? Ensayé hasta las nueve de la mañana. Vi con dolor que era infructuosamente, y tomé el partido de arribar para ir a longo de la costa septentrional de la isla, abandonando de mala gana una desembocadura que creía muy buena para salir de esta eterna cadena de islas.

Peligro oculto. — Tuvimos en esta mañana dos alertas consecutivos. La primera vez se gritó desde lo alto que se veía ante nosotros una larga serie de rompientes, y se recogieron bien pronto las amuras del

(1) La isla de Waigiú. (*N. de la T.*)

otro bordo. Estas rompientes, examinadas después más atentamente, se encontraron ser de ras de marea violenta, y seguimos nuestro derrotero. Una hora después varias personas gritaron desde el castillo de proa que se veía el fondo bajo nosotros; la cosa era apremiante, pero la alarma fué felizmente tan corta como viva. La hubiésemos también creído falsa, si la *Estrella*, que estaba en nuestras aguas, no hubiese advertido este mismo bajo durante cerca de dos minutos. Le pareció un banco de coral. Casi Norte a Sur de este banco, que puede tener todavía menos agua en alguna parte, hay una ensenada de arena, en la que están construídas algunas casas rodeadas de cocoteros. La observación puede servir tanto más de punto de reconocimiento, cuanto que hasta allí no habíamos visto rastros de habitaciones en esta costa. A la una de la tarde doblamos la punta del Nordeste de la isla grande, que se extiende después al Oeste y al Oeste-cuarto-Suroeste cerca de veinte leguas. Es preciso que apriete el viento para prolongarla, y no tardamos en advertir otras islas al Oeste y al Oeste-cuarto-Nordeste. Se vió también una al ponerse el Sol, que fué descubierta en el Nordeste-cuarto-Norte, con que se unía una restinga que parecía extenderse hasta al Norte-cuarto-Noroeste; así estábamos todavía una vez más enclavados.

Pérdida del contramaestre de la tripulación. — Perdimos en este día nuestro primer contramaestre, llamado Denys, que murió del escorbuto. Era malvino y de cerca de cincuenta años, pasados casi todos al servicio del rey. Los sentimientos honrados y los conocimientos que le distinguían en su cargo importante nos

le hicieron sentir universalmente. Cuarenta y cinco personas más estaban atacadas de escorbuto. Sólo la limonada y el vino detenían los funestos progresos.

Navegación embarazosa. — Pasamos la noche dando bordadas, y el 25 al amanecer nos encontramos rodeados de tierras. Se ofrecían a nosotros tres pasos: uno, abierto al Suroeste; el segundo, a Oeste-Suroeste, y el tercero, casi Este y Oeste. El viento no nos concedía más que éste último, que yo no quería. No dudaba que estuviésemos en medio de las islas de los Papuas. Había que evitar caer más lejos al Norte, por temor, como ya he dicho, de perdernos en alguno de los golfos de la costa oriental de Gilolo. Lo esencial para salir de estos parajes críticos era elevarnos en latitud austral; ahora, allende el paso del Sureste, se advertía en el Sur la mar abierta tanto como la vista podía extenderse; así, me decidí a costear para alcanzar esta salida. Todas estas islas e islotes que nos cerraban son muy escarpados, de altura media y cubiertas de árboles. No advertimos ningún indicio de que estuviesen habitadas.

Paso de la línea por cuarta vez. — A las once de la mañana tuvimos fondo de arena a cuarenta y cinco brazas; era un recurso. A mediodía observamos $0^{\circ} 5'$ de latitud boreal; así acabábamos de cruzar la línea por cuarta vez. A las seis de la tarde estábamos también para dar en el paso del Oeste-Suroeste. Representaba haber ganado cerca de tres leguas con el trabajo del día entero. La noche nos fué más favorable gracias a la Luna, cuya luz nos permitió costear entre las piedras y las islas. De otra parte, la corriente, que nos había

sido contraria en la travesía de los dos primeros pasos, se volvió favorable en cuanto que fuimos a abrir el paso del Suroeste.

Descripción del canal por el que salimos. — El canal por el que embocamos al fin en esta noche puede tener de dos a tres leguas de ancho. Está limitado al Oeste por un macizo de islas y de islotes bastante elevados. Su costa del Este, que habíamos tomado a primera vista por la punta más occidental de la isla grande, no es más que un conjunto de islitas y de rocas que de lejos parecen formar una sola masa, y las separaciones entre estas islas presentan por otro lado el aspecto de hermosas bahías; lo reconocíamos a cada bordada que dábamos por estas tierras. Solamente a las cuatro y media de la mañana conseguimos doblar los islotes más al Sur del nuevo paso, que llamamos *paso de los Franceses*. El fondo parecía aumentar en medio de este archipiélago, avanzando hacia el Sur. Nuestros sondeos han sido de cincuenta y cinco a setenta y cinco y ochenta brazas, fondo de arena gris, fango y conchas podridas. Cuando estuvimos enteramente fuera del canal, sondamos, sin encontrar fondo. Hice entonces gobernar al Suroeste. El paso de los Franceses está situado a $0^{\circ} 15'$ de latitud Sur, entre los 128° y 129° de longitud al Este de París.

El 26, al amanecer, descubrimos una nueva isla en el Sur-Suroeste, y poco después otra al Oeste-Noroeste. A mediodía no se veía ya el laberinto de donde salimos, y la altura meridiana nos dió $0^{\circ} 23'$ de latitud austral.

Quinto paso de la línea. — Por quinta vez habíamos

cruzado la línea. Continuamos gobernando a babor, y por la tarde dimos vista a una islita en el Sureste. Al día siguiente, al amanecer, vimos una poco elevada a nueve o diez leguas al Sur-Sureste. Parecía extenderse Nordeste y Suroeste, cerca de dos leguas. Un gran monte, muy escarpado y de una altura notable, que llamamos el *gran Tomás*, se dejó ver a las diez de la mañana. En su punta meridional hay un pequeño islote, y tiene dos en su punta septentrional. Las corrientes habían cesado de arrastrarnos al Norte; tuvimos, por el contrario, diferencia Sur. Esta circunstancia, unida a la observación de la latitud, que nos ponía más Sur que el cabo Mabo, me convenció enteramente de que entrábamos al fin en el archipiélago de las Molucas.

Discusión sobre el cabo Mabo. — Se me preguntará, por otro lado, qué es este cabo Mabo, y dónde está situado. Forma el cabo, que termina en el Norte, la parte occidental de Nueva Guinea. Dampierre y Wood Rogers lo sitúan: el primero, en uno de los golfos de Gilolo, a 30' de latitud austral; el segundo, a ocho leguas a lo más de esta gran isla. Pero toda esta parte no es más que un archipiélago bastante vasto de islitas que, por razón de su número, el almirante Roggewin, que las atravesó en 1722, llamó *las mil islas*. ¿Cómo, pues, el cabo Mabo, vecino de Gilolo, pertenece a Nueva Guinea? ¿Dónde situarle si, como hemos creído, Nueva Guinea misma no es más que un conjunto de grandes islas, cuyos diversos canales están todavía desconocidos? Deberá pertenecer a la más occidental de estas islas considerables.

Entrada en el archipiélago de las Molucas. — El 27

por la tarde descubrimos cinco o seis islas desde el Oeste-cuarto-Suroeste 5° Sur hasta el Oeste-Noroeste de la brújula. Durante la noche dimos bordadas al Sur-Sureste, de suerte que no las vimos ya el 28 por la mañana. Advertimos entonces otras cinco islitas, hacia las cuales bogamos. Nos demoraban a mediodía desde el Sur-Suroeste 1° Oeste hasta el Oeste-cuarto-Suroeste 1° Sur, a distancia de dos, tres, cuatro y cinco leguas. Veíamos todavía el gran Tomás al Este-Nordeste 5° Norte, casi a cinco leguas. Sentimos durante estas veinticuatro horas varias fuertes mareas, que parecían proceder del Oeste. Sin embargo, la diferencia de nuestra estima con la observación meridiana y con los levantamientos nos dió diez u once millas sobre el Suroeste-cuarto-Sur y Sur-Suroeste. A las nueve de la mañana ordené a la *Estrella* montar sus cañones y enviar su canoa a las islas del Suroeste para reconocer si habría algún fondeadero y si estas islas nos proveerían de algunas producciones interesantes.

Encuentro de un negro. — Hizo casi calma por la tarde, y la canoa no volvió hasta las nueve de la noche. Había abordado a dos de estas islas, donde no había encontrado ninguna señal de habitación ni cultivo, ni ninguna especie de frutos. Las gentes de la canoa estaban prestas a retirarse, cuando vieron con sorpresa un negro aproximarse solo en una piragua de dos batangas. Tenía en una oreja un anillo de oro, y por armas, dos azagayas. Abordó la canoa sin temor ni sorpresa. Se le pidió de beber y comer, y ofreció agua y un poco de una especie de harina que parecía ser su alimento. Se le dió un pañuelo, un espejo y algunas

bagatelas parecidas. Reía al recibir estos presentes, y no los admiraba. Parecía conocer a los europeos, y se pensó que podía ser un negro fugitivo de alguna de las islas vecinas, en que los holandeses tienen puestos, o que tal vez había sido enviado allí para la pesca. Los holandeses llaman a estas islas las *cinco islas*, y de tiempo en tiempo las hacen visitar. Nos han dicho que antes eran en número de siete; pero que dos han sido sumergidas en un ténblor de tierra, revolución bastante frecuente en estos parajes. Hay entre estas islas una prodigiosa corriente sin ningún fondeadero. Los árboles y las plantas son casi los mismos que en Nueva Bretaña. Nuestras gentes cogieron una tortuga que pesaba cerca de doscientas libras.

Vista de Ceram. — Después continuamos experimentando fuertes mareas, que arrastraban hacia el Sur, y mantuvimos el derrotero que más se aproximaba. Sondamos varias veces sin encontrar fondo, y vimos únicamente una isla al Oeste y a diez o doce leguas de nosotros, hasta el 30 por la tarde, que advertimos al Sur, y a una gran distancia, una tierra considerable. La corriente, que nos servía mejor que el viento, nos aproximó a ella por la noche; y el 31, al obscurecer, nos encontramos a siete u ocho leguas. Era la isla Ceram (1); su costa, en parte con bosques, roturada en parte, corría casi Este a Oeste sin que la viésemos acabada. Es una isla muy alta; montañas enormes se elevan sobre el terreno de distancia en distancia, y las numerosas hogueras que vimos de todos lados anunciaban que esta-

(1) Al Norte del mar de Banda. (*N. de la T.*)

ba muy poblada. Pasamos el día y la noche siguiente navegando a longo de la costa septentrional de esta isla, corriendo bordadas para elevarnos en el Oeste y alcanzar su punta occidental. La corriente nos era favorable, pero el viento era escaso.

Observación sobre los monzones en estos parajes. — Haré notar la contrariedad que experimentamos durante mucho tiempo por parte de los vientos, que en las Molucas se llaman monzón (1) del Norte a los del Oeste, y monzón del Sur a los del Este, porque durante la primera los vientos soplan más ordinariamente del Norte-Noroeste que del Oeste, y durante la segunda proceden lo más frecuentemente del Sur-Sureste. Estos vientos reinan entonces lo mismo en las islas de los Papuas y en la costa de Nueva Guinea; lo sabíamos por triste experiencia, habiendo empleado treinta y seis días en hacer cuatrocientas cincuenta leguas.

Septiembre de 1768. — El 1 de septiembre el alba nos mostró que estábamos a la entrada de una bahía en la cual había varias hogueras. En seguida advertimos dos embarcaciones de vela de la forma de los barcos malayos. Hice enarbolar el pabellón y banderola holandesa y tirar un cañonazo, y cometí una falta sin saberlo. Supimos después que los habitantes de Ceram están en guerra con los holandeses, que han expulsado de casi todas las partes de su isla. Así, penetramos inútilmente en la bahía; los barcos se refugiaron en tierra, y aprovechándonos del viento frescachón conti-

(1) Nombre dado a los vientos periódicos que en el mar de las Indias soplan seis meses de un lado y otros seis del lado opuesto. El monzón es húmedo. (*N*, de la *T*.)

nuamos nuestro derrotero. El terreno del fondo de la bahía es bajo y llano, rodeado de altas montañas, y la bahía está sembrada de varias islas. Hay que gobernar a Oeste-Noroeste para doblar una bastante grande, en cuya punta se ve un islote y un banco de arena, con un bajo que parece alargarse una legua por alta mar. Esta isla se llama *Bonao*, y está cortada en dos por un canal muy estrecho. Cuando lo hubimos doblado, gobernamos hasta mediodía a Oeste-cuarto-Suroeste. Venteaba frescachón del Sur-Suroeste al Sur-Sureste, y costeamos el resto del día entre Bonao, Kelang y Manipa, tratando de caminar hacia el Suroeste. A las diez de la noche vimos las tierras de la isla Boero (1) con hogueras encendidas, y como mi proyecto era detenerme, pasamos la noche dando bordadas para mantenernos a su alcance y a barlovento si podíamos.

Proyecto para nuestra seguridad.— Sabía que los holandeses tenían en esta isla una pequeña factoría, aunque bastante rica en bastimentos. En la ignorancia profunda en que estábamos de la situación de los asuntos en Europa, no nos convenía arriesgar las primeras noticias en casa de extranjeros, más que en un lugar donde fuésemos nosotros los más fuertes.

Triste estado de las tripulaciones.— No sin excesivos transportes de alegría descubrimos al amanecer la entrada del golfo de Cajeli. Es donde los holandeses tienen su establecimiento; era el término donde debían acabar nuestras mayores miserias. El escorbuto había

(1) Esta isla, llamada por los holandeses Boero o Boeroe, y también Buru o isla de los Pájaros por los malayos, pertenecía primitivamente al sultán de Ternate. (*N. de la T.*)

hecho entre nosotros crueles estragos; desde nuestra partida de puerto Praslin, nadie podía decirse completamente exento, y la mitad de nuestras tripulaciones no estaba en estado de hacer ningún trabajo. Ocho días más pasados en el mar hubiesen costado la vida a muchos, y la salud a casi todos. Los víveres que nos quedaban estaban tan podridos y de un olor tan descompuesto, que los momentos más duros de nuestras tristes jornadas eran aquellos en que la campana advertía para tomar estos alimentos repugnantes y malsanos. ¡Cómo esta situación embellecía más a nuestros ojos el encantador aspecto de las costas de Boero! (1). Desde media noche un olor agradable, exhalado de las plantas aromáticas de que las islas Molucas están cubiertas, se dejaba sentir a varias leguas en el mar, y nos había parecido presagiar el fin de nuestros males. El aspecto de una villa bastante grande situada al fondo del golfo (2), el de barcos anclados, la vista de animales errantes en los prados que rodean la villa, causaron transportes, de que yo he participado, sin duda, y que no sabría pintar.

Nos había sido preciso correr varias bordadas antes de poder entrar en el golfo, cuya punta septentrional se llama *punta Lissatetto*, y la del Sureste, *punta Ruba*.

(1) La isla es fertilísima; situada en el Ecuador y cubierta de espesos bosques, es tan rica como Amboina y Ceram, las tierras más espléndidas de las Molucas. (*N. de la T.*)

(2) El golfo de Cajeli o Cayeli, al norte de la isla, limitado por las puntas Lissatetto al Norte y Ruba al Sureste, es vasto y profundo. La aldea de Cayeli, sumida en un panorama acaso único en el mundo, está al Suroeste y a orillas del mar. (*N. de la T.*)

Hasta las diez no pudimos poner proa a la villa. Varios navíos navegaban en la bahía; hice enarbolar la bandera holandesa y tirar un cañonazo; nadie vino a bordo; envié entonces mi canoa a sondar ante el navío. Temía un banco que se encontraba en la costa del Sureste del golfo. A mediodía una piragua conducida por indios se aproximó al barco; el jefe nos preguntó en holandés quiénes éramos, y rehusó siempre subir a bordo. Sin embargo, avanzamos a toda vela, siguiendo las señales de la canoa que sondaba.

Restinga del golfo de Cajeli.— Vimos en seguida el banco cuya aproximación temíamos; la mar estaba baja y el peligro aparecía al descubierto. Es una cadena de rocas mezcladas de coral, la cual parte de la costa del Sureste del golfo, casi una legua dentro de la punta Ruba, y se extiende del Sureste al Noroeste por espacio de media legua. A cuatro longitudes de canoa a su extremidad se está sobre cinco o seis brazas de agua, mal fondo de coral, y se pasa a continuación a diez y siete brazas, fondo de arena y fango.

Nuestro derrotero fué casi al Suroeste, tres leguas, desde las diez hasta la una media, que fondeamos frente a la aduana, cerca de varios barcos holandeses, a menos de un cuarto de legua de tierra. Estábamos a veintisiete brazas de agua, fondo de arena y fango, y determinamos las situaciones siguientes: la punta Lisatetto, al Norte 4° Este, dos leguas; la punta Ruba, al Nordeste 2° Este, media legua; una península a Oeste-cuarto-Noroeste 1° Oeste, tres cuartos de legua; la punta de un bajo que se extiende más de media legua a la altura de la península, al Noroeste-cuarto-Oeste; la

bandera de la Aduana holandesa, al Sur-cuarto-Suroeste 5° Oeste. La *Estrella* fondeó cerca de nosotros, más al Oeste-Noroeste.

Escala en Boero. — Apenas habíamos lanzado el ancla, cuando dos soldados holandeses, sin armas, de los que uno hablaba el francés, vinieron a bordo a preguntar, en nombre del residente de la Aduana, qué motivos nos llevaban a este puerto, cuando no debíamos ignorar que la entrada no estaba permitida más que a los navíos de la Compañía Holandesa. Envié con ellos un oficial para declarar al residente que la necesidad de tomar víveres nos obligaba a entrar en el primer puerto que habíamos encontrado, sin permitirnos respetar los tratados que prohíben a los navíos extranjeros la escala en los puertos de las Molucas, y que saldríamos tan pronto como nos hubiera provisto de los socorros de que teníamos más urgente necesidad.

Embarazo del residente. — Los dos soldados volvieron poco tiempo después para comunicarme una orden firmada del gobernador de Amboina, del que depende directamente el residente de Boero, por la que estaba expresamente prohibido a éste el recibir en su puerto ningún navío extranjero. El residente me rogaba al mismo tiempo le diese por escrito una declaración de los motivos de mi escala, a fin de poder justificar ante su superior, al que se la enviaría, la conducta que estaba obligado a seguir al recibirnos aquí. Su petición era justa, y la satisface, dándole una declaración firmada, en la que declaraba que, habiendo partido de las islas Malvinas y queriendo ir a la India pasando por el mar del Sur, el monzón contrario y la

falta de víveres nos habían impedido alcanzar las islas Filipinas y obligado a venir a buscar en el primer puerto de las Molucas recursos indispensables, socorro que le rogaba me diese en virtud del título más respetable de humanidad.

Buena recepción que nos hacen. — Desde este momento no hubo ya dificultad; el residente, en regla frente a su Compañía, hizo a mal tiempo buena cara, y nos ofreció lo que tenía con aire tan liberal como si hubiese estado en su casa. Hacia las cinco bajé a tierra con varios oficiales para hacerle una visita. A pesar de la turbación que debió causarle nuestro arribo, nos recibió muy bien y nos invitó a comer; aceptamos. El espectáculo del placer y de la avidez con que devorábamos le probó mejor que nuestras palabras que no sin razón nos quejábamos de hambre. Todos los holandeses estaban en éxtasis, y no osaban comer ante el temor de hacernos perjuicio. Hay que haber sido marino y estar reducido a estos extremos que experimentábamos desde hacía varios meses para hacerse una idea de la sensación que produce la vista de ensaladas y una buena comida en gentes que están en semejante estado. Esta comida fué para mí uno de los más deliciosos instantes de mi vida, tanto más cuanto había enviado a bordo de los navíos con que comiese todo el mundo tan bien como nosotros. Convinimos que tendríamos diariamente ciervo, para sostener nuestras tripulaciones con carne fresca durante nuestra estancia; que se nos darían al partir diez y ocho vacas, algunos cordeiros, y tantas aves como quisiéramos. Era preciso suplir el pan con arroz; es el alimento de los holandeses. Los

insulares viven de pan de sagú (1), que sacan de la medula de una palmera a la que dan este nombre; este pan se parece al casabe (2). No pudimos tener abundancia de legumbres, que nos hubiese sido tan saludable; las gentes del país no las cultivan. El residente nos quiso proveer bien del jardín de la Compañía para los enfermos.

Policía de la Compañía. — Por lo demás, todo aquí pertenece a la Compañía, directa o indirectamente: toda la ganadería, granos y bastimentos de toda especie. Ella es la única que vende y compra. Los moros, a la verdad, nos han vendido aves, cabras, pescado, huevos y algunas frutas; pero el dinero de esta venta no lo tendrán mucho tiempo; los holandeses sabrán sacárselo por las cosas más simples, pero no menos caras. La caza misma del ciervo no es libre: el residente es el único que tiene derecho. Da a sus cazadores tres cartuchos de pólvora y plomo, con los cuales deben llevar dos animales, que se les paga entonces a seis sueldos pieza. Si no cazan más que uno, se les descuenta, de lo que se les paga, el importe de un cartucho. Desde el 3 por la mañana establecimos a nuestros enfermos en tierra para dormir durante nuestra estancia. Enviábamos también diariamente la mayor parte de las tripulaciones a pasearse y divertirse. Hice hacer aguada a los navíos, y los diversos transportes se

(1) Fécula que se saca de la medula de los sagús, palmeras (*Metroxylon Rumphii* y *Metroxylon Sagu*) que se encuentran en las islas Molucas. (*N. de la T.*)

(2) Harina grosera de América, extraída del *Manihot utilisima*. Cuando fina, es la tapioca.

condujeron por esclavos de la Compañía, que el residente nos alquiló a jornal. La *Estrella* aprovechó este tiempo para proveerse de tamboretas de sus palos mayores, los cuales tenían un movimiento peligroso. Habíamos ancorado al arribar; pero con lo que los holandeses nos dijeron de la bondad del fondo y de la regularidad de las brisas de tierra y alta mar, levamos nuestra ancla de ancorar. Efectivamente, vimos allí navíos holandeses con una sola ancla.

Tuvimos durante nuestra escala aquí el más hermoso tiempo del mundo. El termómetro subía ordinariamente a 23° en el mayor calor del día; la brisa, del Nordeste al Sureste durante el día, cambiaba por la noche; venía entonces de tierra, y las noches eran muy frescas. Tuvimos ocasión de conocer el interior de la isla; se nos permitió hacer varias cacerías de ciervos por batidas, a las que tomamos gran afición. El país es encantador, cortado por bosques, llanuras y colinas, cuyos valles están regados por lindos ríos. Los holandeses llevaron los primeros ciervos, que se han multiplicado prodigiosamente, y cuya carne es excelente. Hay también un gran número de jabalíes y algunas especies de caza de plumas.

Detalles sobre la isla Boero. — Se da a la isla Boero o Burro casi diez y ocho leguas de Este a Oeste, y trece de Norte a Sur. Antes estaba sometida al rey de Ternate, al que rendía tributo. El lugar principal es Cajeli, situado al fondo del golfo de este nombre, en una planicie pantanosa, que se extiende cerca de cuatro millas entre los ríos Soweill y Abbo. Este último es el mayor de la isla; sus aguas están siempre

muy turbias. Es muy incómodo el desembarcar aquí, sobre todo en marea baja, durante la cual es preciso que los barcos se detengan muy lejos de la playa. La Aduana holandesa y catorce casas de indios, antes dispersas en diversos sitios de la isla, pero actualmente reunidas alrededor de la factoría, forman la villa de Cajeli. En un principio se había construido un fuerte de piedra; un accidente le hizo saltar en 1689, y desde entonces se contentaban con un cercado de débiles empalizadas, provisto de seis cañones de poco calibre, bien que mal en batería; es lo que se llama el fuerte de la Defensa, y tengo a este nombre por un remoquete. La guarnición, a las órdenes del residente, está compuesta de un sargento y veinticinco hombres; en toda la isla no hay cincuenta blancos. Algunos otros grupos de negros están repartidos donde se cultiva arroz. En el tiempo en que estuvimos, las fuerzas de los holandeses habían sido aumentadas por tres navíos, de los que el mayor era el *Draak*, paquebote de catorce cañones, mandado por un sajón llamado *Kop-le-Clerc*. Su tripulación es de cincuenta europeos, y su destino cruzar por las Molucas, sobre todo contra los papuas y los cerameses.

De los naturales del país. — Los naturales del país se dividen en dos clases: los moros y los alfurianos (1). Los primeros están reunidos bajo la Aduana y sometidos enteramente a los holandeses, que les inspiran un gran temor de las naciones extranjeras. Son celosos

(1) O *alfuros*, pueblo malayo, de la raza negroide que habita Celebes y otras islas del archipiélago malayo; su lengua participa del malayo y papua. (*N. de la T.*)

observadores de la ley de Mahoma; es decir, que se lavan frecuentemente, no comen cerdo y tienen tantas mujeres como pueden mantener. Añadid a esto que parecen muy celosos y las tienen encerradas. Su alimentación es el sagú, algunos frutos y pesca. Los días de fiesta se regalan con arroz, que la Compañía les vende. Sus 'jefes u *orenciaies* están atentos al residente, que parece tener para ellos algunos miramientos, y contiene al pueblo por su mediación. La Compañía ha sabido sembrar entre estos jefes de los habitantes un fermento de envidia recíproca que asegura la esclavitud general, y la política que observa aquí relativa a los naturales es la misma en todas las demás factorías. Si un jefe trama algún complot, otro le descubre y advierte en seguida a los holandeses.

Estos moros, por lo demás, son feos, perezosos y poco guerreros. Tienen un miedo extremado a los papuas, que vienen algunas veces, en número de doscientos o trescientos, a quemar sus casas, llevándose lo que pueden, y sobre todo, esclavos. La memoria de su última visita, realizada hacía tres años, estaba todavía reciente. Los holandeses no hacen nunca hacer servicio de esclavos a los naturales de Boero. La Compañía saca los esclavos de que se sirve, o de Celebes, o de Ceram, porque los habitantes de estas dos islas se venden recíprocamente.

Pueblo prudente.—Los alfurianos son libres, sin ser enemigos de la Compañía. Satisfechos de ser independientes, no quieren ninguna de esas chucherías que los europeos dan o venden a cambio de la libertad. Habitan, dispersos aquí y allí, las montañas inaccesibles, de

que está lleno el interior de la isla. Viven de sagú, de frutas y de caza. Se ignora cuál es su religión; únicamente se dice que no son mahometanos, porque crían y comen cerdos. De vez en cuando los jefes de los alfurianos vienen a visitar al residente; harían bien en quedarse en su casa.

Producciones de Boero. — Yo no sé si hubo en otro tiempo especiería en esta isla; en todo caso, es cierto que ya no la hay hoy. La Compañía no saca de este puesto más que madera de ébano negra y blanca y algunas otras clases de maderas, muy buscadas para la carpintería. Hay también un hermoso árbol de pimienta, cuya presencia nos ha confirmado que es común a Nueva Bretaña. Los frutos son raros: cocos, bananas, pamplemusas (1), algunos limones dulces y ácidos, naranjas amargas y muy pocas piñas (2). Crece una especie muy buena de cebada, llamada *ottong*, y el *sago borneo*, de que se hace una papilla que nos ha parecido detestable. Los bosques están poblados de una infinidad de aves de especies muy variadas y cuyo plumaje es encantador; entre otros, loros de la mayor belleza. Se encuentra una especie de gato salvaje, que lleva a sus hijuelos en una bolsa situada en el bajo

(1) La pamplemusa, *lemon kasum ba*, *geruk bali* o *cay bui*, es el *Citrus decumana*, Wild, el mayor de todos los naranjos, pero cuyos grandes frutos son algo amargos y menos jugosos que las naranjas. (*N. de la T.*)

(2) Se refiere aquí el autor a las que nosotros llamamos piña de América o *Ananassa sativa*, que, originaria de América, se ha aclimatado en la zona intertropical. Con la hilaza blanca argentina de sus hojas se fabrica en las Filipinas el tejido llamado *nipis de piña*, empleado especialmente para pañuelos. (*N. de la T.*)

vientre (1); un murciélago, cuyas alas tienen enorme envergadura; serpientes monstruosas, que pueden tragar un cordero, y otra serpiente, cien veces más peligrosa, que está en los árboles y que se lanza a los ojos de los paseantes que miran hacia arriba. No se conoce ningún remedio para la picadura de esta última; matamos dos en una cacería de ciervos. El río Abbo, cuyas orillas estaban cubiertas de árboles espesos, está infestado de enormes cocodrilos, que devoran animales y personas. Salen de noche, y se han dado casos de haberse apoderado de los hombres en las piraguas. Se impide que se aproximen llevando antorchas encendidas. La costa de Boero suministra pocas conchas hermosas. Estas preciosas conchas, objeto de comercio para los holandeses, se encuentran en la costa de Ceram, en Amblaw y en Banda, de donde se las envía a Batavia. También en Amblaw se encuentran cacatúas de la especie más hermosa.

Enrique Ouman, residente de Boero, vive allí como un monarca. Tiene cien esclavos para el servicio de su casa y posee en abundancia lo necesario y lo agradable. Es submercader; este grado es el tercero al servicio de la Compañía. Es un hombre nacido en Batavia, que se ha casado con una criolla de Amboina. No acertaré a encomiar su buen proceder con nosotros. Fué sin duda para él un momento de crisis aquel en que entramos aquí; pero se condujo como hombre de espíritu. Después de estar puesto en regla respecto de sus jefes, hizo de buena voluntad aquello que no po-

(1) Alusión al canguro.

día dispensarse, y con las maneras de hombre liberal y generoso. Su casa era la nuestra; a todas horas se podía beber y comer, y esta clase de cortesía bien vale otra, sobre todo para los que aun se resentían del hambre. Nos dió dos comidas de ceremonia, cuya limpieza, elegancia y magnificencia nos sorprendieron en sitio de tan escasos recursos. La casa de este honrado holandés es linda, elegantemente amueblada y enteramente a la china. Todo está dispuesto para procurarse fresco: está rodeada de jardines y atravesada por un río. De las orillas del mar se llega a ella por una avenida de grandes árboles. Su mujer y sus hijas, vestidas a la china, hacen muy bien los honores de la casa. Pasan el tiempo en preparar flores para destilarlas, en atar ramilletes y en confeccionar betel. El aire que se respira en esta casa agradable está deliciosamente perfumado, y todos nos hubiésemos estado de buena gana mucho tiempo. ¡Qué contraste el de esta existencia dulce y tranquila con la vida desnaturalizada que arrastrábamos desde hacía diez meses!

Conducta de Aoturu en Boero. — Debo decir unas palabras de la impresión que hizo sobre Aoturu la vista de este establecimiento europeo. Se concibe que la sorpresa debió ser grande a la vista de hombres vestidos como nosotros, de casas, jardines y animales domésticos en gran número y tan diversos. No se cansaba de mirar todos estos objetos, nuevos para él. Sobre todo apreciaba mucho esta hospitalidad, ofrecida con aire franco y reconocido. Como no veía hacer cambios, no pensaba que pagásemos, y creía que se nos daba. Por lo demás, se condujo con gracia frente

a los holandeses. Comenzó por hacerles saber que era jefe en su país y que viajaba por puro placer con sus amigos. En las visitas, en la mesa, en el paseo, nos estudiaba para copiarnos exactamente. Como no le había llevado a la primera visita que hicimos, se imaginó que era por tener las rodillas estevadas, y quería que los marineros se subiesen sobre ellas para enderezarlas. Nos preguntaba con frecuencia si París era tan hermoso como esta factoría.

Buena calidad de los víveres que encontramos. — Entretanto habíamos embarcado el 6 por la tarde arroz, animales y otros bastimentos. La factura del buen residente era muy elevada; pero se nos aseguró que los precios estaban reglamentados por la Compañía, y que no podía separarse de su tarifa. Por lo demás, los víveres eran de excelente calidad; la vaca y el cordero no son tan buenos en ningún país cálido que conozca, y las aves son muy delicadas. La manteca de Boero tiene en este país una reputación que los bretones no encontraron justificada. El 7 por la mañana hice embarcar los enfermos, y se dispuso todo para zarpar por la tarde con brisa de tierra. Los víveres frescos y el aire sano de Boero habían procurado a nuestros escorbúticos sensible alivio. Esta estancia en tierra, aunque no hubiese sido más que de seis días, los ponía en el caso de curarse a bordo, o al menos de no empeorar con el empleo de bastimentos que ahora ya podíamos darles.

Observaciones sobre los monzones y las corrientes. Hubiese sido de desear para ellos, y también para las gentes sanas, prolongar la escala; pero el término del

monzón del Este nos obligaba a partir para Batavia. Una vez que cambiase se hacía imposible para nosotros ir allí, porque entonces, además del viento contrario con que combatir, las corrientes siguen también la ley del monzón reinante (1). Es verdad que conservan casi un mes el curso del que le ha precedido; pero el cambio de monzón, que ocurre ordinariamente en octubre, puede adelantarse como puede retardarse un mes. Septiembre es poco ventoso; octubre y noviembre lo son menos todavía. Es la estación de las calmas y la que escoge el gobernador de Amboina para girar su visita a las islas dependientes de su gobierno. Junio, julio y agosto son muy lluviosos. El monzón del Este, al Norte de Ceram y de Boero, sopla ordinariamente del Sur-Sureste al Sur-Suroeste; en las islas de Amboina y de Banda es del Este al Sureste. El del Oeste sopla de Oeste-Suroeste al Noroeste. El mes de abril es el término donde acaban comúnmente los vientos de Oeste. Es el monzón tempestuoso, como el del Este es el monzón lluvioso. El capitán Clerk nos dijo que había cruzado en vano ante Amboina para entrar allí durante todo el mes de julio, y que había sufrido lluvias conti-

(1) En el océano Indico, mar de la China y aun costas occidentales de Méjico y América Central, las corrientes marinas cambian con los monzones. Son de dirección Suroeste y Sureste monzones y corrientes marinas durante el verano (abril a septiembre) del hemisferio Norte, y son del Noroeste y Nordeste durante el invierno (octubre a marzo) del hemisferio Norte. Los monzones del mar de las Indias son los de mayor extensión en el Globo, no sólo por la posición tropical de este océano, sino por hallarse rodeado de grandes masas continentales y desérticas, como el Asia, por ejemplo. (*N. de la T.*)

nuas que habían puesto toda su tripulación enferma. Por este mismo tiempo estábamos nosotros calados hasta los huesos en puerto Praslin.

Observaciones sobre los temblores de tierra. — Hubo este año en Boero tres temblores de tierra casi consecutivos: el 7 de junio, el 12 y 27 de julio. El 22 de este mismo mes sentimos uno en Nueva Bretaña. Estos terremotos son, en esta parte del mundo, de terribles consecuencias para la navegación. Algunas veces destruyen las islas y los bancos de arena conocidos; otras veces los crean donde no los había, y nada se gana con este cambio. Sería menos peligroso para los navegantes que las cosas quedasen como están.

Salida de Boero. — El 7 por la tarde todo estaba a bordo, y no esperábamos más que la brisa de tierra para darnos a la vela. No se hizo sensible hasta las ocho de la noche. Envié en seguida una canoa, con una antorcha, a anclar en la punta del banco que está en la costa del Sureste; nosotros trabajábamos en aparejar. No se nos había engañado asegurándonos que la sujeción era fuerte en este fondeadero. Estuvimos mucho tiempo haciendo con el cabrestante esfuerzos inútiles; la llave misma se rompió, y sólo con ayuda de polipastos logramos sacar nuestra ancla del fango pegajoso en que estaba hundida. Nos dimos a la vela a las once. Una vez doblada la punta del banco, embarcamos nuestros bateles y la *Estrella* los suyos, y gobernamos sucesivamente al Nordeste, al Nordeste-cuarto-Norte y Norte-Nordeste, para salir del golfo de Cajeli.

Observaciones astronómicas. — Durante nuestra estancia en Boero, M. Verron hizo a bordo varias obser-

vaciones de distancia, cuyo resultado medio le sirvió para determinar la longitud de este golfo, y le coloca 2° 53' más al Oeste que nuestra estima, seguidas desde la longitud observada en Nueva Bretaña. Por lo demás, aunque hayamos encontrado establecida, como es de razón, en las Molucas la verdadera fecha de Europa, con la que perdíamos un día, siguiendo alrededor del mundo el curso del Sol, continuaré señalando la fecha de nuestros diarios, previniendo que en lugar del miércoles 7 se contaba en la India el jueves 8 (1). No corregiré mi fecha hasta la Isla de Francia.

(1) Es un hecho comprobado por el cálculo y la experiencia que, dado el movimiento de rotación de la Tierra, y pues que cada 15° de longitud suponen una hora de diferencia, los que den la vuelta al Globo de Este a Oeste, como Bougainville, retrasarán un día (veinticuatro horas en los 360°), y los que la den en sentido contrario, de Oeste a Este, adelantarán un día. Los primeros en observar y sorprenderse de este hecho, al parecer tan extraordinario y en realidad tan sencillo, fueron los españoles que al mando de Juan Sebastián Elcano hicieron el primer viaje alrededor del mundo (1519-1522). (*N. de la T.*)

CAPÍTULO VII

Derrotero desde Boero hasta Batavia.

SEPTIEMBRE de 1768. — *Dificultades de la navegación en las Molucas.* — Aunque estuviese convenido de que los holandeses representan la navegación en las Molucas como mucho más peligrosa todavía de lo que es efectivamente, no ignoraba, sin embargo, que estuviese sembrada de escollos y de dificultades. La mayor para nosotros era no tener ninguna Carta fiel de estos parajes, porque las Cartas francesas de esta parte de la India son más a propósito para perder los navíos que para guiarles. No pude obtener de los holandeses de Boero más que vagos conocimientos e incompletas noticias. Cuando arribamos allí, el *Draak* debía partir a los pocos días, para conducir a un ingeniero a Macassar (1), y había contado con seguirle hasta allí. Pero el residente dió orden al comandante de este paquebote que permaneciese en Cajeli hasta que hubiésemos salido. Así, aparejamos solos y dirigí mi derrotero para pasar al Norte de Boero e ir a buscar el estrecho de Button, que los holandeses llaman *Button's Strat.*

(1) Al Sur de la isla de Celebes. (*N. de la T.*)

Derrotero que hicimos. — Costeamos la costa de Boero casi a legua y media de distancia, y las corrientes no nos hicieron experimentar ninguna diferencia sensible hasta mediodía. Habíamos advertido, el 8 por la mañana, las islas de Kilang y de Manipa. Desde la tierra baja que se encuentra a la salida del golfo de Cajeli, la costa es muy elevada y corre al Oeste-Noroeste y Oeste-cuarto-Noroeste. El 9 dimos vista, por la mañana, a la isla de Xullabessie. Es poco considerable, y los holandeses tienen allí una factoría en un reducto llamado Claverblad o el Trébol. La guarnición se compone de un sargento y veinticinco hombres, a las órdenes del señor Arnoldus Holtman, que no es más que tenedor de libros. Esta isla dependía antes del gobernador de Amboina; pertenece actualmente al de Ternate. En tanto que corrimos a largo de Boero, tuvimos poco viento, y las brisas, reguladas, casi como en la bahía; las corrientes, en estos dos días, nos arrastraron hacia el Oeste, cerca de ocho leguas. Apreciamos con bastante precisión esta diferencia por los frecuentes levantamientos que hacíamos. El último día nos llevaron también un poco hacia el Sur, lo que comprobó la altura meridiana observada el 10.

Habíamos visto las últimas tierras de Boero el 9 al ponerse el Sol. Encontramos en alta mar vientos frescachones del Sur al Sur-Sureste, y cruzamos por sensibles ondas de marea. Hice gobernar al Suroeste cuando los vientos lo permitieron, a fin de arribar entre Wawoni y Button, queriendo pasar por el estrecho de este nombre. Se pretende que en esta estación es peligroso pasar al Este de Button, y que se corre riesgo

de ser detenido en las costas por las corrientes y el viento. Y que entonces hay que, para zafarse, aguardar a que el monzón del Oeste esté bien establecido.

Aviso náutico.— He aquí lo que me ha dicho un marino holandés, y yo no soy garante de ello. Lo que puedo atestiguar con conocimiento de causa, es que el paso del estrecho es infinitamente preferible a otro derrotero, sea al Norte, sea al Sur del escollo llamado *Tukanbessie*; este último derrotero está sembrado de peligros tanto visibles como ocultos, temibles hasta para los prácticos. El 10 por la mañana, el llamado Julián Launai, sastre, murió a bordo, del escorbuto. Comenzaba a entrar en convalecencia; dos excesos de aguardiente le mataron.

Vista del estrecho de Button.— El 11, a las ocho de la mañana, se vió tierra desde el Oeste-cuarto-Suroeste, hasta el Suroeste-cuarto-Sur 5° Oeste. A las nueve reconocimos que era la isla de Wawoni, isla alta, sobre todo en su mitad; a las once se descubrió la parte septentrional de Button. A mediodía observamos 4° 6' de latitud austral. La punta septentrional de Wawoni nos demoraba entonces al Oeste 5° Norte, su punta meridional al Suroeste-cuarto-Oeste 4° Oeste, de ocho a nueve leguas, y la punta del Nordeste de Button, al Suroeste-cuarto-Oeste 4° Sur, casi a nueve leguas. Por la tarde corrimos hasta dos leguas de Wawoni; después viramos a alta mar, y costeamos toda la noche para ponernos a barlovento de la entrada del estrecho de Button y estar para dar allí al amanecer. En efecto, nos demoraba el 12, a las seis de la mañana, entre el Noroeste-cuarto-Oeste y el Oeste-Noroeste, e hice

fuésemos hacia la punta septentrional de Button. Al mismo tiempo hice botar las canoas y las mantuve a remolque. A las nueve embocamos el estrecho con buena brisa, que duró hasta las diez y media y sopló de nuevo un poco antes de mediodía.

Descripción de la entrada.— Conviene, al entrar en este estrecho, ir a largo de la tierra de Button, cuya punta septentrional es de altura media y recortada en varios promontorios. El cabo, que forma la entrada de babor, está cortado en acantilado. Hay ante él algunas piedras blancas, bastante elevadas por encima del agua, y al Este, una bonita bahía, en la que vimos una embarcación pequeña de vela. La punta correspondiente de Wawoni es baja, bastante llana y se prolonga al Oeste. La tierra de Celebes se ofrece entonces; se advierte un paso abierto al Norte entre esta gran isla y Wawoni, falso paso; el del Sur, que es el verdadero, parece casi cerrado; se advierte en lontananza una tierra baja recortada en especie de islotes. A medida que se entra se descubre en la costa de Button grandes cabos redondos y lindas ensenadas. A la altura de uno de estos cabos hay dos rocas, que es imposible no tomar de lejos por navíos de vela, una bastante grande, otra más pequeña. Cerca de una legua al Este de ellas, y a un cuarto de legua de la costa, nos dió la sonda cuarenta y cinco brazas, fondo de arena y de fango. El estrecho, desde la entrada, está situado del Suroeste al Sur.

A mediodía observamos 4° 29' de latitud austral; habíamos rebasado entonces las dos rocas. Están a la altura de un islote, tras el cual aparece un lindo saco.

Allí vimos una embarcación hecha en forma de cofre cuadrado con una piragua a remolque. Iba a la vela y a remo, costeano la tierra. Un marinero francés, tomado en Boero, que desde hacía cuatro años navegaba con los holandeses en las Molucas, nos dijo que era un barco pirata de indios, que tratan de hacer prisioneros para venderlos. Nuestro encuentro pareció molestarles. Recogieron su vela y se apresuraron a refugiarse en tierra tras el islote.

Aspecto del país. — Continuamos nuestro derrotero por el estrecho, y los vientos favorables nos permitieron llegar gradualmente del Suroeste al Sur. Creímos hacia las dos de la tarde que la marea comenzaba a sernos contraria; el mar entonces bañaba el pie de los árboles en la costa, lo que probaba que la onda procede del Norte, al menos en esta estación. A las dos y media pasamos ante un soberbio puerto que está en la costa de Celebes. Esta tierra ofrece un golpe de vista encantador por la variedad de las tierras bajas, de las colinas y de las montañas. El verdor embellece el paisaje, y todo anuncia una región rica. Poco después de la isla Pangasani y los islotes que están al Norte, se destacaron y distinguimos los diversos canales que presentan. Las altas montañas de Celebes aparecían por encima y al Norte de estas tierras. El estrecho se forma después entre esta larga isla de Pangasani y la de Button. A las cinco y media estábamos enclavados de manera que no se advertía ni entrada ni salida, y la sonda nos dió veintisiete brazas de agua y un excelente fondo de fango.

Primer fondeo. — La brisa, que venía entonces del

Este-Sureste, nos obligó a mantenernos más cerca para no separarnos de la costa de Button. A las seis y media, con vientos contrarios y marea contraria bastante fuerte, fondeamos un ancla de ancorar casi en mitad del canal, con el mismo fondo que habíamos ya sondeado veintisiete brazas, fango blando, lo que denota un fondo uniforme en toda esta parte. La anchura del estrecho, desde la entrada hasta este primer fondeadero, varía de siete, ocho, nueve y hasta diez millas. La noche fué muy bella. Pensamos que habría viviendas en esta parte de Button, porque vimos varias hogueras. Pangasani nos pareció mucho más poblado, a juzgar por la gran cantidad de hogueras que brillaban por todas partes. Esta isla, en esta parte, es baja, llana, cubierta de hermosos árboles, y no me sorprendería que contuviese especias.

Tráfico con los habitantes.— El 13 por la mañana vino en torno de los navíos un gran número de piraguas con batanga. Los indios nos trajeron gallinas, huevos, bananas, loritos y cacatúas. Pedían dinero de Holanda, sobre todo en piezas de plata, que valen dos sueldos y medio. Tomaban también de buena gana cuchillos con mangos bermejos. Estos insulares procedían de un poblado considerable, situado en las alturas de Button, frente a nuestro fondeadero, el cual ocupa cinco o seis eminencias. El terreno está por todas partes desmontado, cortado por fosos y bien cultivado. Las casas están unas agrupadas en aldeas, otras en medio de un campo rodeado de setos. Cultivan arroz, maíz, batatas, ñames y otras raíces. En ninguna parte hemos comido plátanos de gusto tan delicado. Tienen

también en gran abundancia cocos, limones, mangos y piñas. Todo este pueblo es muy negro, pequeño y feo. Su lengua, lo mismo que la de los habitantes de las Molucas, es el malayo, y su religión, la de Mahoma. Parecen finos negociantes; pero son dulces y de buena fe. Nos propusieron comprar piezas de algodón coloreadas y muy bastas. Les mostré nuez moscada y clavo y les pedí de ello. Me respondieron que los tenían secos en sus casas, y que cuando querían iban a buscarlo a Ceram y a los alrededores de Banda, donde no son seguramente los holandeses quienes les proveen de ello. Me dijeron que un gran navío de la Compañía había pasado por el estrecho hacía cerca de unos diez días.

Desde el amanecer, el viento era débil y contrario, variando del Sur al Suroeste. Aparejé a las diez y media, con la primera onda, y costeamos a bordadas sin hacer mucho camino. A las cuatro de la tarde dimos en un paso que no tiene más de cuatro millas de ancho. Está formado del lado de Button por una punta baja, que es muy saliente, y deja a su Norte un gran saco, en el que hay tres islas; del lado de Pangasani, por siete u ocho pequeños islotes cubiertos de bosque, que están a más de un cuarto de legua. En una de nuestras bordadas costeamos casi a tiro de pistola estos islotes, junto a los cuales soltamos quince brazas, sin que el escandallo tocase fondo. La sonda nos había dado en el canal treinta y cinco, treinta y veintisiete brazas, fondo de fango. Habíamos pasado a estribor, es decir, al Oeste de las tres islas dependientes de la costa de Button. Son bastante considerables y pobladas.

Segundo fondeo. — La costa de Pangasani está aquí elevada en anfiteatro, con una tierra baja al pie, que creo que esté a menudo sumergida. Lo deduzco de que los insulares tienen sus casas en las montañas. Acaso también, como están casi siempre en guerra con sus vecinos, quieran dejar una faja de bosque entre sus hogares y los enemigos que intentaran desembarcos.

Hasta parece que se hacen temer de los habitantes de Button, que tratan a éstos de piratas en que no se puede confiar. Tanto unos como otros llevan siempre el *cric* (1) en su cintura. A las ocho de la noche, tras haber cesado súbitamente el viento, dejamos caer nuestra ancla de ancorar a treinta y seis brazas, fondo de fango blando; la *Estrella* fondeó al Norte y más cerca de tierra. Acabábamos de pasar la primera gola angosta.

Tercero y cuarto fondeos. — El 14 aparejamos, a las ocho de la mañana, a toda vela; la brisa era débil, y costeamos hasta mediodía, en que, habiendo visto un banco al Sur-Suroeste, hice fondear con veinte brazas, arena y fango, y envié una canoa a sondar alrededor del banco. Vinieron en la mañana varias piraguas a largo de bordo; una, entre ellas, que llevaba a popa la bandera holandesa desplegada. A su aproximación todas las demás se retiraron para dejarla sitio. Era la conductora de un *orenceie* o jefe. La Compañía les concede su pabellón y el derecho de llevarlo. A la una de la tarde nos volvimos a dar a la vela para tratar de ganar algunas leguas; no hubo medio, por ser el viento

(1) Bougainville dijo *cric*; pero es *kris*, daga o puñal malayo cuyo doble filo no es recto, sino sinuoso. (*N. de la T.*)

demasiado débil y escaso; perdimos casi media legua, y a las tres y media volvimos a fondear con trece brazas, fondo de arena, fango, conchas y coral.

Aviso náutico. — Entretanto, M. Le Corre, que yo había enviado en la canoa para sondar entre el banco y tierra, volvió y me hizo la relación siguiente: Cerca del banco hay ocho o nueve brazas de agua; a medida que nos aproximamos a la costa de Button, tierra alta y escarpada; a través de una soberbia bahía, el agua va siempre en aumento, hasta que no se encuentra ya fondo soltando ochenta brazas de sonda, casi a mitad del canal entre el banco y la tierra. Por consecuencia, si la calma nos sorprendiese en esta parte, no hay fondeadero más que cerca del banco. El fondo, por lo demás, en sus alrededores es de buena cualidad. Otros varios bancos se extienden entre éste y la costa de Pangasani. No me cansaré de recomendar frecuentar en todo este estrecho la tierra de Button. A largo de esta costa están los buenos fondeaderos; no oculta ningún peligro, y, de otra parte, los vientos son frecuentes. Desde allí, casi hasta la desembocadura, parece no ser más que una cadena de islas sucesivas; pero es que está recortada por varias bahías, que deben formar soberbios puertos.

Continuación y descripción del estrecho. — La noche fué muy hermosa y sin viento. El 15, a las cinco de la mañana, aparejamos con débil brisa del Este-Sureste, e hice gobernar para volver rápidamente la costa de Button. A las siete y media habíamos doblado el banco, y nos faltó la brisa. Boté la chalupa y la canoa, y señalé a la *Estrella* hiciese otro tanto. La ma-

rea era favorable, y nuestros bateles nos remolcaron hasta las tres de la tarde. Pasamos ante dos magníficas bahías, donde pienso que se encontraría sitio para fondear; pero a lo largo y muy cerca de las altas tierras, no hay fondo. A las tres y media el viento sopló de Este-Sureste, frescachón, y derrotamos para ir a buscar un fondeadero al alcance del paso angosto, por el que se desemboca en este estrecho. No descubrimos todavía nada; al contrario, cuanto más avanzábamos menos se descubría la salida. Las tierras de las dos orillas que se cruzan en este sitio parecen una costa continua y no dejan ni aun sospechar ninguna abertura. A las cuatro y media estábamos por en medio y al Oeste de una bahía muy abierta, y se vió un barco del país que parecía ir hacia el Sur. Envié mi canoa en su seguimiento, con orden de traérmelo, con la intención de procurarme por este medio un piloto. Durante este tiempo nuestros bateles fueron empleados en sondar. Un poco hacia alta mar, y casi al través de la punta septentrional de la bahía, encontramos veinticinco brazas, fondo de arena y coral; después perdimos fondo. Hice poner a babor, para dar a los bateles tiempo de sondar. Después de haber pasado la abertura de la bahía, se encuentra fondo a longo de la tierra de su punta meridional. Nuestras canoas señalaron cuarenta y cinco, cuarenta, treinta y cinco, veintinueve y veintiocho brazas, fondo de fango, y maniobramos para alcanzar este fondeadero, ayudados por las chalupas. A las cinco y media dejamos caer una de nuestras anclas de serviola con treinta y cinco brazas de fondo de fango blando. La *Estrella* fondeó al Sur de nosotros.

Quinto fondeo. — Cuando acabábamos de fondear, mi canoa volvía con el barco malayo. No le había costado trabajo determinarle a seguirla, y tomamos un indio que pidió cuatro ducatos (cerca de quince francos) por conducirnos; fué un trato en seguida concluído. El piloto se acostó a bordo, y su piragua fué a esperarle al otro lado del paso. Nos dijo que iba a ir por el fondo de una bahía vecina de la en que estábamos, donde no había más que un portezuelo apenas suficiente para la piragua. Por lo demás, hubiésemos entonces podido fácilmente pasarnos sin el concurso de este piloto; algunos instantes antes de que fondeásemos, el Sol, dando en la entrada de la gola con luz más favorable, nos permitió descubrir al Sur-Suroeste 4° Oeste la punta de babor de la desembocadura; pero había que adivinarla. Cabalga sobre una roca de doble altura, que forma la punta de estribor. Algunos de nuestros oficiales se aprovecharon del resto del día para ir a pasearse. No encontraron viviendas en las cercanías de nuestro fondeadero. Ojearon también el bosque de que esta parte está enteramente cubierta, sin encontrar ninguna producción interesante. Encontraron únicamente cerca de la orilla un saquito que contenía algunas nueces moscadas secas.

Al día siguiente hice virar, a las dos y media de la mañana; eran las cuatro antes de que desplegásemos velas. Apenas venteaba; siempre remolcados por nuestros bateles, alcanzamos la desembocadura del paso. La mar estaba baja en las dos orillas, y como habíamos experimentado hasta en este sitio que la onda procede del Norte, esperábamos a cada instante la corriente fa-

vorable; pero estábamos equivocados. La onda procede del Sur, al menos en esta estación; ignoro dónde están los límites de ambos poderes. El viento había arreciado considerablemente y soplaba a popa. En vano con su concurso luchamos hora y media contra la corriente; la *Estrella*, que hizo retroceder la primera, fondeó casi a la desembocadura del paso en la costa de Button, en una especie de codo donde la marea hace una vuelta y no es tan sensible. Con la ayuda del viento batallé todavía cerca de una hora sin desventaja; pero habiendo abandonado el viento la partida, bien pronto perdí una milla, y fondeé, a la una de la tarde, con treinta brazas, fondo de arena y de coral. Permanecí aparejado para aliviar mi ancla, que no era más que una ancla de ancorar muy débil.

Salida del estrecho de Button. — Descripción del paso. — Todo el día estuvieron las piraguas rodeando los navíos. Iban y venían, como en una feria, cargadas de bastimentos, de curiosidades y piezas de algodón. El comercio se hacía sin perjuicio de la maniobra. A las cuatro de la tarde, habiendo refrescado el viento y estando la mar casi parada, levamos el ancla, y con todos nuestros bateles ante la fragata dimos en el paso, seguidos de la *Estrella*, remolcada lo mismo, por los suyos. A las cinco y media, lo más angosto estaba ya pasado, y a las seis y media fondeamos fuera en la bahía, llamada de Button, bajo el puesto holandés.

Describamos de nuevo el paso. Cuando se viene del Norte, no comienza a abrirse hasta que se está casi a una milla. El primer objeto que llama la atención del lado de Button es una roca destacada y minada por

debajo, la cual ofrece exactamente la figura de una galera cubierta, en la que hubiera sido arrebatado la mitad del espolón; los arbustos que la cubren producen el efecto de la tienda; en bajamar, la galera se une con la bahía. Cuando la mar está alta, es islote. La tierra de Button, medianamente elevada en esta parte, está cubierta de casas, y la ribera, cercada de pesquerías. El otro lado del paso está cortado a pico. Su punta es reconocible por dos hendeduras que forman dos pisos en la roca. Cuando se ha pasado la galera, las tierras de las dos orillas están enteramente escarpadas, hasta pendientes en ciertos sitios sobre el canal. Se creería que el dios del mar, con un golpe de su tridente, había abierto un paso a sus aguas procelosas. Las costas, sin embargo, ofrecen un aspecto riente. La de Button está cultivada en anfiteatro y provista de casas en todos los sitios que no son bastante rápidos para que un hombre pueda llegar. La de Pangasani, que no es más que una roca casi viva, está, sin embargo, cubierta de árboles; pero no se ven más que dos o tres viviendas.

A milla y media o dos millas al Norte del paso, más cerca de Button que de Pangasani, se encuentran veinte, diez y ocho, quince, doce y diez brazas, fondo de fango; a medida que se va al Sur, avanzando en el canal, el fondo cambia: se encuentra arena y coral a diversas profundidades, desde treinta y cinco hasta doce brazas; después se pierde el fondo.

Aviso sobre esta navegación. — El paso puede tener una media legua de longitud; su anchura varía desde cerca de ciento cincuenta hasta cuatrocientas toesas, estima juzgada a simple vista; el canal va serpenteando,

y del lado de Pangasani, casi a dos tercios de su longitud, hay una pesquería que advierte separarse de este lado y acercarse al de Button. En general, es preciso, en tanto sea posible, mantenerse en medio de la gola. Conviene también, a menos de viento favorable bastante fresco, tener sus bateles ante sí, para acertar a gobernar en las sinuosidades del canal. Por lo demás, la corriente es bastante fuerte para pasarle con tiempo en calma, y aun con débil viento contrario; no es bastante para vencer un viento enemigo que sea fresco y que permita pasarle con las velas de gavia. Al desembocar del paso, las tierras de Button, varias islas que están al Suroeste y las tierras de Pangasani ofrecen el aspecto de un gran golfo. El mejor fondeadero es frente a la factoría holandesa, a casi una milla de tierra.

Nuestro piloto buttoniano nos había ayudado con sus luces tanto como podía hacerlo el hombre que conoce los lugares y no entiende de la maniobra de nuestros navíos. Tenía el mayor cuidado de advertirnos los peligros, los bancos, los fondeaderos. Solamente quería que pusiésemos siempre la proa en derechura hacia donde debíamos, sin tener en cuenta nuestra manera de cerrar contra el viento para evitarle y asegurarnos de él. Pensaba también que calábamos ocho o diez brazas de agua. Por la mañana vino a bordo otro indio, viejo muy instruído, que creímos padre del piloto. Quedaron con nosotros hasta la noche y les envié en una de nuestras canoas. Su vivienda está próxima a la factoría holandesa. No quisieron absolutamente probar ninguno de nuestros platos, ni aun el pan; algunos plátanos y betel: he aquí cuál fué su alimento. No fueron

tan parques en la bebida. El práctico y su padre bebieron sin tasa aguardiente, seguros, sin duda, de que Mahoma no había prohibido más que el vino.

Gran visita de los insulares. — El 17, a las cinco de la mañana, nos dimos a la vela. El viento era contrario: primero, débil; después, bastante fresco, y nos quedamos al paio. Desde la aurora vimos desembocar por todas partes un enjambre de piraguas; los navíos fueron bien pronto rodeados, y se estableció el comercio. Todo el mundo se encontraba bien. Los indios sacaron seguramente con nosotros mejor partido de sus mercancías que con los holandeses; pero se deshacían de ello siempre a bajo precio, y los marineros pudieron proveerse todos de gallinas, huevos y frutos. No se veían más que volátiles sobre los navíos; todo estaba lleno hasta las gaviás. Aconsejo, sin embargo, a los que vayan a las Molucas, hacer compras, si pueden, con la moneda de que se sirven los holandeses, sobre todo de esas piezas plateadas que valen dos sueldos y medio. Como los indios no conocían las monedas que nosotros teníamos, no daban ningún valor ni a los reales de España, ni a nuestras piezas de doce y de veinticuatro sueldos; muy frecuentemente no querían ni aun tomarlas. Nos vendieron también algunos tejidos de algodón, más finos y más bonitos que los que habíamos visto hasta entonces, y una enorme cantidad de cacatúas y de cotorras del más hermoso plumaje.

Hacia las nueve de la mañana recibimos la visita de cinco orencais de Button. Vinieron en una canoa semejante a la de los europeos, con la única diferencia de que bogaban con los bicheros en lugar de remos.

Llevaban a popa una gran bandera holandesa. Estos orencais están bien vestidos. Tienen calzones largos, camisas con botones de metal y turbantes, en tanto que los otros indios están desnudos. Tenían también la señal distintiva que les da la Compañía, que es el bastón con puño de plata con una marca consistente en una V con una O entretejida en cada palo. El de más edad tenía la misma marca con una M encima. Acababan, dijeron, de someterse a la obediencia de la Compañía, y cuando supieron que éramos franceses, no se desconcertaron, y dijeron que gustosos ofrecían sus homenajes a Francia. Acompañaron su cumplimiento de bienvenida con el presente de un corzo. Les hice, en nombre del Rey, un presente de telas de seda, que repartieron en cinco lotes, y les di a conocer la bandera de mi nación. Les ofrecí licores: era lo que esperaban, y Mahoma les permitió beber por la prosperidad del soberano de Button, de Francia, de la Compañía de Holanda y de nuestro venturoso viaje. Me ofrecieron entonces todos los socorros que pudiesen depender de ellos, y añadieron que, desde hacía tres años, habían pasado en diversos tiempos tres navíos ingleses, a los que habían provisto de agua, madera, aves y frutos; que eran sus amigos, y que esperaban que nosotros lo seríamos también. En este momento sus vasos estaban llenos y los habían ya vaciado varias veces. Por lo demás, me previnieron que el rey de Button residía en este cantón, y pude ver que tenían las costumbres de la capital. Lo llaman *sultán*, nombre que sin duda han recibido de los árabes al mismo tiempo que su religión. Este sultán es déspota y poderoso,

si el número de los súbditos da la fuerza, porque su isla es grande y muy poblada. Los orencais, después de haberse despedido de nosotros, hicieron una visita a bordo de la *Estrella*. Allí bebieron también a la salud de sus nuevos amigos, y hubo que echarles una mano caritativa para embarcarlos en sus piraguas. Les había preguntado, entre dos libaciones, si su isla producía especias; me respondieron que no, y yo creo de buena fe que han dicho la verdad, considerando la escasa importancia del puesto que los holandeses sostienen aquí. Este puesto es un grupo de siete u ocho cabañas de bambúes, con una especie de empalizada adornada con un asta de bandera. Residen en él un sargento y tres hombres. Esta costa, por lo demás, presenta un agradable golpe de vista. Está por todas partes roturada y llena de casas. Las plantaciones de cocoteros son frecuentes. El terreno se eleva en suave pendiente y ofrece por todas partes cercados cultivados. En las orillas del mar hay pesquerías. La costa que está enfrente a Button no es menos alegre y poblada.

Nuestro piloto volvió también a vernos por la mañana, y me trajo algunos cocos, los mejores que hasta la fecha había encontrado. Me advirtió que cuando el Sol estuviese alto, la brisa del Sureste sería muy fuerte, y le di a beber un gran trago de aguardiente por la buena nueva. Efectivamente, hacia las once vimos todas las piraguas retirarse. No querían comprometerse en alta mar al aproximarse el fresco, que no dejó de soplar, como nos lo había anunciado el indio. Una brisa del Sureste, fresca y vigorosa, nos sorprendió en

marcha hacia una isla al Oeste de Button; nos permitió gobernar a Oeste-Suroeste y nos hizo hacer un buen camino, a pesar de la marea.

Aviso náutico. — Advertiré aquí que hay que desconfiar de un banco que se extiende bastante a la altura de esta isla de que acabo de hablar. Por lo demás, costeando durante la mañana, sondamos varias veces, sin encontrar fondo a cincuenta brazas.

Observamos a mediodía $5^{\circ} 31' 30''$ de latitud austral, y esta observación, unida a la que habíamos hecho a la entrada del estrecho, nos sirvió para determinar con precisión la longitud. A las tres advertimos la extremidad meridional de Pangasani. Veíamos, desde la mañana, las altas montañas de la isla Cambona, en la que hay un pico cuya cumbre se eleva por encima de las nubes. Hacia las cuatro y media descubrimos una porción de las tierras de Celebes. Embarcamos nuestros bateles al ponerse el Sol y nos pusimos a toda vela, gobernando a Oeste-Suroeste hasta las diez de la noche, que pusimos proa a Oeste-cuarto-Suroeste, y corrimos con este derrotero toda la noche, hasta con bonetas altas y bajas.

Observaciones acerca de esta navegación. — Mi intención era ir a dar vista a la isla Saléyer (1), a tres o cuatro leguas al Sur de su punta septentrional, es decir, de $5^{\circ} 55'$ a 6° de latitud, a fin de buscar después el estrecho de este nombre, que está entre esta isla y la de Celebes, a largo de la cual se corre sin verla, en aten-

(1) Isla al Suroeste de Button y al Norte de la isla de Flores. (*N. de la T.*)

ción a que su costa, casi desde Pangasani, forma un golfo de inmenso saco. Por lo demás, es preciso también volver a buscar el estrecho de Saleyer cuando se pasa por el Tukan-besie, y se concluirá, sin duda, por lo que se ha detallado, que el derrotero por el paso de Button es, por todos conceptos, preferible. Es una de las navegaciones más seguras y más agradables que se pueden hacer.

Ventajas del derrotero precedente. — Reúne a la bondad del fondeadero y a lo agradable de hacer el camino cómodamente, todas las ventajas de la mejor escala. La abundancia era tan grande ahora en nuestros bajeles como lo había sido la escasez. El escorbuto desaparecía a ojos vistos. Se declaró ciertamente un gran número de diarreas, ocasionadas por los cambios de nutrición; esta incomodidad, peligrosa en los países cálidos, donde es ordinario que se convierta en flujos de sangre, se convierte todavía más comúnmente en una grave enfermedad en los parajes de las Molucas. En tierra como en el mar, es mortal dormir al aire libre, sobre todo cuando el tiempo está sereno.

Paso del estrecho de Saleyer. — El 18 por la mañana no vimos tierra, y creo que durante la noche las corrientes nos hicieron perder cerca de tres leguas; continuamos el derrotero del Oeste-cuarto-Suroeste. A las nueve y media tuvimos una buena vista de las altas tierras de Saleyer, desde el Oeste-Suroeste hasta el Oeste-cuarto-Noroeste, y a medida que avanzábamos descubríamos una punta menos elevada que parece terminar esta isla por el Norte. Hice entonces gobernar desde el Oeste-cuarto-Noroeste, sucesivamen-

te, hasta el Noroeste-cuarto-Norte, a fin de reconocer bien el estrecho. Este paso, formado por las tierras de Celebes y las de Saleyer, se angosta todavía con tres islas que le obstruyen. Los holandeses las llaman *Burgerones*, y a este paso, el *Butsarón*. Tienen en Saleyer un puesto, mandado actualmente por Jan Hendrik Voll, tenedor de libros.

Descripción de este paso. — Observamos a medio-día 5° 55' de latitud austral. Creímos ver una primera isla al Norte de la tierra media que habíamos tomado por la punta de Saleyer; pero es un terreno bastante elevado y terminado asimismo por una punta casi sumergida, que va a Saleyer por una lengua de tierra extremadamente baja. Después descubrimos a la vez dos islas bastante largas y de media elevación, distantes entre sí de cuatro a cinco leguas, y, finalmente, entre estas dos, advertimos otra muy pequeña y muy baja. El paso bueno está junto a esta islita, sea al Norte, sea al Sur. Me determiné por este último, que me ha parecido el más ancho. A fin de facilitar la narración, llamaremos a la islita *isla del Paso*, y a las otras dos, una la *isla del Sur* y otra la *isla del Norte*.

Cuando las hubimos suficientemente reconocido, me puse al través al obscurecer para esperar a la *Estrella*. No se nos reunió hasta las ocho de la noche, y dimos en el paso, conservando el centro del canal, cuya anchura puede ser de seis a siete millas. A las nueve y media estábamos Norte a Sur de la isla del Paso y la isla del Sur, en su medio, nos demoraba entre el Sur y Sur-cuarto-Suroeste. Hice entonces gobernar a Oeste-cuarto-Suroeste a la una de la mañana, y después, po-

ner al través la amura de babor hasta las cuatro de la mañana. Antes, y en el paso, se sondó varias veces, sin encontrar fondo, con veinte y veinticinco brazas. Llegamos, el 19 al amanecer, a la costa de Celebes, y la costeamos a distancia de tres o cuatro millas.

Descripción de esta parte de Celebes. — Es, en verdad, difícil ver un país más bello en el mundo. La perspectiva ofrece, en el fondo del cuadro, altas montañas, al pie de las que reina una llanura inmensa, cultivada por todas partes y por todas partes también cubierta de casas. La orilla del mar forma una plantación seguida de cocoteros, y el ojo de un marino, avezado a las salazones, ve con encanto rebaños de vacas errar por estas llanuras rientes, que embellecen bosquecillos sembrados de trecho en trecho. La población en esta parte parece ser considerable. A las doce y media estábamos a través de un gran poblado, cuyas casas, construídas en medio de los cocoteros, seguían durante una gran extensión la dirección de la costa, a lóngo de la cual se encuentra diez y ocho y veinte brazas, fondo de arena gris, fondo que disminuye a medida que se aproxima a tierra.

Esta parte meridional de Celebes está terminada por tres largas puntas, llanas y bajas, entre las cuales hay dos bahías con bastante saco. Hacia las dos dimos caza a un barco malayo, con la esperanza de encontrar quien nos pudiese procurar conocimientos prácticos de estos parajes. Se apresuraba a correr hacia tierra, y cuando le tuvimos a tiro de mosquete, estaba entre la tierra y nosotros, y no estábamos más que a siete brazas de agua. Le hice tirar tres o cuatro cañonazos, de que no

hizo caso. Nos tomaba, sin duda, por un navío de la Compañía Holandesa y temía la esclavitud. Casi todas las gentes de estas costas son piratas, y los holandeses los hacen esclavos cuando los cogen. Obligado a abandonar este barco, mandé a la canoa de la *Estrella* que fuese a sondar ante mí.

Dificultades de la navegación en esta parte. — Estábamos en este momento casi a través de la tercera punta de Celebes, llamada Tanakeka, después de la cual la costa corre al Norte-Noroeste. Casi al Noroeste de esta punta hay cuatro islas, de las que la más considerable, llamada Tanakeka, como la punta del Suroeste de Celebes, es baja, llana y de cerca de tres leguas de longitud. Las otras tres, más septentrionales que ésta, son muy pequeñas. Se trataba entonces de doblar el bajo peligroso de brill o la lente, que creo está Norte y Sur de Tanakeka, a distancia de cuatro o cinco leguas a lo más. Dos pasos se presentaban: uno entre la punta Tanakeka y las islas, que se pretende que es el que siguen los holandeses, y otro entre la isla Tanakeka y la lente. Preferí este último, cuyos derroteros son menos complicados y que creía el más ancho.

Ordené al batel de la *Estrella* dirigir su ruta, de manera que pasase casi a legua y media de la isla Tanakeka, y le seguí con las velas de gavia, y la *Estrella* en mis aguas.

Caminamos con ocho, nueve, diez, once y doce brazas, gobernando del Oeste-Noroeste al Oeste-cuarto-Noroeste; después a Oeste, cuando nos vimos con trece, catorce, quince y diez y seis brazas, y que la isla más septentrional nos demoraba al Norte-Nordeste.

Llamé al batel de la *Estrella*, y derroté al Suroeste-cuarto-Sur, sondando de media en media hora (1) y hallando siempre de quince a diez y seis brazas, fondo de gruesa arena gris y cascajo. A las diez de la noche, el fondo aumentó, y tuvimos a las diez y media setenta brazas, arena y coral; después no se le encontró, aun soltando ciento veinte brazas de sonda. A media noche hice señal a la *Estrella* de embarcar su batel y de forzar velas, y goberné al Suroeste para pasar por medio del canal, entre la lente y el banco llamado Saras, sondando cada hora sin encontrar fondo. Por lo demás, cuando el viento no es favorable y fresco para intentar doblar la lente, conviene fondear en la costa de Celebes, en alguna de las bahías, y allí esperar buen tiempo; sin esto, se corre riesgo de ser arrastrado por las corrientes en este peligroso bajo, sin poder defenderse.

Sigue la dirección del derrotero. — Al amanecer no se vió ninguna tierra; a las diez hice correr a Oeste-Suroeste, y a mediodía observamos $6^{\circ} 10'$ de latitud. Estimando entonces haber doblado el banco de Saras, cierto al menos por la observación de estar al Sur, derroté a Oeste, y después de haber hecho cinco a seis leguas en este derrotero, hice gobernar a Oeste-cuarto-Noroeste, sondando de hora en hora sin encontrar fondo. Nos entretuvimos así en el canal: entre el Sestenbanc y la Gallina, al Norte; el Padrenuestro y el Tangayang, al Sur, a toda vela día y noche, a fin de ganar sobre la *Estrella* el tiempo de sondar. Se me había dicho que aquí las corrientes derivaban hacia las

(1) Cada reloj a bordo es de media hora.

islas y banco de Tangayang. Por la observación de la altura meridiana, que fué $5^{\circ} 44'$, tuvimos, al contrario, lo menos $9'$ de diferencia Norte. El mejor consejo que se puede dar es el de entretenerse aquí, a no haber fondo. Se estará seguro entonces de estar en el canal; de aproximarse demasiado a las islas del Sur, se comenzaría por no encontrar más que treinta brazas de agua.

Corrimos todo el día del 21 para reconocer las islas Alambai. Las Cartas francesas señalan tres juntas, y una mayor al Sureste de ellas, a siete leguas de distancia. Esta última no existe donde la sitúan, y las islas Alambai están las cuatro reunidas. Contaba estar al ponerse el Sol por su latitud, e hice gobernar a Oeste-cuarto-Suroeste hasta que se hubo corrido el camino a la vista. Durante el día se estaba dispensado de sondar. A las ocho de la noche la sonda dió cuarenta brazas, fondo de arena y fango. Gobernamos entonces al Sureste-cuarto-Oeste y Oeste-Suroeste, hasta las seis de la mañana; después, suponiendo haber rebasado las islas Alambai, a Oeste-cuarto-Suroeste, hasta a mediodía. La sonda, durante la noche, dió constantemente cuarenta brazas, fondo de fango blando, hasta las cuatro, que no dió más que treinta y ocho. A media noche vimos un barco que corría a nuestro encuentro; en cuanto nos advirtió dió la vuelta, y dos cañonazos no le detuvieron. Estas gentes temen más a los holandeses que a los cañonazos. Otro que vimos por la mañana tampoco tuvo la curiosidad de acostarnos. Observamos a mediodía $6^{\circ} 8'$ de latitud, y esta observación nos dió todavía una diferencia Norte de $8'$ con nuestra estima.

Observaciones generales acerca de esta navegación.

Estábamos, en fin, fuera de todos los pasos peligrosos que hacen temible la navegación de las Molucas a Batavia. Los holandeses toman las más grandes precauciones para tener secretas las Cartas con las que navegan en estos parajes. Es probable que exageren los peligros; al menos, he visto pocos en los estrechos de Button, de Saleyer y en el último paso de que salimos, tres puntos de que en Boero nos habían representado como monstruos. Convengo en que esta navegación sería mucho más difícil de Oeste a Este; los puntos de arribada en el Este no son buenos y pueden fácilmente fallar, así como los del Este son buenos y seguros. Sin embargo, en uno y otro derrotero lo esencial es tener todos los días buenas observaciones de latitud. La falta de este concurso podría acarrear errores funestos. No hemos podido estos últimos días evaluar si el efecto de las corrientes era al Este o al Oeste, por no haber tenido puntos de referencia.

Inexactitud de las Cartas conocidas de esta parte.

Debo advertir aquí que todas las Cartas marinas francesas de esta parte son perniciosas. Son inexactas, no sólo en la posición de las costas e islas, sino también en latitudes esenciales. Los estrechos de Button y de Saleyer son extremadamente falsos; nuestras Cartas suprimen también las tres islas que angostan este último paso, y las que están al Norte-Noroeste de la isla Tanakeka. Monsieur D'Après, al menos, advierte que no garantiza su Carta de las Molucas ni la de las Filipinas, por no haber podido encontrar memorias satisfactorias acerca de esta parte. Por la seguridad de los na-

vegantes, desearía la misma delicadeza a todos los que recopilan Cartas. La que me ha dado más luces es la Carta de Asia, de D'Anville (1), publicada en 1752. Es muy buena desde Ceram hasta las islas de Alambai. En todo este derrotero he comprobado con mis observaciones la exactitud de sus posiciones y de la situación que da a las partes interesantes de esta navegación difícil. Añadiré que Nueva Guinea y las islas de los Papuas se acercan más a la verdad en su Carta que en ninguna otra de las que he manejado. Con gusto rindo esta justicia al trabajo de M. D'Anville. Le he conocido particularmente, y me ha parecido tan buen ciudadano como buen crítico y sabio esclarecido. Desde el 22 por la mañana seguimos el derrotero del Oeste-cuarto-Suroeste, hasta el día siguiente 23, a las ocho, que gobernamos a Oeste-Suroeste. La sonda dió cuarenta y siete, cuarenta y cinco, cuarenta y dos y cuarenta y una brazas; y este fondo, lo diré de una vez para siempre, es aquí y sobre toda la costa de Java un excelente fondo de fango blando. Encontramos todavía 7' de diferencia Norte por la altura meridiana, que observamos de 6° 24'. La *Estrella* había señalado tierra desde las seis de la mañana; pero habiéndose puesto el tiempo para chaparrones, no advertimos nada entonces. Mandé por la tarde hacer más Sur el derrotero, y a las dos se descubrió desde lo alto de los mástiles la costa septentrional de la isla Maduré. Se la descubrió a las seis desde el Sureste-cuarto-Sur hasta Oeste-cuar-

(1) Juan Bautista Bourguignon d'Anville, geógrafo y cartógrafo francés, parisiense (1697-1782). Publicó más de doscientas Cartas y obras excelentes de Historia y Geografía. (*N. de la T.*)

to-Suroeste 5° Oeste; el horizonte era demasiado duro para que se pudiese estimar a qué distancia nos demoraba. La sonda de la tarde fué constantemente de cuarenta brazas. Vimos un gran número de barcos pescadores, de los que algunos estaban anclados y habían echado sus redes.

Vista de la isla de Java. — Los vientos variaron durante la noche del Sureste al Suroeste, y la sonda, desde las diez de la noche, dió veintiocho, veinticinco y veinte brazas; fué de diez y siete brazas cuando a las nueve de la mañana arribamos a tierra, y a mediodía no dió más que diez. La tierra de la punta de Alang, en la isla de Java, nos demoraba entonces al Sureste-cuarto-Sur, casi a dos leguas; la isla Mandali, al Suroeste-cuarto-Oeste 2° Sur, dos millas, y las tierras más Oeste al Oeste-Suroeste, cuatro leguas. En esta posición observamos $6^{\circ} 22' 30''$, lo que era bastante conforme con la latitud estimada.

Observaciones geográficas. — Al transportar este punto de mediodía en la Carta de M. D'Après, conforme con los cálculos, encontré:

1.° Que la costa de Java está situada de $9'$ a $12'$ más Sur que lo está efectivamente según el término medio de nuestra observación meridiana.

2.° Que la posición de la punta Alang no es exacta, en atención a que la hace correr al Oeste-Suroeste y Suroeste-cuarto-Oeste, en tanto que en verdad corre, desde la isla Mandali, hacia el Oeste-cuarto-Suroeste, casi quince millas; después vuelve a tomar el Sur y forma un gran golfo.

3.° Que da muy poca extensión a esta parte de la

costa, y que por seguir la posición de su Carta hicimos de un mediodía al otro trece millas menos al Oeste, sea que la costa tenga esta cantidad más de extensión, sea que la corriente nos hubiese arrastrado al Este.

Encuentros de navíos holandeses. — Además de un gran número de barcos pescadores, vimos por la mañana cuatro navíos, de los que dos hacían el mismo derrotero que nosotros, y llevaban pabellón holandés enarbolado. A las tres nos reunimos con uno, al que hablamos; era un paquebote procedente de Malaca y que iba a Japara. Su conserva, navío de tres mástiles, y que salía también de Malaca, iba a Saramang. No tardaron en fondear en la costa. La costeamos a la distancia de cerca de tres cuartos de legua hasta las cuatro de la tarde. Hice entonces gobernar a Oeste-cuarto-Noroeste, a fin de no entrar en el golfo y de pasar a la altura de un banco de coral que está a cinco o seis leguas de tierra. Hasta allí la costa de Java es poco elevada a orillas del mar; pero se advierten altas montañas en el interior. A las cinco y media estábamos hacia el centro de las islas Carimon y Java, al Norte 2° Oeste, cerca de ocho leguas. Corrimos a Oeste-cuarto-Noroeste hasta las cuatro de la mañana; después a Oeste hasta a mediodía.

Derrotero a largo de Java. — La sonda, que la víspera había sido cerca de tierra de nueve a diez brazas, aumentó desde las siete de la tarde a treinta, y dió por la noche treinta y dos, treinta y cuatro y treinta y cinco brazas. Al amanecer no vimos tierra; solamente algunos navíos y, como de ordinario, una infinidad de barcos pescadores. Desgraciadamente hizo calma casi

todo el día 25 hasta las cinco de la tarde. Digo desgraciadamente, cuanto que estábamos interesados en ver la costa antes de la noche, a fin de dirigir el derrotero en consecuencia para pasar entre la punta Indermaye y las islas Rachit, y después a la altura de las rocas sumergidas que están al Oeste. Desde mediodía, que se había observado $6^{\circ} 26'$ de latitud, gobernábamos a Oeste y Oeste-cuarto-Suroeste; pero el Sol se puso sin que se pudiese descubrir tierra. Algunos creyeron, aunque sin certidumbre, advertir las Montañas azules, que están a cuarenta leguas al Este de Batavia. Desde las seis de la tarde hasta media noche hice gobernar a Oeste y Oeste-cuarto-Noroeste, sonando de hora en hora a veinticinco, veinticuatro, veintiuna, veinte y diez y nueve brazas. A la una de la mañana corrimos a Oeste-cuarto-Noroeste; desde las dos hasta las cuatro, al Noroeste; después, al Noroeste-cuarto-Oeste hasta las seis. Mi intención, estimando a la una de la mañana estar a mitad del canal, entre las islas Rachit y la tierra de Java, era de elevarme al Norte de las rocas. La sonda me dió tres veces veinte brazas, después veintidós, luego veintitrés, y supuse estar a tres o cuatro leguas al Norte-Noroeste de las islas Rachit.

Error en la estima de nuestro derrotero. — Estaba bien lejos de ello; el 26, la aurora nos mostró la costa de Java desde el Sur-cuarto-Suroeste hasta el Oeste, algunos grados Norte, y a las siete y media se vió desde lo alto de los mástiles las islas Rachit, a casi siete leguas de distancia en el Norte-Noroeste y el Norte-Noroeste-cuarto-Norte. Esta vista me daba una enorme

y peligrosa diferencia de la Carta de M. D'Après; pero suspendí mi juicio hasta que la altura meridiana pronunciara si era preciso atribuir esta diferencia a las corrientes, o bien acusar a la Carta. Hice gobernar a Oeste-cuarto-Noroeste y Oeste-Noroeste, a fin de reconocer bien la costa, que es aquí extremadamente baja y no ofrece ninguna montaña en el interior. El viento era del Sur-Sureste al Sureste y al Este, fresquito.

Causas de este error. — A mediodía, la punta más meridional de Indermaye nos demoraba al Este-cuarto-Sureste 2° Sur, casi a cuatro leguas; el centro de las islas Rachit, al Nordeste, a cinco leguas de distancia, y el término medio de las alturas observadas a bordo nos situó a 6° 12' de latitud. Según esta altura y la posición, me pareció que el golfo entre la isla Mandali y la punta Indermaye tiene en la Carta 22' de extensión de menos del Este al Oeste que en la realidad, y que la costa está 16' más al Sur que lo que la situarían nuestras observaciones. La misma corrección debe tener lugar para las islas Rachit, añadiendo que la distancia entre estas islas y la tierra de Java es, por lo menos, dos leguas más considerable que la señalada en la Carta. Respecto de las situaciones de la diversas partes de la costa entre sí, me han parecido ser bastante exactas, en tanto se puede juzgar por estimas hechas sucesivamente, a simple vista y en marcha. Por lo demás, las diferencias notadas arriba son muy peligrosas para quien navega de noche con esta Carta.

Derrotero hasta Batavia. — Desde la mañana, la sonda había dado veintiuna, veintitrés, diez y nueve y diez y ocho brazas. La brisa del Este-Sureste continuó,

y costeamos la tierra a tres o cuatro millas, a fin de pasar al Sur de estas rocas ocultas, de que ya he hablado, y que se señalan a cinco o seis leguas al Oeste de las islas Rachit. A la una de la tarde, un barco que estaba fondeado ante nosotros aparejó a estribor, lo que me hizo pensar que entonces la corriente cambiaba y se volvía contraria. Le hablamos a las dos; un holandés que le mandaba, y que nos ha parecido ser el único blanco con mulatos, nos dijo que iba a Amboina y Ternate, y que salía de Batavia, que distaba veintiséis leguas. Después de haber salido del paso de Rachit y haber pasado dentro de las rocas sumergidas, quise derivar al Noroeste para doblar los bancos de arena, llamados *los bancos peligrosos*, que avanzan bastante a alta mar entre las puntas Indermaye y Sidari. Los vientos nos rechazaron, y no pudiendo caminar más que a Oeste-Noroeste, tomé el partido, a las siete de la tarde, de dejar caer un ancla de ancorar a trece brazas, fondo de fango, casi a una legua de tierra. El costear era poco seguro entre las rocas bajo el agua, de una parte, y los bancos peligrosos, de otra. Habíamos sondado desde a mediodía a diez y nueve, quince, catorce y diez brazas. Antes de fondear corrimos unas pequeñas bordadas a alta mar, que nos volvieron a señalar trece brazas.

Aparejamos el 27, a las dos de la mañana, con vientos de tierra, que esta noche nos vinieron por el Oeste, en vez de como las precedentes, que habían saltado del Norte al Sur por el Este. Al gobernar al Noroeste no vimos tierra hasta las ocho de la mañana; tierra extremadamente baja y casi sumergida. Hicimos el mismo derrotero hasta mediodía, y desde el apare-

jado hasta aquella hora nuestras sondas variaron de trece a diez y seis, veinte, veintidós, veintitrés y veinticuatro brazas. A las diez y media tuvimos fondo de coral; hice volver a sondar un instante después y el fondo era de fango, como de ordinario.

A mediodía observamos $5^{\circ} 48'$ de latitud; en bajo no se veía tierra; ¡tan baja era! La descubrimos desde lo alto, desde el Sur hasta el Suroeste-cuarto-Oeste, a la distancia estimada de cinco a seis leguas; la altura de este día, comparada con la posición, no daría más allá de $2'$ ó $3'$, en que esta parte de la costa de Java estaría situada muy al Sur en la Carta de M. D'Après; diferencia igual a cero, puesto que precisaba suponer la estima de la distancia de la posición perfectamente precisa. Las corrientes todavía nos habían arrastrado al Norte, y creo que al Oeste.

Nuevo error en nuestra estima. — Todo el día el tiempo fué muy hermoso y el viento favorable; hice mudar el derrotero después de mediodía un poco al Norte, a fin de evitar los bajos de la punta de Sidari. A media noche, creyendo haberlos rebasado, puse proa a Oeste-cuarto-Suroeste; después, al Suroeste, viendo que el fondo de diez y nueve brazas que tenía a la una de la mañana había aumentado sucesivamente hasta veintisiete. A las tres de la mañana se advirtió una isla al Noroeste 5° Norte, casi a tres leguas. Convencido por entonces de que estaba más avanzado de lo que creía, temiendo hasta rebasar Batavia, fondeé para esperar al día. Al amanecer reconocimos todas las islas de la bahía de Batavia: la de Edam, en la que hay una bandera, nos demoraba al Sureste-cuarto-Sur, [casi a

cuatro leguas, y la isla de Onrust o del Carenado, al Sur-Suroeste 4° Sur, a casi cinco leguas; nos encontramos casi a diez leguas más a Oeste que lo que estimábamos, diferencia que ha podido provenir de las corrientes y de que la costa no está proyectada exactamente.

A las diez y media de la mañana intenté un primer aparejo; mas habiendo caído el viento de improviso y ser la marea contraria, fondeé con velamen desplegado y un ancla de ancorar. Aparejamos de nuevo a las doce y media; gobernamos hacia la mitad de la isla de Edam, hasta estar casi a tres cuartos de legua; la cúpula de la gran iglesia de Batavia nos demoraba entonces al Sur; pusimos hacia ella la proa, pasando entre las balizas que indican el canal. A las seis fondeamos en la rada con seis brazas fondo de fango, sin ancorar, en atención a que allí es bastante tener una segunda ancla presta a dejarla caer. Una hora después la *Estrella* fondeó al Este-Nordeste de nosotros, a dos cables.

Fondeo en Batavia. — Así es que, después de haber estado en el mar durante diez meses y medio, desde nuestra partida de Montevideo, arribamos el 28 de septiembre de 1768 a una de las más bellas colonias del Universo, donde consideramos todos haber terminado nuestro viaje.

Batavia, según mi estima, está a 6° 11' de latitud austral, y 104° 52' de longitud oriental del meridiano de París.

CAPÍTULO VIII

Estancia en Batavia (1) y detalles de las Molucas.

EL tiempo de las enfermedades, que comienza aquí ordinariamente al término del monzón del Este y comienzos del monzón lluvioso del Oeste, nos advirtió permanecer en Batavia lo menos posible. No obstante, a pesar de la impaciencia en que estábamos de salir cuanto antes, nuestras necesidades debían retenernos un cierto número de días, y la necesidad de hacer cocer galleta, que no se encontró hecha, nos detuvo más tiempo todavía del que suponíamos. Había en la rada, a nuestra llegada, trece o catorce barcos de la Compañía de Holanda: uno arbolaba el pabellón de almirante. Es un viejo navío, que se guarda para este destino; tiene la policía de la rada y saluda a todos los buques mercantes.

Ceremonial al arribar. — Había ya enviado un oficial para dar cuenta al general de nuestro arribo, cuando vino a bordo una canoa de este barco almirante con yo no sé qué papel escrito en holandés. No había ningún oficial en la canoa, y el patrón, que sin duda

(1) Batavia es capital de Java y de las Indias orientales holandesas. (*N. de la T.*)

hacía sus funciones, me preguntó quiénes éramos, y me exigió una deposición escrita y firmada por mí. Le respondí que había enviado a hacer mi declaración a tierra y le despedí. Volvió poco después insistiendo en su demanda. Le volví a enviar otra segunda vez con la misma respuesta.

El oficial que había ido a casa del general no volvió hasta las nueve de la noche. No había visto a su excelencia, que estaba en el campo, y se le había conducido a casa del sabandar o introductor de extranjeros, que le citó para el día siguiente, y le dijo que si yo quería desembarcar me conduciría a casa del general.

Visita al general de la Compañía. — Las visitas en este país se hacen temprano; el excesivo calor obliga a ello. Partimos a las seis de la mañana, conducidos por el sabandar, M. Vanderluys, y fuimos a buscar a M. Vander Para, general de las Indias orientales, que estaba en una de sus casas de recreo, a tres leguas de Batavia. Vimos un hombre sencillo y cortés, que nos recibió a maravilla y nos ofreció todos los recursos de que tuviéramos necesidad. No pareció ni sorprendido ni disgustado de que hubiésemos recalado en las Molucas; hasta aprobó mucho la conducta del residente de Boero y su buen proceder con respecto a nosotros. Accedió a que llevase nuestros enfermos al hospital de la Compañía, y envió en el acto orden de recibirlos. Respecto de los suministros necesarios a los barcos del Rey, fué convenido que se remitirían los pedidos al sabandar, quien se encargaría de proveernos de todo. Uno de los derechos de su cargo era ganar con nosotros y con los proveedores. Cuando todo es-

tuvo arreglado, me preguntó el general si no pensaba saludar el pabellón; le respondí que lo haría, a condición que fuese la plaza quien devolviese el saludo, y cañonazo por cañonazo. «Nada más justo, me dijo, y la ciudadela tiene ya las órdenes.» En cuanto regresé a bordo, saludamos con quince cañonazos, y la ciudad respondió con el mismo número. Hice en seguida bajar al hospital a los enfermos de los dos navíos, en número de veintiocho, unos todavía afectos del escorbuto; otros, en mayor número, atacados del vómito. Se trabajaba también para exponer al sabandar el estado de nuestras necesidades en galleta, vino, harina, carne fresca y legumbres, y le pedí nos hiciese proveer de agua por las chalanas de la Compañía. Pensamos al mismo tiempo alojarnos en la ciudad durante el tiempo de nuestra estancia. Así lo hicimos en una hermosa y gran casa, que se llama *inerlogment*, en la cual se estaba alojado y mantenido por dos *risdales* al día, sin contar los criados, lo que hace cerca de una pistola de nuestra moneda. Esta casa pertenece a la Compañía, que la arrienda a un particular, el cual tiene por este medio el privilegio exclusivo de alojar a todos los extranjeros. Sin embargo, los barcos de guerra no están sometidos a esta ley; y, en consecuencia, la plana mayor de la *Estrella* se estableció en pensión en una casa burguesa. Alquilamos también varios carruajes, sin los que absolutamente no se podría pasar en esta gran ciudad, sobre todo si se quiere recorrer los alrededores, infinitamente más hermosos que la ciudad misma. Estos coches de alquiler son de dos asientos y dos caballos, y el precio por día es un poco más de diez francos.

Hicimos en persona, el tercer día de nuestro arribo, una visita de ceremonia al general, a quien el sabandar había prevenido. Nos recibió en otra casa de recreo, llamada Jacatra, que está casi a un tercio de la distancia de Batavia a la casa en que había estado el primer día. Comparé el camino que conduce a ella con los más hermosos boulevares de París, suponiéndoles todavía embellecidos a derecha e izquierda por canales de agua corriente. Tuvimos también que hacer otras visitas de etiqueta, introducidos igualmente por el sabandar; a saber: en casa del director general, del presidente de Justicia y del jefe de la Marina. Monsieur Vanderluys no nos dijo nada, a pesar de que le visitamos el último. Aunque este oficial no tenga al servicio de la Compañía más que el grado de contralmirante, es, no obstante, vicealmirante de los Estados por gracia particular del Stathuder. Este Príncipe ha querido así distinguir a un hombre de calidad, que la ruina de su fortuna ha obligado a dejar la Marina de los Estados, donde ha servido, para venir a tomar aquí el puesto que ocupa.

El jefe de la Marina es miembro de la alta regencia, en cuyas asambleas tiene asiento y voz deliberativa para los negocios de Marina; goza también de todos los honores de los edel-heers. Tiene un gran estado, se da buena vida y se resarce de los malos ratos que ha pasado con frecuencia en el mar, ocupando una casa deliciosa en las afueras de la ciudad.

Diversiones que se encuentran en Batavia. — En el tiempo que estuvimos aquí, los principales de Batavia compitieron en hacernos la estancia agradable. Gran-

des banquetes en la ciudad y en el campo, conciertos, paseos encantadores, la variedad de cien objetos reunidos aquí, y casi todos nuevos para nosotros, el golpe de vista del emporio del más rico comercio del universo; mejor que esto, el espectáculo de varios pueblos, que, aunque enteramente opuestos por las costumbres, usos y religión, forman, no obstante, una misma sociedad; todo concurría a recrear la vista, a instruir al navegante y a interesar hasta al filósofo. Hay además aquí una Comedia, que dicen es bastante buena; no hemos podido juzgar más que de la sala, que nos ha parecido bonita; no entendiendo la lengua, fué bastante para nosotros ir una vez. Nos interesaron infinitamente más las comedias chinas, aunque tampoco entenderíamos mejor lo que allí se hablaba. No sería muy agradable verlas todos los días; pero hay que ver una de cada género. Independientemente de las grandes obras que se representan en un teatro, cada encrucijada del barrio chino tiene sus teatrillos, en los cuales se representan todas las tardes piecitas y pantomimas. *Pan y circo* pedía el pueblo romano: les es preciso a los chinos el comercio y las farsas. Dios me guarde de la declamación de sus actores y actrices, que acompañan siempre algunos instrumentos. Es la carga del obligado recitado, y todavía sus gestos son más ridículos. Por lo demás, cuando hablo de sus actores, es impropriamente, porque son mujeres las que hacen papeles de hombres. Finalmente, se sacarán las conclusiones que se quieran; pero yo he visto los bastonazos prodigados sin medida en los tablados chinos, y tenían un éxito tan brillante como el de que

gozan en la comedia italiana y en el teatro de Nicolet (1).

Bellezas de sus afueras. — No dejamos de pasearnos por los alrededores de Batavia. Todo europeo, acostumbrado hasta a las más grandes capitales, quedaría sorprendido de la magnificencia de sus afueras. Están enriquecidas de casas y de jardines soberbios, adornados con este gusto y esta limpieza que impresionan en todos los países holandeses. No temo decir que exceden en belleza y riqueza a los de nuestras mayores ciudades de Francia, y que se acercan a la magnificencia de los alrededores de París. No debo olvidar un monumento que un particular ha levantado a las Musas. El Sr. Mohr, primer cura de Batavia, hombre rico, con millones, pero más estimable por sus conocimientos y su gusto por las ciencias, ha hecho construir en el jardín de una de sus casas un observatorio que honraría toda casa real. Este edificio, que apenas está terminado, le ha costado sumas inmensas. Hay más todavía: observa él mismo. Ha llevado de Europa los mejores instrumentos de todo género necesarios para las observaciones más delicadas, y sabe servirse de ellos. Este astrónomo, el más rico sin disputa de los hijos de Urania, ha quedado encantado al ver a monsieur Verron. Ha querido que pasase las noches en su observatorio; desgraciadamente, no ha habido una sola que haya sido favorable a sus deseos. Monsieur Mohr ha observado el último paso de Venus y ha enviado

(1) Nicolet (Juan Bautista), parisiense (1728-1796), director en París de un teatrillo de feria, que alcanzó enorme boga en tiempos de su contemporáneo Bougainville. (*N. de la T.*)

sus observaciones a la Academia de Harlem; servirán para determinar con precisión la longitud de Batavia.

Interior de la ciudad. — Ciertamente que esta ciudad, aunque hermosa por sí, responde a lo que anuncian sus alrededores. Se ven pocos edificios grandes, pero está bien trazada; las casas son cómodas y agradables; las calles, anchas y adornadas la mayor parte de un canal bien revestido y bordeado de árboles, que sirve para el aseo y la comodidad. Es verdad que estos canales mantienen una humedad malsana, que hace la estancia en Batavia perniciosa a los europeos. Se atribuye también, en parte, el peligro de este clima a la mala calidad de sus aguas, lo que hace que las gentes ricas no beban aquí más que agua de Seltz, que hacen traer de Holanda con grandes gastos. Las calles no están pavimentadas; pero de cada lado tienen un ancho y hermoso parapeto, revestido de piedras de sillería o de ladrillos, y la limpieza holandesa no deja nada que desear para el sostén de estas aceras. No pretendo, por lo demás, dar una descripción detallada de Batavia, cuestión agotada tantas veces. Podrá formarse una idea de esta ciudad famosa sabiendo que está construída al estilo de las hermosas ciudades de Holanda, con la diferencia de que los temblores de tierra imponen la necesidad de no elevar mucho las casas, que no tienen aquí más que un piso. Tampoco describiré el campo de los chinos, que está fuera de la ciudad, ni la policía a que están sometidos, ni sus usos, ni tantas otras cosas ya dichas y redichas.

Riquezas y lujo de los habitantes. — Sorprende el lujo establecido en Batavia; la magnificencia y el gusto

que decoran el interior de casi todas las casas denuncian la riqueza de los habitantes. Nos han dicho, sin embargo, que esta ciudad no era ya, con mucho, lo que ha sido. Desde hace algunos años la Compañía ha prohibido a los particulares el comercio del añil, que era para ellos fuente de una inmensa circulación de riquezas. No juzgo este nuevo reglamento de la Compañía; ignoro lo que gana con esta prohibición. Sé únicamente que los particulares a su servicio tienen todavía el secreto de obtener treinta, cuarenta, cien y hasta doscientas mil libras de renta de empleos que tienen de gajes mil quinientas, tres mil y seis mil libras a lo más. Ahora, casi todos los habitantes de Batavia son empleados de la Compañía; no obstante, es seguro que actualmente el precio de las casas, en la ciudad y en el campo, está más de dos tercios por debajo de su antiguo valor. A pesar de ello, Batavia será siempre rica, por el secreto de que acabamos de hablar y porque es difícil a los que han hecho fortuna aquí llevársela a Europa. No hay medios de enviar sus fondos más que por la Compañía, que les carga el ocho por ciento de descuento; pero no toma más que muy poco a la vez de cada particular. Estos fondos, de otra parte, no se pueden enviar fraudulentamente, porque la especie de dinero que circula aquí pierde en Europa el veintiocho por ciento. La Compañía se sirve del Emperador de Java para hacer acuñar una moneda particular, que es la moneda de las Indias.

Detalles acerca de la administración de la Compañía. — En ninguna parte del mundo las clases están menos confundidas que en Batavia; cada uno tiene

asignado su rango; distintivos exteriores los señalan de una manera inmutable, y la seria etiqueta es aquí más severa que en Congreso alguno. La alta regencia, el Consejo de Justicia, el Clero, los empleados de la Compañía, los oficiales de Marina y, en fin, el Ejército; tal es la gradación de las clases.

La alta regencia está compuesta del general, que la preside; de los consejeros de Indias, cuyo título es *edel-heers*; del presidente del Consejo de Justicia y del almirante. Se reúne en el castillo dos veces por semana. Los consejeros de Indias son actualmente en número de diez y seis; pero no están todos en Batavia. Algunos tienen los importantes gobiernos del cabo de Buena Esperanza, de Ceilán, de la costa de Coromandel, de la parte oriental de Java, de Macassar y de Amboina, donde residen. Estos *edel-heers* tienen la prerrogativa de hacer dorar por entero sus carruajes, ante los cuales van dos correos, en tanto que los particulares no pueden tener más que uno. Además, todas las carrozas se detienen cuando pasan las de los *edel-heers*, y entonces, hombres y mujeres están obligados a levantarse. El general, además de esta distinción, es el único que puede ir con seis caballos, y va siempre seguido de una guardia a caballo, o por lo menos oficiales de esta guardia y algunos ordenanzas; cuando pasa, hombres y mujeres están obligados a descender de sus coches, y sólo los de los *edel-heers* pueden entrar en su casa hasta la escalinata. Son los únicos que tienen los honores del Louvre. He visto algunos bastante sensatos para reírse en particular con nosotros de estas magníficas prerrogativas.

El Consejo de Justicia juzga soberanamente y sin apelación en lo civil y en lo criminal. Hace veinte años que condenó a muerte a un gobernador de Ceilán. Este edel-heers estaba convicto de haber cometido horribles cohechos en su gobierno, y fué ejecutado en Batavia en la plaza que está frente a la ciudadela. Por lo demás, el nombramiento de general de las Indias, el de los edel-heers y de los consejeros de Justicia viene de Europa. El general y la alta regencia de Batavia proponen a los demás empleados, y su elección es siempre ratificada en Holanda. No obstante, el general nombra en último recurso todas las plazas militares. Uno de los más considerables y de los mejores empleos, por la renta, después de los gobiernos, es el de comisario de campaña. Este oficial tiene la inspección sobre todo lo que es del dominio de la Compañía en la isla de Java, hasta sobre las posesiones y la conducta de los diversos soberanos de la isla; tiene, además, la policía absoluta sobre los javaneses súbditos de la Compañía. Esta policía es muy severa, y las faltas un poco graves son castigadas con suplicios rigurosos. La fortaleza de los javaneses para sufrir tormentos bárbaros es increíble; pero cuando se les ejecuta hay que dejarles calzoncillos blancos, y, sobre todo, no cortarles la cabeza. La Compañía misma comprometería su autoridad rehusando guardarles esta complacencia; los javaneses se rebelarían. La razón es sencilla: como es de fe en su religión que serían mal recibidos en el otro mundo si llegasen decapitados y sin calzoncillos blancos, se atreven a creer que el despotismo no tiene derecho sobre ellos en esto.

Otro empleo muy buscado, cuyas funciones son hermosas y las rentas considerables, es el de sabandar o introductor de extranjeros. Son dos: el sabandar de los cristianos y el de los paganos. El primero está encargado de todo lo que respecta a los extranjeros europeos; el segundo entiende en todos los negocios relativos a las diversas naciones de la India, comprendiendo a los chinos.

Orden de los empleos al servicio de la Compañía. — Estos son los corredores de todo el comercio interior de Batavia, donde su número excede actualmente de cien mil. A su trabajo y a su celo deben los mercados de esta gran ciudad la abundancia que reina en ellos desde hace algunos años. Tal es, por lo demás, el orden de los empleados al servicio de la Compañía: asistente, tenedor de libros, submercader, mercader, gran mercader y gobernador. Todos estos grados civiles tienen un uniforme, y los grados militares tienen una especie de correspondencia con ellos. Por ejemplo: el mayor tiene rango de gran mercader; el capitán, de submercader, etc.; pero los militares no pueden jamás desempeñar las plazas de la administración sin cambiar de estado. Se comprende que en una Compañía de comercio el Cuerpo militar no tenga ninguna influencia. No se le mira más que como un Cuerpo asalariado, y esta idea es tanto más justa cuanto que no está enteramente compuesto más que de extranjeros.

Dominios de la Compañía en la isla de Java. — La Compañía posee en propiedad una porción considerable de la isla de Java. Toda la costa del Norte al Este de Batavia le pertenece. Ha reunido a su dominio, desde

hace varios años, la isla de Maduré (1), cuyo soberano se había rebelado, y el hijo es actualmente gobernador de esta misma isla de que su padre era rey. Se ha aprovechado de la rebelión del rey de Valimbuan para apropiarse esta hermosa provincia, que forma la punta oriental de Java. Este príncipe, hermano del emperador, humillado de estar sometido a mercaderes, y aconsejado, dicese, por los ingleses, que le habían provisto de armas, de pólvora y hasta construído un fuerte, quiso sacudir el yugo. Le ha costado dos años y grandes dispendios a la Compañía someterle, y dos meses antes de nuestro arribo a Batavia acababa de ser terminada esta guerra. Los holandeses tuvieron desventajas en la primer batalla; pero en una segunda, el príncipe indio fué cogido con toda su familia y conducido a la ciudadela de Batavia, donde murió pocos días después. Su hijo y el resto de toda esta familia infortunada debían ser embarcados en los primeros barcos y conducidos al cabo de Buena Esperanza, donde acabarían sus días en la isla Roben.

En cuántas soberanías está dividida la isla de Java. El resto de la isla de Java está dividido en varios reinos. El emperador de Java, cuya residencia está en la parte meridional de la isla, tiene el primer rango; después, el sultán de Mataran y el rey de Bantam. Tseribon está gobernado por tres reyes, vasallos de la Compañía, cuya venia es también necesaria a los demás soberanos para subir a su trono precario. Hay en la mansión de todos estos reyes una guardia europea, que

(1) Isla Madura o Madœra. (*N. de la T.*)

responde de su persona. La Compañía tiene además cuatro factorías fortificadas junto al emperador, una junto al sultán, cuatro en Bantam y dos en Tseribon. Estos soberanos están obligados a dar a la Compañía sus bastimentos a la tasa de una tarifa que ella misma ha hecho. Obtiene de ellos arroz, azúcares, café, estaño y *arrak* (1), y les provee únicamente de opio, del que los javaneses hacen gran consumo y cuya venta produce ganancias considerables.

Comercio de Batavia.—Batavia es el emporio de todas las producciones de las Molucas. La recolección de las especias se lleva allí toda entera; se carga en barcos todos los años lo que es necesario para el consumo de Europa y se quema el resto. Este único comercio asegura la riqueza, diría también la existencia, de la Compañía de las Indias holandesas; la pone en condiciones de soportar los inmensos gastos a que está obligada, y las depredaciones de sus empleados, tan considerables como sus mismos gastos. Así, para este comercio exclusivo y para el de Ceilán, guarda sus principales cuidados. No diré nada de Ceilán, que no conozco; la Compañía acaba de terminar allí una guerra ruinosa, con más éxito que la del golfo Pérsico, donde sus factorías han sido destruidas. Pero como somos casi los únicos navíos del rey que hayan penetrado en las Molucas, se me permitirá algunos detalles acerca del estado actual de esta importante parte del mundo, que su apartamiento y el silencio de los ho-

(1) El *arrak* o *arrack* es alcohol obtenido por la destilación del vino *toddy* o *callú*, que se obtiene del cocotero, seccionando la inflorescencia. (N. de la T.)

landeses substraen al conocimiento de las otras naciones.

Detalles acerca de las Molucas.— No se comprendían antes bajo el nombre de Molucas más que las islitas situadas casi bajo la línea, entre 15' de latitud Sur y 50' de latitud Norte a longo de la costa occidental de Gilolo, cuyas principales son: Ternate, Tidor, Mot-hier o Mothir, Machian y Bachian. Lentamente este nombre se ha hecho común a todas las islas que producían especias: Banda, Amboina, Ceram, Buro y todas las islas adyacentes han sido colocadas bajo la misma denominación, en la que hasta algunos han querido, pero sin éxito, hacer entrar a Button y Celebes. Los holandeses dividen actualmente estos países, que llaman país de Oriente, en cuatro gobiernos principales, de que dependen las demás factorías, y dependientes ellos mismos de la alta regencia de Batavia. Estos cuatro gobiernos son: Amboina, Banda, Ternate y Macassar.

Gobierno de Amboina.— De Amboina, de que un edel-heers es gobernador, dependen seis factorías, que son: en Amboina misma, Hila y Larique, cuyos residentes tienen: uno, el grado de mercader, y el otro, el de submercader; al Oeste de Amboina, las islas Manipa y Boero, en la primera de las cuales hay un simple tenedor de libros, y en la segunda, nuestro bienhechor Hendrik Ouman, submercader; Haroeko, islita casi al Este-Sureste de Amboina, donde reside un submercader, y, finalmente, Saparoea, isla también al Sureste y casi a quince leguas de Amboina. Reside allí un mercader, el cual tiene bajo su dependencia la islita Nees-

law, donde destaca un sargento y quince hombres; hay un pequeño fuerte construido en una roca de Saparoea y un buen fondeadero en una linda bahía. Esta isla y la de Neeslaw suministran, en clavo (1), el cargamento de un navío. Todas las fuerzas del gobierno de Amboina constan, en realidad, de ciento cincuenta hombres a las órdenes de un capitán, un teniente y cinco insignias. Hay además dos oficiales de artillería y un ingeniero.

Gobierno de Banda.— El gobierno de Banda es más considerable por las fortificaciones, y la guarnición es más numerosa: en total, hay trescientos hombres mandados por un primer capitán y un capitán segundo, dos tenientes, cuatro insignias y un oficial de artillería. Esta guarnición, así como la de Amboina y demás cabezas de partido, proveen a todos los puestos destacados. La entrada en Banda es muy difícil para quien no la conoce. Hay que costear de cerca la montaña de Gunongapi, en la que hay un fuerte, desconfiando de un banco de roca que se deja a babor. El paso no tiene más de una milla de ancho, y no se encuentra fondo. Conviene después costear el banco para ir a buscar, a ocho o diez brazas bajo el fuerte London, el fondeadero, en el que pueden anclar cinco o seis navíos.

(1) El clavo, *Caryophyllus aromaticus* o *Eugenia Caryophyllus*, procede de las Molucas. Se debe a Poivre, el intendente de la isla de Francia, de que se habla en la página 65, su introducción en Cayena, Santo Domingo, Martinica, isla de Francia, etc. Se le llama *yengké*, en malayo; *bibi lanang*, en Amboina; *bobo laua*, en Ternate, etc. Es un árbol del que las flores, todavía en botón, se emplean como condimento (*clavo*) por la esencia, eugenol o ácido eugénico que contiene. (*N. de la T.*)

Tres puestos dependen del gobierno de Banda: Ourien, donde hay un tenedor de libros; Wayer, donde reside un submercader, y la isla Pulo Ry en Rhun, próxima a Banda, cubierta también de moscada (1). El que manda es un gran mercader. Hay en esta isla un fuerte; allí no pueden fondear más que chalupas, y, aun así, hay un banco que impide aproximarse al fuerte. Habría que cañonearle a la vela porque no hay fondo. Por lo demás, no hay agua dulce en la isla; la guarnición se ve obligada a hacerla llevar de Banda. Creo que la isla Arrow está también en el distrito de este gobierno. Hay en ella una factoría con un sargento y quince hombres, y la Compañía saca perlas. No ocurre así con Timor y Solor (2), que, aunque sean vecinas, dependen directamente de Batavia. Estas islas suministran madera de sándalo. Es bastante singular que los portugueses hayan conservado un puesto en Timor, y más singular todavía que no obtengan de él gran partido.

Gobierno de Ternate.—Ternate tiene cuatro factorías principales de su dependencia: son Gorontalo, Manado, Limbotto y Xullabessie. Los residentes de las dos primeras tienen el grado de submercader; los de las segundas no son más que tenedores de libros. De ellas dependen además varios puestos pequeños, mandados por sargentos. Doscientos cincuenta hom-

(1) La nuez moscada, *Myristica fragans*, originaria de las Molucas, es un arbolito del porte de nuestros perales, cuya semilla, provista de un tegumento duro, es la *nuez moscada*. Su gran centro de cultivo sigue siendo la isla de Banda. (*N. de la T.*)

(2) Al Este de la isla de Flores,

bres, están repartidos en el gobierno de Ternate, a las órdenes de un capitán, un teniente, nueve insignias y un oficial de artillería.

Gobierno de Macassar.— El gobierno de Macassar, en la isla Celebes, que está ocupado por un edelheer, tiene en su departamento cuatro factorías: Boelacomba, en Bonthain, y Bima, donde residen dos submercaderes; Saleyer y Maros, cuyos residentes no son más que tenedores de libros. Macassar o Jompandant es la plaza más fuerte de las Molucas; no obstante, los naturales del país encierran cuidadosamente a los holandeses en los límites de su puesto. La guarnición está compuesta de trescientos hombres, mandados por un primer capitán, un capitán segundo, dos tenientes y siete insignias. Hay también un oficial de artillería. No se encuentran especierías en el distrito de este gobierno, a menos que no sea verdad que Button las produce, lo que no he podido comprobar. El objeto de su establecimiento ha sido asegurarse un paso que es una de las llaves de las Molucas, y abrir con Celebes y Borneo un comercio ventajoso. Estas dos grandes islas proveen a los holandeses de oro, seda, algodón, maderas preciosas y hasta diamantes, a cambio de hierro, paños y otras mercancías de Europa o de la India (1).

Política de los holandeses en las Molucas.— Este detalle de los diferentes puestos ocupados por los

(1) El propósito de hallar un nuevo camino por el Oeste al comercio de la especiería provocó el viaje de Magallanes a las Molucas y el primer viaje alrededor del mundo que los hombres hicieron (1519-1522). (*N. de la T.*)

holandeses en las Molucas es poco más o menos casi exacto. La policía que han establecido allí hace honor a la sabiduría de los que estaban entonces al frente de la Compañía. Cuando hubieron expulsado a los españoles y portugueses, éxito que había sido fruto de las más ingeniosas combinaciones de valor y de paciencia, se percataron que para hacer exclusivo el comercio de las especias no era, con todo, bastante haber alejado de las Molucas a todos los europeos. El gran número de estas islas hacía su guarda casi imposible. Y no lo era menos el impedir un comercio de contrabando de los insulares con China, Filipinas, Macassar y todos los barcos contrabandistas que quisieran intentarlo.

La Compañía tenía todavía más que temer: que se arrancasen plantones de árboles y se consiguiese naturalizarlos en otra parte. Tomó, pues, el partido de destruir, en tanto fuese posible, los árboles de especias en todas estas islas, no dejándoles subsistir más que en algunas que fuesen pequeñas y fáciles de guardar; entonces todo se encontraba reducido a fortificar bien estos depósitos preciosos. Era preciso tener a sueldo a los soberanos que obtenían renta de estos artículos para obligarles a consentir que se destruyese así la riqueza. Tal es el subsidio anual de veinte mil risdales (1) que la Compañía Holandesa paga al rey de Ternate y a algunos otros príncipes de las Molucas.

Cuando no ha podido determinar a alguno de estos

(1) El risdal o ryksdaalder, dos florines y medio holandeses, equivale, a la par, a 5,25 francos. (*N. de la T.*)

soberanos a permitir que se quemasen sus plantas, las quemaba a pesar de ellos, si era la más fuerte, o bien les compraba anualmente las hojas de los árboles todavía verdes, sabiendo bien que, después de tres años de este despojo, los árboles perecerían, lo que ignoraban, sin duda, los indios.

Por este medio, en tanto que la canela no se recolecta más que en Ceilán, las islas Banda han sido únicamente consagradas al cultivo de la nuez moscada; Amboina y Uléaster, que está cerca, al cultivo del clavo, sin que sea permitido tener clavo en Banda ni nuez moscada en Amboina. Estos depósitos suministran mucho más del consumo del mundo entero. Los demás puertos de los holandeses en las Molucas tienen por objeto impedir a las demás naciones establecerse allí, hacer investigaciones continuas para descubrir y quemar los árboles de especias y proveer a la subsistencia de las únicas islas donde se las cultiva. Por lo demás, todos los ingenieros y marinos empleados en esta parte están obligados, al abandonar el empleo, a reponer sus Cartas y planos y a prestar juramento de que no conservan ninguno. No ha mucho tiempo que un habitante de Batavia ha sido azotado, marcado y desterrado en una isla casi desierta por haber enseñado a un inglés un plano de las Molucas.

La recolección de las especias comienza en diciembre, y los barcos destinados a cargarlas llegan durante el mes de enero a Amboina y Banda, de donde parten para Batavia en abril y mayo. Van también todos los años dos barcos a Ternate, cuyos viajes siguen lo mismo la ley de los monzones. Además, hay algunos

paquebotes de doce o catorce cañones destinados a cruzar por estos parajes.

Todos los años los gobernadores de Amboina y Banda reúnen hacia mediados de septiembre a todos los orencais o jefes de sus departamentos. Les dan primero festines y fiestas, que duran varios días, y después parten con ellos en grandes navíos, llamados *coracores*, para hacer la revisión de su gobierno y quemar las plantas de especias inútiles. Los residentes de las factorías particulares están obligados a salir al encuentro de sus gobernadores generales y de acompañarles en este viaje, que acaba ordinariamente a fines de octubre o a principios de noviembre, y cuyo regreso es celebrado con nuevas fiestas. Cuando estábamos en Boero, M. Ouman se disponía a partir para Amboina con los orencais de su isla.

Los holandeses tienen ahora guerra con los habitantes de Ceram, isla rica en clavo. Estos insulares no quieren nunca dejar destruir sus plantas, y han expulsado a la Compañía de todos los puestos principales que ocupaba en su terreno; no ha conservado más que la pequeña factoría de Savai, situada en la parte septentrional de la isla, donde tiene un sargento y quince hombres. Los cerameses tienen armas de fuego y pólvora, y todos, independientemente de un dialecto nacional, hablan bien el malayo. Los papuas (1) están

(1) Los papuas son una raza negra que habita el archipiélago malayo desde el Oeste de las Fiji hasta las islas Aru, incluida Nueva Guinea o Tierra de los Papuas por excelencia. Son distintos de los australianos y negritos, y de cultura semejante a los más superiores de entre los polinesios. (*N. de la T.*)

también continuamente en guerra con la Compañía y sus navíos. Se les ha visto barcos armados con cañones pedreros y montados con doscientos hombres. El rey de Salviati, una de sus mayores islas, acaba de ser detenido por sorpresa, cuando iba a prestar homenaje al rey de Ternate, del que es vasallo, y los holandeses le retienen prisionero. ¿Qué plan más sabio que el que acabamos de exponer? ¿Qué medidas podían ser mejor concertadas para establecer y sostener un comercio exclusivo? Así, la Compañía goza de él largo tiempo, y debe a ello el estado de esplendor que la hace más semejante a una poderosa república que a una sociedad de mercaderes. Pero, o yo me engaño mucho, o no está lejos el tiempo en que este comercio precioso ha de recibir mortales ataques. Me atreveré a decirlo: para destruir la exclusiva, no hay más que quererlo. La mejor salvaguardia de los holandeses es la ignorancia del resto de Europa acerca del estado verdadero de estas islas, y el celaje misterioso que envuelve este jardín de las Hespérides. Pero hay dificultades que la fuerza del hombre no puede vencer, e inconvenientes a los que toda su prudencia no puede remediar.

Los holandeses pueden bien construir en Amboina y Banda fortificaciones respetables; pueden pertrecharlas de guarniciones numerosas; mas después de algunos años, temblores de tierra, casi periódicos, derriban totalmente todas estas obras, y todos los años la malignidad del clima se lleva dos tercios de los soldados, marineros y obreros que allí se envían. He aquí males sin remedio. Los fuertes de Banda, destruidos

así hace tres años, están apenas hoy reconstruídos; los de Amboina no lo están todavía. Por otra parte, la Compañía ha podido llegar a destruir en algunas islas parte de las especias conocidas; pero hay especias que no conoce, y hasta otras, que conoce, que se defienden de sus esfuerzos.

Actualmente los ingleses frecuentan mucho los parajes de las Molucas, y seguramente no sin designio. Hace varios años que pequeños barcos procedentes de Bancul venían a examinar los pasos y tomar datos relativos a esta navegación difícil. Se dijo ya que los habitantes de Button nos dijeron que tres navíos ingleses habían pasado hacía poco por este estrecho; hemos hablado también de los recursos que han dado al infortunado soberano de Balimbuan, y parece cierto que de ellos los cerameses obtienen también pólvora y armas; hasta les habían construído un fuerte, que el capitán Le Clerc nos ha dicho haber destruído, y en el que se han encontrado dos cañones. En 1764, M. Watson, que mandaba el *Kinsberg*, fragata de veintiséis cañones, llegó a la entrada de Savai y allí hizo dar de culatazos a un piloto para conducirle al fondeadero, y cometió muchas vejaciones en esta débil factoría. Hizo también no sé qué tentativa entre los papuas; pero no logró nada. Su chalupa fué cogida por los indios, y todos los europeos que iban dentro y un guardia marina que la mandaba fueron hechos prisioneros y después atados a postes, circuncidados y asesinados en medio de terribles tormentos.

Parece, por lo demás, que los ingleses no quieren ocultar sus proyectos a la Compañía Holandesa. Hace

cuatro años que establecieron, en una de las islas de los papuas, un puesto llamado *Soloc* o *Tafara*. Ignoro quién fué el fundador de este establecimiento; pero los ingleses no lo han conservado más que tres años. Acaban de abandonarle, y el gobernador, capitán Dowel, ha pasado a Batavia en 1768 en el *Patty*, de donde ha ido a Bancul, donde el *Patty* ha naufragado en la rada. Este puesto proveía de nidos de aves, nácar, dientes de elefantes, perlas y *tripans* o *swalops* (1), especie de liga o espuma que los chinos tienen en gran estima. Lo que encuentro maravilloso es que acababan de vender sus cargamentos en Batavia; lo sé por el negociante que allí los compraba. El mismo hombre me ha asegurado que los ingleses tenían también especias por medio de este puesto; es posible que las sacasen de los cerameses. ¿Por qué lo han abandonado? Lo ignoro. Puede ser que, tras brotar un gran número de plantas de especias, las hayan transplantado en alguna de sus posesiones de la India, y, creyéndose seguros de su éxito, hayan abandonado un puesto dispendioso, muy capaz de alarmar una nación y esclarecer otra.

Tuvimos en Batavia las primeras noticias de los barcos cuyas huellas habíamos encontrado varias veces en

(1) Se han respetado las palabras *tripans* (por venir del *tripang* malayo) y *swalops* que escribió Bougainville, y aun su interpretación, errónea, de liga o espuma. Los *tripangs* o *trepangs* son holoturias (en Santander, *pijotas*), y especialmente de la especie *Holothuria edulis*, que en enormes cantidades se recogen para alimento en los mares de las Indias orientales. Los chinos aprecian mucho, efectivamente, este manjar. (N. de la T.)

nuestro viaje. Mister Wallis (1) había llegado en enero de 1768, y vuelto a partir casi en seguida. Monsieur Carteret, separado involuntariamente de su jefe poco después de haber salido del estrecho de Magallanes, ha hecho un viaje mucho más largo y de más complicadas aventuras. Ha llegado a Macassar a fines de marzo del mismo año, tras haber perdido casi toda su tripulación y con su barco destrozado. Los holandeses no han querido recibirle en Jompandam y le han enviado a Bontain, consintiendo con trabajo en que tomase moros para reemplazar a los hombres que había perdido; después de dos meses de estancia en la isla Celebes, ha llegado el 3 de junio a Batavia, donde ha carenado, y de donde ha vuelto a partir el 15 de septiembre, es decir, doce días únicamente antes de que nosotros arribásemos. Monsieur Carteret ha hablado poco aquí de su viaje; ha dicho, sin embargo, bastante para que se haya sabido que en un paso que llama *el estrecho de San Jorge* ha tenido lucha con los indios, cuyas flechas enseñaba, que han herido a varios de sus hombres, entre otros a su segundo, el que ha vuelto a partir de Batavia sin estar curado (2).

Octubre de 1768. — Enfermedades contraladas en Batavia. — No hacía más de ocho o diez días que es-

(1) El capitán Wallis salió de Plymouth en 21 de agosto de 1766. En el estrecho de Magallanes, por azares de la navegación, se le separó el *Swallow*, al mando de Carteret, y Wallis siguió con el *Delfin*. Tras vicisitudes varias, fondeó en Batavia. (*Nota de la traductora.*)

(2) Carteret, separado de Wallis al desembocar el estrecho de Magallanes, fué a la isla de Más Afuera; luego fué visitando

tábamos en Batavia, cuando las enfermedades empezaron a declararse. De la mejor apariencia de salud se pasaba en tres días a la tumba. Varios de nosotros fuimos atacados de fiebres violentas, y nuestros enfermos no experimentaban ningún alivio en el hospital. Aceleré cuanto me fué posible la expedición de nuestras necesidades; pero nuestro sabandar había caído también enfermo, no pudiendo ocuparse de nada, y sufrimos dificultades y lentitudes. Hasta el 16 de octubre no estuve en disposición de salir, y aparejé para ir a fondearme fuera de la rada; la *Estrella* no tendría su galleta hasta aquel día. No acabó de embarcarla hasta la noche, y así que el viento lo permitió, vino a fondear cerca de nosotros. Casi todos los oficiales de mi bordo estaban ya enfermos o sentían las predisposiciones para estarlo. El número de disenterías no había disminuído en las tripulaciones, y la estancia prolongada en Batavia hubiese hecho ciertamente más estragos entre nosotros que el viaje entero. Nuestro taitiano, que se entusiasmaba de todo lo que veía, se había, sin duda, preservado algún tiempo de la influencia de este clima pernicioso; pero cayó enfermo en los últimos días, y su enfermedad ha sido muy larga, aunque haya tenido para su curación toda la docilidad que podría demostrar un hombre nacido en París. Así, cuando habla de Batavia no la llama más que la tierra que mata: *enua maté*.

todo el grupo de islas de la Reina Carlota, Nueva Bretaña, Mindanao, estrecho de Macassar, Celebes, Borneo, Batavia, siempre tras horribles penalidades. Veremos más tarde cómo Bougainville lo encontró en Santa Elena. Carteret dió dos veces la vuelta al mundo. (*N. de la T.*)

CAPITULO IX

Partida de Batavia. — Escala en la isla de Francia. — Vuelta a Francia.

EL 16 de octubre aparejé solo de la rada de Batavia, para fondear a siete brazas y media, fondo de fango blando, cerca de una legua fuera. Estaba así a una media milla al Oeste-cuarto-Noroeste de la baliza, que se deja a estribor cuando se entra en Batavia. La isla de Edam me demoraba al Norte-Nordeste 4° Este, tres leguas; Onrust, al Noroeste-cuarto-Oeste, dos leguas y un tercio; Rotterdam, al Norte 2° Oeste, una legua y media. La *Estrella*, que tuvo su pan muy tarde, aparejó a las tres de la mañana, y gobernando por los fuegos que tuve encendidos toda la noche, vino a fondear cerca de mí.

Detalle del derrotero para salir de Batavia. — Como el derrotero para salir de Batavia es interesante, se me permitirá el detalle del que he hecho. El 17 nos dimos a la vela, a las cinco de la mañana, y gobernamos al Norte-cuarto-Nordeste para pasar al Este de Rotterdam, cerca de una media legua; después, al Noroeste-cuarto-Norte, para pasar al Sur de Horn y de Harlem; después, del Oeste-cuarto-Noroeste al Oeste-cuarto-Suroeste, para costear al Norte las islas de Amsterdam

y de Middelburg, en la última de las cuales hay un pabellón; después, a Oeste, dejando a estribor una baliza situada al Sur de la pequeña Cambuis. A mediodía observamos 5° 55' de latitud meridional, y estábamos por entonces Norte y Sur de la punta Sureste de la gran Cambuis, casi a una milla. He hecho desde allí derrotero para pasar entre dos balizas, situadas una al Sur de la punta Noroeste de las gran Cambuis y otra Este y Oeste de la isla de los Antropófagos, por otro nombre *Pulo-Laki*. Entonces se costea la costa a la distancia que se quiera o que se pueda. A las cinco y media, como la corriente nos arrojaba sobre la costa, eché un ancla de ancorar a once brazas, fondo de fango; la punta Noroeste de la bahía de Bantam me demoraba a Oeste-cuarto-Noroeste 2° Oeste, casi a cinco leguas, y el centro de Pulo Baby, al Noroeste 5° Oeste, tres leguas.

Hay, para salir de Batavia, otro derrotero que el que he seguido. Al salir de la rada se costea la costa de Java, dejando a babor un tonel que sirve de baliza, casi a dos leguas y media de la ciudad; después se costea la isla Kepert, al Sur; se sigue la costa y se pasa entre dos balizas, situadas: una, al Sur de la isla Middelburg; otra, frente de aquélla, en un banco que hay en la punta de la isla; se encuentra después la baliza que está al Sur de la pequeña Cambuis, y entonces los dos derroteros se unen. La Carta particular que he dado de la salida de Batavia indica estos dos derroteros con exactitud.

Salida del estrecho de la Sonda.— El 18, a las dos de la mañana, nos dimos a la vela, pero nos fué preci-

so fondear por la tarde; el 19 por la tarde salimos del estrecho de la Sonda, pasando al Norte de la isla del Príncipe. Observamos a mediodía $6^{\circ} 30'$ de latitud austral, y a las cuatro de la tarde, estando casi a cuatro leguas de la punta Noroeste de la isla del Príncipe, tomé mi punto de partida en la Carta de M. D'Après, a $6^{\circ} 21'$ de latitud austral y 102° de longitud oriental del meridiano de París. Por lo demás, se puede fondear todo a lo largo de la isla de Java. Los holandeses sostienen pequeños puestos de trecho en trecho, y todos tienen orden de enviar un soldado a bordo de los navíos que pasen, con un registro en el que se ruega inscribir el nombre del barco, de dónde viene y adónde va. Se pone lo que se quiere en este registro; pero lejos de mí vituperar su uso, puesto que por este medio se puede tener noticias de los navíos por que frecuentemente se está inquieto, y de otra parte, el soldado encargado de presentar este registro trae también gallinas, tortugas y otros bastimientos, que vende a muy buen precio. No había ya escorbuto, al menos aparentemente, a bordo de mis navíos; pero muchos hombres estaban atacados del vómito. Tomé, pues, el partido de derrotar para la isla de Francia sin esperar a la *Estrella*, y la hice señales de ello el 20.

Derrotero hasta la isla de Francia.— Este derrotero no tuvo nada de notable más que el hermoso y buen tiempo, que lo hizo muy corto. Tuvimos constantemente viento Sureste, frescachón. Teníamos necesidad de ello, porque el número de enfermos aumentaba todos los días; las convalecencias eran muy lentas, y se añadían a los flujos de sangre fiebres ardientes; uno de

mis carpinteros murió la noche del 30 al 31. Mi arboladura me causaba también serias inquietudes. Tenía aprensiones de que el palo mayor se rompiese cinco o seis pies por debajo de las jarcias. Le hice reforzar, y para aligerarle quité el mastelero de juanete y tuve siempre dos rizos en el gran mastelero de gavia. Estas precauciones retardaban considerablemente nuestra marcha; a pesar de esto, al décimoctavo día de nuestra salida de Batavia vimos la isla Rodríguez, y al día siguiente la isla de Francia.

Vista de la isla Rodríguez.— El 5 de noviembre, a las cuatro de la tarde, estábamos Norte y Sur de la punta Nordeste de la isla Rodríguez (1), de donde he deducido la diferencia siguiente de nuestra estima desde la isla del Príncipe hasta la Rodríguez. Monsieur Pingré ha observado allí $60^{\circ} 52'$ de longitud al Este de París, y a las cuatro me encontraba, según mi estima, a $61^{\circ} 26'$. Suponiendo, pues, que la observación hecha en la isla en el poblado, haya sido hecha $2'$ al Oeste de la punta en que yo estaba, Norte y Sur, a las cuatro, mi diferencia de mil doscientas leguas de derrotero eran $34'$ en la popa del navío. La diferencia de las observaciones hechas el 3 por M. Verron han sido, en el mismo momento, de $1^{\circ} 12'$ en la proa del navío.

Arribo a la isla de Francia.— Dimos vista a la isla Redonda el 7 a mediodía; a las cinco de la tarde estábamos Norte a Sur de su centro. Tiramos un cañonazo

(1) Isla situada en pleno Indico, a $63^{\circ} 30'$ de longitud Este del meridiano de Greenwich y 20° de latitud Sur, no lejos de la isla de Francia. Es inglesa, como la isla Mauricio. (*N. de la T.*)

al obscurecer, esperando que se encendería el fuego de la punta de los Cañoneros; pero este fuego, mencionado por M. D'Après en su instrucción, no se enciende ya; de modo que, después de haber doblado el rincón de Mire, que se puede costear tan cerca como se quiera, me encontré muy embarazado para evitar el bajo peligroso que avanza más de media legua a la altura de la punta de los Cañoneros. Costeé a fin de mantenerme a sotavento del puerto, tirando de tiempo en tiempo un cañonazo; en fin, entre once y doce de la noche, llegó a bordo uno de los pilotos del puerto sostenidos por el rey.

Peligro que corre la fragata. — Me creía fuera de inquietud, y le había entregado la conducción del navío, cuando, a las tres y media, nos encalló cerca de la bahía de las Tumbas. Por dicha no había mar, y la maniobra que hicimos para tratar de desprendernos tuvo éxito; aunque se concibe qué dolor mortal hubiese sido para nosotros, después de tantos peligros necesarios felizmente evitados, venir a encallar en el puerto por culpa de un ignorante, al que la ordenanza nos obligaba a entregarnos. Nos zafamos con cuarenta y cinco pies de nuestra falsa quilla, que fueron arrancados.

Avisos náuticos. — Este accidente, del que estuvo en poco que fuésemos víctimas, me puso en el caso de hacer la reflexión siguiente: Cuando se vaya a la isla de Francia (1) y se vea que de día no se puede alcanzar la entrada al puerto, la prudencia exige que

(1) La isla de Francia es hoy la isla Mauricio, y pertenece a los ingleses. (*N. de la T.*)

pronto se tome la resolución de no aventurarse demasiado cerca de tierra. Conviene sostenerse por la noche fuera y a sotavento de la isla Redonda, no a la capa, sino costeanado con todo el trapo posible a causa de las corrientes. Por lo demás, hay fondeadero entre las islitas; hemos encontrado allí de treinta a treinta y cinco brazas, fondo de arena; pero sólo en caso de extrema necesidad se debe fondear.

Escala en la isla de Francia.—El 8, por la mañana, entramos en el puerto, donde estuvimos amarrados durante el día. La *Estrella* pareció a las seis de la tarde, y no pudo entrar hasta el día siguiente. Nos encontramos estar en retardo un día, y allí volvimos a tomar la fecha de todo el mundo (1).

Detalles de lo que allí hicimos.—Desde el primer día envié todos mis enfermos al hospital, di el estado de mis necesidades en víveres y aparejos del navío y trabajamos en seguida para disponer la fragata para ser carenada. Tomé todos los obreros del puerto que me pudieron dar y todos los de la *Estrella*, determinado a partir tan pronto como estuviera presto. El 16 y el 18 se calzó la fragata. Encontramos los fondos carcomidos; pero la tablonería de su forro estaba tan sana como al salir del astillero.

Nos vimos obligados a cambiar aquí una parte de nuestra arboladura. Nuestro palo mayor tenía una cuña en su pie, y podría fallar tanto por ella como por la punta, cuyo eje estaba roto. Me dieron un palo mayor de una sola pieza, dos masteleros de gavia, anclas, cables

(1) Véase la nota de la página 173.

y filástica, de que estábamos absolutamente indigentes. Puse en los almacenes del Rey mis antiguos víveres, y tomé de ellos para cinco meses. Entregué igualmente a M. Poivre (1), intendente de la isla de Francia, el hierro y los clavos embarcados a bordo de la *Estrella*, mi guitarra, mi ventosa, muchos medicamentos y cierta cantidad de efectos que ya eran inútiles para nosotros y de los que esta colonia tenía necesidad. Di también a la legión veintitrés soldados, que me pidieron ser incorporados. Messieurs De Commerçon y Verron consintieron igualmente en diferir su regreso a Francia; el primero, para examinar la historia natural de estas islas y la de Madagascar; el segundo, para poder ir a observar a la India el paso de Venus; me pidieron, además, a M. De Romainville, ingeniero, y algunos jóvenes voluntarios y timoneles para la navegación a las Indias.

Pérdida de dos oficiales.—No era poca fortuna, después de un tan largo viaje, hallarse todavía en estado de enriquecer esta colonia de hombres y de efectos necesarios. El gozo que con ello experimenté fué cruelmente alterado por la pérdida que tuvimos del caballero Du Bouchage, insignia de navío, sujeto de mérito distinguido, que unía a los conocimientos que forman al marino, todas las cualidades del corazón y del espíritu que hacen un hombre precioso a sus amigos. Los cuidados afectuosos y la habilidad de M. De la Porte, nuestro cirujano mayor, no pudieron salvarlo; murió en mis brazos el 19 de noviembre, de una di-

(1) Véase la página 65.

sentería que había comenzado en Batavia. Pocos días después, un joven, hijo de M. Le Moyne, comisario ordenador de Marina, embarcado conmigo voluntario y nombrado desde hacía poco guardia marina, murió del pecho.

Admiré en la isla de Francia las fraguas que han sido establecidas allí por MM. De Rostaing y Hermans. Hay pocas tan hermosas en Europa, y el hierro que fabrican es de primera calidad. No se sabe la constancia y habilidad que han sido necesarias para perfeccionar este establecimiento, y los dispendios que ha costado. Tiene actualmente novecientos negros, de los que M. Hermans ha sacado y hecho instruir un batallón de doscientos hombres, entre los cuales se ha establecido el espíritu de cuerpo. Son entre sí muy delicados en la elección de sus camaradas, y rehusan admitir a los que han cometido la menor bellaquería. ¿Cómo puede emparejarse el honor con la esclavitud?

Diciembre de 1768. — Durante nuestra estancia gozamos constantemente del más hermoso tiempo. El 5 de diciembre el cielo comenzó a cubrirse de grandes nubes; las montañas, de bruma; todo anunciaba la estación de las lluvias y la aproximación del huracán que se deja sentir en estas islas casi todos los años. El 10 estaba presto a darme a la vela; la lluvia y el viento contrario no me lo permitieron. No pude aparejar hasta el 12 por la mañana, dejando a la *Estrella* en el momento de ser carenada. Este barco no podía hallarse en estado de salir antes de fines de mes, y nuestra unión era ya inútil en lo sucesivo. Esta fusta, salida de la isla de Francia a fines del mes de diciembre, ha lle-

gado a Francia un mes después que yo. A mediodía tomé mi punto de partida a la latitud austral observada de 20° 22', y a 54° 40' de longitud al Este de París.

Derrotero hasta el Cabo de Buena Esperanza. — El tiempo fué, de otra parte, muy encapotado, con chaparrones y lluvia. No pudimos dar vista a la isla de Borbón (1). A medida que nos alejábamos, el tiempo se hizo más hermoso. El viento era favorable y fresco; pero bien pronto nuestro nuevo palo mayor nos causó las mismas inquietudes que el primero. Describía en la punta un arco tan considerable, que no me atreví a servirme del juanete mayor ni llevar muy alta la gavia.

Mal tiempo que sufrimos. — Desde el 22 de diciembre hasta el 8 de enero tuvimos constantemente viento contrario, mal tiempo o calma. Estos vientos de Oeste eran, me decían, sin ejemplo aquí en esta estación. No nos molestaron menos de quince días seguidos, que pasamos a la capa o costeano con mar muy gruesa. Dimos vista a la costa de Africa antes de haber sondado. Cuando dimos vista a esta tierra, que tomamos por el cabo de los Bajos, no teníamos fondo. El 30 encontramos setenta y ocho brazas, y desde este día nos sostuvimos en el banco de las Agujas, viendo casi continuamente la costa. Bien pronto nos encontramos varios navíos holandeses de la flota de Batavia. El aviso había partido el 20 de octubre y la flota el 26 de noviembre; los holandeses estaban todavía más

(1) Francesa desde 1642; hoy se llama isla de la Reunión. (N. de la T.)

sorprendidos que nosotros de estos vientos Oeste, que soplaban a despecho de la estación.

Avisos náuticos. — En fin; el 8 de enero por la mañana dimos vista al cabo Falso, y poco después a las tierras del Cabo de Buena Esperanza. Observaré que a cinco leguas al Este-Sureste del cabo Falso hay una roca sumergida muy peligrosa; que al Este del Cabo de Buena Esperanza hay un arrecife que avanza más de un tercio de legua a alta mar, y al pie del Cabo mismo, una roca que avanza a alta mar a la misma distancia. Alcancé un navío holandés que había advertido por la mañana y recogí velas para no rebasarle, a fin de seguirle en caso de que quisiese entrar de noche. A las siete de la tarde recogió juanetes, bonetes y hasta sus gavias; entonces me hice a la mar, y costeeé toda la noche con un viento de Sur, frescachón, variable del Sur-Sureste al Sur-Suroeste.

Al amanecer las corrientes nos habían arrastrado cerca de nueve leguas al Oeste-Noroeste; el navío holandés estaba a más de cuatro leguas a nuestro sota-vento. Hubo que forzar velas para ganar lo que habíamos perdido; así, los que hayan de pasar la noche al paio, con la intención de entrar de día en la bahía del Cabo, harán bien poniéndose a través con la punta oriental del Cabo de Buena Esperanza, manteniéndose casi a tres leguas de tierra; en esta posición, las corrientes los habrán puesto en buena postura para entrar temprano. A las nueve de la mañana fondeamos en la bahía del Cabo, a la entrada de la rada, y ancoramos Norte-Nordeste y Sur-Sureste. Había aquí catorce grandes navíos de todas las naciones, y arribaron otros

varios durante nuestra estancia; M. Carteret había salido de allí el día de Reyes. Saludamos con quince cañonazos a la ciudad, que nos devolvió igual número.

Escala en el Cabo de Buena Esperanza. — Tuvimos ocasión de loar al gobernador y a los habitantes del Cabo de Buena Esperanza; se desvivieron por procurarnos lo útil y lo agradable. No me detengo a describir esta plaza, que todo el mundo conoce. El Cabo depende inmediatamente de Europa y no está bajo la dependencia de Batavia, ni para la administración militar y civil, ni para el nombramiento de los empleos. Basta haber ejercido uno en el Cabo para no poder desempeñar ninguno en Batavia. No obstante, el Consejo del Cabo se corresponde con el de Batavia para los negocios de comercio. Está compuesto de ocho personas, de cuyo número forma parte el gobernador, que es su presidente. El gobernador no entra en el Consejo de Justicia, que preside el comandante segundo; únicamente firma las sentencias de muerte.

Hay un puesto militar en Bahía Falsa y otro en la bahía de Saldaña. Esta última, que forma un puerto soberbio, al abrigo de todos los vientos, no ha podido convertirse en capital porque no tiene agua. Se trabaja ahora en aumentar el establecimiento de Bahía Falsa, en donde los navíos fondean durante el invierno, cuando la bahía del Cabo está prohibida. Se encuentran los mismos recursos y tan baratos como en el Cabo. Hay por tierra ocho leguas de mal camino de uno de estos lugares al otro.

Detalles del viñedo de Constanza. — Casi a mitad del camino entre ambos está el cantón de Constanza,

que produce el famoso vino de este nombre. Este viñedo, donde se cultivan plantas de moscatel de España, es muy pequeño; pero es falso que pertenezca a la Compañía y que esté, como se cree, rodeado de muros y guardado. Se divide en Constanza Alta y Constanza Pequeña, separados por un seto, y pertenecen a dos propietarios diferentes. El vino que se obtiene es casi igual en calidad, aunque cada una de las dos Constanzas tenga sus partidarios. Se obtiene en año corriente de ciento veinte a ciento treinta barricas (1) de este vino, del que la Compañía toma un tercio a precio de tarifa; el resto se vende a los compradores que se presenten. El precio actual es de treinta piastras el *alvrame* o barril de setenta botellas de vino blanco; treinta y cinco piastras el *alvrame* de tinto. Mis camaradas y yo fuimos a comer a casa de M. de Vanderspie, propietario del alto Constanza. Nos trató con esplendidez, y bebimos mucho de su vino, tanto al cenar cuanto probando las diferentes clases para hacer nuestras compras.

El terreno de Constanza, en dulce pendiente, es de un aluvión con grava. La viña se cultiva sin rodrigones, y está dispuesta en cepas. El vino se hace poniendo en la cuba los racimos desgranados. Los barriles llenos se conservan en lagares a ras de tierra, en los que el aire tiene libre circulación. Visitamos al volver de Constanza dos casas de recreo que pertenecían al gobernador. La mayor, llamada Newland, tiene un jar-

(1) La barrica tiene, aproximadamente, 300 litros de cabida.
(N. de la T.)

dín mucho más hermoso que el de la Compañía en el Cabo. Hemos encontrado este último muy inferior a su reputación. Largas avenidas de hojaranzos muy altos le dan el aspecto de un jardín de frailes; está plantado de robles, que apenas prosperan.

Estado de los holandeses del Cabo. — Las plantaciones de los holandeses se hallan muy extendidas en toda la costa, y la abundancia es por todas partes fruto del cultivo, porque el cultivador, sometido a sus únicas leyes, es allí libre y está seguro de su propiedad. Hay habitantes hasta cerca de ciento cincuenta leguas de la capital (1); no tienen más enemigos que temer que las bestias feroces, porque los hotentotes (2) no les molestan. Una de las partes más hermosas de la colonia del Cabo, es a la que se ha dado el nombre de *pequeña Rochelle*. Es un poblado de franceses expulsados de su patria por la revocación del edicto de Nantes (3). Sobrepuja a todas las demás por la fecun-

(1) Como se advierte, cuando Bougainville visitó el Cabo era colonia holandesa. La capital, hoy Capetown, fué fundada por los holandeses en 1650, tomada por los ingleses en 1795, devuelta a Holanda, en virtud de la paz de Amiens, en 1802 y tomada de nuevo por los ingleses en 1806. (*N. de la T.*)

(2) Los hotentotes son un pueblo negro habitante de la Colonia del Cabo. Parecen de distinto tronco que los Bantu, el gran pueblo negro del África central, por ser más altos y más oscuros de color. (*N. de la T.*)

(3) El famoso edicto de Nantes en favor de los protestantes, por el que se reconocía a los calvinistas, entre otros, el derecho de ejercer su culto, fué dictado por Enrique IV de Francia (1598). Luis XIV lo revocó (1685). Su revocación expatrió enorme número de protestantes. (*N. de la T.*)

didad del terreno y la industria de los colonos. Han conservado a esta madre adoptiva el nombre de su antigua patria, que aman siempre por rigurosa que les haya sido.

El gobernador envía de tiempo en tiempo caravanas para visitar el interior del país. Se ha hecho una de ocho meses en 1763. El destacamento penetró en el Norte e hizo, se me ha asegurado, descubrimientos importantes; este viaje no tuvo el éxito que se prometían: el descontento y la discordia se extendieron en el destacamento y obligaron al jefe a volver sobre sus pasos, dejando sus descubrimientos sin terminar. Los holandeses habían visto una nación amarilla, cuyos cabellos son largos, y que les ha parecido muy feroz. Han encontrado en este viaje el cuadrúpedo de diez y siete pies de altura, cuyo dibujo he remitido a M. De Buffon; era una hembra que amamantaba a su cría, cuya altura no era todavía más que de siete pies. Se mató a la madre. La cría fué cogida viva; pero murió algunos días después de la marcha. Monsieur De Buffon me ha asegurado que este animal es el que los naturalistas llaman *girafa*. No se la había vuelto a ver desde la que fué llevada a Roma en tiempo de César y enseñada en el anfiteatro. Se ha encontrado también hace tres años y llevado al Cabo, donde no ha vivido más que dos meses, un cuadrúpedo de una gran belleza, que tiene del toro, del caballo y del ciervo, y cuya especie es absolutamente nueva. He remitido también a M. De Buffon el dibujo exacto de este animal, del que creo que la fuerza y la velocidad igualan a su belleza.

No sin razón ha sido llamada África la madre de los monstruos (1).

Partida del Cabo.— Provistos de buenos víveres, de vinos y de refrescos de toda especie, aparejamos de la rada del Cabo el 17 por la tarde. Pasamos entre la isla Roben (2) y la costa; a las seis de la tarde, el centro de esta isla nos demoraba al Sur-Sureste-cuarto-Sur, casi a cuatro leguas de distancia; tomé desde aquí mi punto de partida a 33° 40' de latitud Sur y 15° 48' de longitud oriental de París. Deseaba reunirme con Carteret, sobre el que tenía ciertamente una gran ventaja en la marcha; pero que tenía todavía once días de delantera sobre mí. Derroté para dar vista a la isla de Santa Elena, a fin de asegurarme la escala en la Ascensión, que había de significar la salud de mi tripulación.

Vista de Santa Elena.— Efectivamente, la dimos vista el 29, a las dos de la tarde, y el levantamiento que hicimos no nos dió de diferencia con la estima de nuestro derrotero más que de ocho a diez leguas.

Febrero de 1769.— La noche del 3 al 4 de febrero, estando en la latitud de la Ascensión y haciéndome casi a diez y ocho leguas de distancia, corrí con las dos gavias. Al amanecer vimos la isla a cerca de nueve leguas de distancia, y a las once fondeamos en la enseada del Noroeste o de la montaña de la Cruz, con doce brazas, fondo de arena y coral. Según las obser-

(1) En tiempos de Bougainville, y con excepción de la costa, el África era casi enteramente desconocida. Hasta la segunda mitad del siglo XIX no se la ha explorado debidamente. (*N. de la T.*)

(2) Isla pequeña al Noroeste de la ciudad del Cabo. (*Nota de la traductora.*)

vaciones del abate De la Caille, estábamos en este fondeadero a 7° 54' de latitud Sur y 16° 19' de longitud occidental de Paris.

Escala en la Ascensión.— Apenas hubimos lanzado el ancla hice botar los bateles y partir tres destacamentos para la pesca de la tortuga: el primero, en la ensenada del Nordeste; el segundo, en la ensenada del Noroeste, frente a la que estábamos; el tercero, en la ensenada de los Ingleses, que está al Suroeste de la isla. Todo nos prometía una pesca favorable; no había otro navío que el nuestro, la estación era ventajosa y entrábamos en Luna nueva. Tan pronto partieron los destacamentos, hice todas mis disposiciones para fijar por bajo de gaburones o gemelos mis dos mástiles mayores, a saber: el palo mayor, con un mastelero de gavia, y el palo de mesana, que estaba hendido horizontalmente entre las crucetas, con un gaburón de roble.

Me trajeron por la tarde la botella que encierra el papel en el que se inscriben ordinariamente los navíos de todas las naciones que recalán en la Ascensión. Esta botella se deposita en la cavidad de una de las rocas de esta bahía, donde está igualmente al abrigo de las olas y de la lluvia. Encontré inscrito el *Swallow*, navío inglés mandado por M. Carteret, con quien deseaba reunirme. Había llegado aquí el 31 de enero y vuelto a partir el 1 de febrero; le habíamos ganado seis días desde el Cabo de Buena Esperanza. Inscibí la *Boudeuse* y devolví la botella. El día 5 se pasó en ajustar nuestros mástiles bajo las anillas de las vergas, operación delicada en una rada donde la mar está picada, para recoger nuestros aparejos y embarcar las tortu-

gas. La pesca fué abundante; habíamos volcado en la noche setenta; pero no pudimos tomar a bordo más que cincuenta y seis, y a las demás se las puso en libertad. Observamos en el fondeadero $9^{\circ} 45'$ de variación Noroeste. El 6, a las tres de la mañana, habiendo embarcado tortugas y bateles, comenzamos a levar nuestras anclas; a las cinco nos habíamos dado a la vela, encantados de nuestra pesca y con la esperanza de que nuestro primer fondeo sería ya en nuestra patria. ¡Cuántos habíamos hecho desde nuestra partida de Brest!

Paso de la línea.— Al partir de la Ascensión me puse a barlovento para costear las islas de cabo Verde tan cerca como me fuese posible. El 11 por la mañana pasamos la línea por sexta vez en este viaje, a 20° de longitud estimada. Algunos días después, como a pesar del gaburón con que le habíamos fortificado, el mastelero de mesana hacía muy mala figura, hubo que sostenerle con quinales (1), descender el juanete de proa y tener casi siempre la gavia de proa rizada.

El 25 por la tarde advertimos un navío a barlovento; le conservamos así durante la noche, y al día siguiente nos reunimos a él: era el *Swallow* (2).

Encuentro del «Swallow».— Ofrecí a M. Carteret todos los servicios que pueden prestarse en el mar. No tenía necesidad de nada; pero sobre lo que me dijo de que se le habían entregado en El Cabo cartas para Francia, envié a buscarlas a su bordo. Me hizo presente

(1) *Quinal* es cuerda recia con que accidentalmente se alivian o reemplazan los obenques. (*N. de la T.*)

(2) Véase la nota de la página 232.

de una flecha que había recogido en una de las islas halladas en su viaje alrededor del mundo, viaje que estuvo bien lejos de suponer habíamos hecho. Su navío era muy pequeño y marchaba muy mal, y cuando nos despedimos de él le dejamos como anclado. ¡Cuánto ha debido de sufrir en una embarcación tan mala! Tenía ocho leguas de diferencia entre su longitud estimada y la nuestra; se hacía más al Oeste de esta cantidad (1).

Error en la estima de nuestro derrotero. — Contábamos pasar al Este de las islas Azores, cuando el 4 de marzo por la mañana dimos vista a la isla Tercera, que doblamos en el día, costeándola muy de cerca.

Marzo de 1769. — La vista de esta isla, suponiéndola bien situada en el gran plano de M. Bellin, nos daría casi setenta y siete leguas de error del lado Oeste en la estima de nuestro derrotero, error considerable en un trayecto tan corto como el de la Ascensión a las Azores. Es verdad que la situación de estas islas en longitud es todavía incierta. No obstante, creo que en los parajes de las islas de cabo Verde reinan corrientes

(1) El *Swallow* estaba en tan mal estado que, ya al comienzo del viaje de Wallis y Carteret, nueve marineros quisieron desertar en la isla de Madera a causa del estado del buque. Más tarde, en el estrecho de Magallanes y en puerto del Hambre, se presentó a Wallis una delegación pidiendo se mandase regresar al *Swallow* por su mal estado; pero Wallis contestó que había que cumplir las órdenes de los Lores del Almirantazgo. Después, el *Delfin*, al mando de Wallis, pudo desembocar el estrecho, y Carteret sólo lo consiguió cinco días después tras infinitos peligros. Así quedaron separados. Con barco tan malo dió Carteret la vuelta al mundo. (*N. de la T.*)

muy violentas. Por lo demás, era esencial determinar la longitud de las Azores con buenas observaciones astronómicas, y de comprobar bien la distancia de unas a otras y su situación recíproca. Nada de esto está con precisión en las Cartas de ninguna nación. No difieren más que por el mayor o menor error. Este respecto importante acaba de ser llenado por M. De Fleurieu, insignia de navío del Rey. Corregí mi longitud al abandonar la Tercera, sobre la que asigna a esta isla la Carta a gran escala de M. Bellin. Tuvimos fondo el 13 por la tarde, y el 14 por la mañana dimos vista a Ouessant.

Vista de Ouessant. — Como los vientos eran flojos y la marea contraria para doblar esta isla, nos vimos obligados a hacernos a la mar; los vientos eran a Oeste, frescachones, y la mar muy gruesa. Cerca de las diez de la mañana, con un chaparrón violento, se rompió la verga de mesana entre las dos poleas de driza, y la vela mayor fué en el instante desrelingada de una a otra punta. Nos pusimos en seguida a la capa con la vela mayor de estay, el foque pequeño y el foque de popa, y trabajamos para recomponernos.

Racha de viento que nos desapareja. — Envergamos una vela mayor nueva, rehicimos una verga de mesana con la verga de trinquete, una verga del mastelero mayor de gavia y un juanete exterior de bonetas, y a las cuatro de la tarde nos encontramos en estado de darnos a la vela. Habíamos perdido de vista Ouessant, y durante la capa, el viento y el mar nos habían hecho derivar hacia la Mancha.

Arribada a Saint-Malo. — Determinado a entrar en Brest, había tomado el partido de costear con

vientos variables del Suroeste al Noroeste, cuando el 15 por la mañana me vinieron a advertir que el palo de mesana amenazaba rompersè por bajo del gaburón. La sacudida que había recibido en la rotura de su verga había aumentado su daño, y aunque hubiésemos aliviado la punta bajando su verga, rizando en la mesana y poniendo el velacho bajo a tono con todos sus rizos, reconocimos después de un examen atento que este palo no resistiría mucho tiempo al vaivén que la mar gruesa nos hacía experimentar; por otra parte, todas nuestras maniobras y poleas estaban podridas, y no las teníamos de recambio. ¿Con qué medios, en estado semejante, combatir entre dos costas contra el tiempo borrascoso del equinoccio? Tomé, pues, el partido de navegar viento en popa y de conducir la fragata a Saint-Malo. Era entonces el puerto más próximo que pudiese servirnos de asilo. Entré el 16 por la tarde, habiendo perdido únicamente siete hombres durante dos años y cuatro meses transcurridos desde nuestra salida de Nantes.

Puppibus et læti Nautæ imposuere coronas.

(VIRG., *Æneid.*, lib. IV.)

NOTA. — De ciento veinte hombres de que estaba compuesta la tripulación de M. De la Giraudais, no ha perdido más que dos de enfermedad durante el viaje. Ha vuelto a Francia el 14 de abril, un mes justo después que nosotros.

FIN DEL «VIAJE ALREDEDOR DEL MUNDO»

BIBLIOGRAFÍA

MANUSCRITOS. — *Voyage autour du monde par les vaisseaux du roi «La Boudeuse» et «L'Étoile» en 1766, 1767, 1768 et 1769* (con cartas manuscritas). En folio menor; encuadernado.

— Fresche (Pierre), *Journal de navigation pour servir à moi, Charles Felix-Pierre Fresche*, volontaire sur la frégate du roi *La Boudeuse*, commandée par M. le Chevalier de Bougainville, capitaine de vaisseau, armée en partie à Nantes, en partie à Brest, dans l'année 1766; ladite frégate montant vingt-six pièces de canon de douze et deux-cent-vingt hommes d'équipage, destinée pour faire le tour du monde, comencé le 4 octobre 1766. Tres cuadernos en 4.º (Conservado en la biblioteca del Museo de París.)

— Commerçon (Philibert), *Mémoires pour servir à l'histoire du voyage fait autour du monde par les vaisseaux du roi «La Boudeuse» et «L'Étoile» pendant les années 1766-1768*. Siete cuadernos en folio, redactados por ..., D. M. et médecin naturaliste envoyé du roi et de l'Académie Royale des Sciences de Paris; con dibujos, cartas y planos hechos a pluma. (Conservadas en la biblioteca del Museo de París.)

MANUSCRITO. — Vives, *Journal manuscrit du voyage autour du monde*, al mando de Bougainville.

TEXTO IMPRESO. — *Voyage autour du monde par la frégate «La Boudeuse» et la flûte «L'Étoile»*. París, en 4.º, 1771. Dos volúmenes en 8.º, 1772.

APÉNDICES

VOCABULARIO DE LA ISLA DE TAITI

A

<i>A Bobo</i>	Mañana.
<i>Aibu</i>	Venid.
<i>Ainé</i>	Muchacha.
<i>Aipa</i>	El término de negación «no hay».
<i>Aiuta</i>	Hay.
<i>Aneania</i>	Importuno, enfadoso.
<i>Apalari</i>	Romper, destruir.
<i>Ari</i>	Coco.
<i>Ariua</i>	Célibe, y hombre sin hijos.
<i>Ateatea</i>	Blanco.
<i>Auau</i>	Término de desprecio, de desagrado.
<i>Auereré</i>	Negro.
<i>Auero</i>	Huevo.
<i>Auira</i>	Relámpago.
<i>Auri</i>	Hierro, oro, plata, todo metal o instrumento de metal.
<i>Autti</i>	Pez volador.

B

<i>Boho</i>	Cráneo.
-------------------	---------

No conozco ninguna palabra que empiece por nuestras letras consonantes *C* y *D*.

E

<i>Ea</i>	Raíz.
<i>Eai</i>	El fuego.
<i>Eaia</i>	Peluca.
<i>Eaibu</i>	Fango.
<i>Eame</i>	Bebida hecha con el coco.
<i>Eani</i>	Todos los modos de pelear.
<i>Eao</i>	Las nubes, o flores no abiertas.
<i>Eatua</i>	La divinidad. La misma palabra expresa también a sus ministros, así como los genios subalternos, malhechores o maléficos.
<i>Eeabu-maa</i>	Vasija que sirve para poner la comida.
<i>Eeva</i>	Luto.
<i>Eie</i>	Vela de piragua.
<i>Eite</i>	Oír.
<i>Eiva-cura</i>	Danza o fiesta de los taitianos.
<i>Eivi</i>	Pequeño.
<i>Elao</i>	Mosca.
<i>Emaa</i>	Honda.
<i>Emao</i>	Tiburón, y también morder.
<i>Emeite</i>	Dar.
<i>Emoe</i>	Dormir.
<i>Emure-papa</i> ...	Árbol de que obtienen el algodón o la borra para sus telas.
<i>Enapo</i>	Ayer.
<i>Enene</i>	Descargar.
<i>Enia</i>	Dentro, sobre.
<i>Enninnito</i>	Estirarse al bostezar.
<i>Enoanoa</i>	Oler bien.
<i>Enomua</i>	Término para llamar: «venid aquí».
<i>Enoo-te-papa</i> ...	Sentaos.
<i>Enua</i>	La tierra y sus diferentes partes.
<i>Enua París</i>	El país de París.
<i>Enua Taiti</i>	El país de Taiti.

<i>Eo</i>	Sudar.
<i>Eoe-pai</i>	Bichero o remo.
<i>Eoe-tea</i>	Flecha.
<i>Eone</i>	Arena, polvo.
<i>Eote</i>	Besar.
<i>Eona</i>	Grano o verruga.
<i>Epao</i>	Vapor luminoso que va por el cielo, que el pueblo llama <i>estrella errante</i> . En Taiti se los mira como genios maléficos.
<i>Epata</i>	Chasquido de lengua para llamar a la mujer.
<i>Epepe</i>	Mariposa.
<i>Epia</i>	Cebolla.
<i>Epumaa</i>	Silbato; sirve para llamar a las comidas.
<i>Epuoni</i>	Soplar el fuego.
<i>Epure</i>	Plegaria.
<i>Eputa</i>	Herida; también expresa la cicatriz.
<i>Era</i>	Sol.
<i>Era-uao</i>	Sol naciente.
<i>Era-uavatea</i> ...	Sol a mediodía.
<i>Era-uopo</i>	Ponerse el Sol.
<i>Erai</i>	El cielo.
<i>Erepo</i>	Sucio.
<i>Eri</i>	Rey.
<i>Erie</i>	Real.
<i>Ero</i>	Hormiga.
<i>Eroi</i>	Lavar, limpiar.
<i>Eroleva</i>	Pizarra.
<i>Erua</i>	Agujero.
<i>Erue</i>	Vomitir.
<i>Erupe</i>	Paloma azul de una especie muy grande, semejante a las que tienen en casa del mariscal de Soubise.
<i>Etao</i>	Arrojar.
<i>Etae</i>	Llorar.
<i>Ete</i>	El mar.
<i>Eteina</i>	Hermano o hermana mayor.
<i>Eter</i>	Ir.

<i>Eter-maine</i>	Volver.
<i>Etio</i>	Ostra.
<i>Etipi</i>	Cortar, cortado.
<i>Etouo</i>	Raspar.
<i>Etua</i>	Hacha.
<i>Etuana</i>	Hermana o hermano más pequeño.
<i>Etumu</i>	Tórtola.
<i>Etuna</i>	Anguila.
<i>Eua</i>	Robar, esconder.
<i>Eue</i>	Lluvia.
<i>Eui</i>	Eructar.
<i>Eunoa</i>	Nuera, hijastra.
<i>Eunu</i>	Tortuga.
<i>Euramai</i>	Luz.
<i>Euri</i>	Danzante.
<i>Euriage</i>	Bailarina.
<i>Evai</i>	Agua.
<i>Evaie</i>	Húmedo.
<i>Evaine</i>	Mujer.
<i>Evana</i>	Arco.
<i>Evare</i>	Casa.
<i>Evarúa-t-eatúa</i> ..	Salva que se hace a las personas que estor- nudan, y que quiere decir que el mal genio no te duerma, o que el buen genio te des- pierte.
<i>Evero</i>	Lanza.
<i>Evetu</i>	Estrella.
<i>Evetu-eave</i>	Cometa.
<i>Evi</i>	Fruto ácido, semejante a una pera, especial de Taiti.
<i>Evuvo</i>	Flauta.

Las palabras siguientes se pronuncian e larga como la η de los griegos:

<i>Eieie</i>	Cesta.
<i>Ereú-tataú</i>	Color para picar; es el que sirve para estos ca-

racteres imborrables que se imprimen en diferentes partes del cuerpo. [Tatuaje.]

Eriri y eariri.... Enfadarse, estar colérico.

Eti..... Figuras de madera que representan genios subalternos, y se llaman etitán o etitén, según que estos genios sean del sexo masculino o femenino. Estas figuras sirven para las ceremonias religiosas, y los taitianos tienen varias en sus casas.

Eu..... Pedo; los taitianos le tienen en horror.

Euu..... Mejillón.

No conozco ninguna palabra que empiece con las consonantes *F* y *G*.

H

Horreo..... Sonda hecha con las conchas más pesadas; se pronuncia como si hubiese una *h* delante de la *o*.

I

Iore..... Rata.

Iroto..... Dentro.

Iruarua..... Fatigar.

Ivera..... Caliente.

No conozco más que una palabra que empiece con la consonante *L*; es

Lamolu..... Los labios.

M

Maa Comer.

Maea Niños gemelos.

Maeo Rascar, concomerse.

Maglli..... Frío.

<i>Mai</i>	De más; se dice también <i>mene</i> ; es un adverbio de repetición; <i>etere</i> , ir; <i>eteremai</i> , ir una segunda vez, volver.
<i>Mala</i>	Más.
<i>Malama</i>	La Luna.
<i>Malu</i>	Considerable, grande.
<i>Mama</i>	Ligero.
<i>Mamai</i>	Enfermo.
<i>Manoa</i>	Buen día; servidor; expresión de educación o amistad.
<i>Manu</i>	Pájaro, ligero.
<i>Mao</i>	Esmerejón para la pesca.
<i>Matai</i>	Viento.
<i>Mataimalac</i> ...	Viento de Este o de Sureste.
<i>Mataiauerai</i> ...	Viento de Oeste o de Suroeste.
<i>Matao</i>	Anzuelo.
<i>Matapo</i>	Tuerto y bizco.
<i>Matari</i>	Las Pléyades.
<i>Matie</i>	La hierba.
<i>Mato</i>	Montaña.
<i>Mate</i>	Matar.
<i>Mea</i>	Cosa.
<i>Meia</i>	Bananero, banana.
<i>Metua</i>	Padres; <i>metua-tane</i> o <i>cura</i> , padre; <i>metua-ene</i> o <i>erao</i> , madre.
<i>Mimi</i>	Orinar.
<i>Moa</i>	Gallo, gallina.
<i>Moea</i>	Trenza.
<i>Mona</i>	Buena, buen.
<i>Moreu</i>	Calma; tiempo sin viento.
<i>Motua</i>	Nieto.

N

<i>Nate</i>	Dar.
<i>Nie</i>	Vela de barco.
<i>Niuniu</i>	Narciso.

O

<i>Oai</i>	Murallas y piedras.
<i>Oete</i>	Abrir.
<i>Oorah</i>	La pieza de tela en que se envuelven.
<i>Ooroa</i>	Generoso, dadivoso.
<i>Opupui</i>	Beber.

P

<i>Paoro</i>	Concha, nácar.
<i>Papa</i>	Madera; asiento y todo mueble de madera.
<i>Papanit</i>	Cerrar, tapar.
<i>Parue</i>	Vestido, tela.
<i>Pātara</i>	Abuelo.
<i>Patiri</i>	Trueno.
<i>Pe</i>	Piragua.
<i>Pea</i>	Bastante.
<i>Picha</i>	Cofre.
<i>Pirara</i>	Pez.
<i>Piripiri</i>	Negativo; avaro que no da nada.
<i>Piriua</i>	Cojo.
<i>Piropiro</i>	Hedor de los excrementos.
<i>Po</i>	Día.
<i>Poe</i>	Perla, pendiente.
<i>Poria</i>	Rollizo, fresco, robusto, de buena vista.
<i>Porotata</i>	Perrera.
<i>Poto</i>	Pequeño, exiguo.
<i>Pua</i>	Para, a.
<i>Puaa</i>	Cerdo, jabalí.
<i>Puari</i>	Obscuro.
<i>Puerata</i>	Flores.
<i>Pupui</i>	A la vela.
<i>Putā</i>	Herida.

No conozco ninguna palabra que empiece con la letra Q.

R

<i>Ratira</i>	Viejo, de edad.
<i>Re</i>	Grande, gordo, considerable.
<i>Roa</i>	Grueso, fuerte, gordo.
<i>Rwa</i>	Hilo.

No conozco ninguna palabra que empiece con la letra *S*.

T

<i>Tame</i>	Enemigo, en guerra.
<i>Tane</i>	Hombre, marido.
<i>Taotiti</i>	Nombre de la gran sacerdotisa obligada a la virginidad. Tiene en el país la mayor consideración.
<i>Tapore</i>	Pegar, maltratar.
<i>Tara-tane</i>	Mujer casada.
<i>Taua-me</i>	Médico.
<i>Taumi</i>	Gola para las ceremonias.
<i>Taumta</i>	Adorno de cabeza.
<i>Taura</i>	Cuerda.
<i>Tata</i>	Hombre.
<i>Tatue</i>	El acto de la generación.
<i>Tearea</i>	Amarillo.
<i>Teo</i>	Amigo.
<i>Tero</i>	Negro.
<i>Tete</i>	Salado.
<i>Tetuarè</i>	Mujer opilada.
<i>Teuteu</i>	Criado, esclavo.
<i>Tiare</i>	Flores blancas que llevan como pendientes.
<i>Tinatore</i>	Serpiente.
<i>Titi</i>	Tobillo.
<i>Tometi</i>	Niño.
<i>Toni</i>	Grito para llamar a las muchachas. Se añade <i>peio</i> , de pronunciación larga, o <i>pijo</i> , pronun-

ciado suavemente, como la *j* española. Si la muchacha se da un golpe en la parte exterior de la rodilla, es que rehusa; pero si ella dice *enomúa*, es expresión de su consentimiento.

<i>Toto</i>	Sangre.
<i>Tuene</i>	Hermano y hermana, añadiendo la palabra que distingue el sexo.
<i>Tuapuu</i>	Jorobado.
<i>Tubabau</i>	Llorar.
<i>Tuie</i>	Delgado.
<i>Tumaay</i>	Acción de hacer armas. Con un pedazo de madera armado de puntas hechas con materias más duras que la madera. Se colocan como para atacar.
<i>Tupanoa</i>	Abrir ventana o puerta.
<i>Tura</i>	Fuera.
<i>Turutoto</i>	Viejo decrépito.
<i>Tute</i>	Hacer sus necesidades.
<i>Tutè</i>	Excrementos.
<i>Tutua-papa</i> ...	Luz de los grandes; <i>eiao-papa</i> , alumbrado del pueblo.
<i>Twa</i>	Fuerte, poderoso, malhechor.

U

<i>Ualilo</i>	Robar, esconder.
<i>Uanao</i>	Parir.
<i>Uaora</i>	Curar o curado.
<i>Uare</i>	Escupir.
<i>Uatere</i>	Timonero.
<i>Uaura</i>	Penacho de plumas.
<i>Ueneo</i>	Esto no huele bien; infecto.
<i>Uera</i>	Caliente.
<i>Uetopa</i>	Perder, perdido.
<i>Uhi</i>	He.
<i>Uope</i>	Maduro, en madurez.

<i>Upuni</i>	Ventana.
<i>Ura</i>	Rojo.
<i>Uri</i>	Perro y cuadrúpedos.

V

<i>Vareva</i>	Bandera que se lleva ante el Rey y los principales.
---------------------	---

No conozco ninguna palabra con X, Y y Z.

NOMBRES DE LAS DIFERENTES PARTES DEL CUERPO

<i>Allelo</i>	La lengua.
<i>Aoao</i>	El corazón.
<i>Apurima</i>	La palma de la mano.
<i>Arapoa</i>	Garganta, gáznate.
<i>Aua</i>	Muslos.
<i>Aupo</i>	La coronilla.
<i>Boho</i>	Cráneo.
<i>Eaiu</i>	Las uñas.
<i>Eane</i>	Piernas.
<i>Eniu</i>	Los dientes; <i>enia</i> , palillo de dientes. Los hacen de madera.
<i>Eomo</i>	Clitoris.
<i>Erao</i>	Sexo de la mujer.
<i>Erima</i> ...	La mano.
<i>Etaponc</i>	Los hombros.
<i>Etapue</i>	Pie.
<i>Etaa</i>	Mandíbula.
<i>Etoe</i>	Nalgas.
<i>Etua</i>	La espalda.
<i>Eu</i>	Mamilas, pezones.

<i>Eiu</i>	La nariz.
<i>Eua</i>	Testículos.
<i>Eure</i>	Sexo del hombre.
<i>Euttu</i>	La cara.
<i>Lamulu</i>	Los labios.
<i>Mata</i>	Los ojos.
<i>Obu</i>	El intestino.
<i>Papauru</i>	Los carrillos.
<i>Pito</i>	Omblico.
<i>Taah</i>	Barbilla.
<i>Taria</i>	Las orejas.
<i>Tine</i>	Vientre.
<i>Tutaba</i>	Glándulas inguinales.
<i>Umi</i>	La barba.
<i>Uru</i>	Los cabellos.

NÚMEROS

<i>Ate</i>	Uno.
<i>Arua</i>	Dos.
<i>Atoru</i>	Tres.
<i>Aheha</i>	Cuatro.
<i>Erima</i>	Cinco.
<i>Auno</i>	Seis.
<i>Ahitu</i>	Siete.
<i>Awaru</i>	Ocho.
<i>Ahiva</i>	Nueve.
<i>Auru</i>	Diez.

No tienen palabras para expresar *once*, *doce*, etc.

Vuelven a contar *ate*, *aru*, etc., hasta veinte, que dicen *atetao*.

<i>Atetao-mala-ate</i>	Veintiuno (o veinte más uno).
<i>Atetao-mala-aru</i>	Treinta (es decir veinte más diez).
<i>Arua-tao</i>	Cuarenta.

- Arua-tao-mala-atoru...* Cuarenta y tres.
Arua-tao-mala-auru... Cincuenta (o cuarenta más diez).

No he podido hacer contar a Aoturu más allá de este último número.

NOMBRES DE PLANTAS

<i>Amiami</i>	Cotiledón.
<i>Amoa</i>	Helecho.
<i>Aute</i>	Rosa.
<i>Eaao</i>	Caña de azúcar.
<i>Eaere</i>	Sauce llorón.
<i>Eape</i>	Arum de Virginia (1).
<i>Eatu</i>	Lirio.
<i>Eea</i>	Peras.
<i>Eoi</i>	Añil, índigo.
<i>Eoe</i>	Bambú.
<i>Eora</i>	Azafrán de las Indias. (<i>Curcuma longa</i> .)
<i>Eotonutu</i>	Higos.
<i>Epu</i>	Ruibarbo.
<i>Eraca</i>	Castañas de Indias y castañas.
<i>Erea</i>	Gengibre (2).
<i>Etar</i>	Arum violeta (3).
<i>Eti</i>	Sangre de drago.
<i>Etiare</i>	Pasionaria.
<i>Etutu</i>	Rivina.

(1) Es la *Colocasia macrorrhiza*, cuyo valor alimenticio es inferior al del *taro* o *C. antiquorum*. (N. de la T.)

(2) El gengibre (*Zingiber officinale*, Rox) se emplea como estimulante por el aceite esencial aromático de su rizoma. Hay otra especie, el *Zingiber Zerumbet*, en taitiano *moeraru*, poco empleada. (N. de la T.)

(3) El *taro* o *etar* de los polinesios es la *Colocasia antiquorum*, cultivada de muy larga fecha en todas las regiones tropicales y subtropicales del mundo, a causa de sus tubérculos comestibles, muy ricos en fécula (33 por 100). En Taiti se cultivan mucho (N. de la T.)

<i>Eui</i>	Ñame.
<i>Mati</i>	Uvas.
<i>Mererao</i>	Zumaque de tres hojas.
<i>Oporo-maa</i>	Pimienta.
<i>Purau</i>	Rosa de Cayena.
<i>Toruare</i>	Heliotropo.

Tienen una especie de artículo (1), que representa nuestros artículos (1) *a* y *de*, es la palabra *te*. Así, dicen *parue-te-Aoturu*, el vestido de Aoturu; *maa-te-Eri*, la comida de los reyes.

Los ingleses han inserto un Vocabulario de la lengua de Taiti a continuación de la relación del viaje que han hecho en 1769. Este Vocabulario es menos extenso que el mío y guarda diferencias con él en las mismas palabras. Es, en verdad, fácil de ver que una parte de estas diferencias procede de las que existen entre las lenguas francesa e inglesa, en sí mismas y en su pronunciación. No daré razón de las otras diferencias que se encuentran; creemos haber oído bien y acertado a traducir los sonidos que varias veces hemos escuchado; los ingleses están, sin duda, persuadidos de lo mismo. A los taitianos toca juzgarnos.

La observación más esencial es la siguiente: Dije ya que una parte de las palabras de la lengua taitiana de nosotros conocidas se encuentran en el *Vocabulario de la lengua de las islas de los Cocos*, inserto a continuación del viaje de Le Maire, y referido después que en las primeras islas que hemos descubierto al salir de Taiti no hablaban ya la misma lengua, y que Aoturu había hecho inútiles esfuerzos para ser entendido de los habitantes. No obstante, los ingleses, en su último viaje, han comprobado que el lenguaje de los habitantes de Nueva Zelanda es casi el mismo que el de los taitianos. Dicen que, en su opinión, la diferencia entre estos dos lenguajes es menos sensible que la que de varias provincias de Inglaterra tienen en sus idiomas. Hay, pues, el derecho de concluir que estos pueblos tienen un origen común. Esta idea interesante está desenvuelta en una Memoria que, con motivo del Vocabulario de Taiti, me ha enviado M. Court de Jebelin, de la Acade-

(1) Así en el original francés.

mia de la Rochelle, sabio de una profunda erudición en las lenguas. Le he exhortado mucho a que publique en uno de nuestros diarios esta Memoria, con la que me parece probar que la lengua de Taiti tiene grandes analogías con la malaya, y, por consecuencia, que la mayor parte de las islas del mar del Sur han sido pobladas por emigraciones procedentes de las Indias orientales.

Añado aquí algunas reflexiones de M. Pereire que M. De la Condamine me ha comunicado, y en las que he suprimido varios artículos que no contenian más que preguntas o dudas.

OBSERVACIONES

SOBRE LA ARTICULACIÓN DEL INSULAR DEL MAR DEL SUR QUE M. DE BOUGAINVILLE HA TRAÍDO DE LA ISLA TAITI, Y SOBRE EL VOCABULARIO QUE HA FORMADO DEL LENGUAJE DE ESTA ISLA, POR M. PEREIRE, DE LA REAL SOCIEDAD DE LONDRES, INTÉRPRETE DEL REY

Habiéndome hecho el honor M. De la Condamine de invitarme a ir con él a examinar el lenguaje de este extranjero, que se le había pintado como muy extraordinario, hemos ido a verle juntos el 25 de abril de 1769.

Como me habían dicho que no podía pronunciar el francés, mi primer cuidado ha sido tratar de reconocer cuáles eran los sonidos de esta lengua que le eran difíciles. He comenzado, pues, por hacerle oír sucesivamente todos los sonidos de que nos servimos, y he observado con sorpresa que, a pesar del deseo que tenía por imitarlos, no ha podido absolutamente articular ninguna de las consonantes con que comienzan las sílabas *ca, da, fa, ga, sa* y *za*, como tampoco el sonido que se llama *l* doble, ni ninguna de las vocales llamadas nasales. No es esto todo: no ha sabido hacer distinción entre las articulaciones *cha* y *ja*, y ha pronunciado imperfectamente la *b* y la *l* ordinaria, y más imperfectamente todavía la *r* doble, es decir, la *r* fuerte o inicial. Estoy por creer, además, bien que no esté seguro de ello, que con grandes dificultades pronunciará la *r* hasta sencilla, cuando se encuentre inmediatamente precedida de una *p*, de una *t* o de una *v*, aunque articule bien estas consonantes cuando vayan inmediatamente seguidas de

vocales, y que, por consecuencia, pronunciará con gran trabajo las sílabas, por ejemplo, *pre*, *tru*, *vre*, aunque pronuncie claramente *Putaveri*, nombre que se ha dado a sí mismo, al querer tomar el de *Bougainville*; porque (cosa también notable) no ha podido pronunciar este nombre en manera alguna.

Mi conjetura está fundada en que, oyéndole hablar en su lengua con M. De Bougainville, he creído notar que no empleaba nunca dos consonantes consecutivas o sin la interposición de algunas vocales, y en que el Vocabulario que M. De Bougainville ha formado de esta lengua, conteniendo casi doscientas cincuenta palabras, Vocabulario que M. De la Condamine, a quien lo ha prestado, ha tenido la amabilidad de comunicarme, no he encontrado más que la única palabra *taum-ta* (tocado de cabeza), en que se encuentran dos consonantes juntas, y, aun así, sospecho que hay en esta palabra omisión de alguna vocal entre la *m* y la *t*.

La dulzura de este lenguaje es tal, que todas las palabras acaban con vocales, y era necesario que fuera así, o que ni una comenzase por consonantes, porque, de otro modo, se oiría algunas veces dos consonantes seguidas, o sin vocal intermedia, entre el final de una palabra y el comienzo de la siguiente, y entonces no hubiera tenido ocasión de hacer la observación precedente.

Las palabras en este Diccionario comienzan por vocales o por consonantes explosivas: *p*, *t*, o por la nasal *m*; no he visto más que pocas palabras que comiencen por *r*, y únicamente dos que comiencen por *n*. Pienso que acaso por error estas palabras se encuentren escritas de esta manera, y que, igualmente, puede que no haya otras consonantes iniciales en la lengua de Taiti que las tres dichas, *m*, *p*, *t*, porque, independientemente de lo que ya he dicho con relación a la *r* fuerte, he observado que Putaveri me ha repetido muy bien las sílabas *ma*, *pa*, *ta*; no ha podido pronunciar, ni mucho menos, tan claramente ninguna de las otras sílabas que le he hecho oír, comenzando siempre con las consonantes; entonces, sea que encontrase o no dificultad para pronunciar estas sílabas, no ha sabido pronunciarlas sin precederlas de una vocal, más frecuentemente aspirada, lo que me ha persuadido que nunca las ha articulado de otra manera. En efecto: si hubiese en su isla palabras que comenzasen por las consonantes de las sílabas *na*, *ra*, *va*, etc., pa-

recería claro que pronunciase estas sílabas con la misma claridad que ha hecho *ma*, *ta*, *pa*; es decir, sin dudar ni hacerlas preceder de ningún otro sonido. Por defecto semejante de costumbre, la *l* doble, aunque igualmente usada y semejantemente pronunciada en Francia y España en medio de las palabras, es, por lo común, tan difícil de pronunciar a un francés, cuando es inicial, como en las palabras españolas *llamar*, *llevar* (1), como a un español cuando es final, como en las palabras francesas *betail*, *soleil*, porque esta articulación no se encuentra jamás al comienzo de una palabra francesa ni al final de una palabra española.

He encontrado en varias palabras del Vocabulario taitiano consonantes que Putaveri no ha podido pronunciar, o no ha pronunciado más que imperfectamente, lo que me ha hecho pensar que no se ha servido de ellas al escribir estas palabras sino a falta de otras letras que pudiesen expresar mejor sobre el papel los sonidos extranjeros que ha oído. Estas palabras son:

1.º *Abobo* (mañana), *eaibu* (fango), *tubabau* (llorar) y *obu* (vientre), que suponen en Putevari la articulación franca de la *b*, letra que, sin embargo, no pronuncia sino a la española o casi sin juntar los labios.

2.º *Maglli* (frío), *allelo* (la lengua) y algunas otras que harían creer que hay en su lengua la *g* gutural, la cual falta enteramente, y la *l*, que no está, a lo que me ha parecido, sino de una manera equívoca.

El nombre de flauta, en esta lengua *evuvo*, me pareció muy notable, porque probaría que el sonido de la *u* vocal francesa, que falta a todas las demás naciones del mundo conocido, está en uso en Taiti.

La palabra *aua* tiene de particular que significa igualmente *lluvia* y *testículos*, y la palabra *etaï*, que equivale a *mar* y a *llorar*. Por lo demás, si cada una de estas palabras significa más de una cosa, se encuentra también en este Diccionario cosas significadas cada una por más de una palabra: *llorar* está expresado tanto por *etaï* como por *tubabau*, y *blanco*, tanto por *ateatea* como por *ean*.

La comparación de algunas palabras de este pequeño Vocabula-

(1) Estas palabras están en español en el original. (*N. de la T.*)

rio entre sí revela arte e invención en estos insulares para la formación de su lengua: *eputa* (cicatriz) viene visiblemente de *puta* (herida); *evee* (húmedo, acuoso), de *eve* (agua); *mamai* (enfermo) y *taua mai* (médico), de *mai* (mal); *tua puu* (jorobado), de *etua* (espalda); *ataitao* (veinte), de *ate* (uno), etc.

Era natural pensar, después de esto, que *era* (el Sol), siendo el ser más bello de la Naturaleza, que la calienta, la vivifica, la anima, serviría de raíz a los nombres de varias cosas con las que este astro tenga alguna relación por alguna de estas cualidades. No he encontrado, sin embargo, más que tres de estas palabras entre las doscientas cincuenta casi del Vocabulario; pero su derivación de *era* no me parece equívoca: son *eraĩ*, cielo; *uera*, caliente y *erao*, partes naturales de la mujer.

FIN DEL SEGUNDO Y ÚLTIMO TOMO

